

ESCULTISMO,

ruta de libertad



M. D. Forestier

ESCULTISMO, RUTA DE LIBERTAD

En la presente obra se ha adoptado como traducción de la palabra francesa «Aumónier» el término «Consiliario», por ser el que emplean todas las Organizaciones católicas de España para nombrar a los sacerdotes que representan a la Jerarquía de la Iglesia en el seno de las mismas. En otros países de habla española se usa para la misma acepción el de «Capellán», o el de «Asistente eclesiástico».

M. D. FORESTIER

E S C U L T I S M O
RUTA DE LIBERTAD

OBRA RECOMENDADA POR LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DE ESCULTISMO CATÓLICO

Segunda edición Completamente renovada y puesta al día

SUCESORES DE JUAN GILI, S. A. Avenida de José Antonio, 581 B A R C E L O N A
Del original: SCOUTISME, ROUTE DE LIBERTÉ Publicado por Les Presses d'Ile
de France, de París, 5.ª edición, 1964 (15.000 ejemplares) *Traducción del*
Rdo. Ricard Pedrals, Pbro. Consiliario de la Delegación Diocesana de
Escultismo de Barcelona

NIHIL OBSTAT

El Censor **Dr. Francisco Muñoz, Canónigo** Barcelona,
22 de noviembre de 1965

IMPRÍMASE • **j- Gregorio Arzobispo de Barcelona Por mandato de Su Excia. Rdma.**
Aluandro Pech, Pbro. Canciller - Secretario

N.º de Registro 7.155-1965

Depósito legal: B. 33439 - 1965

© Les Presses d'Ile de France, de París (Francia), 1964

© E. L. E. S. A., de Barcelona (España), 1965

ES PROPIEDAD

IMPRESO EN ESPAÑA

GRAFICAS MARINA, S. A. - Paseo de Carlos I, 149 - Barcelona (13)

PRÓLOGO

Ya puede suponerse que no tengo la intención de rehacer los libros de Baden-Powell, ni de describir, siguiéndole a él, las actividades de la vida scout.

Quisiera, simplemente, poner en evidencia los elementos esenciales del método, a fin de ver cómo deben utilizarse para que sean eficaces, y por qué se hallan de acuerdo con los principios de una educación cristiana.

Un sagaz observador de la juventud europea, Robert d'Harcourt, escribía en cierta ocasión: "En la hora actual, el Escultismo se presenta como la más alta aproximación al desinterés y a la nobleza de lo que es capaz un corazón joven. En verdad, todo es tan excelente en el Escultismo, que sin duda representa hoy el mejor esfuerzo que haya sido llevado a cabo para realizar las leyes del desenvolvimiento integral de los corazones jóvenes y de los cuerpos jóvenes

El Escultismo no es solamente un juego educativo para adolescentes. Ciertos elementos de este método genial alcanzan tan profundamente la naturaleza humana, que son válidos tanto para el gobierno personal de uno mismo como para la conducta de todos los hombres.

Los niños no son adultos reducidos; les falta desarrollar, todavía, muchas de las cualidades que constituyen el hombre. Pero, por el contrario, nada se parece tanto a los niños como esos niños grandes que son los adultos. ¿No se les ve de repente actuar como si su infancia eterna emergiese de reservas secretas de sensibilidad y de sensaciones?

¿No es la presencia de esta infancia la que permite a las grandes almas echar mano a las fuentes de su juventud eterna y escapar al envejecimiento del pecado y a las desilusiones de la vida?

Ninguno de los acontecimientos de la vida psíquica desaparecen de nuestro ser. Constituyen su duración y también el tejido reactivo escondido bajo los rasgos aparentes de la personalidad, pero siempre capaces de reflejos más consonantes, en apariencia, con edades ya superadas. Las más antiguas heridas que hayan podido afectarle, pueden continuar la secreción de malos humores si han sido insuficientemente sublimadas por el espíritu.

Si en el hombre hecho hay algo eterno que permanece, no es de extrañar que los elementos pedagógicos profundos que han podido contribuir a formarle, tengan el poder de perfeccionarle.

¿No siente el ser humano en todas las edades de la vida la necesidad de ser "tomado en serio"? La estima de los que aprecia ¿no constituye un motivo de aliento para conseguir desarrollar lo mejor de sí mismo?

Desde la cuna, al sepulcro, actuar libremente, en una entrega voluntaria de sí mismo, constituye el secreto de los crecimientos del ser que llamamos virtudes.

El culto al héroe, testigo del amor a lo maravilloso en el niño, continúa alimentando la imaginación heroica del joven adolescente, para llegar al culto de los grandes hombres en el adulto. Es la "llamada del héroe" de Bergson, fermento, para él, del progreso humano. No siendo, desde luego, el héroe el guerrero, sino el gran místico y, en último término,

Cristo. No todos se entregarán a una perfecta imitación, pero todos se sentirán conmovidos por Él. Cuando San Pablo predica su moral de la imitación, del mimetismo, es testigo de esta ley y se dirige a los adultos

El retorno a la vida natural, el respeto al ritmo de esfuerzo y reposo, las reglas de la sana alimentación, la inmersión periódica en el seno de las fuerzas elementales, condiciona y renueva la salud del hombre. La impregnación espiritual de la Belleza del mundo enseña el respeto a un orden cósmico que tiene en nosotros la correspondencia en la ley moral.

La revelación trinitaria no puede menos que ganar con este realismo bienhechor que, más allá de las fórmulas necesariamente abstractas, puede hacer presentar los atributos de Dios y hacer al alma más sensible a los toques del Espíritu Santo.

En cuanto a la moral del honor y del don de sí mismo, que es el alma del Escultismo, ¿no es la condición de la conquista de sí mismo sobre los instintos, la llave milagrosa que abre, a través del servicio a los demás, el tránsito de la alegría divina, de la eterna juventud?

Este libro, escrito para los Scouts, ha sido concebido con gran fidelidad a las geniales líneas educadoras de Baden-Powell. Tal vez sea de gran utilidad para los educadores de fuera del Escultismo.

M. D. F.

PALABRAS DE LOS PAPAS SOBRE EL ESCULTISMO

«Scouts católicos, esto no significa poco para el que considera bien y sabe apreciar todo el contenido de esas palabras... Hay muchos que profesan modos de vida más cómodos, más tranquilos, menos costosos. Para ser scout, hace falta una disposición constante al valor y al esfuerzo, a la calma y a la reflexión. Y para ser Scout católico hace falta además un sentimiento profundo de Dios, de su ley divina, de su presencia, que da armonía a las maravillas de la naturaleza y nos muestra su aspecto más bello, el secreto, la enseñanza más valiosa.»

(Pío XI. A la I Peregrinación internacional de los Scouts Católicos. Septiembre de 1925.)

«El Escultismo despierta y pone en actividad en el joven todo aquello que es naturalmente bueno, noble y sano: sencillez de vida, amor a la naturaleza y a la patria, sentimiento del honor, dominio de sí mismo, obediencia, amor al servicio del prójimo, todo dentro de un espíritu de fraternidad y caballerosidad.»

(Pío XII. A los Scouts italianos. 10 de septiembre de 1946.)

«El Escultismo católico es escuela de sana y adecuada preparación para la vida con el fin de formar en los jóvenes — desde la niñez — hombres de carácter y ciudadanos leales, adiestrados en la disciplina, templados por el sacrificio y, sobre todo, buenos cristianos, anhelantes de virtud, activos en la caridad, filialmente sumisos a la Iglesia, solícitos por rendir testimonio de su Fe.»

(JUAN XXIII. Carta al Consiliario General la Asociación Italiana de Escultismo. 2 de mayo de 1959.)

Primera Parte

PRINCIPIOS Y MÉTODO

PRIMACÍA DE LA EDUCACIÓN

El brusco desenvolvimiento de las ciencias biológicas parece que abre para la humanidad un nuevo sendero. Gracias a un mayor dominio sobre la generación de su propia vida, el hombre reducirá el círculo de casualidades y de fatalidades que le rodean. Esto hace concebir a alguno de nuestros contemporáneos un entusiasmo que recuerda el que suscitaron los grandes descubrimientos científicos de los dos últimos siglos.

Liberarse, a fuerza de inteligencia, de las presiones cósmicas, eximirse de las leyes de la gravedad y de las enfermedades, es cosa digna de la admirable creatura que es el hombre.

El riesgo de la aventura está en que, embriagado por sus nuevos y maravillosos poderes, se crea el hombre en camino de ser Dios, y renovando la revuelta suprema, simbolizada por la explicación del Génesis, quiera hacerse el igual de Dios; o que decrete, a la manera de Nietzsche, la muerte, la desaparición de Dios.

Este riesgo, si no fuese dominado, tomaría tales proporciones, que llegaría no a la muerte de Dios —blasfemia perfectamente inútil si Dios existe—, sino a la desaparición de la humanidad y de su planeta.

¿Cómo no asustarse ante la regresión moral actual si pensamos que mañana podríamos llegar a un dirigismo estatal sobre los nacimientos o a un forzamiento científico de la conciencia?

Cuanto más el hombre se libera de las sujeciones exteriores y subyuga las fuerzas de la naturaleza, tanto más le es preciso subordinar su potencia a la ley de Dios. Es la condición del respeto del hombre por el hombre. Fuera del orden divino no puede haber más que miseria y ruina. Tal es la advertencia que, según Bergson, nos hace oír el gran sabio Louis de Broglie: «Ante los peligros que el progreso de la ciencia, si es empleado para el mal, puede hacerle correr, el hombre tiene necesidad de un “suplemento de alma”, y debe esforzarse por adquirirlo antes de que sea demasiado tarde.»

Y he aquí que se pone de relieve, una vez más, el papel de la educación en general y del Escultismo en particular.

En Francia, donde apasionan más las ideas que las realizaciones, no es de extrañar que la educación, arte práctico, interese poco. ¡Cuántos sacerdotes, por ejemplo, piensan en la evangelización fulgurante o masiva, sin ver que el Evangelio ha de ser asimilado personalmente para que pase a las costumbres, fuera de todo «Orden moral»!

La cultura espiritual del hombre está muy lejos, actualmente, de tener el impulso que tiene la investigación intelectual. Es un filósofo poco sospecho de antiintelectualismo el que lo comprueba: «Mientras que el sistema pedagógico de escuelas y universidades consigue, en general, equipar bastante pasablemente a la inteligencia del hombre hacia el conocimiento, parece fracasar en la tarea principal de educar la voluntad»¹.

Los éxitos exteriores pueden ilusionar. Podría creerse que el hombre crece en el dominio de sí mismo al tiempo que transforma el universo que le envuelve. Pero, desgraciadamente, no hay nada de esto: los sentimientos interiores del hombre no cambian.

1 Jacques MARITAIN, *L'Éducation a la croisée des chemins*.

«Desde hace varios milenios la estructura del hombre no ha evolucionado... lo que ha cambiado, evolucionado, progresado, son las técnicas y las artes de la construcción, de la cultura, del vestido, del mobiliario, de la medicina, de la farmacia, el conocimiento de los fenómenos y el arte de utilizarlos, y, particularmente, la organización social de la vida humana. El corazón del hombre no ha cambiado... Lo fisiológico condiciona sólo en parte la actividad, aun la espiritual, del hombre, pero ésta, a su vez, influye poderosamente sobre las reacciones fisiológicas de nuestro organismo»².

La salud determina, en cierta manera, el equilibrio de nuestras potencias espirituales. Igualmente, el orden social condiciona en parte el ejercicio de nuestra vida moral: no tenemos más que abrir los ojos a nuestro alrededor para comprobar hasta qué punto la miseria destruye el sentimiento de lo justo y de lo honesto.

Pero, finalmente, nuestro ser profundo sólo es tocado en las reacciones inmanentes de nuestras facultades espirituales. El único progreso real del hombre en sí mismo, la única revolución que cambió el mismo corazón del hombre y produjo algo nuevo esencial en él, fue el don de la vida sobrenatural que llamamos la gracia.

Durante dos siglos, después de Descartes, se ha creído demasiado que educar al hombre era formar su inteligencia, prescindiendo del cuerpo y de las fuerzas oscuras de las que emerge en nosotros la conciencia de sí mismo.

Pero ahora sabemos que, para llegar al «corazón» humano, hay que cultivar todo el hombre; y que, para educar, se trata de hacerle actuar, de hacerle vivir.

De aquí el interés por los métodos activos. Ellos han visto, en particular, que educar es enseñar a hacer buen uso de la libertad. Sin embargo, muchos de entre ellos, exagerando una idea justa, olvidan la complejidad del hombre y también su dependencia.

El hombre no es Dios; no tiene en sí la fuente del bien ni del saber. Tampoco es la humanidad, ni tiene en sí toda la sabiduría acumulada por los siglos. Nuestra vida interior debe alimentarse del mundo exterior, de la religión revelada (y no hallada en nosotros mismos), de la experiencia moral, social, científica de la humanidad. El verdadero problema de la educación (y de la instrucción) no está en esperar pasivamente el despertar de las espontaneidades, sino en favorecer la *asimilación* interior de todas aquellas cosas exteriores que encuentran en nosotros una expectación, un aliciente y una armonía.

Suscitar el deseo de conocer, desarrollar el deseo de ser bueno — o, como dice Baden-Powell, «apasionar al muchacho en su propia formación» —, es hacer de cada chico, o de cada humano, el *agente activo* de su formación. En el orden moral es enseñarle a escoger el bien y a quererlo, es hacerle realizar libremente los actos que le harán desarrollarse según las exigencias de su naturaleza y de su gracia.

Lo cual no es jamás dejarle hacer lo que le plazca y precisamente porque le plazca. Y tampoco es falsificar su libertad el pedirle que concuerde con el orden de la verdad y del bien, ya que las fuerzas naturales no hacen violencia a la especie de la semilla cuándo ayudan a convertirla en árbol.

Ayudar al niño a reconocer las exigencias de su naturaleza, la ley divina grabada en su corazón por el Creador, es dar a su libertad las razones para desplegarse en el sentido de

2 P. RIOUET, Cuaresma de Notre-Dame 1948, *Le chrétien face la vie*, Spes.

la felicidad y de ese coronamiento del destino que nosotros llamamos la beatitud.

El respeto a la libertad significa que hay que conducir al niño a escoger, por sí mismo y por razones objetivas, la vía recta de su destino.

Cuando un niño llega al Escultismo, se le puede decir por ejemplo: «Aquí se hace lo siguiente: no se miente, se obedece al jefe, se deja limpio el local.» Pero en su entusiasmo por ser scout, el chico llega a amar esta manera de ser, la interioriza, la hace suya.

La libertad es el dote de la persona humana. Pero es tan falso aislar a la persona de todo el orden del mundo como querer que su inteligencia consiga todo el estado puro. El hombre, escribe Maritain, «es también un *individuo material*, un fragmento de una especie, una parcela del universo físico... su humanidad es la humanidad de un animal que vive por los sentidos y el instinto, tanto como por la razón». Y en esta parte físico-psíquica de su ser, es justificable una «especie de amaestramiento animal».

Naturalmente, el autor se apresura a añadir que: «Lo que cuenta más en la empresa educadora es una llamada perpetua a la inteligencia y a la voluntad libre del niño»³.

En la vida scout, los elementos de disciplina y de tradición, que para ser válidos deben ser acogidos con alegría y la participación activa, vienen a compensar la libertad dejada a los chicos en el gobierno de su sociedad. Estos elementos sirven para la elaboración en cada individuo, del ser social, fase necesaria para la elevación del espíritu

El hombre no es primeramente espíritu Santo Tomás nota que el embrión pasa del reino mineral al vegetal; del reino vegetal al animal; del animal al reino de la razón que define al hombre, e informa, *humaniza*, finalmente, las etapas anteriores.

En la vida moral, como en la vida ontológica, el ser humano, en las diversas edades que van de la infancia a la vida adulta, evoluciona a través de fases; por lo tanto, construye su conciencia personal y, luego, su conciencia social, antes de llegar a la plenitud de sí mismo.

El hombre moral se despega poco a poco de las oscuridades del temperamento, luego de los conformismos gregarios, para llegar finalmente, cuando consigue su plenitud psicológica, a la posesión de su personalidad.

Por eso hemos de felicitarnos de que la educación scout sea a la vez personalista y comunitaria. Su verdad explica su eficacia. El conformismo comunitario tiene su papel en la elaboración de la personalidad. Es una etapa indispensable. Pero si nos quedásemos allí, no llegaríamos al hombre libre. Permaneceríamos en el hombre rebaño, el que forman las propagandas de masa y la civilización de los *Digest*.

De aquí la importancia, dentro de esta vida colectiva, de poner en juego la responsabilidad individual, fuente de la voluntad libre: responsabilidad personal por la Promesa y la Investidura; responsabilidad de servicio y de mando; responsabilidad de educación y de apostolado.

Más que nunca es preciso creer en la necesidad de la educación para hacer asimilar las verdades eternas y la sabiduría de los siglos; para ajustar el hombre moral con sus terroríficos poderes científicos.

En ciertos momentos, esta empresa de educación total podrá parecer lenta. En la

³ *Op. cit.*, p. 27.

atmósfera de catástrofe que las agitaciones políticas nos hacen vivir, quizá sintamos la tentación de desinteresarnos de un mañana demasiado incierto. Cediendo a la psicosis de masa, a la atracción por las grandes reuniones, nos sentiremos tentados a olvidar el trabajo modesto que consiste en equipar al muchacho *en todo lo que él es* para su vida profesional, su vida de relación y su vida moral. Correremos el riesgo de querer calcar nuestra acción sobre las grandes movilizaciones de acción política. Esto sería desconocer las condiciones de una verdadera educación. Los movimientos de conversión para ser duraderos deben ser siempre individualizados. La conversión de las masas, la creación en masa de costumbres cristianas ni existe ni ha existido jamás, como no sea en la superficie y en apariencia.

La conquista espiritual de las masas por el cristianismo siempre se ha hecho *por la constitución de pequeños islotes cristianos* de los que irradia la luz de la salvación. Y estas comunidades inspiradas por la primera de Jerusalén (*Hechos*, cap. II), siempre han estado compuestas por personalidades que poseían el ideal del grupo.

Las grandes reuniones, los congresos, los *jamborees*, las manifestaciones de plegaria, tienen su utilidad. Dan a los individuos el sentimiento de no estar solos y les permiten poner en común sus esfuerzos, sus esperanzas y sus intenciones. Es una ocasión para vivir horas fraternales. Conocemos su fuerza incomparable y su alegría.

Pero siempre, cuando se trata de vida cristiana es necesario volver al trabajo individual y, por lo tanto, a la labor oscura y paciente de la educación, de la iniciación personal y de la asimilación progresiva del mensaje evangélico. El Reino de Dios está ante todo en el interior. Sólo está fuera por desbordamiento, como una consecuencia de la santificación interior, como una dilatación de la vida individual en la vida social, y por esta razón Cristo ha desdeñado tanto el ejercer su poder real en la ciudad temporal. Sabía muy bien que nuestra perpetua tentación sería la de utilizar la propaganda y las presiones sociales para disfrutar rápidamente de los resultados de nuestros esfuerzos, y desestimar el lento y secreto trabajo de asunción por el que lo temporal es divinizado. Lo espiritual no está al servicio de lo temporal, sino que lo eleva, asume lo que es carnal. Dios, en realidad, no desciende únicamente, sino que también nos hace subir hacia El, tanto a nosotros como a nuestras ciudades. Dios no quiere en absoluto que la fuerza política pretenda imponer la fe ni los modos de vivir, ni tampoco quiere dar como fin directo de la vida cristiana la prosperidad material de los pueblos.

Creo, más que nunca, en el admirable instrumento de formación personal y social que es el Escultismo. Sus principios de educación están abiertos en el mismo sentido que las aspiraciones de la gracia y de la libertad. Puede contribuir a la elaboración de personalidades con juicio independiente y recto, único contrapeso a las organizaciones de masa, a los estatismos, a las organizaciones burocráticas y a la atomización de las personas, por los que nos encontramos amenazados.

II

GENIALIDAD DEL MÉTODO

Salido de una experiencia muy modesta, intentada en 1907 por lord Baden-Powell, el Escultismo se extendió, en veinte años, por todo el mundo. Sin duda alguna, su carácter de providencial respuesta a las necesidades de una época, explica su extraordinaria difusión. En efecto, su rápido desenvolvimiento no ha sido debido a ninguna propaganda organizada. En muchos países ha sido suficiente que un educador leyera al azar *Scouting for boys* para que una nueva rama naciese espontáneamente.

Si el desenvolvimiento del Escultismo no se puede cargar a la cuenta de una hábil propaganda o a uno de estos machacamientos de la opinión tan caros a nuestra época, ¿de dónde le puede venir esta capacidad de expansión? Sin duda alguna, de su perfecta concordancia con la naturaleza profunda de los muchachos, mejor aún, con la naturaleza humana que, aunque no guste a ciertos filósofos modernos, se halla en cada uno de ellos.

A través del tiempo y del espacio, los hombres, tocados al vivo en sus aspiraciones «esenciales», son sorprendentemente semejantes. En sus juegos espontáneos, nadie se parece más a uno de nuestros muchachos que otro muchacho de cualquier parte del globo y cualquiera que sea su grado de civilización.

Cuando se va más allá de la apariencia exótica del Escultismo, imaginada para gusto de los muchachos, se percibe su riqueza de principios liberadores, y cómo lleva en sí mismo una verdad esencial, una visión genial de lo que es el hombre, o sea, de lo que ha de promoverse en el niño.

A lo largo de toda su vida, Baden-Powell había cultivado las facultades de simpatía y atención al mundo que recorría. Como lúcido observador, se dedicaba a los problemas de la educación. Bajo todos los climas, en África, en la India, en Inglaterra, descubrió lo que hay de extraordinariamente semejante en todos los niños del mundo: lo que hay de universal en el hombre, la *naturaleza humana*, idea directriz, como diría Claude Bernard, según la cual se construyen los individuos. La naturaleza es, para Baden-Powell, que no filosofa demasiado, una realidad experimental. De ello deduce, en su opinión, un humanismo más profundo que las diferencias de razas o de clases.

A esta visión esencial juntaba Baden-Powell el conocimiento de su tiempo: «No podemos ignorar la evolución social que se prosigue a nuestro alrededor, escribía. Un soplido de autonomía pasa tanto sobre los individuos como sobre los estados. Me inclino, pues, a creer que, quizá lo más importante en nuestra tarea de educadores, sea el desenvolvimiento de la educación scout hacia la producción de hábitos de confianza en sí mismo, de entrega, de libertad y de originalidad equilibradas».⁴

El Escultismo, pues, se presenta como un método de educación activa. Baden-Powell ha sugerido sus elementos en un pequeño libro: *Guía para el jefe de tropa*. Con su humor habitual, escribe en este libro de cien páginas: «No os asustéis por la longitud de este libro...» Quien buscara en él un conjunto de recetas y programas, tendría una decepción.

⁴ *Le Guide du chsj édaireur*, p. 44, Edit. Deiachaux, 1921.

Se trata de un espíritu. De un conjunto de sugerencias y de principios. Para todo educador, esta *Guía* es una mina inagotable.

Si alguien pidiese qué es lo que emerge de este librito, contestaría con gusto que se trata de un espíritu, un *a priori* de benevolencia, de confianza y de objetividad. Se trata de comprender a los niños y adolescentes siguiendo los estados psicológicos de las distintas edades, de tratarlos con simpatía, de hacerlos activos, de apasionarlos por su propia formación, de creer que, en los peores de entre ellos, subsiste cierto deseo de progreso.

Baden-Powell ha popularizado, en el campo de la educación, su descubrimiento del *mundo de los muchachos*. Simpatiza con él. Entra en él con humor, habiendo guardado suficiente juventud de alma para saborear su extravagancia, aun las mismas chocarrerías, las invenciones que caracterizan el mundo de los muchachos cuando se hallan a solas o entre adultos de la máxima confianza.

La expresión *el mundo de los muchachos* es cómoda para la acción, pero recubre realidades muy complejas. Es cierto que una ley interna lo constituye desde la edad de lobato hasta la de joven rover, pero en el interior de este mundo cuántas diferencias no hay relacionadas con las diferencias debidas a las revoluciones fisiológicas por las que atraviesa el muchacho y le transforman desde la infancia hasta la madurez.

Apresurémonos a decir, para consuelo de jefes y de nuevos consiliarios, que cuando se utilizan, según el espíritu de Baden-Powell, los principales recursos del Escultismo, tal como los describiremos, las adaptaciones y las compensaciones individuales se hacen por ellas mismas.

Baden-Powell toma a su cargo esta observación fundamental: «El niño o la niña no son una edición reducida del hombre o de la mujer. No son una hoja de papel en blanco que el maestro deba llenar, sino que cada niño tiene sus curiosidades particulares, su inexperiencia propia, su forma misteriosa de espíritu, que con tacto se debe procurar ayudar, que hay que fomentar y formar o a veces suprimir.»

Lo primero que pide al educador es que se convierta en un compañero alegre, y que sepa discernir el valor, la necesidad de ser tomado en serio, la afición a moverse, la buena voluntad y la lealtad, que son, la mayoría de las veces, cualidades de los muchachos.

Este conocimiento de la infancia y de la adolescencia, esta simpatía por ellas, se resume en este gran principio que es la llave del éxito en educación: saber descubrir las cualidades que duermen bajo los defectos.

Para Baden-Powell, una educación verdadera es la que «fomenta el intenso deseo de progreso que lleva en sí todo hombre, en lugar de imponer una instrucción automática desde fuera, como a una masa»⁵.

Lejos de irritarse de que los niños no consideren las cosas con los mismos ojos que las personas mayores, Baden-Powell pide al educador que se divierta en ello. Le gusta recordar la famosa página de M. Cassou: «Si juzgo por mi propia experiencia, diría que los niños tienen su mundo propio, un mundo que lo crean para ellos, y ni el maestro ni las lecciones tienen cabida en aquel mundo; el mundo de los niños tiene sus peculiares acontecimientos, sus puntos de comparación, su código, su manera de hablar y su opinión pública:

5 *Le Guide*, p. 10.

El código del maestro, por ejemplo, recomienda el silencio, la seguridad, el «decorum». El código de los niños es diametralmente opuesto. Recomienda el ruido, el riesgo y el movimiento

«¡Reír, luchar, comer!» He aquí los tres elementos indispensables en el mundo de los chicos. Están en la base de todo lo que los chicos consideran como lo más importante ; y esto no tiene nada que ver con el maestro ni con los manuales de la escuela.

Según la opinión pública del reino de los chicos, permanecer sentado en una habitación ante un pupitre durante cuatro horas cada día, es una triste pérdida de tiempo y de luz solar. ¿ Ha visto alguien jamás un muchacho, un chico normal, en buena salud, rogar a su padre que le compre un pupitre? O ¿ha conocido nadie jamás a un niño que estando al aire libre haya ido a pedir a su madre que le permita permanecer sentado junto a ella en el salón?

Cierto que no. Un chico no es un animal casero. No es un animal hecho para permanecer sentado. Tampoco es un pacifista ; no profesa el adagio: «La seguridad antes que nada», no es un ratón de biblioteca, ni un filósofo.

Es un muchacho — Dios le bendiga — lleno de sonrisas, de luchas, de hambre, de audacia, de tonterías, de ruido, de observación y de agitación. Si no, es un anormal.

Hacia 1900 este espíritu era absolutamente nuevo, incluso revolucionario; es suficiente, para persuadirse de ello, compararlo con el que reinaba en los diversos establecimientos de educación. En aquel entonces, en las escuelas maternas, es decir, para niños de tres a seis años, las instrucciones oficiales preveían que las ventanas debían elevarse a dos metros del suelo, para evitar que los niños tuviesen distracciones durante las lecciones de cosas...

El gran sacramento de la educación era, en efecto, la famosa «lección de cosas» que se dirigía al espíritu. Estábamos todavía en el tiempo de las divisiones cartesianas y creían que educar un hombre era amueblar su cerebro, confundiendo continuamente instrucción y educación. Por tanto, la actitud esencial de estos niños era la de brazos cruzados. Los apretujaban en bancos de gradas, para que fuese más fácil la vigilancia. Las institutrices debían ser dos: una para vigilar y otra para enseñar. Es tal como lo describe Mlle. Matrat: «Ministros, pedagogos de gabinete, inspectores e inspectoras, prefectos, generales, turistas, príncipes, todos nos han concedido las efusiones más entusiásticas y líricas... todos han quedado maravillados a la vista de dos o trescientos niños de dos a seis años, sentados en gradas, inmóviles, hipnotizados, dormidos o soñando por la fatiga y el aire necesariamente viciado, que parecían escuchar una lección sobre la hulla, los cuadrúpedos, los órganos del gato, los quirópteros, la eclíptica y los equinoccios, el cono y el cono truncado, la metamorfosis del gusano de seda, el cultivo del trigo, el ojo y la esclerótica, la virtud y la perfección, etc.»⁶.

Si alguien ciñere que se trata de una historia de locos y no de una realidad, me permito remitirle al libro de Françoise Derkenne sobre Pauline Kergomard. En él se puede ver la rebelión de esta educadora contra tal monstruosidad. En él se puede leer la divertida historia del cordero: «Cuántas veces Mme. Kergomard ha podido oír en sus viajes, tanto en la ciudad como en el campo, la lección sobre el cordero conducido del prado al

matadero, del matadero a la carnicería, luego a la tenería, a la hilatura, al tejedor, al almacén de novedades, a la fábrica de velas, a la elaboración de negro animal, etc. Sin embargo, el único cordero conocido por los niños de las ciudades es el cordero de cartón-piedra con ruedecitas. En una encuesta sobre esta cuestión llevada a cabo en París, en una clase de sesenta chicos, sólo uno había visto un «auténtico cordero, ¡y aun en el matadero!»(4).

Bastará con remontar por los peldaños de nuestra enseñanza para hallar anomalías de este género. Pero la mayor indignación se hallaba, evidentemente, en el orden educativo. De mi infancia recuerdo una conversación entre personas distinguidas que se extasiaban ante la manera como los alumnos de un gran colegio católico subían las escaleras de cuatro en fondo y... marcando el paso. Esto me dejó sorprendido. Por pequeño que fuese, no se me escapaba la dificultad de semejante proeza.

Esta forma de educación era, evidentemente, tal como se la concebía en la disciplina escolar heredada de Napoleón, cuando los liceos, con sus toques de trompeta, más parecían cuarteles que casa paterna, el ambiente natural de la educación.

Muy recientemente aún, me decían algunos estudiantes de Facultad, que con sus profesores no tenían ningún contacto humano. Los alumnos de licenciatura mandan a sus profesores una decena de trabajos todos los años. Después de clase los encuentran sobre la mesa del maestro, vagamente corregidos. Éste se guarda muy bien, la mayor parte de las veces, de aprovechar la ocasión para trabar amistad con sus alumnos, para conocerlos, aconsejarlos, animarlos, orientarlos, o quizá también, con pleno conocimiento, desanimarlos.

Hubo una revolución cuando algunos scouts y miembros de los equipos sociales ⁷ tuvieron la idea de sugerir a su profesor de la Sorbona, Gustave Cohén, la representación escenificada de los romances que se disecaban como en un laboratorio. No sólo en el orden científico condujo esto a descubrimientos muy interesantes, como, por ejemplo, el hallar el libreto y la música correspondiente, sino que, sobre todo, fue origen y ocasión de verdadera intimidad entre profesores y alumnos, tanto, que volvió a dar a las palabras maestro y discípulo su verdadero significado.

Se puede afirmar que en la enseñanza, tal como la hemos conocido a principios de siglo, reinaba el prejuicio intelectualista que confundía la formación del cerebro con la del hombre. De donde procedía una ausencia completa de la educación de la responsabilidad —esa «forma civil de la valentía»— y del sentido del honor.

Casi nunca, en el transcurso de mis estudios, he podido oír un llamamiento al sentido del honor. Estábamos instalados en un sistema de lucha en el que la vigilancia pretendía tener todos los derechos y se creía segura de sus medios. Sé muy bien cuán penosa era esta sospecha continuada y con cuánta frecuencia, a fuerza de sospechar malas intenciones, eran éstas engendradas.

En un país extranjero me enseñaron un salón de estudios en el que había dos vigilantes, por miedo, sin duda, a que uno solo pudiese distraerse... El refinamiento llegaba hasta colocar los escritorios de los vigilantes a espaldas de los alumnos. Cuando la vigilancia es cara a cara, no se puede afirmar que haya igualdad de armas, puesto que

7 De los *Équipes sociales* fundados por Robert GARRIC. Éstos dieron origen a la creación de los *Théophiliens*.

todos los riesgos están en una parte, pero, en fin, hay cierta honradez. ¡Pero puestos de espaldas...!

Mientras el director del establecimiento me alababa la calma y el silencio que había obtenido por este procedimiento, yo me permití pedirle si las mesas de los vigilantes tenían ruedas, para permitir a los alumnos el poder ser seguidos por ellos en su vida, para asegurarles una buena conducta. ¡No creo que encontrase de buen gusto semejante reflexión!

Me parece que oigo todavía a otro director que había conseguido construir el colegio de sus sueños y se felicitaba de que desde cualquier rincón de su establecimiento, gracias a unas mirillas bien emplazadas, pudiese vigilarlo todo *sin ser visto*. Esto le parecía el colmo de la educación.

Con esto, nadie puede admirarse de que a la salida del colegio, después de haber sido tratados así, haya tantos jóvenes que se distiendan como muelles comprimidos demasiado tiempo, que pierdan su tiempo como estudiantes, por no haber adquirido un método personal de trabajo y que, con excesiva frecuencia, comprometan su salud y su porvenir por no haber sido nunca asociados al gobierno de su vida.

En 1914, movilizado a los dieciocho años, fue para mí una gran sorpresa el comprobar el fracaso, en las costumbres y la práctica religiosa, de una gran cantidad de camaradas que hasta su salida para el ejército habían sido educados en establecimientos religiosos. Era claro que no habían adquirido ningún hábito verdaderamente personal, ni ninguna convicción. De la misma manera que habían seguido pasivamente el ritmo de su vida de internado, se dejaban llevar al azar de encuentros y tentaciones.

Me complace saludar la renovación de los métodos educativos a la que asistimos desde hace veinte años, en particular en la enseñanza libre. Quizás el Escultismo no sea del todo ajeno a ello. De todas maneras, es un hecho que motiva grandes esperanzas y es causa de gran alegría.

En cambio, hay que hacer oír el grito de alarma del P. Rimaud : «La reducción progresiva del año escolar y de los días de clase, sin reducción correspondiente en los programas, la multiplicidad creciente de los exámenes, la mayor elevación de las clases y de los concursos obligando a la urgencia de una selección, han situado a los muchachos en una vida apresurada y preocupada, han convertido en catastrófica toda enfermedad grave así como todo retraso intelectual, han agotado al anémico, abreviado convalecencias, y, si se puede hablar así, han hecho drogar a los concurrentes a esta carrera que ha llegado a ser el año escolar.» (*L'Education de la croissance.*)

Cuando Baden-Powell pide al educador que descienda al mundo de los muchachos, como un amigo, que se haga semejante a ellos para ayudarlos a tomar conciencia de sí mismos y para hacerles participar en la visión más amplia que un adulto puede tener de la vida, cuando pide a este educador que se arme antes que todo de benevolencia y de humildad, cuando le pide que busque con paciencia el cinco por ciento de bueno que hay en cada muchacho para construir a partir de allí una vida renovada, se puede afirmar que provoca una revolución en el mundo de la educación.

Con motivo de un congreso se reunieron magistrados, médicos, especialistas de la infancia delincuente.

Estuvieron unánimes en declarar que casi todo lo que había, sido intentado en estos

últimos años para enderezar la infancia desheredada, tenía su inspiración en el Escultismo : «Nosotros le debemos, decía el representante del ministro, medios, actividades, el sistema de organización en equipos, pero antes que nada le debemos un espíritu de benevolencia, la voluntad de inspirar confianza.»

¿No es característico cómo en las casas de corrección para niños, desde que se suprimen las rejas y las prisiones, se hacen más raros los intentos de evasión?

A comienzos del Movimiento se le acusaba por su estado de espíritu optimista, de prescindir del pecado original y de la naturaleza herida. Es necesario recordar que Baden-Powell, cuando pide optimismo, lo hace con relación al cinco por ciento bueno que descubre en el más desgraciado de los hombres. Deja el noventa y cinco por ciento al pecado original y a sus secuelas. Lo cual no está del todo mal.

Es cosa sabida **que** para Santo Tomás **el** pecado original no vicia sustancialmente nuestras facultades. Crea, simplemente, y esto es suficiente, una independencia desarreglada en su funcionamiento. Oscurece la observación que llevamos sobre nuestra vida moral. Ensordece la voz interior por la cual Dios nos llama y nos conduce a una cierta manera de ser. Contraría nuestro esfuerzo. Es un peso hacia la tierra. Es una anarquía. Pero no puede hacer callar la voz que nos hace desear la felicidad y el bien. No vicia nuestra naturaleza hasta el punto de que cesemos de ser hombres, criaturas de Dios en búsqueda instintiva del soberano bien que es tan necesario a nuestro ser como el sol a los árboles del bosque.

A quien quisiera asomarse al Escultismo, le diría que es suficiente, para entenderlo, haber comprendido que la educación es, antes que nada,, amor, confianza obstinada, voluntad de hallar lo que hay de bueno y apoyarse sobre lo positivo para hacer progresar en el desenvolvimiento personal.

Basta fijarse en los bandidos para testificar este inextinguible impulso hacia el bien. ¿ No hay entre ellos como un código de honor? Tal, por ejemplo, aquel tuno que, debiendo dar un golpe peligroso con un compañero casado y padre de familia, se las arregló para falsificar las suertes y salir designado para el papel más arriesgado, en el que llevaba más probabilidades de caer prisionero. Pero he aquí que el otro, después de recibir por la ventana el botín del robo, se escapó, contra todas las convenciones, para evitar el reparto. Desde aquel día, el ladrón frustrado dejó *de creer en el hombre* y de jugar limpiamente en su ambiente.

Una verdadera educación, antes que nada, debe hacer un llamamiento al sentimiento del honor y comunicar el sentimiento de la responsabilidad personal. Baden-Powell insiste muchas veces sobre ello.

La educación no es principalmente una lucha contra los defectos. Debe esforzarse en hacer *practicar el bien*- Antes que dedicarse a sospechar y contrariar todas las ocasiones para hacer el mal, debe ser inventiva y sugerir todas las ocasiones para hacer el bien. Prohibir el mal a la fuerza, desde el punto de vista de la educación personal, puede afirmarse que no sirve para nada. Todo el arte del educador se resume perfectamente en esta frase de la doctora Montessori : «Estimular la vida dejándola libre.»

Enseñar a actuar libremente, no quiere decir ni erigir al hombre como norma suprema de su acción, ni tampoco hacer el elogio del capricho o de la fantasía. No es más que traducir en términos de educación la sentencia de Santo Tomás: *Dios ha constituido al*

hombre dueño de sí mismo, no para que haga iodo lo que le plazca, sino para que haga libremente lo que debe»⁸.

Creo que la confusión existente entre formación de la inteligencia, más o menos heredada de Descartes, y formación del hombre, con la consiguiente primacía de la inteligencia sobre la educación, no son suficientes para explicar el carácter negativo de toda una pedagogía. La responsabilidad recae en una decadencia de la teología moral que, con excesiva frecuencia, había degenerado en casuística y legalismo. Son testigo las concepciones pesimistas de los espiritualistas, y no sólo de los jansenistas, sobre la «naturaleza» humana confundida con el hogar del pecado.

Si la naturaleza humana está sustancialmente corrompida, si no podemos esperar nada bueno de ella, se comprende que el arte de educar se debe reducir al máximo a lo inactividad, y que la moral propuesta se limita a un conjunto de defensas.

Un teólogo sagaz, el Rdo. Masure, notaba que el gran servicio prestado por el Escultismo católico había sido la reconciliación de Dios con su creatura. Haber sido uno de los grandes momentos de la poderosa reacción del catolicismo contemporáneo contra el jansenismo y la casuística, que han reinado como dueños durante dos siglos y medio.

La confianza que Baden-Powell pide al educador, conduce a la moral de Santo Tomás, por vía de la observación, que se presenta como la norma de lo que el hombre *debe ser* en razón de lo que es; el arte de concordar libremente con su naturaleza profunda.

Para Baden-Powell, de acuerdo (supongo que sin saberlo) con la filosofía de Santo Tomás, el hombre no es un compuesto de dos piezas más o menos ligadas entre sí, alma y cuerpo, sino un todo. Por tanto, no propone al educador formar el «hombre moral, sino el hombre total, en su cuerpo, en su salud, en su acuidad sensorial, eh su adaptación a la realidad, en su juicio, en sus aspiraciones religiosas. Es muy importante el haberse impuesto en esta visión sintética para no despreciar gran número de actividades gratuitas que no tienen otro interés que hacer actuar al muchacho según todo su ser y todas sus facultades.

En este sentido se puede afirmar que el Escultismo es totalitario. Esta expresión puede originar confusiones. No es totalitario si por ello se pretendiese afirmar que todo lo quiere hacer, gobernar, meter mano en instituciones y escuelas para dirigirlas, o bien que quisiera coger a todos los chicos por vía de autoridad. Baden-Powell ha manifestado suficientemente que no buscaba más que un *complemento* de la escuela, de la familia y de la Iglesia.

Todas estas finalidades particulares no las persigue unas tras otras, o unas al lado de otras. La originalidad de la vida scout está en que esta formación completa es buscada por medios que se compenentran. Es, en todo instante, el hombre en su *totalidad*, es decir, en su *unidad* sustancial, quien queda alcanzado.

Por ejemplo, cuando, gracias a un juego de pistas, se desarrolla la sangre tría, la facultad de atención, el sentido de la observación y de la deducción, se crea al mismo tiempo una facilidad para que se desarrolle la *objetividad* del criterio en el campo intelectual y en el campo moral (en el cual tan a menudo las *pasiones*, los prejuicios, son fuentes de error).

Cuando se crea la necesidad del orden exterior, la armonía de un campamento bien montado, el gozo de una reunión bien organizada, el sentido de la disciplina consentida fraternalmente, es decir, estimada, querida, buscada, y no tolerada pasivamente, ¿no debe tener todo esto consecuencias virtuosas en todo el ser? El equilibrio moral queda condicionado en gran parte el equilibrio de los nervios y de la sangre.

Recordemos que hay que preparar para lo espiritual un soporte temporal y que la misma carne debe ser trabajada, ajustada, para que reine la ley del espíritu. Todo va ligado en la unidad total de nuestro ser.

Habiendo intentado hacer ver lo que me parece la inspiración profunda del método de educación de Baden- Powell, y habiendo resumido en una palabra lo que explica que se preste tan bien a las necesidades de una educación católica, diré que me parece un *Método natural*, en el cual la criatura de Dios está reconocida y tratada en un espíritu de desinterés y de buena voluntad, según las leyes mismas de su ser.

Por razón de esta verdad natural queda abierta para lo sobrenatural, que no contradice la naturaleza creada por Dios, sino que viene a sublimar sus virtualidades.

III

PEDAGOGÍA ACTIVA

Es necesario repetirlo: el Escultismo es un método de educación activa. Fue reconocido como tal por los pioneros de la *Escuela activa*. Como, por ejemplo, la doctora Montessori, que escribía: «En Inglaterra tienen ustedes a los *boys-scouts*. Su educación es la continuación natural de la que yo doy a los niños.»

Por su parte, el profesor Ad. Ferrière, creador en 1917 del término «Escuela activa», escribió a propósito del Escultismo: «Todo en este sistema, tan genialmente adaptado al carácter innato y a los gustos de los adolescentes, tiene el espíritu de la *Escuela activa*: ingeniosidad, saber espabilarse y sacar provecho de todo, aprendizaje de oficios diversos, ejercicios de observación *selfgovernment*.»

Para los partidarios de la *Escuela activa*, Baden- Powell es «su más ilustre representante fuera de la escuela propiamente dicha»⁹

Al nacer el movimiento de la *Escuela activa*, el hecho más significativo de su novedad y del estado de opinión dominante, fue que este título levantara protestas de parte de los educadores patentados, que creían ver en él un arma de ataque para sus prerrogativas de derecho divino.

Por el contrario, pero a condición de comprenderlo perfectamente, el vocablo expresa una profunda verdad. Lo que se debe esperar de un niño al cual se quiere educar y enseñar, es que reaccione vitalmente, que tenga vitalidad y, por lo tanto, que sea personalmente activo. La manifestación de la vida intelectual, moral o práctica, es la acción. Todo el arte del educador consistirá en procurar que su discípulo avance activamente por la línea recta de su porvenir. Después de este despertar, todo cuanto podrá hacer será ayudar a esta actividad, de la cual es muy útil ver su carácter inmanente y personal.

No hay en ello novedad peligrosa alguna, por el contrario, podemos saludar un retorno al realismo que había hecho de la moral de Santo Tomás no un código de prohibiciones, un formulario de recetas, sino una ciencia de la vida. Creo que, lejos de alarmarse, Santo Tomás hubiese estimado y bautizado la expresión *Escuela activa*.

También para él vivir es actuar libremente. Lo que constituye a sus ojos la grandeza del hombre es que sea *responsable* de sus actos. Es nuestra *libertad*, fundamento de nuestra responsabilidad, lo que nos hace hombres. «*Ya que la Escritura nos enseña — escribe — que el hombre ha sido hecho a imagen de Dios, ello significa que el hombre es inteligente y libre en sus decisiones y que es el principio autónomo de sus actos*»¹⁰.

Esta definición abre nuevas perspectivas sobre la grandeza del hombre. Así, pues, el Dios del universo ha creado frente a Él esta criatura capaz de aceptar o rehusar su amor, capaz de hacer fracasar su poder y su gloria. ¡Con qué respeto deberíamos, por

⁹ Ad. FERRIÈRE, *L'École active*, 4.ª ed. Edit. du Forum, Genève, 1930, pág. 87. — Cf. Pierre BOVET, *Le génie de Baden-Powell*, Neufchâtel, 1922

¹⁰ *Sum. Thcol.*, I-II, Prólogo.

educación, no tocar esta obra de arte del amor creador que es la libertad humana!

Santo Tomás mide sus palabras y dice : «*Libre en sus decisiones*. Ni se trata de libertad absoluta, ni del derecho a hacer todo lo que le place, ni del poder de hacer todo lo que se debe.

El hombre no es su propia ley, contrariamente a la aspiración de tantas filosofías contemporáneas. Su voluntad no es la medida del bien o del mal; sino que, por el contrario, debe conformarse con una ley más sublime, expresión de la Sabiduría de Dios, tal como ha sido grabada en su corazón, visible en el orden del universo y precisada por la Ley escrita de la Revelación.

Decir que el hombre es el *principio autónomo de sus actos* significa que nadie puede actuar por él en esta vida inmanente, que engendra su ser y compromete su responsabilidad esencial.

Esto tampoco significa que posee el poder de hacer lo que debiera. La contradicción profunda nos habita. El gemido de San Pablo es valedero para cada uno de nosotros: «*El bien que quiero, no lo hago. El mal que detesto, lo hago.*»

En realidad, sin la gracia, nada podemos. Hasta es posible que algunos atavismos pesen tan fuertemente sobre ciertas personas que su responsabilidad parezca escondida bajo el peso del fatalismo. Y, sin embargo, no habrá posibilidad de liberarlos, de reeducarlos sino poniéndolos antes actos deliberados, por muy leves que sean. Sólo partiendo de reacciones *libres* empezarán a vivir y a volverse humanos.

Nunca se tendrá suficientemente en cuenta, para llegar a ser plenamente hombre, la iluminación, quizá fulgurante, como un rayo en la noche, del Espíritu Santo, en el instante del *consejo*, este instante durante el cual el hombre delibera sobre su acción.

Cuando se habla de esta necesidad, para actuar como hombre, para actuar libremente, significa que hay que esforzarse por hacer querer el bien a los que se quiere educar, y ayudarlos a escogerlo comprometiéndose plenamente. Hay que servirse hasta el máximo de la aptitud que subsiste en cada hombre — aunque sólo sea en forma atenuada —, para concordar con la ley de la especie, con las aspiraciones de su profundo ser, que desea vivir y que siente una armonía secreta con la ley divina, la ley de su ser y de su felicidad.

Dicho de otro modo, tenemos, en un amplio margen, el poder y el deber de concordar voluntariamente con nuestra *naturaleza humana*, idea de la especie, plano vital según el cual se construyen nuestras exigencias.

Si ésta es nuestra verdad profunda (ontológica), la educación no tendrá otra finalidad que la de enseñar al niño a vivir según las exigencias y las posibilidades de la naturaleza humana. Y de aportarle la ayuda indispensable para que se realice según su inspiración vital propia.

Lo que llamamos *naturaleza* expresa una *realidad universal* que volvemos a encontrar experimentalmente en todos los hombres. No es el todo de nuestra existencia. En todo el bosque, cada hoja revela la especie del árbol, pero difiere de cualquier otra hoja. No existen dos que sean completamente iguales. Asimismo cada uno de nosotros es una idea singular del Creador que no se repite. Nuestra vocación personal consiste en descubrirla, en oír en el fondo de nosotros mismos la llamada misteriosa que nos invita a una manera única de existir, el nombre por el cual Dios nos llama y nos suscita.

Todo el secreto del educador consistirá, por lo tanto, en respetar la verdad universal de la naturaleza humana, haciendo actuar la inteligencia y la libertad de decisión de sus discípulos; al mismo tiempo deberá dejar expresarse la singularidad, la originalidad de cada uno. Podría decirse que se tratará para él de evocar esta singularidad a partir de la nebulosa embrionaria en la cual yace; de hacer pasar este inconsciente deseo de ser así al nivel de la conciencia clara; de favorecer su llegada a la existencia a través de los atavismos, de las presiones sociales y de las influencias cósmicas. No se trata para el educador, afortunadamente, de una intervención precisa, como si él mismo hubiese descubierto claramente el misterio de esta personalidad y los cauces de su crecimiento. No se trata de construir el niño, sino de hacer jugar sus fuerzas interiores, de suscitar en él un auge vital, de ayudar al crecimiento de su personalidad original y protegerla.

Se comprende, por lo tanto, que no haya nada tan contrario a este nacimiento de un ser humano como el querer imponer a otros la manera de ser propia. Es la peor tentación y la más extendida entre los educadores.

Es inconcebible la falta de respeto de las «personas mayores» para con la libertad de los niños. Se les imponen sin cesar, para su bien naturalmente (su bien tal como los mayores lo conciben), decisiones tomadas de antemano, sin justificaciones, sin intentar obtener su asentimiento interior. Y demasiadas veces estas decisiones, a favor de las cuales sacrificamos su libertad de decisión, son tan sólo arbitrariedades.

LA PARTE QUE CORRESPONDE AL EDUCADOR

Se han dicho muchos absurdos a propósito de la pedagogía activa, y a veces hasta por los mismos que son sus defensores. Es inexacto que los más grandes psicólogos de la *Escuela activa* rechacen toda autoridad, todo papel normativo o disciplinario del educador. «El adulto está aquí, escribe Ad. Ferrière, para favorecer la buena voluntad del niño en nombre de valores espirituales: amor, razón, verdad, bien»¹¹. Y Baden- Powell admite también un control cuando escribe: «Jamás deberá permitirse que un muchacho que ha prometido solemnemente cumplir la *Ley scout*, parezca en un momento dado no saber lo que esto significa.» Sólo pide discreción: «No lo vigiléis *continuamente*.» Lo esencial consiste en «*fiarse enteramente* del muchacho cuando éste ha comprendido lo que es ser scout

Diríamos que lo que funda el derecho de intervención del educador es su propia sumisión al orden divino. Él, el primero, tiene que encarnar lo que propone.

En nombre de esta verdad objetiva, el jefe, el educador, tendrá el derecho de actuar para el bien del educando. Tendrá que actuar a partir «del niño que tiene delante de él, tal como es, y no del niño en sí, concebido *in abstracto*»¹².

Y henos aquí de nuevo ante el misterio individual que inspira los consejos de Baden-Powell, como inspiraba al gran precursor Pestalozzi cuando escribía: «La libertad de los recreos permite al maestro observar y descubrir las disposiciones primitivas. Puede

¹¹ *École active*, p. 51

¹² *Guide*, p. 44

combatir pronto, indirectamente, con suavidad y éxito las que se manifestaren como viciosas»¹³

La vocación personal a la existencia, la singularidad incomunicable de una vida que surge, hace imposible toda intervención exacta. No se podrá hacer otra cosa que proporcionar ocasiones de actuar, organizar un círculo favorable, dar ejemplo y alentar el esfuerzo personal. Y sobre todo *hacer vivir*, suscitar el gusto de vivir por sí mismo.

Es algo semejante — es una comparación cara a Santo Tomás — al médico que no puede más que discernir reanimar desde el exterior las fuerzas del enfermo, que son interiores, para orientarlas hacia la salud. Asimismo, el educador (también podría decirse de las influencias sociales) no es más que un principio de nuestro desarrollo: a El principio exterior de nuestros crecimientos, que es la acción del maestro, no trabaja en nosotros como el agente principal de nuestras transformaciones; pero sí como una ayuda, un auxiliar de *este agente principal que es nuestra actividad personal*¹⁴.

La tarea sagrada del educador consiste, pues, en enseñar a su discípulo a ver, a juzgar, a elegir y a decidir. Podrá ayudar la reacción de las facultades inmanentes, pero únicamente ayudar. Nadie puede ver por otro. Y únicamente por medio de este criterio y de este compromiso se afianza y crece la personalidad humana.

LA BUENA ACCIÓN

Es aquí donde aparece la importancia profunda de la *Buena Acción* cotidiana, el *good turn* de Baden-Powell (expresión mucho más exacta), la cual orienta hacia una acción altruista y no solamente hacia un buen sentimiento. La B. A. no es una acción virtuosa cualquiera, sino un servicio a los demás.

Repitamos, aun a riesgo de cansar, que lo que interesa a la pedagogía scout no es presentar una moral de prohibiciones, de cosas que no deben hacerse; sino mover la acción por un ideal positivo y por actos inspirados por este ideal. No se trata de luchar contra los defectos yugulándolos, sino haciendo practicar las virtudes. *Reemplazar para destruir*, ésta es la regla de oro.

La B. A. es un artificio de educación que consiste en hacer abrir los ojos, en hacer descubrir personalmente lo que se podría hacer para el servicio o la felicidad de los demás. Lo esencial está en esta atención a la situación de los demás y, sobre todo, en la decisión de hacer sin demora lo que se pueda para acudir en su ayuda. Las fuerzas vitales se han puesto en movimiento, y lo han hecho al servicio de los demás, por amor a los demás, y esto sustituye el motivo de tantos actos humanos que no es *otro que el amor a sí mismo*. La práctica de la B. A. orienta la vitalidad interior, crea como una necesidad de ayudar. Este hábito que se habrá creado en nosotros, pondrá al scout, llegado a la madurez al lado de los que deseen fundar instituciones nobles y de los que instintivamente piensen en el bien de los más débiles e impedidos.

¹³ Marc-Ant. Jullien, *Esprit de la Méthode d'éducation*, de Pestalozzi, citado por *École active*

¹⁴ De Veniate, cap. «De Magistro». Lo mismo para la dirección espiritual, Santo Tomás señala que debe hacerse en forma discreta para dejar a cada uno la responsabilidad (en el sentido que él la comprende) de sus actos. Cf. 11-11, «Tratado de la Prudencia». Esto va contra las exageraciones terribles que se conocen, en las que la obediencia al director, o a la superiora, puede conducir hasta suprimir del todo el carácter humano, responsable, de la acción del dirigido o de los subordinados

No quedarse en las tentaciones, sino pasar a la acción, corresponde a las enseñanzas de Juan XXIII en su encíclica *Pacem in terris*: «No basta con reconocer y respetar en cada ser humano el derecho a los medios de subsistencia; cada uno debe procurar según sus propias fuerzas, que cada ser humano disponga de suficientes medios de existencia.»

La B. A. crea el reflejo de pensar en los demás, la aptitud de ver lo que les hace falta y la prontitud, fuente de inmensa alegría, en hacer lo que podemos por ellos. Muchos scouts llamados a un más alto servicio, confiesan que la práctica de la B. A. fue el origen de su vocación ¹⁵.

LA ABDICACIÓN DEL ADULTO

Se trata de enseñar al niño a decidirse por motivos válidos. Se trata de enseñarle a vivir, de hacerlo vivir, de crear en él costumbres tales que pueda vivir por sí mismo, según el ideal elaborado en común, cuando haya roto todo ligamento de dependencia con sus jefes o educadores.

Los jefes sólo deberían abordar este misterio de la personalidad que se elabora en cada muchacho, con todo recelo y circunspección. Dios ha querido ser amado libremente. Él, que nos ha creado, rehúsa violentar nuestra libertad. ¿Tenemos mayor derecho que Él para hacerlo?

No se vaya ahora a entender aquí que el error y el mal deben ser respetados. No. Pero hay que conseguir libremente que nuestros muchachos quieran el bien. Así se nos aparecía San Luis, en el poema de Péguy tantas veces meditado entre jefes:

Él, el rey, hablando por Dios y por él mismo.

Por Dios y por el rey de Francia, habla humildemente; habla como quien, temblando, solicita.

Y es que, en verdad, tiembla y solicita. Tiembla al pensar que su fiel Joinville no gane su salvación. Y pide a Joinville, solicita que el fiel Joinville gane su salvación. Que consienta en ganar su salvación ¹⁶.

Educar no es nada más, por lo tanto, que ayudar a un niño a tomar conciencia de sus posibilidades, y enseñarle a hacer buen uso de su libertad. «He aquí, dice Baden-Powell, la finalidad más importante del Escultismo: educar; no digo instruir, sino educar, es decir, inducir al muchacho a que aprenda él mismo, porque lo desea, todo lo que tiende a darle carácter» ¹⁷.

Es lo que, con humor, un jefe neoyorquino, Mr. Maxwell, en el piso diecisiete del acogedor cuartel general de los *Boys Scouts of America*, llamaba en mi presencia: «la abdicación del adulto». La representaba en la pizarra por un triángulo, inscrito en un cuadrado, y descansando sobre su vértice: «Al principio de la educación, me decía, en el primer día, el adulto lo hace todo. Después, poco a poco, la superficie libre del cuadrado disminuye, la del triángulo aumenta. A los veinte años se llega a la base común del cuadrado y del triángulo, el adulto ya no hace nada más.»

¹⁵ Más alto servicio. Término scout con el que se indica el sacerdocio o la vocación religiosa. — (N del T.)

¹⁶ Ch. Péguy, *Le mystere des Saints Innocents*.

¹⁷ Guide, p. 14.

Por lo tanto, la ambición normal de un educador debe ser desaparecer de la vida del que ha educado, en el momento en que éste sea capaz de conducirse solo. O más bien, para un educador cristiano, es, según la bella fórmula de San Carlos Borromeo: *Educere, hoc est ad Christum adducere*, llevarlo al conocimiento de Cristo y dejarlos cara a cara.

Cuando Baden-Powell dice que hay que apasionar al niño por su propia formación, que hay que apoderarse de la intensa necesidad de progreso que duerme en todo niño, se sitúa en la línea que aprueba Pío XI en su encíclica sobre la *Educación cristiana*:

«Si se expresase por método activo la necesidad en el niño de una cooperación activa, y, gradualmente, de día en día, más consciente en el trabajo de su educación, si se entendiese por ello no querer rechazar únicamente lo arbitrario y lo violento (del cual se distingue, por otra parte, la justa corrección), se estaría en lo cierto... La educación cristiana imitaran esto la misma manera de Dios, que llama a cada una de sus criaturas, según su naturaleza propia, a una cooperación activa»¹⁸.

En efecto, ¿de qué se trata? Nada menos que de ayudar al adolescente a asimilar la Verdad cristiana, y a conducirse formando un juicio personal sobre el acuerdo de sus costumbres y de sus actos, con la ley de la especie y la ley de Dios.

Hasta que no se le ha hecho desear el Bien (su bien), hasta que no se ha logrado hacerle trabajar voluntariamente para la realización de este bien, no se ha hecho nada. Se ha podido hacer reinar un orden exterior, lograr bellas ceremonias, pero si no ha sido engendrado el principio de acción autónoma, no se ha hecho nada, no ha habido educación, salida de lo indeterminado, nacimiento de un hombre libre y consciente de su responsabilidad.

Todavía recuerdo una gran iglesia de una parroquia industrial de Lorena, con una admirable reunión de niños. Por casualidad, asistí a una misa en donde se renovaba la comunión solemne. La iglesia estaba llena a rebosar. Las niñas y los niños cantaban juntos de una manera perfecta. El movimiento hacia el comulgatorio se efectuó con un orden impresionante. Al tocar unas palmadas, todo aquel pequeño mundo evolucionaba como los personajes de un reloj parlante. Estaba admirado.

Y de pronto, habiéndolos visto comulgar y alejarse del altar, una duda se apoderó de mí. Había tenido la impresión, por pequeños detalles en las fisonomías que no engañan, que la mayoría acababa de hacer, con buena voluntad y disciplina, un acto colectivo, pero que no había habido un solo instante de vida personal, de verdadera adhesión interior a aquel acto de fe suprema que es la comunión.

Al comunicar mi inquietud a la religiosa encargada de las niñas, me respondió: «Temo mucho que esté en lo cierto. A partir de mañana, el ochenta por ciento de estos niños no volverán más. Para ellos será la última comunión antes de su matrimonio, y menos mal si de aquí allá logramos que no se nos pierdan.»

Si existe una esfera en que la *colaboración activa*, el compromiso personal cuente antes que nada, se trata, sin duda, de la educación de la fe.

Las ceremonias exteriores, si no son ante todo la expresión de esta vida secreta, no son nada, ni siquiera un homenaje valedero para Dios. Los gestos, para entrar en la economía de una pedagogía activa, tienen que corresponder a convicciones, a

11 *Rappresentati in terra*, en «La Documentation Catholique», números 507-508, col. 406.

intenciones, a sentimientos personales. Cuando una vez han sido cargadas de sentido, pueden restituirlo al alma en peligro de habituarse. Pero, si sólo son obtenidos desde el exterior, no tienen ningún valor para la vida personal.

¿De qué manera aquellos niños, para la acción más importante de su vida, habían sido utilizados como *principios autónomos* de una decisión tan importante?

Y, sin embargo, todo estriba en esto. La única educación que puede producir efectos duraderos, fuera del ambiente que la favorecía, a pesar de las presiones sociales contrarias, es la que ha creado en el discípulo un *habitus*, una virtud, una energía viva, un surgimiento de vida personal impregnado del amor de la Verdad y del bien.

Habría que decir lo mismo de toda empresa scout. Algunos «récorde» obtenidos por voluntad del jefe, una instalación sensacional debida a la intervención de unos jefes especializados pueden equivaler a cero, desde el punto de vista de la educación personal, la única que cuenta.

CUIDADO CON EL DIRIGISMO

Desde que la expresión *Pedagogía activa* se ha puesto de moda, todo el mundo la utiliza y las cosas más diferentes y más contrarias se ven decoradas con este nombre.

Y es que en la expresión *hacer actuar* hay un equívoco peligroso. Si se toma en el sentido de sustituir la pasividad del niño por la intención del adulto, la personalidad del jefe, su vitalidad, estamos ante un ser puesto en movimiento, pero como un «robot, y no como una criatura libre e inteligente, responsable de sí.

La parte esencial del acto humano reside en la reflexión, el *consejo* (interior) en el cual se escoge, en el cual se decide hacer tal o cual cosa. En esta elección, en esta decisión, el ser se compromete y se engrandece con lo que llamamos en escolástica un *habitus*, especie de crecimiento biológico de nuestro ser. Cuando por medio de un lastre se obliga a un tapón de corcho a permanecer en el fondo del agua, no se crea en él ninguna aptitud para permanecer por sí mismo. Cuando se obliga a un niño, sin haber obtenido su adhesión profunda, no se crea en él ninguna aptitud nueva para actuar (o vivir) por sí mismo.

Lo que muchos educadores actualmente llaman *método activo* no es en realidad nada más que otro dirigismo. Hacen actuar, en virtud de su propia energía vital, no hacen realmente vivir : vivir como hombres, gracias al juego de la inteligencia que ve y de la voluntad que decide.

Sin duda, puede haber un progreso. Como dice Ad. Ferrière : «Hacer ver la realidad vale más que describirla; pero aún hay algo mejor, y» es la enseñanza por medio de la acción espontánea.» Vale más hacer actuar a los niños, iba a decir a pesar de ellos, que mantenerlos en su sitio, silenciosos y con brazos cruzados ; pero en toda acción en la que la educación impulsa sin crear un movimiento autónomo, no se ha hecho nada para crear personalidades fuertes y originales. Asimismo, hacer repetir invocaciones a los niños es mejor que recitar una oración en su presencia. Pero el juego interior de sus facultades no se dispara verdaderamente hasta que se llega a hacer brotar una oración personal, expresión de sí mismos.

Se puede hacer rodar indefinidamente vagones detrás de una unidad motriz, sin que

por ello se transformen en automotores. Y en educación lo que hay que hacer son automotores.

Esto no significa que jamás deban proponerse actitudes. Las necesidades de la vida social harán necesario que ciertas cosas sean impuestas. Esto puede llegar a ser el aspecto bienhechor del espíritu de cuerpo. En tanto que miembro de una comunidad, el individuo se beneficiará desde el principio del ideal de grupo y de sus tradiciones al servicio de este ideal: «Aquí lo hacemos así.» Es un hecho. No se discute. Por ejemplo, se dirá : «Los scouts no fuman en el campamento.» Se crearán hábitos a la manera de inclinaciones materiales. Es lo que pasa con las costumbres familiares. Esto facilitará el juego de las acciones verdaderamente personales y voluntarias. Podrá durar largo tiempo, tanto tiempo como la presión social del ambiente actúe en el mismo sentido. Pero sólo hay creación de un *habitus*, desarrollo del ser personal, cuando el espíritu se ha comprometido, con todo su amor y su entusiasmo.

Se ve muy claramente con el ejemplo del tabaco. Innumerables scouts, que se habían doblegado ante esta regla, sin haber consentido interiormente por una decisión verdaderamente deliberada, no hacen prueba en la vida de ninguna disciplina particular sobre este punto. «Mi gran fracaso», me decía un día, sonriendo, Baden-Powell.

No nos cansemos de repetir que, según leyes que le son propias, el hombre se desarrolla como una planta que creciere voluntariamente. Tanto en el orden intelectual cuanto en el moral, no posee realmente más de lo que ha asimilado por una especie de digestión personal. Con razón los partidarios de la Escuela activa dicen también que la moral es una biología.

El momento del crecimiento espiritual del ser humano es aquel en el cual *decide* hacer lo que ha juzgado bien. El momento en el cual *se compromete* es el instante privilegiado de la vida inmanente.

SEMBRAR, ESTIMULAR Y DEJAR VIVIR

El educador, naturalmente, tiene que cultivar la imaginación; ayudar al consejo; añadir al compromiso interior el suplemento de estímulo que le es necesario para pasar a la acción. Pero si no hay un mínimo de colaboración interior por parte del niño, no hay acto humano, no hay vida humana propiamente hablando, ni educación humana digna de este nombre.

La dificultad de la educación activa consiste en despertar el hambre del niño. En lugar de sumergirle en un mar de respuestas a preguntas que él no se ha hecho, es necesario despertar su interés, su curiosidad y su deseo ; hay que buscar con paciencia las grietas a través de las cuales pueda filtrarse la luz. Es lo que se intenta decir cuando se pretende que es necesario dejar que el niño siga sus intereses.

Es lo que dice Baden-Powell: «El trabajo del jefe consiste únicamente en dar al muchacho la ambición de aprender por *sí mismo*»¹⁹. «La finalidad más importante del Escultismo es la de educar. No digo instruir, sino educar; es decir, empujar al muchacho

19 *Le Guide*, p. 21.

para que aprenda *él mismo, porque lo desea* todo lo que tiende a darle carácter»²⁰.

En este método el papel principal del jefe será el de sugerir actividades atractivas. Por ello no hay más educación verdadera que la individual. Y a este propósito escribió Baden-Powell su famosa frase: «Mi experiencia personal me ha enseñado que no podía educar individualmente a más de dieciséis muchachos. Porque cada espíritu exige una explicación personal y también atractivos particulares para que se desencadene la ambición de realizarse.

Puede verse hasta qué punto son contrarios al espíritu y a las exigencias prácticas de una verdadera pedagogía activa los programas generales de actividades, que tan a menudo nos habrán pedido en el transcurso de estos veinte años, al ejemplo de otros movimientos establecidos en Francia, para los doce meses de un año²¹.

La cruz de todo educador es el encuentro con niños apáticos, por temperamento o por estado de crisis fisiológica; con aquellos que parece que no tienen ningún deseo, que nada les interesa. Arrastrarlos a participar a una actividad no es bastante. Hay que conseguir hacerlos vibrar, hacerles nacer inquietudes.

Tan pronto como un niño se entusiasma con la idea de hacer alguna cosa, no importa cuál — pesca con caña, fotografía o jardinería —, hay que ayudarle en seguida,

Dejar elegir al muchacho no es abandonarle en la acción. Se trata, después de haberle propuesto ideas, de proporcionarle los medios de realizar sus proyectos. Hay que indicarle dónde y cómo podrá procurarse lo que le hace falta y cómo debe emprender su trabajo. Una vez hecho esto, sólo restará sostener su esfuerzo, ayudarle a perseverar y a terminar lo que ha empezado para que llegue felizmente a término.

Y es ahí donde la voluntad débil del niño, donde su menor resistencia, necesitan la ayuda ya solícita, ya discreta del jefe. Asimismo, cuando un niño se ha comprometido a perseguir su propio ideal, hay que sostenerle en el camino, proporcionarle lecturas, sugerirle actos, levantarle en sus caídas, volverle a colocar sobre el camino adecuado si se halla desorientado. Hay que añadir a la perseverancia del niño lo que le hace falta para realizar aquello que él había soñado y decidido.

En el Escultismo, no es solamente merced a su conducta individual como hay que enseñar a los muchachos a concertar su vida, a tomar la responsabilidad y la iniciativa de la misma, sino también por medio de su vida colectiva, en la patrulla o en el equipo.

Hay jefes que falsean completamente el método y no aprovechan el consejo de patrulla o la Corte de honor para enseñar a los scouts a elegir y a decidir. Es decir, a tomar sus responsabilidades. Esta responsabilidad de sí mismo, o la que prolonga al individuo en la comunidad natural, que Santo Tomás considera como lo que hace propiamente al hombre. Cuántos adultos creen haberlo hecho muy bien, siendo así que de una manera más o menos honrada han hecho adoptar la decisión que, independientemente de los muchachos, habían tomado de antemano. No ven que la empresa tiene poco interés en sí misma y que lo vital consistía en hacer elegir y decidir, es decir, proponer un *acto humano* (razonable y libre) a los muchachos.

Yo no separo el papel del jefe y el del consiliario. Hay una parte de mando en el Escultismo, pero siempre debería estar al servicio de la educación. El consiliario no debe

20 *Ibid.*, p. 42.

21 Cf. *L'École active*, de Ad. FERRIERE, Edit. du Forum, y *Une méthode de travail libre par groupe*, de Robert COUSINET, Edit. du Cerf.

mandar, sino inspirar. Es el consejero competente que debe siempre mantener en cabeza de la educación sus finalidades cristianas, sus medios, su línea recta y pura. Sus estudios lo preparan para ello. La juventud de muchos de los jefes los hace incapaces de ser verdaderos educadores. Todo lo más, son directores de juego. En este caso su influencia sirve sobre todo de ejemplo personal. Ya mayor, con más experiencia y reflexión, el consiliario debería guiar el trabajo profundo y sutil de la asimilación de la verdad y las costumbres cristianas, hacia el desarrollo de cada personalidad. Además, hace falta que él mismo crea en la educación, lo que no es muy frecuente. Hay jóvenes sacerdotes que sueñan en una evangelización de masa, sin tener en cuenta la lentitud del desarrollo humano y las maduraciones de la gracia. Corren el peligro de menospreciar la ayuda fraternal que llega durante la vía de perfección, en los instantes de cansancio, así como los medios sobrenaturales puestos por Dios al servicio de nuestra ascensión hacia Él. La amistad del sacerdote, su disponibilidad, el sacramento de la penitencia, la Eucaristía, la oración con el muchacho que se halla en apuro, representan la ayuda humana por medio de la cual Dios viene en auxilio de nuestra libertad que Él reconforta respetándola: «Pedro, ¿me amas?» Y el perdón de la triple negación confirma esta idea. El mismo Dios no nos sana ni nos hace crecer sin nuestro concurso. Misterio inefable, grandeza sin par de la libertad del hombre, que no debe hacer otra cosa que someterse únicamente a Dios y a su Ley revelada.

IV

EL SISTEMA DE PATRULLAS

El Escultismo de Baden-Powell es un método de educación natural, decimos nosotros. Un método de observación experimental que se propone vivificar ciertas tendencias profundas de la naturaleza de los muchachos.

Entre estas tendencias instintivas, una de las más interesantes es su inclinación espontánea a *agruparse para jugar*.

Lo natural de estos grupos es el de estar formados jerárquicamente. Todos los muchachos de todos los tiempos han elegido un jefe para sus juegos. Ya lo encontramos en las *Confesiones* de San Agustín que despuntaba, nos dice, en hacer jugar a sus camaradas a lo que él prefería.

El Escultismo utiliza a fondo esta ley natural. Del jefe de juegos, del jefe de banda, hará el jefe de Patrulla, conductor de muchachos y al mismo tiempo prototipo del scout completo.

De la misma edad que sus subordinados, *semejante* entre sus *semejantes*, representará a sus ojos la encarnación de la *Ley scout*, el viviente ideal scout. El mismo aprenderá que el jefe, en régimen cristiano, está hecho para servir y no para ser servido; que, si tiene derecho a mandar, es en la medida en que él se somete a la regla y a las exigencias del bien común.

No sólo estos grupos de juego están formados jerárquicamente, sino que obedecen a reglas precisas. Existe entre los muchachos, un código de honor que los conduce a observar estas reglas.

Nada tan interesante, para revelar las estructuras fundamentales de la vida humana, como el estudio del psicólogo Piaget sobre la permanencia de las reglas en los diferentes juegos de bolos a través del mundo. Descubre una legislación oral que se transmite con una fidelidad asombrosa, una especie de derecho habitual en el que lo más notable es el poder que tiene sobre los jugadores que voluntariamente se sometan a él.

Por lo general, un muchacho es poco sensible a los reproches que puedan hacerle los adultos. No se siente desacreditado cuando ha faltado a las reglas de la sociedad de las personas mayores. Por el contrario, no puede soportar ser expulsado de la sociedad de muchachos con el infamante epíteto de «tramposo».

El Escultismo ha captado esta tendencia primitiva para orientarlo hacia el bien. En efecto, existen toda clase de sociedades de muchachos, desde las que se constituyen ocasionalmente para un juego y para el bien, hasta las bandas de gamberros. La patrulla es una de estas sociedades de muchachos para jugar y vivir, para llevar juntos acaso apasionantes aventuras de acción y servicio. El código de honor, la ley del grupo será la *Ley scout* y todo el «juego scout», es decir, la vida del muchacho, se convertirá en una aventura caballeresca.

Hay que subrayar que el juego es lo más importante que existe para los muchachos, es el momento supremo de su vida, aquel en que se sienten libres y responsables.

La patrulla es la banda de muchachos que se comprometen entre ellos a practicar la

Ley scout. Por ella se es scout. Sus componentes se tienen mutua confianza porque esta Ley es el código secreto que domina la vida y las actividades comunes. Y sólo se es un scout o un miembro de la patrulla porque se vive dicha Ley. Debo confesar mi temor de que muy raramente los muchachos sean *iniciados* en la Ley como en un secreto de esta especie, en una convención sagrada de su banda. ¿Acaso se les hace comprender el día de la Promesa, que, desde entonces, por su forma de vivir, son responsables del honor de los demás muchachos de la patrulla?

La patrulla — y diríase lo mismo, con algunas variantes, para la seisena de lobatos, o para el equipo de rovers — es el centro privilegiado de la formación de los muchachos. Lo que podría haber de egocéntrico en un método individualizado se halla compensado por la vida en común y los sacrificios que ella exigiría a cada uno.

En cada instante y en las circunstancias más concretas de la vida de campamento, cada uno de los miembros de la patrulla debe pensar en los demás y sacrificarse por el bien del equipo. El valor individual, las habilidades adquiridas, serán en todo momento empleados en el servicio de la comunidad. *Cada uno trabaja en ella según sus fuerzas y cada uno recibe según sus necesidades.*

El honor de la patrulla exige que todos los recursos sean puestos en común: «El scout es el hermano de todo scout.» El ideal sería que, para las excursiones, el dinero fuese reunido según las posibilidades y repartido con igualdad. No puede tolerarse que uno de los miembros tenga reservas y no las reparta. Incluso la solicitud de las madres podría extenderse a toda la patrulla. Este sentido comunitario es esencial. En esta comunidad de vida se forman los hombres: «La finalidad de la educación scout, ha dicho Baden-Powell, y no hay que olvidarlo nunca, es la de reemplazar la preocupación del yo por la del servicio.» Es lo que él llama «poner el cristianismo en práctica en la vida de todos los días»

La intimidad entre los muchachos de una patrulla recuerda bastante el espíritu familiar. Pero con horizontes renovados. El apego es menos instintivo; no es ya la sangre que habla y que engendra la unión; es un ideal común. Esta expansión corresponde también a una necesidad de naturaleza. La ley del desarrollo psicológico del muchacho exige que descubra, más allá de la familia, la camaradería y luego la amistad.

VIDA DE PATRULLA Y AMBIENTE FAMILIAR

La familia, naturalmente, sigue siendo el círculo esencial. Es ella la que transmite, con la vida, las tradiciones que forman parte de nuestro ser más profundo. Por su clima, marca para siempre nuestro temperamento moral, y es ella la que da a nuestro mismo destino espiritual sus modalidades. No hay nada que la reemplace ni a ella equivalga. Hay que contar siempre con ella, aunque sea deficiente. De ahí que Baden-Powell insista tanto en que los educadores conozcan el círculo familiar de sus muchachos.

Por muy importante que sea el círculo familiar, la experiencia enseña, sin embargo, que no es suficiente. Necesita un complemento, un engrandecimiento y un correctivo, aun en los casos de las familias numerosas.

Esto es particularmente cierto en esta fase del desarrollo fisiológico y moral del muchacho, que empieza mucho antes de la pubertad para continuarse hasta el retorno

del equilibrio físico y la aparición del sentido social.

El Escultismo es por excelencia el bienhechor de los muchachos de la *edad ingrata*. Es quizá para ellos el mayor bienhechor, y es lo que da a la rama scout un carácter emotivo y privilegiado en el movimiento: «En casa, en el colegio, en este metro en donde ha entrado como un bólido, en la calle que baja silbando, es el muchacho ingrato. Por ello sólo se encuentra a gusto, cómodo, natural, en fin, con otros muchachos parecidos a él»²². Cosa que se realiza, admirablemente, en la patrulla y en la tropa scout bien dirigida

En educación es necesario alguna cosa más que la familia, por otra razón que proviene del hecho de que las instituciones humanas más fundamentales y naturales participan del pecado de sus miembros. A consecuencia de los egoísmos individuales, el clan familiar corre el peligro de ser egoísta y cerrado. Es un egocentrismo entre varios. De tal suerte que algunos niños, aun «de buenas familias», contrariamente a lo que ellas creen, ven sus impulsos de generosidad contrariados por su ambiente. Me acuerdo de un scout robusto que negábase, al principio de un campamento, a cualquier servicio un poco duro porque sus padres le habían amenazado, si adelgazaba, con sacarlo de la tropa.

Jamás olvidaré una escena que, a pesar de la pequeñez de la cosa, podría calificarse de drama. Era en el metro y se trataba de una familia que yo sabía rica: el padre, la madre, el hijo de unos cuatro años. Este llevaba en sus brazos un oso de felpa. Una pobre mujer, llevando penosamente un niño con la cabeza envuelta en una venda enorme, sube y se instala en el asiento de enfrente. Visiblemente, salía del hospital. Emocionado, el niño rico ofrece, con un gesto brusco, su juguete al niño pobre. Y éste, ya como desconfiando de la felicidad que viene de los hombres, duda, después cogo este tesoro, y lo aprieta contra él con fervor extático. Pasan algunas estaciones. La familia rica se dispone a bajar, y fue entonces cuando oí, de pronto, a los padres, los dos a la vez, con una voz que después de varios años resuena todavía en el fondo de mi memoria como una profanación: «Coge tu juguete.» Muchas veces me he preguntado con cuántas lágrimas estos pobres inconscientes habrán pagado el aliento dado al egoísmo de su hijo, culpables de la repulsión dada a su compasión y generosidad.

PATRULLA Y FAMILIA

Los niños necesitan descubrir horizontes, hacer experiencias que sobrepasen el cuadro de su familia. No por eso serán infieles a su casa. Pero es necesario que salgan de ella para apreciarla mejor, al igual que no conocemos bien a nuestro país hasta que no hemos viajado por el extranjero, y sentido la nostalgia de la tierra natal.

La patrulla, para el muchacho, es no solamente el lugar de este cambio de ambiente, es más aún para muchos niños un círculo de compensación. En el interior de las familias se crean a menudo antagonismos inconscientes que falsean los temperamentos más frágiles. El comportamiento de los padres, y también el de los niños entre sí, puede deformar los psiquismos inconscientes.

El orden del nacimiento sitúa a los niños en un complejo de relaciones que puede ser

²² P. Rimaud, *L'Éducation de la croissance*, Aubier, p. 120. Es una de las razones por las cuales el autor de este libro ha reservado a este período doloroso y tan a menudo incomprendido de la edad ingrata, lo mejor de una abnegación sin límite.

perjudicial : severidad o, por el contrario, admiración beata hacia el mayor (como me decía una abuela: «Comprende usted, fue el primero, y los deslumbró»); abandono de los menores por cansancio o por costumbre; alejamiento de la atención hacia el número dos, sobre todo si es del mismo sexo y menos brillante que el número uno, y si el tercer hijo ha llegado sin tregua; convergencia de las admiraciones y de las benevolencias hacia el último. ¿ Quién no ha encontrado en su vida este eterno «bebé» que la familia no ha visto crecer nunca, y que presenta una curiosa mezcla de niño tiránico y jamás tomado en serio; de egoísmo pueril unido a una falta de personalidad; un asombro continuo ante las dificultades y gran facilidad al desaliento?

En la patrulla, el muchacho se encontrará situado en distinto orden que el de su casa. El mayor será el más joven de la patrulla. Un día el número dos podrá ser jefe de patrulla. Tal niño, eternamente tratado como un muñeco, encontrará manera de desarrollar sus cualidades en la patrulla. Por el contrario, tal primogénito adulado, admirado, se verá rebajado provisionalmente a su justa medida.

A menudo, paralizados por la idea que se hacen de ellos en su casa, los muchachos, en la patrulla o en el equipo, podrán descubrir y expresar su verdadera personalidad. Podrán adquirir cualidades nuevas que les serán reconocidas en la patrulla mientras que en su casa continuarán juzgándole como en tiempos pasados. Encontrarán en este nuevo ambiente las compensaciones de opinión y de relación que levantarán muchas desviaciones debidas a los encontronazos con las afectividades familiares.

DAR RESPONSABILIDAD

La patrulla tiene que ser para los muchachos el reino de la libertad, el dominio encantado donde podrán hacer lo que quieran. Cuando se les deja dirigir la vida de la patrulla, administrar las cuentas, hacer fondo común para las empresas de juego o de servicio, aprenden a manejar toda clase de realidades que en la vida corriente quedan confiscadas por los adultos.

Es rarísimo, en Francia, que los padres confíen a sus hijos una cantidad personal para que la administren. Los pequeños ingleses reciben cierta cuota mensual para sus placeres, sus gastos corrientes y, por ejemplo, la compostura de su calzado. Es a ellos a quien toca repartir sus gastos, economizar, si quieren hacer una compra extraordinaria.

En las familias obreras, desde el momento en que el chico es aprendiz, se le toma todo lo que gana. En las familias pudientes, se los llena de regalos, y acabará por dárseles, en régimen de mendicidad, enormes cantidades, pero la mayor parte del tiempo se dudará en darles una cuota corriente, o si no se establecerá un tope ridículamente bajo, a riesgo de engendrar la «sisa».

Para que la patrulla desempeñe completamente este papel, es esencial que «el más lento» tenga su papel en ella, que pueda hacer sus experiencias, y hasta sus «planchas», sin que esto provoque dramas. Es necesario que el muchacho se encuentre completamente a gusto.

Volvamos a leer a Baden-Powell: «Dar responsabilidades, es la llave del éxito con los muchachos, sobre todo con los más turbulentos y los más difíciles. El sistema de patrullas

tiene más que nada como fin dar verdaderas responsabilidades al mayor número posible de muchachos, a fin de desarrollar su carácter. Si el instructor da un verdadero poder al jefe de patrulla, si espera mucho de él, y si lo deja libre para ejecutar su trabajo como él lo entienda, habrá hecho más por el carácter de este muchacho que una gran cantidad de horas de escuela. La Corte de honor es también una ayuda preciosa para llegar a esta finalidad, si se utiliza completamente»²³.

Para que la patrulla, clave del sistema, desempeñe su papel, es conveniente que sea realmente asunto de los muchachos; que la recluten por afinidad, que creen en ella sus tradiciones y que designen su jefe, al que nombrará el consejo de jefes.

Raras veces se actúa de esta forma. La desenvoltura de los adultos frente a los chicos es inagotable. Cuántas veces he visto patrullas que se forman o deforman según la arbitrariedad del jefe o del consiliario, sin consultar para nada a los muchachos, cuya opinión sería muy válida. Ya no es una banda natural, sino una formación artificial.

Cuando se habla tanto de democracia, yo me pregunto, ¿por qué se duda tanto en hacer designar el jefe de patrulla por elección de los miembros de la misma? Esto no impide que el elegido sea nombrado por el jefe de grupo y la Corte de honor; pero la designación sería hecha por los interesados. En caso de que se pensase que habían hecho una mala elección, habría que decírselo; pero yo creo, personalmente, que habría que intentar la experiencia, y que a menudo, contrariamente a la aprensión de los adultos, daría buen resultado.

Sería una manera privilegiada de hacer lo que Baden-Powell pide con insistencia: confiar responsabilidades a los más difíciles, a fin de que por ellas se encuentren reformados.

El reclutamiento de la patrulla, la designación del jefe, el reparto de los cargos entre los muchachos, la elección de las especialidades y empresas, son ocasiones de enseñar a los muchachos su futuro papel de ciudadano. Es en la patrulla, y más tarde en el equipo, donde uno se entrega a las grandes aventuras, a los servicios que depositarán en el fondo de la memoria los recuerdos más enriquecedores. Se hace el aprendizaje de la amistad y del don de sí mismo. La caridad pasa de la intención a los actos. El individuo se crece al mismo tiempo que se entrega. Es la prefiguración de una sociedad hecha para el hombre. Es verdaderamente el rodaje esencial de la vida scout.

Lo que se dice de la patrulla vale, con todas las correcciones debidas a las diferencias de edad, para la seisena de lobatos y el equipo de Rovers.

²³ *Le Guide du chef éclaireur*, p. 44.

V

ESCUELA AL AIRE LIBRE

EL CAMPAMENTO

«El aire libre es la clave del éxito; por él existe el Escultismo, escribe Baden-Powell.²⁴

El Escultismo es una escuela al aire libre. En esto coincide con la *Escuela activa*; pero ha dado una amplitud excepcional a este retorno a la naturaleza.

Hace falta volver a repetir que para formar futuros ciudadanos, conscientes de sus responsabilidades, fuertes y bien equipados para la vida, Baden-Powell les abre su *Escuela de los bosques*, que también llama Escuela de civismo por medio de la naturaleza.

No hay que entender por eso que se va a coger el pupitre y los libros para ir a estudiar al jardín. No estaría del todo mal. Cuanto más se pueda salir de tantas aulas, en las que pienso, tristes, sin vegetación, sin aire, tanto mejor.

Pero se trata en realidad de otra cosa. El campamento, elemento primordial de la vida scout, debe ser el reino de los muchachos, la ciudad que van a construir, ordenar, dirigir y donde, con toda libertad, podrán probar mil experiencias que pondrán en acción sus facultades de iniciativa, de ingenio, de juego y de abnegación.

El Escultismo se impone la tarea de «impulsar al muchacho a aprender por sí mismo, y porque lo desea, todo lo que tiende a darle carácter».

Esta palabra, en la acepción del lenguaje corriente, evoca el esfuerzo voluntario, o, mejor, una especie de solidez inmutable. El carácter, decía el P. Lacordaire, es «la energía sorda y constante de la voluntad, un no sé qué inquebrantable en sus decisiones, más inquebrantable aún en la fidelidad a sí mismo, a sus convicciones, a sus amistades, a sus virtudes»²⁵.

Para los ingleses, la palabra comprende todos los elementos que constituyen la personalidad. Enumerémoslos, porque Baden-Powell, en las actividades que sugiere, se refiere sin cesar a ellos. Son :

- La piedad o el sentido de Dios.
- El sentimiento del honor.
- El dominio de sí mismo.
- El sentido social.
- La confianza en sí mismo.
- El espíritu de observación y de reflexión.
- La inteligencia práctica.
- La energía y el espíritu de iniciativa.
- La alegría de vivir (y el sentido del humor)²⁶.

Organizar las actividades susceptibles de engendrar un conjunto tan variado de

²⁴ Le Guide, p. 57

²⁵ Lettres sur la vie chrétienne

²⁶ U Guide, pp. 15, 17, 22, 25, 42, 48, 91

aptitudes, en el muchacho, corre el riesgo de desalentar a los aprendices-educadores, y esto no se le escapó a Baden-Powell: «Son numerosos los que han tenido que renunciar a ser jefes por causa de la multitud de conocimientos que les parecía tener que adquirir; pero en realidad: «el Escultismo es muy sencillo. El trabajo del jefe consiste simplemente en dar al muchacho la ambición de aprender por sí mismo. Lo conseguirá sugiriéndole actividades que le atraigan en las que, si hace falta, se iniciará al mismo tiempo que sus scouts»²⁷ .

¿Dónde, pues, mejor que en el campamento podrán los scouts encontrar las condiciones requeridas para desarrollar su salud, su espíritu de iniciativa, y para intentar las experiencias que desarrollarán los componentes de su personalidad?

Ciertamente, Baden-Powell aprueba que tengan una *base* (un local), donde estén en su casa, en un ambiente sano, y donde puedan hacer trabajos manuales. Pero lucha con toda su fuerza de persuasión en favor del aire libre y contra el espíritu casero: «El campamento es, con mucho, la mejor escuela para dar a los muchachos las cualidades de *carácter* en las cuales nos ocupamos. El ambiente es sano, los scouts son entusiastas y avispados. Cosas interesantes los rodean (para observar y hacer). El jefe los tiene continuamente bajo su mano, de día y de noche, para hacerles asimilar lo que se propone. *Una semana de vida de campamento vale más que seis meses de lecciones teóricas en un aulas.*

EL CAMPAMENTO SCOUT REINO DEL MUCHACHO ²⁸

El campamento, para el muchacho joven, es una gran aventura. Su don de secreta poesía, su aptitud instintiva para mitificar la realidad, para imaginar que realiza menesteres de hombre, podrán ser puestos en práctica.

Todos los niños transponen la realidad presente, la hermocean, la transmutan. Sueñan que son unos héroes o unos campeones. Contemplad con qué seriedad pedalea aquel muchacho, con rostro de aspecto concentrado: podéis estar seguros que, con la imaginación, está escalando el Galibier y que es tal o cual corredor favorito de la Vuelta a Francia.

Hace poco nos felicitaron por haber sabido captar el poder de los sueños para hacerlo trabajar en el sentido del ideal scout. Pero no estoy seguro de que bajo las flores no hubiese una espina.

Es verdad que es difícil, a los que nos estudian desde el exterior, el orientarse en la complejidad de nuestro Movimiento, discernir bien lo que es juego o realidad. Pero sería deseable que nuestros censores no confundiesen lo que aplicamos a la edad del lobato y a la edad scout, períodos de evasiones naturales y casi fisiológicas, con lo que se propondrá a los rovers o a los jefes.

Cuando se aplica a los scouts ya mayores lo que se ha dicho de los adolescentes, es inevitable que sólo se vea en ello una evasión de las tareas reales, y que nuestra posición

²⁷ *Ibid.*, p. 21.

²⁸ Teniendo en cuenta las diferencias de edad, lo que aquí se dice puede convenir al campamento de lobatos.

aparezca como utópica o como peligrosa y lamentable.

En el niño el sueño es más que una representación imaginaria. Es cierta anticipación del porvenir, una forma de vivir por adelantado lo que uno querría ser, una toma de conciencia intuitiva de su porvenir. Puede llevar consigo una especie de compromiso implícito²⁹.

Una grande y auténtica vida de hombre es un sueño de infancia realizado y vivido. ¿No era acaso Lenin, cuyo realismo no puede negarse, quien reivindicaba el derecho de *soñar*, de este sueño que no es evasión de los acontecimientos, sino anticipación?

Bernanos, en una página muy hermosa, dice que la Orden de Predicadores, sus mártires y sus santos, no es nada más que el sueño y la oración de Santo Domingo realizados a través del espacio y del tiempo.

Y ¿no es menos cierto que, gracias al sueño del *Vieux Loup*, los *Scouts de France* son lo que son?

Dejemos, pues, que los niños sueñen a su antojo. Pero no nos metamos a soñar en su lugar o a ir más allá de sus imaginaciones. Existen en ello un gran peligro.

Los jefes que algunas veces han intentado sustituir las realidades de la vida de campamento por el resultado de su calenturienta imaginación personal y que han querido hacer vivir a sus muchachos novelas de aventuras, dispensándoles para ello de las tareas principales de organización y de conducta del campamento, se equivocan, a mi entender, y merecerían las críticas a las que se ha hecho alusión anteriormente.

Existe una imaginación espontánea en el niño y en el adolescente que se sobrepone a una adaptación progresiva de lo real. De tal suerte que los jefes no deben proponer actividades de una excesiva fuerza imaginativa. Hay que dejar un margen a la imaginación personal del muchacho. Con ocasión de un juego presentado de manera concreta, con reglas y objetivos precisos, la facultad de adornar la realidad «en sobreimpresión» halla más fácilmente su curso. A lo largo de los juegos los muchachos se inventan en secreto situaciones y circunstancias que les son estrictamente personales y que se sobrepone a su actividad concreta.

LA VERDADERA AVENTURA

¿Tiene la vida de campamento algo de arbitraria? Puede que sí. Pero una vez escogida, pone al muchacho delante de dificultades reales, que han de ser vencidas. Sólo hay *evasión* psicológica allí donde la vida imaginativa no conduce a la acción, y no se mide con la resistencia del mundo exterior. Todo lo que nos hace reaccionar vitalmente, todo lo que nos hace tomar conciencia de lo que podemos, a través de los objetos de nuestra actividad, nos construye, aunque sea de manera convencional. Un caballo que aprende a saltar obstáculos en un picadero se vuelve más capaz de saltar los obstáculos de un recorrido real.

Tomemos un ejemplo muy sencillo: encender un fuego, un fuego verdadero, sin el cual no se come; basta haber ido de *camping* para saber que requiere observación, habilidad

²⁹ Se llama *froissarlage* a un sistema de construcción, debido a J. Froissard (de ahí su nombre), muy usado por los *Scouts de France* en sus campamentos. — (N. del T.)

manual y perseverancia. Esto me recuerda un artículo divertido de Paul Morand: «Pocas gentes saben encender un fuego, un fuego que no se extienda alrededor, un fuego que no humee, un fuego que tal vez no alejará a los animales salvajes, pero que dará unas buenas ascuas rojas sobre las cuales el agua hervirá pronto. ¿Sabe usted hacer dos zanjas estrechas y paralelas al flanco del talud, llenarlas con ramillas, etc.? El fuego que escuece a los ojos me hace pensar siempre en las *Mémoires d'outre-tombe*: “Había aprendido con los iraqueses a evitar el humo...” Jugar ante todo la regla del juego y el juego del *camping* es demostrar a la civilización que podemos pasarnos sin ella.»

Y ¿para qué sirve todo eso?, murmura la voz del hombre moderno, utilitario y a quien urgen los resultados tangibles. Y yo le contestaría simplemente: En una pequeña parte, para formar al hombre en este niño que juega.

Sería necesario, naturalmente, que los campamentos estuviesen equipados para que en ellos pudieran practicarse numerosas actividades, con valores educativos diversos.

Sería una buena prueba de reconocimiento que los antiguos scouts darían a su movimiento, si contribuyesen a organizar, en las afueras de las grandes ciudades, campamentos permanentes, convenientemente equipados para que los ejercicios físicos, el *froissartage*³⁰, la carpintería, el pionerismo, etc., pudiesen practicarse con asiduidad y perfección.

En el gran campamento anual, la reina de las actividades — y esto parece una perogrullada, pero Dios sabe bien cuán útil es repetirlo — es el trabajo de instalación y la dirección del campamento mismo.

Instalar bien un campamento — y esto quiere decir que no se puede instalar en cualquier sitio —, hacerlo, me atrevo a decir, confortable, o por lo menos agradable para vivir en él, debería ocupar toda la primera parte del programa.

Las patrullas trabajarían en él a gusto, con esa mezcla de ardor y de juego que es lo propio de los equipos de muchachos cuando se les deja actuar por sí solos (9). Los muchachos experimentan entonces el sentimiento de su libertad, descubren el de sus responsabilidades. Su ingeniosidad se agudiza, y también el sentido del bien común. Los egoísmos mutuos se embotan. El espíritu de equipo lleva su impulso hacia la obra común. En esta mezcla de liberación y de compromiso, la alegría levanta los corazones.

Cuando se sabe a la vez estimular a los muchachos sugiriéndoles ideas de instalación, dándoles ánimos en el momento de comenzar y suministrándoles el material y todo lo necesario para que triunfen, se sumergen en un método de trabajo muy particular, que es el propio de la banda de muchachos.

NO IMPEDIR LA MÚSICA

Mientras participan en la tarea común, los más jóvenes corretean un poco, juegan su pequeña aventura secreta, y es su manera de descansar, la válvula instintiva que les evita el agotamiento.

Los cantos se elevan. Se observa a la ardilla sin saber que se está practicando la

³⁰ Se llama *froissartage* a un sistema de construcción, debido a J. Froissard (de ahí su nombre), muy usado por los *Scouts de France* en sus campamentos. — (N. del T.)

observación; se estudia el itinerario del topo ; se escucha al ruiseñor y se trata de verlo ; el pífano triunfal del mirlo da ganas de silbar y de cantar. Esto vale más que la famosa sesión de observación, prevista para tal día y tal hora — ¡ si por lo menos sólo fuese para aquellos a quienes les gusta ! — a la que todo el mundo asiste y escucha pasivamente. La mayor parte de veces los animales que se deben observar no acuden a la cita; las estrellas son poco visibles. No es positivamente aburrido, pero uno desea que se acabe pronto. Una vez más las respuestas han precedido a las preguntas que los muchachos aún no se habían formulado.

Hay que confesar que en la mayoría de los campamentos este régimen de «libertad vigilada» es raro. Las costumbres escolares contaminan el ritmo de vida. Bajo pretextos de programas establecidos *a priori*, se fijan y se recortan el tiempo y las actividades, sin dejar que puedan alargarse a voluntad. No nos fijamos en los intereses suscitados por las circunstancias y las observaciones concretas. En el Escultismo, sin embargo, el jefe está más para resolver las dificultades que se le plantean que para exponerlas.

En estos períodos de trabajo tranquilo, la imaginación de los muchachos trabaja en estado puro, y llena de poesía la trivialidad de su esfuerzo. La belleza del lugar los penetra sin que se den cuenta, y los impregna con su ritmo, los calma y los abre al misterio del mundo, que es divino.

Me horroriza pensar en la pesadez, en la torpeza con que demasiados jefes estorban ese juego sutil de las virtualidades secretas para sustituirlo por un entrenamiento ficticio y por juegos cuyo espíritu novelesco es a menudo pobre y que no son otra cosa que la sustitución continua de la personalidad de los muchachos por la de los jefes.

En lugar de haber establecido los programas del campamento al minuto, los jefes tendrían que haber llenado su mochila de un arsenal de juegos, de cantos, de ejercicios técnicos, no haciendo uso de él más que cuando lo aconsejasen las circunstancias. La improvisación, que se fía presuntuosamente en la inspiración del momento y descuida cualquier preparación, está evidentemente lejos de mi pensamiento. Es el famoso sistema D, del cual es un mal reírse, porque ya nos ha causado bastante daño. Pero hay una improvisación que es fruto de una larga meditación anterior, de trabajo lleno de valentía y de curiosidad y que parece brotar de las circunstancias, cuando, por el contrario, estaba allí subyacente. Es la improvisación que Poincaré alaba en el caso del mariscal Foch, aquel trabajador incansable, aquel gran pensador, que sólo inventaba en el transcurso de los acontecimientos porque había previsto todas las posibilidades.

Bastará una especie de armazón general, amplio y flexible del programa, siendo las únicas cosas fijas, por ejemplo, el «raid» o la exploración, y los dos o tres grandes juegos que requieren ser preparados minuciosamente.

A los muchachos les gusta de vez en cuando verse envueltos por los juegos apasionantes organizados por los jefes y que suponen riesgos y técnicas. En cambio, les gusta, después de esta gran aventura, volver a encontrar el rincón de su patrulla, porque está bien instalado y porque da gusto vivir en él.

Es absolutamente necesario que el campamento scout sea el dominio del muchacho, el campo de sus iniciativas y de sus responsabilidades. Éste es el secreto maravilloso del Escultismo, lo que lo sitúa fuera de serie entre todo lo demás. Es el reino de los muchachos.

Su continuado gran juego es «hacer como los hombres», establecer su presupuesto, tomar contacto con el pueblo, la granja y los comerciantes, hacer sus compras, fotografiar a los animales y observarlos a su antojo, darse pequeños conciertos de canto o de armónica. Ser libres, en una palabra, hacer lo que les place.

El enemigo número uno del campamento scout es el clan de rovers que, bajo el pretexto de procurar a los muchachos tiempo de jugar o de hacer técnicas, suprime la vida scout. A menos de que no sea el tándem jefe-consiliario quien lo decida todo: el lugar del campamento, los programas, las minutas, los juegos, los momentos de fantasía y los de seriedad. A éstos les remito a mi capítulo «Pedagogía activa»

LA SALUD DEL ALMA Y DEL CUERPO

El campamento es donde tienen lugar una multitud de actividades apasionantes que desvelan las aptitudes y forman el carácter, la personalidad de los muchachos.

La disciplina que se hace reinar en él debe tender a la realización de un orden que tenga su belleza y que se convierta en una necesidad para los muchachos. Hay que subrayar aquí la importancia de los símbolos que les darán la intuición, la comprensión profundas de realidades que sólo son en parte racionales.

Pienso en el mástil y en el lugar en que está colocado. Si la bandera es bonita, si está cuidadosamente conservada, si los muchachos se dan cuenta de que es un honor encargarse de ella, serán introducidos en el amor de su país mejor que por largos discursos. Si el mástil es miserable, si la bandera es pobre, el resultado será inverso.

Podrá decirse lo mismo de la belleza del altar, de los utensilios litúrgicos y de los ornamentos sacerdotales del oficiante.

El campamento es la ocasión normal, para los jefes de ambientes populares, de iniciar a sus muchachos, sin humillarlos, en las prácticas de la higiene corporal. Debería ser la gran preocupación de los jefes en los campamentos de lobatos. Durante mi niñez un profesor nos había explicado que los japoneses habían ganado la guerra contra los rusos gracias a unas cubas de agua caliente en las cuales se sumergían cada día. ¡Si por lo menos se pudiese proporcionar este baño de victoria a cada lobato o a cada scout al final del campamento!

No insistiré sobre los beneficios del campamento y de las excursiones para la **Salud**. Los jefes, sin embargo, no se dejarán llevar por esta sola preocupación.

Tienen el deber de reflexionar sobre los problemas de la alimentación, del reposo y de la alternancia de las actividades. Hay que recordar especialmente que en período de libertad «la adolescencia necesita calma, mucho sueño regular, poder respirar ampliamente un aire puro, un ambiente que permita su amplio desarrollo, reposo frecuente y paz»³¹. Son temas interesantes para discutir en reuniones de grupo o de distrito, en compañía de médicos o de higienistas³².

El campamento es la vuelta a la naturaleza. Si el Escultismo ha sido tan bien recibido

³¹ El doctor Paul Cartón, fundador de la Escuela de Medicina natural francesa, reunió un archivo sobre las imprudencias o exageraciones de los jefes y rovers, algunas de las cuales habían ocasionado la muerte.

³² P. Rimaud, *L'éducation de la croissance*, p. 122. El deber de reflexionar en las condiciones de salud es tanto más grave cuanto que los niños de la ciudad están cada vez más desequilibrados por el *surmenage* escolar

por parte de la juventud mundial, es porque traía una respuesta al instinto de defensa contra la vida de las ciudades. El éxodo hacia los bosques y el campo todos los sábados y domingos es la señal de esta reacción vital y universal. Nos dimos cuenta de ella en Inglaterra, en Alemania, antes de verla en Francia, y el que conoce las monstruosas aglomeraciones industriales de estos países comprende que el éxodo semanal hacia el campo sea una cuestión de vida o muerte.

Maravilloso para la vida física, no lo es menos para la vida del espíritu.

Baden-Powell, en *Guía para el jefe de tropa*, gusta de citar una curiosa página de Alejandro Dumas, hijo, a quien no se esperaba en tal debate:

«Si fuese rey de Francia, no permitiría a ningún niño de menos de doce años entrar en la ciudad. Hasta esta edad los niños deberían vivir al aire libre, al sol, en los campos, en los bosques, en compañía de perros y caballos, cara a cara con la naturaleza que fortalece el cuerpo, que abre el espíritu y la inteligencia, que poetiza el alma y desvela en ella una curiosidad más preciosa para la educación que todas las gramáticas del mundo.

Comprenderían tanto los ruidos como los silencios de la noche, tendrían la mejor de las religiones, la que Dios mismo revela en el espectáculo mágico de sus milagros diarios»

33

La ciudad no oprime solamente los pulmones. Oprime las almas. Los barrios de fábricas destilan tristeza. La maquinaria creada por el hombre no habla ya de Dios. Hay que enseñar, como dice Baden-Powell, *al niño endeble de la ciudad, que por encima del techo del cine brillan las estrellas*.

Hay que revelarle este «esplendor que se llama el cielo, el cielo con el gran silencio de Dios, con el día, con la noche. En la ciudad están confinados ; la ciudad se les opone, manteniéndolos a distancia. La ciudad es una invención del hombre que se defiende de las creaciones de Dios. Pero el campo sólo vive a condición de ser divino. Esta percepción de lo divino, este sentido del infinito y del misterio, de la omnipotencia y del milagro, es necesario que el niño lo tenga en seguida, antes que otro conocimiento»³⁴.

Una grandeza venida de Dios emana de la naturaleza. La contemplación de la Creación introduce al misterio de la Belleza, que es como el surco del Señor, el reflejo de su presencia.

Una apologista de la naturaleza, muerta en el camino de la verdad, hace de la belleza del universo el raro camino que puede conducir a lo divino a nuestros contemporáneos que no creen en Cristo.

«En la antigüedad, escribía, el amor de la belleza del mundo ocupaba un gran lugar en el pensamiento y rodeaba la vida entera de una poesía maravillosa... Hoy día podría creerse que la raza blanca ha perdido casi la sensibilidad a la belleza del mundo y que ha tomado como finalidad hacerla desaparecer en todos los continentes a los que ha llevado sus armas, su comercio y su religión. Como decía Cristo a los fariseos: “Desgraciados sois. Habéis quitado la llave del conocimiento; no entráis y no dejáis entrar a nadie...”

«Y, sin embargo, en nuestra época, en los países de raza blanca, la belleza del mundo es casi el único camino a través del cual podría permitirse la entrada de Dios».

Para los cristianos esta contemplación puede dar una nueva dimensión, un calor de

33 *Le Guide*, p. 58.

34 René Benjamin, *Vérités et reverses sur l'éducation*, p. 59.

34 Simone Weil, *Attente de Dieu*, Edit. La Colombe, p. 165.

vida al enunciado de la fe. Es muy distinto presentar el poder de Dios a partir de su creación o presentárselo como un viejo de cabellos blancos.

La revelación cristiana nos hace conocer que el Creador es nuestro Padre, que nos quiere con ternura y misericordia, que nos ha adoptado para hacernos participar en su propia vida más allá de las exigencias de nuestra naturaleza. Pero no niega nada de lo que hace sentir el cosmos, o de lo que ya nos revela el Antiguo Testamento. Nos es extremadamente útil saber que nuestro Padre de los cielos es también el Creador poderoso que confunde nuestra admiración y promueve en nosotros la acción de gracias.

El lugar del campamento deberá, pues, ser elegido siempre según su situación. Los vastos horizontes deben hacer siempre presa en el corazón de los muchachos para hablar secretamente a sus almas.

Para los pequeños obreros, la inmersión en un ambiente grandioso equivale a un baño de espiritualidad. Sus retinas quedan libres de la mancha de las chimeneas fabriles. Su sensibilidad a la belleza se despierta. Es el abrirse de sus oídos destinados a la audición de Dios. Y sería lo mismo, por tanto, para los chicos rurales, para quienes la tierra no es más que una mina a explotar y que han perdido toda actitud contemplativa. «Hemos visto — nos decía Pío XI, el Papa alpinista — a hijos modestos de la montaña, ante espectáculos sublimes, como el último deshielo de las nieves, caer de rodillas y bendecir al Señor; los hemos visto y hemos orado con ellos, adorando juntos la mano del Todopoderoso.»

Este descubrimiento se hará insensiblemente si el campamento nada en la hermosura y si el ritmo de vida no es agitado. También allí, abogo por largos momentos de silencio y por actividades tranquilas de larga duración.

El silencio es esa cosa maravillosa, la más rara que los muchachos deben encontrar en el campamento. Al principio del campamento llegan intoxicados de ruido y agitación. Hay que conducirles poco a poco a que encuentren de nuevo la calma en el nivel profundo de su ser. Una gran educadora, Mme. Hélène Lubienska de Lenval, escribió: «He visto demasiados niños curados del ruido, tranquilos, serenos, en el ejercicio de un esfuerzo libre y consentido, para no estar convencida de que el niño, más aún que el monje, tiene necesidad de silencio, porque es un contemplativo.»

Para muchos niños, un campamento scout bien llevado, será quizá la única oportunidad de su vida en la que hallarán largos ratos para esa admiración desinteresada, asimiladora, que nosotros llamamos contemplación.

Es necesario haberlos visto contemplar por y para sí mismos los grandes espectáculos de la naturaleza para saber hasta qué punto los de origen más humilde pueden ser sensibles a ello.

LA VIDA LITÚRGICA EN EL CAMPAMENTO

El lugar de la misa, el del fuego de campamento deben responder a esta aspiración. No olvidaré nunca el espectáculo maravilloso de la cordillera del Mont-Blanc, descubriéndose poco a poco, surgiendo bruscamente en el momento de la elevación durante una misa celebrada en la cumbre del Salève. La ofrenda mística tomaba de nuevo toda su dimensión cósmica.

Los peregrinos al Puy de 1945 no olvidarán tampoco el extraordinario espectáculo de la velada en la montaña que domina la basílica. De los cuatro puntos cardinales llegaban nubes oscuras llenas de amenazas. Y, de pronto, como una victoria celeste, un dorado rayo de sol las atraviesa, triunfa, esparce una luz misteriosa. Un inmenso arco iris aparece y cubre con su protección la basílica, reproduciendo la insignia que habíamos escogido: el arca cubierta por un arco iris. El entusiasmo de la multitud de peregrinos llegó a su colmo y creo que esta belleza no estaba lejos del sentimiento de la presencia de Dios.

También en el campamento la misa tendrá para millares de muchachos todo su sentido y su valor.

Baden-Powell desea que los adultos traduzcan su ciencia en lenguaje apropiado para los muchachos.

Es lo que ha ocurrido con el lenguaje de los ritos.

Gracias a la munificencia de Pío XI, el privilegio de la misa en el campamento nos ha permitido celebrarla en medio de la belleza y ponerla, si cabe, al alcance del mundo de los muchachos.

Muy próximos al altar que habían construido — supongo que con fe y amor — veían los gestos, oían las palabras, se iniciaban en este lenguaje sacramental. La homilía estaba hecha para ellos, breve, concreta, partiendo de las preocupaciones o de los acontecimientos de su vida. La religión de las personas mayores se convertía en la suya. Y en la ternura fraternal de su tropa o de su patrulla, en esta extraordinaria amistad scout, descubrían que la misa es el sacrificio de una comunidad. Se les aparecía el sentido de esta unidad profunda de comunión que llamamos Cuerpo místico y que es la Iglesia.

Los sacerdotes, que han meditado largamente durante el año su acción sacerdotal y que han sabido establecer un diálogo con las almas de sus muchachos, en el curso de las misas, de las veladas, no esconden que han encontrado allí sus explicaciones sacerdotales más conmovedoras. Para ellos también podría decirse que tres semanas de campamento valen más para su acción sacerdotal profunda que un año de visitas al local.

A menudo, a partir de la amistad que se ha trabado en el campamento entre un muchacho y el consiliario, se inicia una dirección espiritual. Sucede frecuentemente que, antes de haber acampado con su consiliario, el joven scout no se confiese con él, por este pudor en el muchacho joven cuando se trata de cosas del alma. La vida del campamento ligará su amistad.

Es mucho, quizá, hablar de dirección espiritual en muchachos jóvenes. Más bien se trata de una acción pedagógica sacerdotal. Los adolescentes todavía no se conocen, ¿cómo se harán conocer? El campamento es un período maravilloso, una especie de banco de pruebas para el consiliario que contempla la vida de sus scouts. Las dificultades de la vida del campamento, los rozamientos de la vida en común, el comportamiento de cada muchacho con relación al bien común y al servicio de los demás, revelan sus tendencias profundas.

Resulta posible hacer que el muchacho tome conciencia de sus debilidades y sobre todo de lo que tiene de fuerte, y ayudarle a construirse, según su temperamento, sus posibilidades, sobre lo cual actuará la gracia personal.

Para un gran número de muchachos, una sola experiencia en su vida, en un solo

campamento, con la presencia de un verdadero sacerdote, ha sido bastante para orientar toda su existencia cristiana y a menudo para hacerles sentir, a su vez, la llamada al sacerdocio.

EL CAMPAMENTO VOLANTE

El campamento volante, en la rama scout, es la tentación de los jóvenes ayudantes de tropa que tienen hormigas en las piernas y fuerzas para gastar; pero también, según se dice, de muchos jefes y consiliarios.

Está lejos de ofrecer todos los recursos educativos de un campamento fijo; pero, bien llevado, no está desprovisto de ellos. Maestros en el Escultismo, tales como Pierre Delsuc, por ejemplo, lo han practicado con buenos resultados. Con una buena tropa, bien entrenada en la práctica del Escultismo, de un promedio de edad bastante alto, se puede recomendar, a condición de que las etapas sean cortas y que haya períodos de descanso de varios días en el transcurso del «raid».

Hay que saber bien que será más difícil obtener en él la tranquilidad profunda, la impregnación por el ambiente. Por el contrario, el esfuerzo será más vivo, el virtuosismo de los acampadores podrá ser puesto a prueba, a condición de que no sea desvalorizada la exigencia por las técnicas del campamento. Las técnicas de señalamiento y de orientación podrán ser impulsadas.

He visto jefes que montaban todo su campamento volante sobre un sistema imaginativo: los *Bandos negros*, por ejemplo. No puedo estar de acuerdo con ello por las razones ya expuestas. Del mismo modo hay que reprobar ciertas complicaciones que han llegado hasta mis oídos y que privan a los muchachos, en el transcurso de «raids» fatigosos, del sueño y de la alimentación regular y sanamente preparada.

La ventaja mayor del campamento volante es la de permitir contactos humanos más numerosos y variados (fuegos de campamento en los pueblos, misas cantadas, etcétera), Esto ayuda a los muchachos a vencer su timidez y a descubrir lo humano.

¡Guardo un buen recuerdo de mi último campamento como jefe de tropa, a través del golfo de Morbihan, en el que habíamos combinado todos los, medios de transporte, y «misionado» en el territorio de las parroquias hospitalarias, muy sorprendidas por este ejemplo de vida cristiana y litúrgica venido de la ciudad, y de París incluso!

Las exigencias esenciales del campamento scout, belleza de los lugares fin de etapa, momentos de silencio, lejos de ser negligidas, deben ser buscadas porfiadamente porque ellas, en último término, asegurarán el éxito profundo de la empresa.

Faltaría hablar del *campamento rover*. Su concepción está tan ligada a la que se ha formado de la ruta, que trataremos de los dos conjuntamente en un próximo capítulo.

Espero haber logrado convencer a jefes y consiliarios, padres y educadores, de que el campamento es el elemento primordial de la formación scout y que hay que dudar mucho antes de privar a un muchacho de sus riquezas.

Es el campo ideal de las actividades scout. Es el lugar para el pleno ejercicio de la vida de patrulla.

Es, para emplear una expresión de Baden-Powell, ala circunstancia más favorable para

la búsqueda de Dios».

Bajo las estrellas, es la presencia maravillosa de la Santísima Virgen velando sobre sus hijos y revelándose en sus corazones.

VI

EL MIMETISMO EN EDUCACIÓN

El ejemplo es una de las grandes palancas de la pedagogía scout. No puede decirse que el Escultismo haya inventado la virtud del ejemplo en educación. Es una noción muy antigua, tan antigua como el cristianismo. Conocemos el lugar importante que ocupa el mimetismo en las Epístolas de San Pablo. Muchas veces repite de diversos modos: «Imitadme, como yo imito a Jesucristo.»

Pero si el Escultismo no ha inventado esta pedagogía del ejemplo, puede decirse que la ha redescubierto, bajo estos dos aspectos: acción de los semejantes sobre los semejantes, es decir, del discípulo sobre el discípulo, y bajo el aspecto del maestro que se hace semejante a su discípulo para hacersele inteligible: «Convertíos en lo que yo soy. ¿Es que acaso Yo mismo no me he hecho semejante a vosotros?»³⁵.

Si en los sistemas de educación de los dos o tres últimos siglos no se había perdido el sentido de cierta emulación entre los discípulos, no se comprende por qué nunca los maestros habían pensado en identificarse con sus discípulos para servirles de ejemplo. En general no existían mundos más distantes que el de los maestros y el de los discípulos. Incluso muchos hacían de esta separación una cuestión de método, una condición de prestigio.

Cuando Jesucristo y San Pablo hacen un llamamiento a la virtud del ejemplo, al *mimetismo*, no se trata de un artificio pedagógico. Coinciden con una ley profunda de la naturaleza humana. El hombre es un ser eminentemente social y, si se tuviese alguna duda, esta mutua reacción de unos sobre otros sería un testimonio de ello.

Un instinto profundo induce a los hombres a imitarse, y sabida es la tiranía de la vida de grupo sobre los individuos insuficientemente preparados, bajo forma de modas, caprichos, de temores y fiebres colectivas. Una educación realista debe tener en cuenta este instinto de imitación. Pero debe saber que si la formación no es individualizada, se obtendrá una masa sin personalidades, un conformismo nivelador. Bajo pena de hacer amaestramiento gregario, se trata de rebasar el espíritu de cuerpo utilizándolo para el desarrollo de personalidades fuertes y originales. Es todo un arte el compensar el instinto de imitación con el no-conformismo. No se trata, en efecto, de *imitar materialmente*, sino más exactamente de *tomar conciencia de sí mismo*, de su vocación profunda, de lo que se puede llegar a ser, por el choque admirativo con personalidades más evolucionadas.

En la medida en que nosotros *somos*, en que hay en nosotros el *ser realizado* (en acto), será activa nuestra presencia y puede ayudar a los demás a emerger de su nebulosa interior. Es como el escritor que encuentra el secreto de su obra al descubrir un tema clásico y le da una vida nueva y original.

Cuando vemos nuestro ideal vivido por otro, comprendemos mejor cómo podríamos

³⁵ Gálatas, IV, 12

hacerlo para vivirlo a nuestra manera. La admiración nos lleva más allá de nuestras propias responsabilidades. Es como el sol que atrae las plantas y las hace crecer. Cuando nos encontramos en presencia de un hombre verdadero, tenemos conciencia de lo que queremos ser. Esta ley de la admiración rige en el mundo animado. Por ejemplo, en algunas especies de pájaros cantores, el pajarillo lleva en él el instinto del canto y las aptitudes innatas para cantar. Pero para saber usar de las mismas es necesario que oiga el canto de la especie modulado por un adulto. Siente tal admiración que parece darse cuenta de sus propias posibilidades. Canta a su vez. Si se le aleja de los adultos, no cantará, y lo mismo sucederá si tiene contacto con ellos demasiado tarde.

Es triste pensar que hay muchas vidas que no han dado su canto por no haber estado iluminadas a tiempo por el encuentro de una personalidad atractiva y acabada.

LA ACCIÓN DEL SEMEJANTE SOBRE EL SEMEJANTE

La virtud del ejemplo, encontrada de nuevo en educación por el Escultismo, se ha convertido en una de las palancas del apostolado moderno. La acción, por el ejemplo, del semejante *sobre el* semejante representa una parte importante del método de Acción católica. Es la utilización, para fines de apostolado, de un antecedente natural.

En este amplio movimiento pedagógico, puede decirse que el Escultismo ha sido un precursor.

En una conferencia que dio el cardenal Cardijn, hace algunos años en Lille, reveló que antes de crear la J.O.C. había ido a Inglaterra para estudiar el Escultismo. Movidado por el ardiente deseo de renovar la clase obrera y arrancarla del paganismo, nos permite pensar que el encuentro con el Escultismo, en los momentos en que buscaba su método, le ayudó a precisarlo. El Escultismo preconizaba la acción del muchacho sobre el muchacho. Era una novedad maravillosa. El apóstol de los obreros iba a traducir esta acción del semejante sobre el semejante por la acción del obrero sobre el obrero.

Puede decirse que *todo hombre*, por lo mismo que es hombre, está presente en el mundo, y lleva en sí lo necesario para provocar a los demás a producirse. Que la comunidad de destino o de condiciones de vida haga más fácil esta influencia del mejor, del más dotado, no impide esta interdependencia esencial. Es la verdad que S. S. Pío XII ha recordado en su mensaje en el XXV aniversario de la J.O.C.: «Es necesario integrar con sabiduría y discernimiento el apostolado de los obreros en la economía general del apostolado del hombre moderno. Y esto nos conduce a ponernos en guardia contra un error demasiado corriente, por desgracia también entre los católicos, contra la clasificación de las almas en categorías. No, no hay dos clases de hombres, los obreros y los no obreros...

»La Iglesia no puede ocultar que lo que aleja de ella una porción importante del mundo obrero es lo mismo que le enajena las otras clases de la humanidad.»

Cada vez más se comprueba que la incredulidad de las masas no viene únicamente, ni quizá tampoco principalmente, de las condiciones económicas de la vida. Hay detrás de ella dos siglos de ateísmo, de religión del progreso, del culto al hombre, de denegación

del cristianismo. Los espíritus se han vuelto por lo menos tan extranjeros a la verdad como los corazones.

Nadie intenta negar que el ejemplo es más sensible cuando se presenta en un estado de vida *semejante*, en los mismos trabajos, las mismas diversiones, los mismos sufrimientos, las mismas aspiraciones y el mismo lenguaje. Pero no hay exclusividad. La presión social es infinitamente compleja. Un hombre, en su vida, está sometido a múltiples influencias que no se dejan reducir a una categoría de ambiente.

Todo cristiano que vive intensamente su fe es luz para quien quiera que le observe : *Que vuestra luz brille así ante los hombres, a fin de que vean vuestras buenas obras, y que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.* (Mat., 5, 16.)

Es lo que nosotros llamamos el «Escultismo en la vida de cada día»³⁶.

SI OS HACÉIS SEMEJANTES A ESTOS NIÑOS...

El Escultismo, en todas las edades, utiliza a los muchachos para actuar sobre los muchachos. Diríamos del mismo modo los rovers sobre los rovers. El sistema actúa en dos grados : sobre aquel que debe dar el ejemplo y que se encuentra impelido a realizarse cada vez más; y en aquel que recibe el ejemplo y ve brillar la luz del otro y se encuentra iluminado por ella. Se está a la vez suscitado por el ejemplo que se recibe y concentrado por el que se da.

El Escultismo ha elevado a la cumbre la originalidad de su método, pidiendo a los adultos que desciendan al mundo de los muchachos, se identifiquen con ellos, se hagan inteligibles, a fin de poder luego arrastrarlos. ¿Cómo no es posible sentir una gran emoción al acordarse que fue el mismo método — la Economía — de la encarnación del Verbo de Dios? Dios descendió sobre nosotros. Se hizo uno de nosotros. Por la admiración que suscita su ejemplo, nos arrastra a las alturas de la perfección humana y divina.

Baden-Powell ha dicho que para que una tropa conozca la *Ley scout*, no se trata de hacérsela aprender de memoria, sino que el jefe debe encarnarla en su vida. La admiración del scout hacia el jefe desempeña un gran papel. Por la imitación instintiva encuentra sus costumbres conformadas al ideal del jefe. Este ideal, que descubre concretamente en las actitudes y las acciones de su jefe, hace que el adolescente le comprenda y le ame. De este modo adquiere, por afinidad vital, por connaturalidad, un conocimiento de la Ley y del ideal cristiano.

Por otra parte, ¿qué jefe no ha experimentado hasta qué punto ha tenido que superarse a sí mismo por la necesidad de no decepcionar a los ojos límpidos que se han fijado en él y ante los que está obligado a aparecer como el tipo del verdadero scout? El jefe que decepciona a sus scouts porque no posee más que un barniz del ideal que

³⁶ «La clase, así como la raza, pueden influir en el hombre, pero la marca del hombre es que, si es sensible a las influencias, no tiene necesidad de ellas para ser hombre; por el contrario, dominando las influencias de raza y de clase el hombre se convierte en hombre; en el instante de esa victoria el hombre nace hombre. Puede ser también que los movimientos de los astros influyan en el hombre, pero *homo sapiens dominatur astris*, el sabio reina sobre los astros, el espíritu domina las influencias de la raza, de la clase y de los astros; reina también sobre su propia estructura fisiológica. Lo que no ha ocurrido sin favorecer el antisemitismo racial, es que se haya enseñado la completa dependencia del hombre en cuanto a su estructura fisiológica, así como lo hicieron Jung en sus *Types psychologiques* y Jaspers en su *Psychologie des attitudes physiologiques*; si se admite esta dependencia, puede decirse que estamos cerca de pensar que el hombre está determinado por su raza.»
(*L'homme du néant*, p. 114, Max PICARD.)

propone, el jefe que tiene una doble vida, diferente en la tropa de la que practica cada día, hace jugar la virtud del ejemplo en sentido inverso. Los muchachos no se engañan durante mucho tiempo y su decepción es grande. Puede inducirlos a un escepticismo absoluto. Cuanto más poderosos somos para hacer el bien, tanto más lo somos también para hacer el mal. Cuando un niño ha sido descarriado por un maestro, el mal toma en él una fuerza trágica. A veces la herida es incurable y la deformación irremediable.

Esto debe dar a todo educador el temor terrible de ser objeto de escándalo. Es exaltante pensar que se va a la cabeza de una tropa y que se la puede hacer avanzar hacia el bien. Pero es temible pensar que uno puede, al menor descuido, hacerla tropezar, y corromperla al menor embuste, a la menor deslealtad.

No debiéramos cansarnos de releer y meditar la página de Baden-Powell que da todo su sentido al cargo de jefe en el Escultismo: «El educador, por ser el héroe de sus muchachos, tiene una poderosa palanca para su desarrollo; pero ésta incluye al mismo tiempo una gran responsabilidad. Los chicos están prestos a imitar sus más insignificantes maneras de ser, ya sean virtudes o vicios. Su estilo llega a ser el suyo; la urbanidad de la que hace prueba o su irritabilidad, su alegría sonriente o su ardor impaciente, su buscado dominio de sí mismo o sus faltas ocasionales a la moral, no solamente son observadas, sino también copiadas por sus discípulos».

Por ello, para la misma formación religiosa de los scouts, Baden-Powell pone en primera fila el ejemplo del jefe. Es que, en efecto, para hacer vivir nuestra fe a los muchachos, se trata no solamente de traducir nuestra ciencia en términos inteligibles, sino de hacer nuestro ideal visible, como Jesucristo lo hizo por nosotros, empezando a vivir antes de predicar.

VII

EL LOBATISMO

El lobatismo ocupa un pequeño lugar en este libro. Esto no quiere decir que no ocupe un gran puesto dentro del Movimiento. Pero ya que se trata de exponer los principios del Escultismo y no de repetir lo que ya está escrito en las obras sobre su práctica y sus actividades, no hay nada de particular para los lobatos, como no sea ellos mismos. Se quiere hacerles vivir el verdadero Escultismo, pero adaptándolo a su edad.

Si bien es cierto que están todavía en la edad de la imaginación, también aparecen diferencias con respecto a la segunda infancia³⁷. «Hacia los cinco o seis años el niño es un desbordamiento de imaginación: todo son imágenes y también ficción: este trazo sobre la arena es un río y quien pasa por debajo se ahoga, etc. En nuestro período más estable la imaginación se serena un poco, se hace más juiciosa; pero ella no deja de ser preponderante. El niño apenas sale de la edad de los juguetes, dice Baden-Powell, y todavía pertenece en gran parte al país de la ficción. Le son imprescindibles las imágenes inconcretas, muy próximas aún de la realidad percibida y familiar. Es necesario que cuando el niño piense, tenga siempre su conciencia llena de objetos de acción posible»³⁸.

El lobatismo va a utilizar esta facultad imaginativa y empieza a interesarse hacia lo concreto, contando historias, pero más aún haciéndolas vivir. La edad del lobato es menos inclinada hacia lo maravilloso que la edad precedente, tiene necesidad de historias «verdaderas» que pueda experimentar reviviéndolas en sus juegos.

La idea de que la Ley es bienhechora, le hace aceptar y amar la Ley del lobato:

- El lobato piensa primero en los demás.
- El lobato abre los ojos y las orejas.
- El lobato es siempre limpio.
- El lobato dice siempre la verdad.
- El lobato está siempre alegre.

Con el «respeto a las reglas del juego» empieza para el lobato el descubrimiento del mundo exterior y se le despierta el sentido social³⁹.

Naturalmente, la ley de la imitación y de la admiración desempeña un gran papel en esta edad. El lobato deja el mundo subjetivo donde está encerrada la pequeña infancia, volviéndose hacia los mayores e imitándolos.

Tratarlos como si fueran mayores es la forma del principio scout: «Tomar en serio.» Cuando un muchacho tiene dificultades con su Akela, puede estarse seguro que de ocho veces sobre diez ésta le ha tratado como- «pequeño».

Por otra parte, la edad del lobato es una edad radiante (ocho-doce años), de un raro equilibrio físico y moral, de una sana alegría de vivir, deseoso de descubrimientos: «Bien

³⁷ Se habla corrientemente de primera infancia de la edad de 0 a 3 años; de segunda infancia, de 4 a 7 años; de tercera infancia, de 8 a 12 años, y el P. Rimaud emplea la palabra infancia adulta para el final del tercer período.

³⁸ M. DE PAILLERETS, *Les garçons et le Scoutisme*, 1.ª ed., pp. 10-11. Esta obra de 47 páginas es un admirable tratado de psicología descriptiva de los muchachos de la edad de los lobatos a la de los rovers.

³⁹ Cf. PIAGET, *Le jugement moral chez l'enfant*: «El niño experimenta en alto grado la necesidad de jugar como los otros, y principalmente como los mayores, es decir, sentirse miembro de la respetable confraternidad de aquellos que saben jugar correctamente.»

formado, equilibrado, no fatigado por el crecimiento o por otra causa interna. El niño es capaz en este momento de un verdadero endurecimiento físico y de una notable regularidad en el esfuerzo. Puede hacer buenas caminatas y puede llevar muy bien una mochila relativamente pesada. Se sabe de lo que es capaz. No hay necesidad de cuidarle demasiado»

El ambiente de la manada debe corresponder a este instintivo goce de vivir. Vera Barclay ha creado la palabra clave «familia feliz». Incluso la B. A. del lobato debe ser alegre: «Hacer cada día feliz a alguien.»

Este período de la vida es el de una importante elaboración de la conciencia moral. No son místicos. Son positivos. Pero los elementos de la religión, como todo lo demás, suscitan su interés, su afición por aprender, por saber, por crecer.

Si se sabe presentarles la religión como una realidad, confiarles responsabilidades, hacerlos activos en su práctica, se habrán fundado las bases de una fe sólida, que los ayudará poderosamente en la tormentosa travesía de la pubertad, y más tarde en la crisis de la fe y costumbres de la edad roover.

La simplicidad del lobato es uno de los grandes encantos de la manada. Con interés apasionado, pendiente de los labios de su Akela, escucha la historia que les cuenta. Si ella se extravía dentro del laberinto de una «moraleja de la historia», ¡se ve a los chicos, sin que ellos se den cuenta, levantarse e ir a jugar! Se sabe lo que piensan. No tienen complicaciones.

Recuerdo aquella velada de gala que presidimos en Pau, con el general Lafont. Era un poco solemne. Se nos había colocado a los dos en un palco, solos. En un momento dado se abrió la puerta y apareció una simpática cabecita redonda, era un lobato que con una deliciosa sonrisa nos dijo: «Veo que los han dejado solos, de modo que ahí voy.» Y se instaló entre los dos.

Estos hombrecitos son muy divertidos, pero es muy importante tomarles en serio. Pienso en Péguy: «Nos lo jugamos todo antes de cumplir los doce años», y en el desastre que fue para él' la desilusión de su primera Comunión, que dio como resultado la larga crisis de su incredulidad. Por lo menos parece ser así si, como es probable, Mme. Gervaise habla de él en el *Mystère de la Charité*, diciendo: «Te quedaba una esperanza. Ibas a cumplir tus doce años. En esta gran angustia, tú al menos esperabas, tú te decías que ella terminaría pronto, pues ibas a recibir el cuerpo de Nuestro Señor.

Y la comunicación con Nuestro Señor cura todos los males. (*Un gran silencio.*) La hora esperada ha llegado, y tú has recibido el Cuerpo de Nuestro Señor... Día esperado. Día de un duelo infinito... Pues tú te volviste a encontrar por la noche, y tú estabas solo... En fin, habías fallado tu primera Comunión.»

Como resultado de esta mortal desilusión, veo y oigo todos los absurdos que se inculcan sin escrúpulo a los primeros comulgantes. No se les respetaba lo bastante para no hacer trampas. A aquel que, ¡Dios mío!, no había tenido jamás visiones, ni conocido experiencias místicas, ni siquiera alegrías, se le prometían sin pudor con toda la melosidad de la elocuencia.

No puede decirse todo a los niños. No se les debería decir más que la estricta realidad. O callarse o decir la verdad.

Sería preciso que no recibieran nada en su infancia que les hiciera reír o enrojecer a los veinte años. La estupidez con que se finge ponerse a su alcance, las fábulas con las que se adorna la Revelación, las variaciones, por ejemplo, sobre «la manzana» de la cual el Libro Santo nada dice, donde no hay otra cosa más que una grandiosa y sombría revuelta contra Dios: «Seréis semejantes a Dios», dan pie, según he comprobado docenas de veces, a la incredulidad de un número impresionante de jóvenes.

Los lobatos tienen también necesidad de una «religión de respiración profunda», como nos decía Pío XI.

La presencia de muchachas jefes en el interior de la asociación ha contribuido a darle su fisonomía. Trabajar con el mismo espíritu en la educación, en fases sucesivas, de los mismos muchachos, aproxima a los jefes y a las jefes en el consejo de grupo.

Allí pueden descubrir mejor que en las reuniones mundanas e incluso en los medios profesionales lo que son los unos y los otros.

Los jóvenes se benefician de la manera sintética, simplificadora, con que el espíritu masculino, remontándose con gusto a las ideas generales y prescindiendo del detalle, considera los problemas. Los jóvenes aprovechan la intuición educativa y religiosa, la preocupación constante de lo «humano», la generosidad sin límites y el celo hacia las cosas religiosas, de las jefes.

En la ruptura de la separación secular entre los sexos, es sumamente útil que los muchachos y las muchachas aprendan a conocerse y a apreciarse en un ambiente de respeto, pureza y amistad.

A este respecto tuvo Guy de Larigaudie una hermosa visión:

«Hermanas, primas, amigas, camaradas o jefes son las compañeras de nuestra vida, puesto que en nuestro mundo cristiano vivimos codo a codo en el mismo nivel. No hay duda que la camaradería entre muchachos y muchachas es una cosa infinitamente delicada, que hay que dirigir con prudencia y regularla cada uno para sí a su medida. Pero hay que ganar y no descuidar este don del cielo que son las verdaderas jóvenes... Tienen la virtud de la pureza, cuyo resplandor nos ilumina (nos es saludable) en nuestra incesante lucha por conservar en nosotros esta misma pureza... Si ellas se saben conservar en su puesto — y es de ellas de quien depende únicamente la conducta de los muchachos en su presencia —, su influencia puede ser profunda.»

Termina este pasaje de su libro con esta bella oración:

Dios mío, haz que nuestras hermanas, las jóvenes, sean armoniosas de cuerpo, sonrientes y vestidas con gusto.

Haz que sean sanas y de alma transparente. Que sean la pureza y la gracia en nuestras vidas rudas.

Que sean con nosotros sencillas, maternas, sin rodeos ni coqueterías.

Haz que ningún mal se introduzca entre nosotros.

Y que chicos y chicas seamos los unos para los otros no una fuente de errores, sino de riqueza.

Este encuentro en un mismo anhelo de servicio y de educación tuvo como fruto la formación de numerosos hogares, coronación del Movimiento scout

VIII

LA EXPERIENCIA DE LOS RAIDERS

La experiencia de los Raiders sólo se mantiene en este libro de método para que sirva de estímulo a la ingeniosidad de los jefes, a su espíritu de reflexión y de adaptación.

La vitalidad del Escultismo depende de dos cosas: una mirada siempre nueva sobre el mundo de los adolescentes, *hic et nunc*; sobre sus gustos, sus canciones, sus lecturas, sus actividades. Un espíritu de inventiva para proponerles un Escultismo adaptado a sus necesidades y a sus gustos, sin perder ninguna de las exigencias del Movimiento⁴⁰.

Después de la segunda guerra mundial, el Escultismo de la rama scout sufrió una crisis. Se notaba que los muchachos de esta edad venían al Escultismo con menos entusiasmo y que, sobre todo, perdían pronto el apego y eran numerosas las deserciones a los catorce o quince años.

El comisario nacional de la rama scout, Michel Menú, puso su más grande atención en este problema.

A la manera de Baden-Powell, durante largos meses se mezcló con el mundo de los muchachos: en las escuelas, a la salida de las escuelas y en los juegos de la calle, a fin de observar cuáles eran sus centros de interés y por si se podía hallar la explicación de su desapego hacia el movimiento.

Las conclusiones a las que llegó fueron aproximadamente las siguientes:

El Escultismo tenía veinticinco años de edad y ya no existía en los muchachos el atractivo de la novedad. La mayor parte de sus actividades ya no eran originales, pues por todas partes habían sido copiadas o adaptadas. Hasta los rasgos característicos del uniforme que señalaba la silueta del scout habían sido copiados por toda clase de obras o colonias de vacaciones.

En fin, parecían gastados los mitos imaginativos de los que se había servido Baden-Powell. Es importante hacer observar que Baden-Powell no había elegido estos mitos *a priori* para imponerlos desde fuera a los muchachos, sino que había observado su existencia en el espíritu y la imaginación de los muchachos. Era apoyándose en su propia fantasía mental como había constituido la del Escultismo. Pero, por la evolución que ha hecho el mundo, es fácil comprender que el mito del colonial, del caballero y hasta del misionero precursor no tiene ya mucho sentido para los muchachos. No sueñan en convertirse en uno de ellos porque todo esto forma parte del pasado. Los más jóvenes, los que están en la edad lobato pueden aún jugar a ello; pero en la edad scout se juega a ser hombres. Se empieza por jugar a lo que se aspira a ser más tarde.

Creo que todos estos elementos pueden resumirse en la diferencia de expresión del muchacho que entra en el movimiento. En principio el muchacho decía: Quiero ser scout. Ahora dice: Quiero hacer Escultismo. El scout se ha convertido en una realidad entre las otras. No forma ya parte de este mundo, mitad-imaginativo, mitad-real, que era para los muchachos, en sus comienzos, una anticipación mítica de su vida de hombre.

⁴⁰ Una nueva vía pedagógica está en curso, siempre con el mismo espíritu de adaptar las actividades del Movimiento a los deseos, a las necesidades de la juventud actual. Ha sido presentada y explicada en el libro de François Leboutoux: *L'École du chantier*, de Les Presses d'Ile de France.

Habiendo buscado y conocido cuáles eran los esquemas imaginativos según los cuales los muchachos anticipan su manera de ser en su vida de hombre, reconoció que todos estaban cautivados por las aventuras nuevas : paracaidismo, técnicas modernas de montaña o de navegación... y que, además, existía en ellos una atracción apasionada por las técnicas del automóvil y de la aviación.

De estas comprobaciones sacó la convicción de que hacía falta renovar el tipo de scout propuesto a los muchachos y presentarles algo nuevo que les haría ser nuevamente distintos de todo lo que veían a su alrededor sin necesidad de haberlo anteriormente admirado, y que, por otra parte, debía enriquecer las actividades y las técnicas que se les propondrían.

Es indudable que en este último aspecto existía una esclerosis, y un gran número de jefes sin imaginación se creían obligados a repetir indefinidamente como recetas las actividades que Baden-Powell había propuesto como temas de investigación. Así, por ejemplo, se daba el caso que en países de nieve algunos jefes no querían organizar grandes juegos de esquí, bajo pretexto de que Baden-Powell no había hablado de ellos. Los muchachos se daban prisa en despachar su reunión de grupo, y luego organizaban entre ellos estos grandes juegos en la nieve, es decir, practicaban verdaderas actividades scouts.

El problema que había que resolver era doble. Hacía falta, pues, para ser fiel a la idea de Baden-Powell, no a proponer al pez más que un anzuelo a su gusto», introducir técnicas mecánicas que ejercen un atractivo poderoso en el muchacho moderno; pero también continuar en aportarle el beneficio de una vida al aire libre y de actividad deportiva destinada a fortificar su salud y a desarrollar su resistencia física.

Esta doble preocupación podría parecer contradictoria. Es cierto que existe una tensión entre estas dos orientaciones. El éxito de Michel Menu es tanto más notable por cuanto ha sabido aprovechar el impulso de interés por las técnicas mecánicas para encontrar, en un campismo exigente y lleno de realismo, una cualidad que sólo raras veces había sido conseguida.

Una de las razones por las cuales los muchachos se desinteresaban de las técnicas scouts, era porque no solamente ofrecían poco interés para un muchacho de nuestros días, sino porque también presentaban la obtención de las clases o de las especialidades como si fueran exámenes, como finalidades en sí mismas. Digamos que en la mayoría de casos era difícil convencer al muchacho de que le preparaban para servir.

En cambio, conocer el funcionamiento de un motor de automóvil, o saber poner un coche en marcha, puede permitirles prestar servicios a conductores y más aún a conductoras que ignoran el secreto de su máquina.

Para responder al gusto de los muchachos y al mismo tiempo para permitirles que sean útiles, ha sido orientada su actividad en cuatro direcciones :

—El *wood-craft*, o sea la vida del explorador en la naturaleza, a la que Michel Menú ha sabido renovar el interés por medio de la creación de «raids» a través de todos los obstáculos, parecidos a los que debían vencer los comandos parachutados en la jungla. Ponen en juego conocimientos de orientación, de resistencia física, de seguridad, de natación, cosas todas ellas que virilizan al muchacho y al mismo tiempo le apasionan.

—El *deporte*, con el acento puesto en el *judo*, reconocido como excelente por la

agilidad que desarrolla y más aún por el dominio de sí mismo, que contiene y disciplina la agresividad del muchacho de quince años (obtención del cinturón amarillo para empezar).

—La *mecánica*, con la obtención para el muchacho de dieciséis años del permiso de motociclista, preparación de los mayores al permiso de conducción de automóviles y técnicas de reparación.

—El *servicio* practicado de acuerdo con organismos civiles calificados; técnicas de salvamento con la Federación nacional de salvamento y que confiere su insignia de salvador a los scouts que han tenido éxito en el examen. Licencia de socorrista preparado con la Cruz Roja y examinado por la misma; por desgracia, esta especialidad goza de gran utilidad debido a los innumerables accidentes de carretera. Técnica de lucha contra incendios, preparada con el Cuerpo de Bomberos y sancionada oficialmente por el mismo. Trabajo de defensa y repoblación de bosques de acuerdo con el departamento de Repoblación forestal.

Cuando en una tropa existen dos scouts de primera clase por patrulla, empiezan sus entrenamientos en estas técnicas. Y cuando han adquirido el grado de competencia fijado en el código de los raiders, una votación de la Corte de honor, aumentada con los scouts de primera y segunda clase, decide si estos scouts, además de poseer tales técnicas, «pueden servir de ejemplo, poseen el espíritu scout y se portan como verdaderos cristianos». Una insignia de misionero sanciona este voto, que es una apreciación de conjunto, teniendo en cuenta las posibilidades de los individuos y ya no un examen de criterios materiales. Entonces los muchachos son investidos raiders, reciben la insignia particular, la boina verde con cintas, y, por una innovación del todo ingeniosa — para no decir más —, a partir de este momento es toda la tropa la que se convierte en raider y tiene derecho a llevar las insignias, y este grupo debe vivir en un ambiente de servicio, simbolizado por la fidelidad a la B.A.

Los primeros raiders se convierten en instructores. Toda la tropa empieza a practicar las actividades llamadas raiders. Ya no son los individuos quienes aumentan en la competencia y en el espíritu scout, sino una comunidad que se crece sobre las huellas de las personalidades más evolucionadas, al mismo tiempo que les alienta y los ayuda para mantenerse personalmente a esta altura.

Después de algunos años de experiencia ha podido comprobarse un aumento en los efectivos de la rama scout, y sobre todo una tal seducción en los muchachos que, un poco por todas partes, se forman espontáneamente patrullas libres apadrinadas por tropas raiders que recuerdan el primer impulso del Escultismo.

La seriedad de todas las actividades llevadas a fondo las convierten en muy atractivas para los muchachos de los ambientes técnicos. Es un verdadero trabajo profesional y no un mero pasatiempo al que se entregan en la instalación de sus bases, un nombre nuevo que ha reemplazado ventajosamente al antiguo nombre de local. Las técnicas de instalación eléctrica, de radio y telefonía se hallan naturalmente en su sitio. Reina un equilibrio dichoso entre la gran aventura del aire libre y la habilidad manual. La experiencia se halla en plena ascensión, sin duda alguna todavía evolucionará; pero ya desde este momento puede decirse que ha sido un éxito.

Visto desde el exterior, habrá podido parecer a algunos que el mito «hombre de comando» ligaba mal con la búsqueda de un ideal de paz.

Visto desde el interior, este mito no parece como desarrollando un espíritu guerrero. El sistema raider no lo crea en el espíritu del muchacho, pero lo encuentra y utiliza el dinamismo para los fines de desinterés y de servicio. Es el puro Escultismo de Baden-Powell.

Hay que añadir que en la edad scout (doce-dieciséis años), el muchacho necesita forjar su valor, poner en juego su agresividad y su resistencia, ser fuerte y amar por instinto y por necesidad fisiológica la lucha y la pelea.

Solamente los hombres capaces de morir por su país pueden llegar a ser artesanos y constructores de paz, triunfando del mal y de la injusticia que engendran las guerras. Son los cobardes los que al miedo de morir le llaman amor a la paz.

Gandhi comprendió muy bien esto cuando decía: «Puedo enseñar la no violencia a quien está dispuesto a morir por su ideal. A los demás, no.» Se trata de sobrepasarse, lo que supone una base de fuerza y de valor.

IX

EL JEFE EDUCADOR

El Escultismo está hecho de contrastes. Por sus actividades y el espíritu en el cual las propone, hace un llamamiento a la iniciativa de los muchachos. Quiere hacer de ellos los principales artesanos de su propia formación. Al mismo tiempo, da al jefe un papel considerable, mayor que en ningún otro sistema de pedagogía activa.

Hemos visto ya la importancia del ejemplo. Baden-Powell no se cansa de repetir que para hacer scouts, es decir, muchachos que vivan según la *Ley scout*, bastaría con tener un jefe que fuese la encarnación viva de esta Ley. «Ninguna enseñanza vale como el ejemplo. Si el mismo jefe aplica la Ley en forma visible, en todos sus actos, los muchachos no tardarán en seguirla»⁴¹.

Lo que llevará al máximo su influencia será su desinterés, como tan bien se ha dicho:

«Existe una *autoridad* que usa del poder y de la diplomacia de que dispone (fuerza y astucia) para subordinar a los demás a sus *finés particulares*, y no busca otra cosa que adueñarse de ellos para su propio provecho; ésta es avasalladora.

«Existe una autoridad que usa del poder y de la diplomacia de que dispone para subordinarse *ella misma* en cierto modo a aquellos que le están sumisos, y que, uniendo su suerte a la de ellos, persigue un fin común; ésta es liberadora»⁴².

¿Cómo, en la práctica, van a conciliarse el llamamiento a la espontaneidad, fundamento de una pedagogía activa, y la influencia del jefe?

Más que un jefe, el conductor de scouts es un educador. Si llega a ser jefe, es decir, a mandar en el curso de empresas comunes, casi todas estas empresas tienen como finalidad la educación de los muchachos y deben ser elegidas como tales.

Para ser un buen conductor de scouts, hace falta, según Baden-Powell, ser uno mismo scout. Ser un camarada alegre, apasionado por lo que apasiona a los muchachos, ser verdaderamente uno de ellos. Debe hacer un esfuerzo permanente para traducir en su lenguaje su ciencia de adulto. Y esto es eminentemente verdad en el terreno de la vida religiosa.

Hace falta ser psicólogo e inventivo para ayudar a cada uno de los muchachos a descubrir las condiciones de su desarrollo personal. Es imposible dar fórmulas: «Muchos de ellos desearían seguramente que les diesen datos detallados, escribe Baden-Powell; pero en realidad esto sería imposible, pues lo que conviene a tal tropa, a tal género de muchachos, a tal lugar, no convendrá a otra tropa distante una legua de ella y mucho menos a las que están dispersadas por la superficie del globo y que viven en condiciones completamente distintas»⁴³.

Hay que tener una visión práctica de la vida y conocer sus propios límites: «El jefe debe saber hacerse ayudar, estar informado de todo lo que puede favorecer la elección de una profesión para sus muchachos. Ha de ser leal con la dirección del movimiento y ha de ser desinteresado. Lejos de lamentar sus dificultades, ha de sentir un placer en encontrarlas y

41 *Le Guide*, p. 35.

42 R. BENJAMÍN, *Vérités et revenes sur l'éducation*.

43 *Le Guide*, p. 26.

vencerlas. En fin: es necesario que posea la fuerza de alma de no desalentarse cuando, después de muchos esfuerzos, tropiece con sinsabores» .

Todo esto es mucho y se comprende que este cargo sólo pueda ser desempeñado por hombres que ya tengan experiencia y que estén comprometidos en una profesión. Deberían tener por lo menos veinticinco años. Esta tarea de educador sobrepasa manifiestamente las posibilidades de todo hombre joven. Por desgracia y por falta de mayores, no son raros los jefes que apenas cuentan veinte años. Y a menos que no tengan una santidad precoz y mucha inteligencia, actuarán como jefes o entrenadores antes que como educadores. Se aficionarán al juego del mando en detrimento de la educación.

Cederán al deseo, muy comprensible en esta edad, de mandar una tropa y se verá aparecer en el mundo scout, que debería ser una familia, una especie de pequeños sargentos que ni siquiera olvidarán, en los días de desfile, el tomar un bastón para darse tono. Esta última anomalía es, por suerte, bastante rara; pero yo la he encontrado y no siempre entre los jefes muy jóvenes.

Es necesario que los mayores y los consiliarios hagan comprender a toda costa a los jefes jóvenes que la tentación de mandar y desfilar debe desaparecer ante la tarea apasionante del educador, según las características concebidas por Baden-Powell. Es una condición *sine qua non* para hacer Escultismo eficaz en un medio popular. Es necesario saber obtener en algunas ocasiones, que por otra parte debieran ser raras, una disciplina y un decoro exterior suficientes, pero para el resto del tiempo el jefe es el hermano mayor que da el ejemplo, que sabe escuchar, da consejos en el momento deseado, sugiere actividades, proporciona a los muchachos los medios para realizarlas, interviene en los momentos de descorazonamiento y sostiene el esfuerzo: *más que mandar enseña a vivir*.

Esta actitud de educador es perfectamente compatible con una disciplina perfecta del campo, con la preocupación de la exactitud y del acabado en el trabajo. Y debo añadir que la otra actitud es muy habitualmente conjugada con la fantasía más grande en todos estos aspectos.

Cuando Baden-Powell da a los jefes el mismo uniforme de campo que a los muchachos, es para indicar bien que deben ser los primeros entre los acampadores. Yo creo que también es para hacer olvidar la diferencia de edad, y para que pueda ejercitarse la ley de inteligibilidad del semejante para el semejante, de la que ya hemos hablado en el capítulo sobre el ejemplo.

La verdadera autoridad en el Escultismo debe venir de la competencia y de la fidelidad a la Ley más que de los galones, de los cuales, en el movimiento, los verdaderos jefes han sabido prescindir perfectamente.

El conductor de muchachos que está más preocupado en educar que en mandar, no sabría limitarse a una disciplina exterior ni a la dirección de grandes juegos. Si todos los que dirigen muchachos estuviesen bien persuadidos de ello, serían más numerosos los hombres ya adentrados en la vida que tendrían a pecho el participar activamente en la formación de sus hijos y de los camaradas de sus hijos, haciéndose ayudar, para animar los juegos, por asistentes más jóvenes a los que iniciarían en la tarea real de educador.

Una deformación bastante corriente en el jefe de los scouts es entregarse frente a ellos a una especie de demagogia. Cuando Baden-Powell pide a los adultos que desciendan al mundo de los muchachos, y hacerse semejantes a ellos, es para instruirlos hasta una consideración adulta de la vida. No es en manera alguna para encerrar a los muchachos en un mundo artificial. Entregados a ellos mismos los muchachos se transportan siempre en espíritu a la vida de las personas mayores. Y es una malversación del método dar la vuelta a esta tendencia instintiva, para hacer vivir a los muchachos en un mundo artificial llamado, en un sentido completamente distinto al de Baden-Powell, el mundo de los muchachos, en donde el juego se convierte en un fin en sí mismo, en donde se crean aventuras irreales que conducen a este infantilismo que a menudo se ha criticado, con alguna razón, si bien exageradamente.

El educador de muchachos, el gran amigo, en ciertos momentos tendrá que ser jefe y mandar con vistas a coronar con éxito una empresa. Y, desde este punto de vista, el Escultismo podrá ser muy formativo para él.

¿MANDAR O GOBERNAR?

El mando es una cosa distinta del gobierno de los hombres. El mando supone organismos jerarquizados en donde se dan órdenes que tendrán todas las probabilidades de ser ejecutadas por sí mismas y sin referencia inmediata a los gustos ni a la formación personal de los ejecutantes. El gobierno supone un mando de otro orden, una jerarquía más sutil, en donde las órdenes sólo se ejecutarán si son aceptadas. El Escultismo desarrolla la aptitud para gobernar.

El respeto del hombre exige que el jefe asocie en la medida de lo posible los subordinados a la acción que él quiere ejecutar con ellos. Debe, pues, siempre que le sea posible, consultarlos, preguntar su opinión, documentarse sobre sus necesidades y sus deseos, a fin de que la empresa que monte sea también la suya y que sus órdenes expresen no su voluntad, sino la necesidad de la finalidad común. Si la iniciativa viene del jefe, dará a conocer sus proyectos a sus muchachos o los formará con vistas a la acción. Es muy importante recordar a los jefes que cuando han señalado una finalidad a sus muchachos, no han hecho más que una cosa muy fácil. Muchos creen entonces que su tarea ha terminado. Se equivocan; ni siquiera ha empezado.

La tarea del jefe, en efecto, consiste en proporcionar a sus subordinados los medios de alcanzar la finalidad fijada, y cuando la acción exige unidades numerosas, por ejemplo, varias patrullas, su tarea es también la de coordinar la acción general, pero sin intervenir directamente en el mando de las unidades.

La mayor parte de nuestros jefes, cuando han señalado un fin, proporcionado los medios y dado el impulso, parecen ignorar que deben controlar la ejecución. No a la manera de un vigilante, sino para aportar su ayuda a los que participan en la acción, atender a sus deficiencias, remediar el fallo de los medios previstos, levantar los ánimos y asociarse a la alegría del éxito.

No me cansaría de poner en guardia a los jefes jóvenes contra la facilidad con que

podrían creerse verdaderos jefes porque se imponen a muchachos de menor edad. Es esta ilusión la que explica la decepción que al entrar en la vida han sentido muchos jóvenes jefes en el mando de empresas adultas. En la medida en que renunciarán a las pequeñas satisfacciones de amor propio que pueden darles un prestigio fácil, para reflexionar sobre las condiciones de educación y de gobierno a la vez de los hombres, se prepararán para ser verdaderos dirigentes en la sociedad.

No es una quimera. Se podrían citar cien ejemplos de carreras brillantes de jefes cuyos beneficiarios no ocultan que su éxito ha sido debido a su práctica de gobierno de hombres en el Escultismo.

No citaré más que el caso de un rover que, una vez ingeniero, obtuvo rápidamente una posición brillante y decía : «Mi éxito en la industria no lo debo tanto a lo que aprendí en la escuela como al hábito que el Escultismo me ha dado de hacer trabajar a seres humanos entre sí, diferenciándolos en pequeñas unidades y confiándoles responsabilidades.»

Es tener una visión muy estrecha el retirar del Escultismo a jefes jóvenes bajo el pretexto de estudios. Se les priva de una experiencia única.

Si el carácter, para Baden-Powell, está en la base del éxito en la vida, no puede negarse que el manejo de los hombres también cuenta mucho. El manejo de los hombres, tomado desde su acepción más alta, que es la de hacer colaborar a todos aquellos que se han comprometido en una misma labor, logrando el máximo de cada uno para el mayor bien de todos.

Es más que una experiencia lo que los jefes jóvenes pueden adquirir en el Escultismo.

Si cumplen su tarea con el verdadero espíritu del movimiento, descubrirán la alegría austera del desinterés.

El joven ingeniero que he citado, empezó desde su llegada a la oficina de estudios de su empresa, por hacer don de sí mismo. Un camarada debió ser sometido a una operación y no tenía dinero para ser internado en una clínica particularmente indicada — en aquellos tiempos no existían todavía los seguros sociales —. Nuestro rover lo tomó a su cargo y para pagarle su estancia en la clínica pasó diez días alimentándose únicamente de pan y agua.

ESCUELA DE JEFES

Muchas veces en el transcurso de mi vida he oído quejas sobre la falta de jefes, en todos los círculos y en todas las grandes corporaciones de la nación.

No hay nada más raro que un verdadero jefe, un hombre de iniciativa, entregado al bien común, y del que emana una virtud dominadora o persuasiva, que forma la unidad de un grupo humano.

La centralización de los servicios públicos y de la gran industria, la burocracia y las reglamentaciones minuciosas que resultan de ello, no desarrollan el gusto por las iniciativas ni por las responsabilidades. El recurso «al precedente», la pesadilla «de estar cubierto» por una costumbre o una orden, esterilizan las cualidades e imponen, al país del mayor genio inventivo, una triste rutina.

La cuestión de los jefes es, pues, una de las principales que presenta la vida social. Se debería reflexionar mucho después de los análisis que ha hecho un industrial, Henri Fayol, sobre la función de mando.

Los inicios de nuestro movimiento coincidían con estas esperas y estas investigaciones. Nos gustaba pensar que el Escultismo, si lograra formar hombres dignos de su nombre, sería al mismo tiempo una Escuela de jefes.

El movimiento es también una buena escuela para los que ya mayores asumen las funciones de comisarios de distrito o de provincia. Aprenden a gobernar, se inician en la política de las relaciones y en la administración de sus recursos.

El perfecto resultado del Jamboree de Moisson, en 1947, a pesar de las grandes dificultades derivadas de la guerra, ha demostrado que nuestro movimiento había formado jefes eficaces. En efecto, todos los servicios estuvieron en manos de scouts: comunicaciones, hospital, cirugía, intendencia, correos, telégrafos, etc.

La amplitud de la concepción debida a Henri Van Effenterre, el número y la competencia de los jefes de servicios, todo esto ha sorprendido profundamente a nuestros amigos scouts de otros países, los cuales hablan de ello a menudo. (¡Más a menudo que nosotros!)

Un suizo me dijo: «Debo confesarle que teníamos ciertas dudas sobre esta empresa. Ustedes, los franceses, no tenían fama de ser buenos organizadores; pero han transformado esta opinión. Todo estuvo previsto con anticipación, organizado con inteligencia y ha funcionado admirablemente.»

Y ahora volvamos al fayolismo.

EL FAYOLISMO

Hombres de acción, estrechamente mezclados con las realidades, tanto más atentos a observarlas cuanto que sus intereses se hallaban incluidos en ellas, me refiero a los

industriales, han pensado, siguiendo a Henri Fayol ⁴⁴, que debían existir leyes en el arte del bien mandar. Yo quisiera servirme de su terminología para intentar definir la función del jefe, las leyes de su ejercicio y las virtudes que exige.

En una acción determinada, la función de jefe se diferencia específicamente de todas las otras funciones que pueden concurrir en ella. «En un negocio el hombre que manda no es el técnico, por lo menos en cuanto a tal, es el *organizador*, personaje que vale sobre todo por sus cualidades de carácter, de juicio y de imparcialidad» ⁴⁵. Lo importante es no confundir esta función con la capacidad técnica del jefe. Por ejemplo, un jefe en su tropa, y en ciertas actividades, será instructor. Esta función de instructor se diferencia de su función de jefe. Un director de escuela podrá dar una clase, entonces estará en su función profesoral y su acción del momento será diferente de la de dirección. El obispo, en su diócesis, podrá ocuparse personalmente en conferencias de adultos, entonces será catequista, teólogo, doctor y su acción se diferenciará de la de jefe de rebaño.

La superioridad del jefe en cuanto a jefe será, pues, diferente de su superioridad técnica.

«A veces, colocados en un salón, escribe M. Wilbois hablando del obispo, del comandante de navio, de un director de orquesta o de un *barnum* ⁴⁶, desentonan porque no son elocuentes... y a pesar de que sus vecinos lo son y los anulan con sus superioridades peculiares, se nota que son ellos los que tiran de los cordeles» ⁴⁷.

La función del jefe, fuera de toda técnica especial, tiene por única misión la de crear la unidad y de asegurar el funcionamiento del organismo destinado a una acción definida.

LAS FASES DEL MANDO

El acto de mandar tiene sus tiempos psicológicos, muy próximos a los tiempos del acto humano. Es el mismo espíritu humano que está en juego para organizar y promover la vida personal o la vida de la institución.

Los tiempos de mando han sido analizados por Fayol de la siguiente forma: prever, organizar, mandar, coordinar y controlar.

PREVER

Es tal la importancia de la previsión, que en una síntesis proverbial se ha dicho que era en ella donde residía el gobierno ⁴⁸. En efecto, antes de actuar hay que saber lo que se quiere hacer; antes de marchar, saber dónde se quiere ir; la primera cosa consiste en *precisar el fin*; pero no es esta sola la única previsión.

Una vez fijada la finalidad, hay que *pensar en los medios* para llegar a ella: escoger la ruta mejor; confrontar la experiencia y la observación; distribuir las etapas; calcular los obstáculos; trazar el *programa de acción*, minucioso al principio, apenas esbozado para

44 M. Fayol era director de la Mina de Commentry cuando la Cornmentry Fourchambault Decazeville fue llevada a la ruina a consecuencia del descubrimiento de Thomas Gilerist, que permitía desfosforizar los minerales de Lorena. Fue llamado a la dirección general. Un accionista se inquietó: «Hacia falta un metalúrgico y han elegido un minero.» Pero este minero poseía un método de administración positivo, llamado desde entonces «fayolismo», y con *las mismas minas, las mismas fábricas y los mismos procedimientos*, los mismos recursos financieros, en poco tiempo el negocio se salvó y desde entonces ya no cesó de prosperar. *Se había encontrado un jefe.*

45 A. MAURUIS.

46 El nombre *barnum* es sinónimo de empresario de grandes espectáculos.

47 En el Consejo de Estado, en la ausencia de Napoleón, los especialistas de Derecho discutían sin cesar.

48 Los vicios enemigos de la sana previsión son la irreflexión, la ligereza, la pereza, la suficiencia y la presunción.

los años venideros, a fin de poderlo adaptar a las circunstancias y rejuvenecerlo sin cesar.

Es muy importante que el jefe conserve el dominio de los medios. Se hará ayudar por técnicos de la administración financiera. Pero si no los manda, se convertirá en su esclavo. Estos técnicos juzgarán los gastos desde un punto de vista contable que tendrá poco que ver con el espíritu de la empresa y sus finalidades. Así es como la administración de las finanzas esteriliza a menudo — según se me dice — las iniciativas de los otros ministerios. El general de la Porte du Theil, aquel gran organizador, no cesaba de repetir: «Desde el momento en que un jefe no administra su unidad, ya no la gobierna.»

Toda empresa necesita por parte del jefe la imaginación creadora. Pero al espíritu de invención el jefe deberá añadir un espíritu práctico y un fuerte buen sentido para armonizar los resultados ambicionados con los medios de que dispone y para enfocar con valor sus posibilidades y riesgos.

Los genios son diferentes: Foch concibe, prepara, lo establece todo él mismo. Joffre tiene el talento de rodearse bien. Hace preparar varios proyectos, los estudia y se queda con uno. Pero entonces lo hace suyo, toma la responsabilidad y se convierte en un verdadero jefe por su forma potente de llevarlo a la práctica.

No hay que emprender más que lo que se pueda, sean cuales fueren las razones de mística o de prestigio que pudieran tenerse para hacer las cosas mejor y más ampliamente. No hay que emprender más que lo que pueda hacerse bien. Naturalmente, no está prohibido ser audaz cuando se ha procurado tener los triunfos en la mano para intentar forzar la fortuna.

ORGANIZAR

Una vez fijado el objetivo, se sabe lo que se quiere hacer. Será necesario establecer un programa de acción, preguntarse cómo se va a poner manos a la obra, por dónde se empezará, a quién se va a llamar y cuáles serán los medios que será urgente reunir. Esto subraya las relaciones entre la previsión y la organización. La primera no puede aspirar a más de lo que puede llegar. No basta imaginar, hay que realizar.

Un plan militar deberá tener en cuenta las carreteras, el material, al mismo tiempo que el dispositivo de ataque. El industrial, al mismo tiempo que piensa en la colocación de sus artículos, deberá procurarse un terreno en donde edificar sus fábricas, máquinas que le proporcionan mejor rendimiento y transportes que no resulten onerosos.

Un jefe de tropa, sabiendo que quiere *hacer scouts*, no utilizará los mismos métodos en ambientes diferentes y deberá tener en cuenta las condiciones materiales: local, campamento, grupo de Amigos de los Scouts que abran sus talleres para la preparación de especialidades o sus propiedades para las excursiones.

Lo más arduo, en la organización, es la elección de colaboradores. No se tiene siempre a mano un Colbert, un Turenne o un Vauban. El jefe realista, lejos de lamentarse estérilmente de las imperfecciones de sus subordinados, pondrá todo su empeño en utilizarlos según sus capacidades. Éste es el gran arte y también la gran sabiduría del jefe. Es — hay que decirlo — una prueba terrible. Raramente se dispone de la gente que se necesita. Hay nucho realismo resignado en esta fórmula de Aristóteles: «El jefe no fabrica

sus subordinados. Los recibe ya hechos por la naturaleza.» Ésta es la ocasión de aplicar heroicamente el consejo punzante de Baden-Powell: «Confiad y dad responsabilidades.» La paciencia del jefe durará hasta el momento en que reconocerá que son inútiles todos sus esfuerzos para formar su subordinado. En este momento, el jefe necesitará otra cualidad para separarse de él. También ésta es muy rara: se llama valor.

Otras veces será preciso que reconozca en sus subordinados algunas cualidades superiores y, lejos de asustarse de ellas, deberá saber utilizarlas y valorarlas para el bien de la obra empezada ⁴⁹.

GOBERNAR O ACCIONAR

Cada uno en su sitio y un sitio para cada uno, y así, estando dispuesta la máquina, se trata de ponerla en movimiento. Es aquí en donde se revela el verdadero jefe. Será necesario que comunique su alma a la comunidad, que le transfiera su aliento, que sostenga el impulso, conservando siempre la mirada fija en su objetivo.

Lo más difícil es perseverar y actuar con constancia. Sobre todo con muchachos y rovers inestables por fisiología.

Santo Domingo, en las decisiones que había tomado razonablemente, daba prueba de una constancia tal que no se volvía nunca atrás de una decisión hecha pública después de madura deliberación. Pero ¡cuánta reflexión y oración, qué profundidad en la preparación, antes de una decisión importante!

El conocimiento de los hombres es esencialmente necesario a aquel que dicta las órdenes. Hay que adaptarlas a las capacidades de cada uno y dejar a los que son dignos de ello, mucha iniciativa ; por el contrario, tener de la mano a los que no sabrían actuar por sí solos; siempre procurando sacar el mayor rendimiento posible de unos y otros. Hay toda una gradación que va desde el mandamiento breve hasta la persuasión sutil. Algunos jefes son tan poco hábiles, que, una vez han hablado, sus subordinados sienten deseos de hacer lo contrario de lo que se les ha pedido.

Si se trata de una gran empresa, el peligro para el jefe es de perderse en los detalles. Gallieni, seguro de haber depositado bien su confianza, no quería conocer los detalles: «Únicamente me concierne el objetivo», decía al comandante Lyautey. Pero es la peor tentación en todos los grados. Se termina más pronto y mejor actuando por sí mismo que enseñando a los demás cómo hay que hacer las cosas. Es difícil saberse hacer ayudar. Y, sin embargo, es indispensable que el jefe sepa librarse de las minuciosidades para pensar en la marcha general. Por eso se ha dicho: es el jefe quien debe hacerlo todo; pero a condición de que *no haga nada y haga hacerlo todo*.

¿ Acaso nuestros directores de industria, al formular esta regla, saben que están en perfecto acuerdo con San Ignacio? ¿Y que lo que ellos piensan se halla resumido en una carta escrita a un Provincial de Portugal en enero de 1552? Dice:

«No corresponde al Provincial ni al General ocuparse en todos los detalles. Conviene mejor a su dignidad y es más seguro para su tranquilidad de espíritu que deje su cuidado a los oficiales inferiores y que luego se les haga rendir cuentas. Yo lo hago siempre así en

⁴⁹ He visto en la industria la carrera de un joven ingeniero comprometida por haber tenido éxito en unos asuntos difíciles en los que había fracasado el director general.

mi oficio y cada día saco más provecho de este principio, pues me veo libre de grandes trabajos y preocupaciones. Os recomiendo mucho que fijéis vuestros pensamientos y preocupaciones en los intereses generales de toda la Provincia. *Que si es necesario*, os ocupéis vos mismo de los asuntos que hay que solucionar pidiendo consejo a aquellos que vos juzguéis competentes. Pero, corrientemente, no debéis proseguir minuciosamente estos asuntos. De esta suerte haréis más trabajo y vuestra labor estará más en consonancia con vuestro cargo, sin ruido y sin fiebre.»

RESPETAR EL ORDEN DE LOS RESPONSABLES

El jefe tendrá la gran preocupación de asegurar una transmisión de sus órdenes. Un subordinado no debe depender directamente más que de un solo jefe. Hay que evitar a toda costa las interferencias imprevistas. El mismo jefe supremo debe someterse a esta regla. Es natural que pueda saltarse varios escalones para dar órdenes urgentes, pero debe en seguida notificarlo a los subalternos saltados.

En la industria no son raros tales incidentes. Por ejemplo, un ingeniero va a visitar a un cliente muy importante, quien le indica que su última entrega ha sido defectuosa. El representante pasa su informe al servicio comercial del que depende. Pero, habiendo pasado al servicio técnico, ha hablado de la reclamación. El servicio técnico, susceptible por lo que se refiere a la fabricación que controla, consulta sus archivos, los informes de los talleres, afirma que la reclamación está mal fundada, comunica su indignación al representante, que visita de nuevo al cliente, seguro de su nueva información, y afirma que la entrega ha sido del todo perfecta.

Entretanto, el director comercial, que no tiene los mismos motivos para defender a toda costa la fabricación, sino que por encima de todo tiene interés en satisfacer a un buen cliente, llama a éste por teléfono, le dice que no quiere de ningún modo discutir su criterio y que da inmediatamente las órdenes oportunas para que su pedido le sea inmediatamente canjeado. Apenas el cliente ha colgado el teléfono, llega el representante, emplea un lenguaje completamente distinto, y el cliente se enfada, transmite su conversación al director comercial, y la cosa se prolonga indefinidamente.

Las interferencias de órdenes tienen a veces consecuencias trágicas. En el *Passage de Vaisne*, el libro de Émile Clermont, muerto en Champagne, no puede seguirse sin el corazón oprimido la aniquilación de un regimiento y, lo que es más grave, el desvanecimiento de una posible victoria, a despecho de esfuerzos sobrehumanos; y todo porque el general de división desconocía la regla del mando racional y persistió en disponer de los batallones que pasaban por delante de su puesto de mando sin advertir de ello al jefe del cuerpo de ejército que los aguardaba en la colina donde se estaba batiendo.

COORDINAR

Después de haber definido el objetivo, reunidos los medios de llegar al mismo, distribuidas las tareas, establecidas las responsabilidades y dado el impulso inicial, hay

que velar para que los servicios no olviden la acción colectiva, no se ignoren entre ellos y colaboren con amistad ⁵⁰. Esta paz que se trata de hacer reinar y que se llama tranquilidad del orden, se compra con la tranquilidad del jefe.

Hay que convertir la máquina en un organismo viviente, en el que cada parte trabaje armónicamente con las otras, inspirándose todas en el pensamiento del jefe. Los jefes subalternos la transmitirán, diversa en sus modos, inmutable en su intención, hasta los grados más lejanos. Dividir el trabajo está bien. Hace falta ahora establecer los enlaces y las reuniones necesarias a fin de que no haya un mosaico de esfuerzos yuxtapuestos, sino una acción multiplicada. Este será el objeto del *cuadro de organización*.

La complejidad de las funciones será armonizada, previstas las relaciones entre los diferentes servicios y definida la jerarquía que debe existir entre ellas. Según el *fayolismo*, el director general, al que bastará una honrada comprensión técnica, se rodeará de especialistas y de adjuntos que formarán su estado mayor, verdadera prolongación de su personalidad. Tendrá bajo su acción directa a sus jefes de servicios responsables y que actuarán, no ya por orden, sino por él.

Es muy importante que el estado mayor, al servicio del jefe, no se salga de su cometido, ingiriéndose en la dirección de los servicios. En ausencia del director general, será un director quien le reemplazará y no el secretario general. Es un jefe de batallón quien reemplaza al coronel y no el oficial de estado mayor; un jefe de tropa debería reemplazar al comisario; a falta de ayudante, será un guía de patrulla y no un instructor quien reemplazará al jefe.

Las relaciones entre los servicios estarán aseguradas por la *Conferencia* que se celebra en fecha fijada después de haber sido *preparada*.

«Cada jefe expone a su vez la marcha de su servicio, las dificultades con que tropieza, la asistencia que requiere y las soluciones que propone. El director solicita la opinión de todos... Después de la discusión se toma una decisión... Se levanta acta...».

Aparte de este enlace entre los jefes de servicio, son necesarias comunicaciones excepcionales para evitar la lentitud de las transmisiones, bajo reserva de que los subordinados, autorizados para tratar con otros servicios, den cuenta de sus gestiones y de sus resultados.

Es fácil acercar a esta organización nacional la de nuestras tropas scouts, ya que el jefe tiene a su lado a sus instructores y bajo sus órdenes a los jefes de servicio, que son los guías de patrulla y la *Conferencia* que se llama *Corte de honor*.

Me parece necesario, aunque sea cosa poco frecuente, el hacer rendir cuentas ; pero también rendirlas de la acción de uno mismo a sus subordinados Es la condición de un verdadero espíritu de equipo.

CONTROLAR

Después de haber *previsto, organizado, mandado y coordinado*, el jefe debe asegurarse constantemente la respuesta dada por los hechos a sus proyectos, a fin de realizar con urgencia las correcciones útiles. Que examine si ha otorgado bien su

50 Es todo el problema de las Patrullas en la tropa y de las Unidades en el grupo.

confianza y en este caso si se ha hecho entender bien, lo que es muy difícil porque, para dar bien una orden, sería necesario colocarse en el lugar de quien la recibirá, saber lo que éste ignora, e imaginar las dificultades imprevistas con que tropezará. Por bien que esté dada una orden, no es exagerado afirmar que, si no se controla su ejecución, será mal ejecutada en nueve casos sobre diez. Una vez bien comprendido, sólo faltará controlar que las órdenes sean realizables.

No dudo en decir que es en este control de la acción en donde los jefes me han parecido siempre más deficientes en el Escultismo. Confían demasiado en la buena voluntad y tal vez en la suerte. Dejan a sus subordinados en plena naturaleza, con órdenes tan vagas como ambiciosas. «La patrulla de las Águilas organizará un trampolín el próximo domingo», sin preocuparse de los materiales ni herramientas que se necesitan ¡A esto le llaman depositar confianza!

En el control el jefe podrá hacerse ayudar por su estado mayor ; pero deberá estar en guardia contra la severidad de sus enviados, dispuestos a ver los defectos de la acción más que sus dificultades.

Recompensar a unos, desplazar a los otros, y lo más a menudo estimular, utilizar con indulgencia, alentar con mansedumbre; esto es lo que corona el ciclo de la acción del jefe. Es necesario saber felicitar a tiempo, y saber esperar, para castigar, que sea extinguida cualquier pasión.

Si el éxito parece comprometido por resistencias imprevistas, el jefe es el único que no tiene derecho a emocionarse. Cuando todos estén desanimados, será necesario aún, como lo escribía en su trinchera el mismo E. Clermont, «gallear para infundir valor a los otros cuando uno mismo ya no lo tiene». Insensible a los éxitos como a los fracasos, no se deja entusiasmar por unos ni deprimir por los otros y no sabría prescindir de la *virtud de fuerza*. Esa virtud que permite resistir en las desilusiones y las dificultades y que da su peso, dice Bossuet, a la razón tranquilamente expuesta⁵¹.

Practicará la *franqueza*, que gana la confianza de los subordinados. De Ernest Psichari decían sus hombres: «Es tan sincero que se sienten deseos de imitarle.» Buscará por encima de todo el *desinterés* que hace actuar en favor del interés general despreciando los honores y subordinando totalmente su interés personal. En cada uno de sus subordinados, si sabe ver una criatura de Dios, practicará, no por cálculo, sino espontáneamente, una *cortesía* y un respeto a su dignidad de hombre que los subyugará.

En las remuneraciones dará a cada uno una parte equitativa y sus sanciones sólo tendrán valor si las inspira el bien común, prescindiendo de humor, fantasía o susceptibilidad. Finalmente, es en la *bondad* donde reside el secreto de conducir a los hombres. Es ella la que apacigua y conquista las almas, y obtiene que las órdenes no sean solamente seguidas y ejecutadas, sino amadas y a veces aventajadas. «Es muy inteligente — decía de un residente el mariscal Lyautey —; pero no hará nada porque le falta esa parcela de amor sin la cual no se lleva a cabo ninguna gran obra humana.» Miss Vera Barclay recomienda, en nombre de la «simple cortesía», no hacer ninguna observación a

⁵¹ . Que no hay que confundir con la brutalidad. Pensemos en el poder que *te* desprende de la *fuerza* del escultor Bourdelle, tan perfectamente serena, tranquila y dueña de sí misma.

los niños cuando uno se siente irritado o impaciente.

El consejo vale también para los adultos. Hay muchos jefes que hieren inútilmente a sus subordinados, destruyendo en ellos la alegría del esfuerzo y el espíritu de empresa. «Este diablo de Lannes posee todas las cualidades de un gran capitán, decía Napoleón. Pero no llegará nunca a ser grande, porque cede demasiado a su humor cuando tiene que hacer algún reproche a sus oficiales; no hay defecto mayor para un general.» Esta observación llegó a oídos de Lannes por boca de Marbot, se observó y llegó a ser mariscal.

Casi todos los grandes jefes dedicados a forzar la inercia humana por la acción, han tenido a veces momentos de cólera terribles, espontáneos o calculados. Pero si, aparte de estas borrascas impetuosas, los subordinados saben que son buenos, justos y entregados en cuerpo y alma a la tarea común, les perdonarán. Lo peor no es ser zarandeado, sino no ser gobernado.

El jefe es el que concibe con entusiasmo la obra que se debe hacer, decide con ardor y arrastra a los demás por la prontitud de su elección.

Este don, en cierto modo, puede adquirirse. Las virtudes que deben acompañar el ejercicio de este don deberían ser cultivadas, aunque sólo fuese, me atrevería a decir, por la preocupación de la eficiencia. He conocido un jefe que poseía en alto grado y de instinto las dotes de gobierno, y que casi las anulaba por su falta de grandeza de alma.

Una sana comprensión de la técnica de gobierno ayudará al jefe, cualquiera que sea su categoría. Cuando haya comprendido que después de todo no es más que el hombre de una **técnica especial**, que no podría prescindir de las otras, sino que debe coordinarlas todas, el jefe estará menos tentado de ceder a la vanidad y al placer de señalar por sí mismo todos los objetivos.

Teniendo en sus manos instrumentos animados, ¿no será el mismo jefe otro instrumento en manos del Creador? Él está encargado de hacer cumplir la obra de Dios. Que se trate de fundar una empresa, de animar una fábrica o de lanzar los navios, intentará entrar en comunicación con el cielo para saber qué destino le dará a él y a los suyos la voluntad soberana.

Si el jefe se defiende moralmente por el valor con que toma sus responsabilidades, ¿en nombre de qué lo hará y soportará las consecuencias? Da su vida y la pone en peligro. Esto no puede ser más que al servicio de un ideal. La ambición personal no puede asegurar sino una parte de este valor; engendra la rivalidad, las intrigas, la lucha contra las superioridades rivales y compromete el bien común.

El cristianismo ha engendrado pléyades de jefes en los que se aliaban la competencia y un raro don de sí mismos. La palabra de Jesucristo permanecerá hasta el fin de los tiempos como un llamamiento y un programa:

«He venido no para ser servido, sino para servir.»

Así fue el general Guyot de Salins, hombre de labor incansable, de increíble desinterés y de constante oración, aquel que, pieza a pieza, hizo de los *Scouts de France* una gran asociación.

Segunda Parte

LAS FUENTES DE LA FRATERNIDAD SCOUT

LA LEY Y LA PROMESA

XI

LA LEY: ALMA DEL ESCULTISMO

Los principios pedagógicos del Escultismo han conseguido una gran difusión. Han penetrado en los medios escolares y han contribuido a la renovación de la enseñanza religiosa.

Las actividades scouts, por su parte, corresponden tan bien a los gustos de los adolescentes, que se han extendido notablemente. Las empresas apostólicas, como las Navidades rovers, las Semanas santas organizadas en las parroquias sin sacerdote y las grandes peregrinaciones, formarán en adelante parte del bien común. La primera peregrinación de estudiantes a Nuestra Señora de Chartres, organizada por el P. Doncoeur en recuerdo del voto de Péguy, contaba con una treintena de rovers. La peregrinación anual por Pentecostés atrae ahora millares de universitarios.

Es una gran satisfacción el comprobarlo.

El Escultismo continúa basándose en dos elementos esenciales: el reino de la Promesa y la Ley.

Este conjunto es la fuente de lo que se denomina: espíritu scout.

Sed siempre fieles a vuestra promesa scout, incluso cuando seáis mayores ; Y que Dios os ayude.

B. P.

LA LEY SCOUT ⁵²

- I. El scout pone su honor en merecer confianza.*
- II. El scout es leal a su país, a sus padres, jefes y subordinados.*
- III. El scout está hecho para servir y salvar a su prójimo.*
- IV. El scout es amigo de todos y hermano de todos los otros scouts.*
- V. El scout es cortes y caballeroso.*
- VI. El scout ve en la naturaleza la obra de Dios. Ama las plantas y los animales.*
- VII. El scout obedece sin replicar y no hace nada a medias.*
- VIII. El scout es dueño de sí mismo, y ríe y canta en medio de las dificultades.*
- IX. El scout es económico y tiene cuidado de los bienes de los demás.*
- X. El scout es puro en sus pensamientos, palabras y acciones.*

LA Promesa

*Por mi honor y con la gracia de Dios, me comprometo:
A servir lo mejor posible a Dios, a la Iglesia y a la Patria.*

⁵² Los textos de la Ley y la Promesa son la traducción de los propios de la Asociación de los *Scouts de France*.

*A ayudar a mi prójimo en toda circunstancia.
A observar la Ley scout.*

UNA MORAL DEL HONOR Y DE LA CARIDAD

La moral que sostiene el «espíritu scout» es muy compleja. El honor desempeña su papel. Quizá no sea el más importante. Es ante todo una moral del servicio⁵³.

Se podría decir también que es una moral de la felicidad: «Yo creo que Dios os ha colocado en este mundo para ser felices y gozar de la vida», decía Baden-Powell. Esta idea está lejos del jansenismo o de un concepto maniqueo del mundo.

Asignar un fin semejante a la moral horrorizaría, lo sé, a los partidarios de una moral del Deber, de la Virtud (en el sentido que no quería Péguy) o del Imperativo categórico.

Y, por lo tanto, está dispuesta a ser asumida por la moral de Santo Tomás, la cual es también una moral de la felicidad, pero de la designada como beatitud. La moral no es para él un conjunto de prohibiciones, sino una definición de actos que nos hacen llegar a la cima de nuestro destino. Una moral semejante podría ser «angélica» y no hacer caso del desenvolvimiento humano. El realismo de Santo Tomás la salva de este escollo. Es al término de la expansión humana bien comprendida cuando se abre el reino. Es un humanismo, pero en el que Dios es principio como razón y fuente de acción.

La moral de la felicidad no es la del placer, y no consigue su finalidad más que a través de las contradicciones de la Cruz; y por el don de sí mismo. Es dándose como uno se encuentra. Así lo ha dicho el Señor.

Es necesario releer el último mensaje de Baden-Powell para comprender sólo las armonías, sino también las diferencias entre el pensamiento del Maestro angélico y el suyo:

«No es ni la riqueza, ni el éxito, ni la indulgencia hacia sí mismo lo que proporciona la felicidad. Llegaréis a conseguirla en primer lugar haciéndoos desde la infancia seres fuertes y sanos que podrán más tarde ser útiles y gozar de la vida cuando sean hombres. El estudio de la Naturaleza os enseñará que Dios ha creado cosas bellas y maravillosas para gozaros en ellas. Contentaos con lo que tenéis y haced de ello el mejor uso posible. Contemplad el lado bello de las cosas, en vez del sombrío. Pero el mejor modo de alcanzar la felicidad es difundiendo a vuestro alrededor. Tratad de dejar el mundo un poco mejor de lo que era a vuestra llegada y, cuando la hora de la muerte se aproxime, podréis morir con la satisfacción de no haber perdido el tiempo y de que habéis hecho “cuanto habéis podido” Estad dispuestos a vivir felices y a morir felices. Sed fieles siempre a vuestra Promesa de scout, incluso cuando seáis adultos, y que Dios os ayude.»

Uno no puede por menos de inclinarse ante la nobleza de este pensamiento. No obstante, se le podría tachar de cierto naturalismo. Es una palabra de sabio más que de

53 Me ha llenado de satisfacción ver que uno de nuestros mejores sociólogos actuales, M. André Piettre, profesor de la Facultad de Derecho de París, en una serie de artículos publicados en la revista *Combat*, destinados a orientar a la juventud, proponía a ésta una *Economía del servicio*: «No existe *Sociedad* sin una palabra de orden común — escribía —. Antaño fue la de honor, heroísmo, caballeridad. Ayer fue la de trabajo, ahorro, interés, iniciativa creadora. Mañana deberá ser la de *Servicio* de los demás, que exigen hechos tan diversos pero igualmente tan imperiosos como la elevación del pueblo (la afirmación de la «democracia-fin»), el sentido más agudo de la justicia social, la necesidad de una organización más racional de las actividades económicas, la coordinación de los progresos técnicos en vista de sus servicios humanos, el ensanchamiento de las fronteras, la llamada del “Tercer-Mundo”» (11 abril 1962)

creyente. La verdadera razón de morir feliz no es solamente la de haber cumplido bien su tarea, sino la de ir a ver a Dios. No hay que olvidar tampoco que este mundo es el del pecado y de la Redención, y, por lo tanto, el del sufrimiento.

Pero, fuera de estas reservas, nos resulta fácil dar a esta herencia todo el valor que podemos desear: «El mejor modo de alcanzar la felicidad es difundirla a nuestro alrededor.» ¿No es acaso el eco de la palabra de Cristo: «Hay más placer en dar que en recibir» y el de la de San Pablo: «Dios ama a los que dan con alegría» ?

Es el espíritu que expresa la *Ley scout*, objeto de la Promesa. El contrapeso al querer vivir, al deseo de expansión personal, es el servicio de nuestros hermanos.

UNA MORAL DEL AMOR Y DEL SERVICIO

La base secreta de la *Ley scout* es, pues, el amor. Basta considerar con un poco de atención los diez artículos para comprender que orienta las actitudes y las actividades hacia el bien de los demás. Es en el interior de una moral de la caridad donde se difunde nuestra disciplina del honor y del servicio.

Los muchachos no se equivocan. Cuando se les pregunta cuál es, a su entender, el artículo más importante de la *Ley*, responden casi siempre: el artículo III: «El scout está hecho para servir y salvar a su prójimo»; a menos que digan: el artículo IV: «El scout es amigo de todos y hermano de todos los scouts.»

Con estos dos artículos se aligera lo que podría tener de demasiado duro una moral del honor. Llenos de ternura humana y susceptibles de crear «gentileza», vieja palabra que expresa gracia y cortesía, dentro de un coraje llevado hasta la despreocupación. Es decir, lo que entienden los británicos por la palabra «gentleman».

El amor jovial, la sonrisa amistosa en el servicio y el honor de ocupar los puestos de peligro asombraron a las muchedumbres de todos los países durante los cataclismos de los años de la guerra mundial.

La *Ley scout*, contrariamente a lo que a veces se dice, no se encierra de ningún modo en la búsqueda de la perfección personal que engendraría la complacencia en sí mismo y el fariseísmo.

Es más bien por las exigencias de la vida fraterna que provoca actitudes que la caridad puede fácilmente penetrar. Para el cristiano, la perfección, es el Amor: «Amaos unos a otros como yo os he amado», dice el Señor. Y también: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

«Ayudar al prójimo en toda circunstancia» puede poner en juego muchos reflejos virtuosos, de ingenio y de competencia práctica. Pero nadie puede pretenderlo si no se dispone a ello por el amor a los demás. La *Ley* coincide con esta bella fórmula del P. Lacordaire: «La Virtud no es más que la consagración de uno mismo a los demás.»

Los artículos I, II y VII de la *Ley scout* podrían inspirar todo un pequeño tratado de orden social :

- I. El scout pone su honor en merecer confianza.
- II. El scout es leal a su patria, a sus padres, a sus jefes y a sus subordinados.
- VII. El scout sabe obedecer y no hace nada a medias ⁵⁴.

⁵⁴ Para comentar este artículo el autor ha preferido tomar la redacción de la nueva formulación de la *Ley*, actualmente en estudio, creyendo que

El scout es alguien con el que se puede contar, alguien que no traiciona ni engaña. Jefe, de la clase que sea, se esforzará en adquirir la competencia y la abnegación necesarias para que sus subordinados puedan estar seguros de no ser abandonados en los momentos difíciles. Si es subordinado, se podrá contar con su lealtad; hará honradamente la parte que le corresponde en el trabajo común.

Basta observar la vida para cerciorarse de la gran ventaja que significaría poder contar los unos con los otros, en lugar de estar constantemente paralizados en la acción, disminuida su eficacia por la profunda deslealtad que engendra el egoísmo.

El defecto profundo de nuestras instituciones y de nuestras relaciones ¿no es acaso la falta de valor de los jefes ante los riesgos de sus decisiones? Cubrirse de un «precedente», o renunciar a su responsabilidad en detrimento de un subordinado, representa la preocupación constante de tantos y tantos jefes de servicio, incluso de grandes jefes. En cuanto a los subordinados, ¿quién no ve que la apetencia de poder constituye demasiado a menudo una jauría de hambrientos al acecho del menor desfallecimiento del jefe para devorarlo, es decir, para ocupar su puesto?

Más allá de los estragos del individualismo práctico, la concepción de la autoridad está gravemente amenazada. Se ha podido definir la civilización, que se busca actualmente, por la negación del Padre. La negación de Dios, que es la causa, no puede más que engendrar un mundo que sustituya un sistema de dependencia inspirado en la paternidad humana por un orden abstracto, sin afecto ni respeto, donde las oficinas administrarían el hormiguero; el resultado final sería «la hora XXV»⁵⁵. El artículo VII: «El scout sabe obedecer», supone, como se ve, una visión metafísica del mundo. Se le puede repudiar y proclamar que ya no habrá Dios ni Señor, y que el jefe será sustituido por la voluntad común. La experiencia demuestra que la naturaleza se venga y que la dictadura sustituye a la autoridad moderada que predica el cristianismo. No es cuestión, evidentemente, de confundir los principios de orden y jerarquía que unen estos dos artículos con las formas caducas que ha podido revestir su aplicación en el mundo feudal, sino de hacer revivir la verdad eterna en formas modernas.

Hemos enriquecido el texto inglés del artículo VII con una formidable exigencia : «*No hacer nada a medias.*» Es un programa de trabajo sobre sí mismo que va lejos. ¡Cuántas personas se estancan en el trabajo, no terminan lo que han empezado, viven en una especie de descontento de sí mismos y del trabajo que efectúan! Esta intención coincide, como vemos, con el primer artículo que cito en la versión inglesa: «Puede contarse con el honor de un scout.» ¡Qué magnífica disciplina para la educación personal! Mas también ¡qué feliz iniciación para las relaciones entre la profesión y el Bien común!

Los artículos III, IV, V, VI, IX se abren a la justicia social y a la caridad, tal como lo hemos visto:

- III. El scout está hecho para servir y salvar a su prójimo.
- IV. El scout es el amigo de todos y hermano de los demás scouts.
- V. El scout es cortés y caballeroso.
- VI. El scout ve en la naturaleza la obra de Dios, ama las plantas y los animales.

este texto es una traducción mejor del pensamiento de Baden-Powell, para uso de los chicos

⁵⁵ *La hora XXV*, novela de G. Virgil GEORGHU.

VIII. El scout es económico y tiene cuidado de los bienes de los demás.

El artículo III redactado por Baden-Powell: «*Es deber de un explorador ser útil a los demás y acudir en su ayuda*», es más concreto, más inmediatamente práctico que el nuestro; pero está abierto a horizontes menos amplios. Nuestra redacción: «*El scout está hecho para servir y salvar a su prójimo*», es terriblemente ambiciosa. Está llena de resonancias evangélicas : «Yo no he venido a que me sirvan, sino a servir» y a salvar. Le damos un sentido tan elevado que nos exponemos a olvidar sus humildes exigencias. Pasando en un vuelo a la salvación espiritual, al apostolado, nos exponemos a descuidar el pequeño servicio al alcance de la mano. Si nosotros le hacemos empezar con un servicio concreto, este artículo se convierte en un programa admirable. Ha provocado vocaciones y sé que continúa animando muchas vidas entregadas a la acción.

La B. A., la preocupación concreta de los demás, el deseo de rendirles servicio y de hacer que sean felices, no pueden por menos que conducir al espíritu de apostolado : a dar a los demás el máximo posible de verdad y de amor para que sean felices en el reino de Dios.

El artículo IV es un repudio del espíritu de odio de clases y de castas, lo cual está muy bien expresado en el texto inglés y muy poco en el nuestro.

Ser cortés (art. V), tener tacto, manifiesta la delicadeza de corazón. La cortesía, que sería refinamiento para con los de su casta y desprecio hacia los que no son de «su clase», merece el descrédito en que ha caído en el espíritu de muchos jóvenes, ávidos de sinceridad. Pero la verdadera cortesía es la forma exquisita que da la caridad a nuestras relaciones sociales: «No fumar en los lugares públicos, dice Baden-Powell; podéis molestar a los demás.» Es la traducción de los sentimientos de respeto que debemos tener hacia nuestros hermanos, criaturas amadas de Dios, o hacia aquellos que, débiles y doloridos, representan al Cristo doliente entre nosotros.

El amor a las plantas y a los animales (art. VI) es la forma de cortesía hacia las criaturas inferiores, nacidas también ellas del amor de Dios, y cuya felicidad está en nuestras manos.

El artículo VI inglés es más concreto para el muchacho : «*Bueno para con los animales*»; pero el nuestro da un valor contemplativo a la Ley. Aquí se enriquece con una precisión teológica que confunde un poco; no obstante, hace eco a la tradición franciscana. Amar las plantas, amar estas criaturas adolescentes que son los animales, encontrar en cada ser de la creación el recuerdo de Dios, da a la espiritualidad una especie de encanto.

No malgastar el dinero permite no ser una carga para los demás, y sí ayudarlos (art. IX). Respetar lo que les pertenece es de estricta justicia; un medio también de demostrarles que los amamos.

Es necesario enseñar a los futuros ciudadanos estos reflejos de economía y de fuente de bien común: una pretendida caridad que no engendrara esta delicadeza de corazón sería sospechosa. San Pablo no desdeñaba de instruir a sus discípulos al mismo tiempo que los introducía en los más sublimes misterios de la vida divina: «No he codiciado ni la plata ni el oro ni los vestidos de nadie. Bien sabéis que mis manos han suministrado a mis necesidades y a las de los que me acompañan. En todo os he dado ejemplo, mostrándoos

cómo, trabajando así, socorráis a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que Él mismo dijo : Hay más felicidad en dar que en recibir»⁵⁶.

Hay una economía mezquina, que mira por entero a uno mismo, y que es reflejo de la prudencia egoísta. No es ésta la que hay que enseñar a los scouts. Existe, por el contrario, aquella que se dirige hacia la miseria de los demás a los que hay que socorrer. Es la del Evangelio.

El artículo VIII: «*El scout sonríe y canta en medio de las dificultades*», podría ser interpretado como una especie de negación de la pena o como una especie de sabiduría pagana⁵⁷. Pero, ¿acaso no es una exigencia del amor fraternal guardar para sí las propias tristezas y fracasos ? Proporcionar valor a los demás, cuando es uno quien tiene más necesidad de él, practicar, como Guy de Larigaudie, la caridad de la sonrisa, cultivar el lado bueno de las cosas, no apesadumbrarse, he aquí dónde se encuentran a la vez los elementos psicológicos, psíquicos y evangélicos de los que hemos hablado a lo largo de este libro.

Yo diría que este humilde buen humor ha cimentado muchos hogares scouts quizá más que algunos relevantes dones del espíritu o del cuerpo, en el transcurso de estos difíciles años de guerra. He tenido de ello testimonios conmovedores.

Podemos concluir afirmando que todos los artículos de la *Ley scout* orientan el comportamiento hacia el bien común.

El artículo X, que parece a primera vista no interesar más que a la conciencia privada, revela también la justicia social. En el pecado de impureza, hay, además de una falta personal, una intemperancia, un atentado contra nuestra conducta íntima; pero toda falta contra el misterio de la vida es un atentado contra el orden del mundo, y hay que subrayar que si se comete en compañía constituye un grave atentado contra la justicia social.

La castidad es una «virtud reservada al cristianismo», decía el P. Lacordaire. Sin Cristo, quizá se podría tener una ligera idea de ella; pero antes de Él, no se la había podido vivir jamás. Comprendo que scouts que hayan abandonado la fe declaren que semejante cosa es sólo para niños. Incluso —lo he oído de personas notables— es a partir de este artículo cuando algunos hablan de infantilismo de la *Ley scout*.

La pureza es la condición del desinterés en el don de sí mismo. Pone el sello divino en la nueva criatura nacida del bautismo. Anima hasta las piedras de las esculturas de Chartres. Los que la han comprendido saben que es en razón del dominio del espíritu sobre la carne que «la más bella y la más alta creación del hombre es el hombre».

Es curioso y triste que parezcan dudar de ello tantos cristianos. Es necesario que haya sido un pagano

— empapado, eso sí, de cristianismo — quien lo haya descubierto. El Mahatma Gandhi, enzarzado en su lucha gigantesca por la liberación de los trabajadores indios, en África del Sur, comprendió, con experiencia irrefutable, que la renuncia a los goces de la carne era la condición para la consagración total, y a ello se obligó por voto.

La Ley me parece bien resumida en las tres virtudes principales: *Sinceridad, abnegación, pureza*.

⁵⁶ Hechos de los Apóstoles, XX, 33.

⁵⁷ En la nueva formulación de la Ley, actualmente en ensayo, el texto de este artículo dice así: «El scout tiene valor: sonríe en las dificultades.»

Basta evocarlas para ver que ellas son los antídotos más directamente opuestos a los vicios de nuestra época, en la que la mentira, el egoísmo y la sensualidad se extienden como cáncer monstruoso y amenazan sepultar a nuestra civilización.

No han tenido bastante los *Scouts-de-France* con intelectualizar, abrir y madurar la Ley de Baden-Powell. La han hecho además preceder por tres Principios.

- I. El scout se enorgullece de su fe y somete a ella toda su vida.
- II. El scout es hijo de Francia y buen ciudadano.
- III. El deber del scout empieza en el hogar.

Me parece que tienen un valor desigual. El segundo repite el artículo II de la Ley sobre la lealtad. Y subraya, ciertamente, la intención primordial de Baden-Powell, que es hacer buenos ciudadanos.

El tercero, justo en sí, es un poco quimérico, cuando se trata de niños, y precisamente en la edad en que biológicamente tienen necesidad de escapar psicológicamente a la disciplina familiar. Con demasiada frecuencia es ocasión de un chantaje por parte de padres poco clarividentes, chantaje susceptible de desviar del Es- cultismo al niño en período de crisis.

El primer principio, al contrario, domina y transfigura la Ley de los *Scouts-de-France*. ¡Es nuestro orgullo! Sitúa la vida scout en el orden sobrenatural.

UNA MORAL DEL HONOR

Baden-Powell, queriendo dar de nuevo a su país el vigor de otro tiempo, ha traducido para los muchachos el espíritu de la caballería medieval en el texto de la *Ley scout*.

Este espíritu, hecho de donación desinteresada de sí mismo y de fidelidad, compromete a una moral del honor. Hemos visto como esta moral se encuentra inserta en el orden de la caridad.

El honor es una noción difícil. Antes que una noción, es un sentido. Un sentimiento. Tan pronto se tiene conciencia de ello aparece como la apreciación que se tiene de sí mismo. Se necesitan ciertos criterios para juzgarse. De la calidad de estos criterios dependerá el valor de nuestro juicio.

No hay que asombrarse, pues, de que el sentimiento del honor pueda sufrir, en la vida consciente, variaciones e incluso graves deformaciones.

Juzgar bien es de la mayor importancia, pues es el concepto que pueda formarse del bien moral del hombre el que fundará la estimación de su dignidad. El sentimiento de su dignidad lleva a la conciencia de lo que debe hacerse.

El verdadero honor tiene su fundamento en la justicia. Es lo que enseña Santo Tomás, en su comentario a las *Éticas de Aristóteles*, donde ha intentado hacer un retrato del hombre de honor, al que llama el Magnánimo y del cual escribe: «Él sabe que el honor es el más alto homenaje que se pueda hacer a la virtud; pero la virtud en la que se funda este honor es aún mucho más valiosa»⁵⁸.

El honor es el sentimiento del valor personal; pero es también orgullo de pertenencia,

58 Cf. *La Forcé*, Ed. de la «Revue des Jeunes», p. 303.

sentimiento de una solidaridad en el bien.

Se siente el orgullo de ser caballero; el sentimiento de este honor impide retroceder. En el extranjero se siente satisfacción de su país; se regula la conducta de manera que se le deje en buen lugar.

Hay un honor cristiano; el sentimiento de comprometer la reputación de Cristo prohíbe comportamientos que, a través de ellos, pudieran difamarle. La gran Santa Teresa era indulgente con las debilidades de la naturaleza humana, pero quería que se respetara el honor de Dios. ¿Acaso no fue el mismo Señor quien le dijo: «Mi honor es el tuyo, tu honor es el mío»? ¡Cuánta nobleza en esta religión!

Todos los héroes, se ha dicho justamente, no son santos. Pero todos los santos son héroes, héroes tal como los deseaba Baden-Powell: en la vida de cada día. Todo verdadero cristiano tiene a la vez algo de héroe y algo de santo. Qué papel haría un enamorado de Dios si tuviera miedo por su piel. ¡O de la gripe! «Yo bien hubiera ido a ver a mi portera enferma, pero hubiese podido coger cualquier cosa.» Frase de una devota que repetía Léon Bloy.

La verdadera caridad no puede dejar de emplear la fuerza. No es sensiblería. Compadecerse no es amar. Ser del parecer del más fuerte no es amar la paz de Dios.

¿Acaso no era el sentimiento del honor de Dios el que armó de repente el brazo de Jesús contra los profanadores del Templo? Todas las epístolas de San Pablo están llenas de este orgullo⁵⁹.

El papa Pío XI, que felicitaba, en 1934, a los scouts por practicar un cristianismo de amplios horizontes, tenía un vivo sentimiento del honor cristiano. A aquellos que reprochaban al cristianismo el haber desvirilizado al hombre respondió: «El cristianismo no tiene que recibir de nadie lecciones de heroísmo, pues el mayor heroísmo está en la búsqueda de la santidad...» A los héroes del paganismo, él oponía los mártires cristianos. Ante la muerte y el sufrimiento tanto los unos como los otros parecen ir de la mano. No obstante, a unos los inspira la grandeza del hombre, y a los otros el amor de Dios, fuente del auténtico honor cristiano.

Una moral del honor bien entendida, lejos de oponerse a una moral de la caridad, le abre el camino. Amar a los otros, tratarlos con honor, juzgar indigno de ellos, como de sí mismo, el mentirles o engañarles, predispone a amarles: «Allí donde los adversarios pueden amarse en lugar de odiarse y envilecerse, la paz no está lejos; una caridad que no se da a conocer, aproxima las voluntades decididas que han sido probadas y que al medirse se ven iguales»⁶⁰.

El espíritu scout no está hecho únicamente de una moral del honor. Es también deseo de justicia, cosa que no es extraña al mundo del honor. Como, por ejemplo, tratar con honor a los obreros en lugar de obligarlos a trabajar, como lo denuncia la encíclica *Quadragesimo anno*, en circunstancias que los envilecen. Pretender amar a los otros sin tener el sentimiento de su honor y de sus derechos, es engañarse.

El honor del scout consiste en servir gratuitamente. Cuando se es scout, no se puede retroceder ante las dificultades sin enrojecer. Uno se debe a los demás. Nuestros prisioneros, esforzándose en dominar antes que nada sus angustias, han hecho de su vida

59 Cí. I Cor., V, 1; I Tes., IV, II.

60 APOSTOLUS, *Spiritualité cornélienne*, en «La Vie Spirituelle», febrero 1942.

dolorosa un hermoso comentario de esta verdad. Lo mismo que San Luis en Damietta.

La moral del honor no tiene buena prensa. Hay que confesar que, en la historia, ha conocido muchas desviaciones. Puede confundirse con comportamientos inspirados por el orgullo o la vanidad. El pundonor de

Don Juan no le impedía engañar a las mujeres con las más abyectas mentiras; pero, en cambio, le prohibía huir del peligro. El pundonor que exigía el derramamiento de sangre para vengar un bofetón no era más que una caricatura del verdadero sentimiento cristiano de la dignidad humana.

La moral del honor puede conducir a una sensibilidad salvaje o al fariseísmo. Exige ser integrada a una moral más alta de la caridad. Pero, bajo pretexto de que pueda desviarse, el renunciar a ella sería renegar todo un aspecto de la grandeza del hombre. El sacerdote de *El Poder y la Gloria* deja, en su miseria extrema, resplandecer el carisma del sacerdocio. Nosotros descubrimos en ella el valor de la humanidad y de la confianza exclusiva en la sola misericordia de Dios. Pero sería un extraño mundo rescatado aquel en que el Señor sólo fuese servido por débiles mentales o tullidos en la vida moral. La perfección de la semilla es la flor acabada que canta a su manera la gloria de Dios. Una verdadera moral debe ayudar normalmente a la perfecta formación del hombre.

La humildad, virtud específicamente cristiana, no requiere nuestro envilecimiento. Es la conciliación entre el sentimiento de nuestra excelencia de hijos de Dios y la certeza de que todo cuanto tenemos de bueno nos viene de Él. Los santos más humildes han sido los más intratables, cuando se hallaban amenazados el honor de Dios o el interés de sus hermanos.

Es a la vez el orgullo de pertenecer al Movimiento y el amor a Cristo lo que debe inspirar el espíritu de servicio. Nuestra moral es sobrenatural. Sin embargo, las leyes psicológicas son las mismas que para la moral natural: «La ley evangélica está inscrita en nuestros corazones, decía el P. Sertillanges; es el dinamismo interior del Espíritu, una vez que nos ha sido dado este nuevo ser del cual hablaba Jesús a Nicodemo»⁶¹.

Cristo no ha venido a abolir, sino a perfeccionar. La fe debe ayudarnos a conseguir el tránsito del honor personal al sentimiento del honor de Dios.

El honor humano no es el valor supremo. El honor de Dios le domina, el cual no debe ser juzgado jamás según el pundonor humano. Pero para que nosotros nos hagamos sensibles al honor de Dios, es necesario que tengamos de él una experiencia a nuestra medida.

Una educación del sentido del honor parece ser absolutamente necesaria en un mundo donde los totalitarismos propagan la moral del interés y del éxito. El bien es el que triunfa. El honor no tiene más que procurarse éxitos. Un San Luis, vencido, cumpliendo la palabra dada, es todavía mayor que si hubiera triunfado.

«No es suficiente que el mundo cristiano revele su ser y dé la totalidad de su amor y de su ser delante de Dios. Es necesario también que dé cierta imagen noble de Él al mundo pagano.

»Es el sistema y es la política de San Luis. No basta con ser rey de Francia para el pueblo sencillo y para los barones franceses. Y tampoco le es suficiente ser San Luis delante de Dios. Es necesario, además, que sea el rey de Francia delante de este sultán de

61 Jn., III.

Egipto y es necesario que sea San Luis delante de estos infieles»⁶².

Antes de hacer el ángel, hay que hacer el hombre. ¿Y quién entre nosotros se atrevería a decir que el mundo cristiano no tiene necesidad de educar hombres sinceros, valerosos y de carácter, y que el honor de Dios o está en ello comprometido en el espíritu de nuestros contemporáneos ?

LEY Y LIBERTAD

La redacción de la Ley scout hecha por Baden-Powell no es un absoluto. Podrían existir otras mejores. Pero tiene el mérito de existir y de haber reunido a través de todo el mundo innumerables muchachos de todas las razas, de todas las lenguas y de todos los países.

Es en la Ley scout que se reconocen. Este lazo de unión universal los mantiene en una amistad que no conoce fronteras. Existen pocas cosas que unan para atreverse a abandonar la Ley, o a modificarla hasta el extremo de que ya no sea la Ley de todos y no tipifique ya la misma especie de muchachos.

Esperamos haber demostrado con suficiente claridad que es valedera para todos y de gran importancia educadora. Naturalmente la hemos estudiado en la versión **Scouts-de-France**, pero nos parece que, afortunadamente, esta traducción no es una traición del original.

Sólo me entretendré en la objeción más sutil : la de que Baden-Powell había tenido la intención de redactar una regla de juego y no una regla de vida.

¿Ley del juego o ley de vida?

La Ley sería entonces apropiada a los juegos de los exploradores, a sus actividades. Sería la ley de un medio, y, en rigor, de una edad; pero fuera de ahí su imperio debería terminar.

Esto me parece contrario a la letra de tantos escritos y más aún al espíritu de Baden-Powell.

La audacia de Baden-Powell no ha consistido en prolongar en la vida del hombre un juego de niños, sino en ofrecer a los muchachos un ideal de hombre. Él los tomó en serio — tal fue su genialidad — hasta el punto de hacerlos comprometer a vivir un ideal de caballeros y de pioneros.

Los niños, cuando los adultos no pretenden imaginar para ellos juegos infantiles, se transportan en imaginación al mundo de los hombres. Lo que ellos sueñan ser, lo serán en gran parte. El porvenir está en nosotros y condiciona nuestro presente. El presente, vivido por el niño en imaginación, está ya en su porvenir.

Nunca se insistirá lo bastante en que si bien para «las personas mayores» el dominio del juego y de la imaginación no es el de una vida real, para los niños, es, por el contrario, el misterioso taller donde ellos elaboran su personalidad. ¡ Quién no se acuerda de las oleadas de generosidad, de aquel deseo de coraje o de grandes cosas que secretamente

62 Charles PÉGUY, *Note conjointe sur M. Descartes*, N. R. F., p. 200.

hacían magníficos nuestros juegos de niños! Hacerles vivir derrochando coraje y lealtad en lo que consideran como lo más importante, es crear en ellos maneras de ser que compaginarán en su vida de adultos con la espontaneidad del instinto.

A los niños que sueñan con vivir en seguida la vida de hombres, a los niños que en su imaginación se creen hombres, Baden-Powell les ha propuesto vivir como si fueran ya primeros de cuerda. Les ha anticipado la realización de su secreta ambición. Se hubiera sorprendido si alguien le hubiese afirmado que su tipo de hombre no estaba destinado a franquear los límites del mundo de los niños.

Por otra parte, ha enderezado su tendencia a jugar a personas mayores y a imitar a los adultos. Estos aparecen, demasiado a menudo, con defectos enormes. El orgullo de los niños consistirá en reproducirlos. Así creen que se los tomará por hombres.

Ser un hombre significa fumar, jurar, tener el derecho de ser grosero sin que le riñan, es contar historias equívocas «no aptas para menores», y muy a menudo, desgraciadamente, delante de ellos. Todos nosotros hemos conocido estos muchachos que para representar más edad afectaban ser «libres», y se jactaban de éxitos imaginarios. ¡Uno es macho! Así se presume delante de los pequeños camaradas llenos de admiración.

Y he aquí que Baden-Powell va a transformar esta visión perniciosa. A estos niños que sueñan con ser hombres e imitan las deformaciones, va a proponerles ser hombres de honor. Va a tratarlos como a tales confiándoles responsabilidades. Y en primer lugar la responsabilidad de su vida, de la cual la *Ley* representa el itinerario y el plan.

Baden-Powell sabía muy bien que ciertos juegos y también ciertos deportes tienen reglas precisas. Sabía y dijo que plegarse lealmente a sus reglamentos era formativo. «El fútbol enseña la gran lección de jugar sin egoísmo, por el honor del equipo y no por la gloria personal.»

Se puede pensar que un verdadero deportista — palabra que suena a los oídos británicos como nuestro «gentilhombre» — será leal en la vida como en el estadio. No obstante, el primer objetivo de las reglas deportivas no es engendrar cierto tipo de hombre, sino permitir el buen desarrollo del juego. No se trata, principalmente, de formación moral, sino de diversión.

Las reglas deportivas definen un deporte. No es intencionadamente, sino de una manera indirecta, cómo, desarrollando en el jugador ciertas cualidades, contribuyen a hacer de él un hombre de honor.

La *Ley scout* modifica este orden de intención. Su primer objetivo es promover un tipo de hombre, y el segundo, regular el orden del campamento y de la vida en común. Ella señala las actitudes en «la vida de todos los días», como le gusta repetir a Baden-Powell.

El muchacho que hace la Promesa la siente, no se trata para él de un juramento hecho en el estadio. La ambición que le empuja en este instante es de estar más tarde — y desde ahora — al lado de los héroes y de los santos. ¡Se escandalizaría si se le dijera que esta Promesa le dará el derecho, más tarde, a ser incluido entre los jubilados de un juego de niños! «*Si Dios quiere, para siempre*», ha contestado.

Baden-Powell, más que en el juego de hoy, piensa en el hombre de mañana. Tiene en perspectiva la felicidad de este muchacho, pero también el porvenir de su país. Quiere proporcionar a la comunidad humana ciudadanos que sabrán hacerla más feliz.

Es de esto de lo que en primer lugar se trata: antes de transformar el mundo, transformarse a sí mismo. Y el Escultismo se une así a la gran tradición clásica y cristiana: la primera finalidad del hombre es descubrir a Dios y conquistarse a sí mismo.

Trabajar para hacer reinar el orden en las instituciones, dejando a los hombres en el desorden interior, no puede conducir más que a trasladar el centro de la injusticia. Y no obstante, es a esto a lo que se exponen, en su ignorancia, todos aquellos que colocan en el primer término de la actividad humana, no la justicia del hombre, sino la transformación de las cosas.

La *Ley scout* se propone, como un programa de vida personal, una reforma de sí mismo, una orientación de su propio ser. Para aquel que ha oído la llamada al servicio, a la donación de sí mismo, evoca una manera de ser, que prepara una forma de actuar y hacer.

LEY Y LIBERTAD

Podría decirse que toda la virtud de la *Ley scout* dispone para la entrega a sus semejantes.

El milagro está que en esta orientación, tan contraria en apariencia al individualismo, se encuentra el desarrollo de su ser, y que esta plenitud engendra la alegría de vivir.

Que una *Ley* pueda engendrar el gozo de vivir, que pueda armonizarse con una pedagogía activa que predique la iniciativa y la libertad, es difícil de comprender para muchos espíritus modernos.

A duras penas pueden renunciar a la idea de que la ley es una arbitrariedad, socialmente necesaria. La admiten en rigor para la regulación exterior de la vida social. Es un mal menor. Pero prefieren guardar su independencia interior y no tener que regular sus pensamientos y sus sentimientos sobre algo que les parece ajeno a ellos mismos.

Si la ley se presenta como un *imperativo categórico*, como un absoluto con fundamentos indefinibles, a la manera de Kant, o bien como una convención que no tiene otra autoridad que la de expresar la voluntad de la mayoría, se comprende que alguien crea que pueda sustraerse a ella sin faltar a la verdad de su propio ser.

Para los moralistas —tan numerosos— que hacen de la moral un conjunto de obligaciones jurídicas más o menos arbitrarias, sin relación con nuestro devenir inmanente, una suerte de reglamentación exterior de la cual uno puede sustraerse sin faltar a su destino, se comprende que la idea de una ley moral sea antipática y que quieran rechazarla. Tales conceptos han favorecido el nacimiento del ateísmo del absurdo.

Como consecuencia, los dos últimos siglos han visto formarse un nuevo amoralismo. Hasta entonces la humanidad había podido equivocarse sobre la naturaleza de los dioses o rechazar la moral de las religiones estimadas demasiado exigentes. Pero: «Desde sus orígenes, escribe M. Gilson, el hombre no había pensado, dicho ni hecho nada que no estuviese inspirado en esta certidumbre de que existe un Dios o varios dioses.»

Y he aquí que por boca de un Nietzsche se decreta la muerte de Dios : «Si Dios no existe — dice entonces el viejo Karamazov de Dostoievski —, todo está permitido.»

Más concretamente, es el Dios creador quien rechaza el ateísmo contemporáneo. El pensamiento antiguo, greco-latino, del cual somos herederos, reconocía que había un

orden en el mundo. Obedeciéndolo uno se encontraba a sí mismo y se podía dominar el universo.

La moralidad no era más que un caso particular de este orden del mundo. Se trataba de descubrirlo y de conformarse a él. En esta sumisión había, aunque fuese desconocido, un oscuro homenaje a Dios.

Este homenaje implícito se ha hecho insoportable al ateísmo absoluto. Es el Dios creador a quien rechaza, y con una profundidad jamás alcanzada. No sólo en sí mismo, sino en su obra se decreta la muerte de Dios.

Una negación semejante expresa la voluntad de no depender en nada, no solamente de una divinidad, sino de un orden del mundo, al cual debería someterse, lo que significaría confesar indirectamente que se ha recibido de otro el ser y el modo de ser.

Si no hay Creador ni orden en el mundo, no existe la naturaleza humana y tampoco la ley de su desarrollo. El hombre se erige en principio absoluto. Lo que él decida hacer estará bien. Es lo que el existencialismo denomina acto libre. Habrá «moralidad pura» como se habla en arte de «Creación pura»: *«Hacer una poesía, escribía Hallarme, que tenga, el valor de demiurgia y que pueda entrar en concurrencia con el mundo de las cosas creadas hasta el punto de suplantarle en su totalidad.»*

El pensamiento cristiano está en las antípodas de esta concepción. Es importante penetrar bien su realismo. Sería conveniente que los incrédulos comprendieran que tenemos la certeza de que cuando obedecemos a Dios, no nos sometemos a una arbitrariedad, sino que nos conformamos a una sabiduría inspiradora del orden en el mundo y del nuestro. No por una recompensa extrínseca, sino por nuestra perfección ontológica.

Es el punto donde podemos encontrarnos con scouts de asociaciones neutras, que, aun no compartiendo nuestra fe, continúan siendo fieles al concepto milenario de un orden del mundo y de una regla inmanente de la moralidad: regla inmanente del devenir humano.

Santo Tomás ha expresado mejor que nadie este realismo cristiano. Para él, ir hacia Dios, significa desenvolverse conforme a las exigencias de la naturaleza humana. La moral se presenta entonces como una ayuda y no como un apremio, como un arte de vivir. Aparece como una biología que tiene en cuenta todos los elementos de que estamos formados y de la gracia que nos hace cambiar de orden sin destruirnos. Se está lejos de una colección de recetas sociales o de prohibiciones «moralizantes».

Todos los seres creados tienen una ley interna, pensamiento inmanente del Creador, que los define. «La ley, en el sentido ontológico, expresa todo lo que cada ser tiende a hacer en razón de su naturaleza y de las circunstancias»⁶³. El papel de la ciencia es descubrir estas leyes. «Desde dentro y por la razón creadora una ley inmanente dirige el mundo.» El hombre no escapa a esta condición; pero puede asentir a esta ley o sustraerse de ella. Y por eso la moral no es una ciencia pura, sino una orientación de la voluntad, un arte de vivir.

CONCIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL

Recibimos de la naturaleza, junto con la aptitud a las ideas generales y a los razonamientos, los primeros principios de la moralidad: en una palabra, del comportamiento humano.

Se trata de un impulso espontáneo de nuestro ser: *hacer el bien, evitar el mal*. Queda un vislumbre de esta luz en los peores seres. Este instinto profundo es como la revelación que Dios nos hace de nuestra naturaleza y de lo que debemos hacer.

Sin el pecado, sin el oscurecimiento de nuestras conciencias, que es su resultado, sin la turbación que las pasiones emancipadas de la razón provocan en nuestros juicios, esta Ley inmanente hubiese podido bastar para asegurar el desarrollo de nuestro destino personal.

La experiencia prueba que nuestra mirada interior se ensombrece y que las presiones sociales pueden añadirse a esta confusión. Lo atestiguan el sincero asombro de tal muchacha o tal muchacho a quienes se les dice que ciertas libertades son peligrosas y responden: ¡Todo el mundo lo hace!

Para ayudarnos, y no para molestarnos, Dios ha querido objetivar las obligaciones inconscientes de nuestro llegar a ser interior. Se trata de ayudarnos a descifrarnos a nosotros mismos. Un poco como lo hacen los subtítulos que facilitan a los espectadores la comprensión de películas extranjeras.

La ley moral está hecha para reforzar todo lo que pudiera tener de insuficiente la luz de nuestra inteligencia. La ley de moralidad no es otra cosa que la ley ontológica de nuestro ser, al mismo tiempo que la del reino de Dios. El error frecuente es el de considerar a éste como un reino ajeno a nuestra vida. Su ley podría no corresponder a la nuestra.

Lo que sí es cierto es que si nosotros rehusamos entrar en el Reino, éste no viene a nosotros y su ley se convierte en exterior. Si nosotros no la consideramos como la prenda de nuestra liberación y de nuestro desenvolvimiento, se convierte en oponente. Del *Inmoralista* se ha podido decir muy justamente: «Bajo cada palabra que ha escrito se esconde un trabajo de zapa contra la ciudad enemiga; aquella donde la naturaleza es combatida, donde someterse a las pasiones se llama el mal, donde una maldición particular pesa sobre el placer, sobre lo que para Gide es el placer...Hay un Espartaco en Gide. Ha sido el jefe de los esclavos sublevados en el mismo centro del orden romano».⁶⁴

Esta imagen es bella, pero es ambigua. La naturaleza no es combatida, es salvada, y es al desorden de las pasiones a lo que se denomina mal. La prohibición de la ciudad cristiana no pesa más que sobre aquello que, impidiéndonos ser hombres, nos distrae de nuestra vocación divina.

Los jansenistas, como el libertino Gide, han presentado la ley moral como un tirano. Pero ella, muy lejos de tiranizarnos y de hacernos esclavos, nos hace libres. Nos libera de la carne, de los instintos, de la anarquía de las pasiones, de las leyes del atavismo, de las presiones sociales. Es nuestra luz, nuestra amiga, nuestra consejera.

⁶⁴ François Mauriac, *La victoire de Spartacus*, en «La Table ronde», abril 1951

Los educadores cristianos no están siempre indemnes de estas maneras de ver. He oído a menudo excusar la *Ley scout*: no crea obligaciones, dicen; define una silueta.

Si se dijera que no tiende a prohibir, sino a crear un tipo de hombre, sería más justo. Quedaría el problema de saber si tenemos el derecho, aunque tengamos la posibilidad de ello, de rechazar convertirnos en hombres, según las prescripciones del *Decálogo*

Dios no nos fuerza, puesto que nos quiere libres. Cuando nos recuerda las insinuaciones secretas de nuestra naturaleza, es para guiarnos hacia Él. Pero nosotros no decidimos nuestro fin. Y por ello hay en nosotros una obligación de tender hacia Él.

La ley moral es una luz. Ella ilumina nuestro camino, pero también nuestras debilidades. Contrariamente a lo que algunos parecen temer, no engendra como resultado la satisfacción de sí mismo, sino la humildad. «Yo no hago el bien que quiero que la ley me hace ver más claramente, y en cambio hago el mal que no quiero.» San Pablo hizo la experiencia antes que nosotros.

LEY PERSONAL Y LEY DE GRUPO

La *Ley scout*, próxima a la ley natural y al *Decálogo*, es para los muchachos una luz más en el camino, a menudo oscuro y difícil, de su desarrollo personal. Es también el código de vida de su comunidad. Califica el grupo al mismo tiempo que los miembros.

Éstos la asimilan más por la vida del Movimiento que por una meditación personal. Yo me permito insistir en ello para atenuar lo que tendría de demasiado pesado este comentario. Los muchachos no van tan lejos. Quizá no saben siempre la letra de su Ley. Lo esencial es que encuentren en su unidad un medio que esté inspirado, impregnado de ella. La respirarán y la vivirán sin saberlo.

El espíritu que expresa la *Ley scout* impregna la vida de toda buena unidad scout. El recién llegado admira y ama estas costumbres. De vez en cuando se les recuerda: «Aquí nada de caras agrías», lo que quiere decir, aquí se conserva el buen humor; «se sonríe en medio de las dificultades.» Otra vez, a aquel que refunfuña por un servicio, se le dirá simplemente: «El scout es amigo de todos»; en otra ocasión, en el transcurso de un encuentro internacional, por ejemplo, el jefe habrá dicho: «Será maravilloso fraternizar con estos scouts africanos que son nuestros hermanos.»

Sin comentarios escolares, sino por la vida misma, muchos scouts habrán vivido la *Ley*, sin quizá haberla jamás sabido al pie de la letra. No hay duda que Baden-Powell no se hubiera inquietado por ello, él que decía a los jefes: «Vivid la Ley delante de vuestros muchachos, antes de enseñársela.»

A veces uno se ha preguntado si el papel de los sacerdotes era el de preocuparse por la educación moral. Es una consecuencia del descrédito en que ha caído la moral reducida a una casuística.

Se comprendería si se tratase de una moral humana, residuo de convenciones sociales, y no de un respeto del orden creador. Y esto se explica si se *enseña* la moral de esta manera. Pero nuestra moral, por sobrenatural que sea, no cambia nada el funcionamiento psicológico de nuestro ser. La fe y el amor de Dios deben ser asimilados, vividos y traducidos en costumbres que representen la manera divina de vivir nuestra vida de hombres.

Basta leer a San Pablo, el gran predicador teológico, para comprender el lugar que ocupa la pedagogía moral en sus preocupaciones.

La ley, dice, convirtiéndose en eco fiel de su Maestro, es el cumplimiento del amor. Amor a Dios y a los hombres se traduce concretamente por el respeto del *Decálogo*: «Quien ama a su prójimo cumple toda la ley.» En efecto, todos los mandamientos: no cometerás adulterio; no matarás; no robarás; no mentirás; honrarás a tu padre y a tu madre, se resumen en esta frase : «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»⁶⁵.

De la *Ley scout*, colocada así de nuevo en el orden del mundo y de la moral revelada, podemos decir para terminar lo que decía el P. Sertillanges de la moral: «Ella es en sí un bien: acude a nuestro auxilio como indicadora del camino en nuestra ruta por la vida, como estimuladora en nuestros abandonos y como rectificadora de nuestras malas tendencias.»

La estimación en que los muchachos la tienen los debe conducir normalmente a encontrar de nuevo el profundo sentido de la ley moral. Ojalá puedan hacer de su sumisión a la *Ley* un homenaje al Creador y un testimonio de su amor a Dios y a sus hermanos.

Cuando Moisés recibió la Ley de Dios en el Sinaí, la grabó sobre dos tablas de piedra, y puso estas tablas en el corazón del Arca de la Alianza. Nosotros somos las arcas de Dios, los templos del Espíritu, y es en nuestros corazones de carne donde debemos grabar la Ley divina, a fin de que inspire nuestras vidas.

Es la magnífica enseñanza que nos da el apóstol San Pablo: «Mis letras sois vosotros mismos, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas de todos los hombres, pues es notorio que sois carta de Cristo, expedida por nosotros mismos, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo ; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne que son vuestros corazones»⁶⁶.

⁶⁵ Rom., XIII, 18. La ley moral es el itinerario que conduce al encuentro con Dios. Lo que nosotros llamamos el más allá no nos es externo, es la perfección de nuestro ser puesto en posesión de su plenitud eterna.

⁶⁶ II Corintios. III, ?.

XII

LA PROMESA

Esta palabra exige que sea bien comprendida. No se trata de una promesa en el sentido propio, sino de un compromiso personal.

Hacer una promesa es dar anticipadamente algo a alguien. Si es a Dios a quien se le promete algo, se trata entonces de un voto.

Aquí no se promete nada a nadie, pero se adquiere el compromiso de vivir como scout a los propios ojos y a los de la comunidad fraterna.

Se trata de un acto de suma importancia. Demasiados adultos —e incluso jefes «habituados», y que han envejecido en su puesto — no toman la Promesa lo suficientemente en serio, con el pretexto de que es cosa para chicos. Sin embargo, la Iglesia es tan perspicaz que fija la edad de siete años aproximadamente como la adecuada para poder recibir dignamente los sacramentos.

Baden-Powell es también de la misma opinión. El había observado que los muchachos podían cargar con grandes responsabilidades, por poco que se acudiera a su sentido del honor. Ha querido servirse de esta palanca para hacerlos colaborar en su propia formación.

¡No se trata, naturalmente, de esperar de ellos no sabemos qué especie de infalibilidad! En ningún período en la vida nadie está estabilizado en el bien. Es conmovedor ver cómo los más grandes santos ruegan con temor pidiendo la perseverancia. Aun las voluntades más aguerridas son variables. -Nuestros compromisos expresan intenciones firmes; no se trata de profecías. Dios sólo nos pide en cada etapa, y sobre todo al principio de la vida consciente, que nos orientemos deliberadamente hacia Él. Que marchemos valerosamente hacia las alturas que hemos entrevisto, que nos levantemos después de cada una de nuestras caídas y que partamos de nuevo en la buena dirección con la ayuda de los sacramentos.

Puede suceder que esta orientación vital de la voluntad sea tomada muy pronto. Conozco vocaciones que se plantean, con precisión y firmeza, hacia los siete años. La Promesa! ha sido, para numerosos muchachos, la ocasión de tomar conciencia de su responsabilidad personal y de comprometerse a ella.

El arzobispo de París, cardenal Verdier, que fue un gran director de almas, sentía gran admiración hacia la promesa: veía en ella un rasgo de genio. Opinaba que era la vuelta de la tendencia hacia el respeto humano. Un día me decía con su fina sonrisa: «Siento no haber sido el primero en pensar en ello»

La promesa hace entrar al muchacho en un orden de preocupaciones constructivas. Mientras que la moral se le presentaba como un catálogo de prohibiciones y de cosas que evitar, ahora se le presentará como un conjunto de cosas deseables y dignas de ser practicadas.

Esta promesa la renovará en las grandes etapas de su vida scout, es decir, en las distintas fases de su desarrollo arraigará aún más profundamente en él, como una nueva tensión hacia el bien.

Sería evidentemente un gran error esperar que un muchacho consiga alcanzar desde el instante de la promesa el ideal que ella expresa.

Es sólo poco a poco, a lo largo de su carrera de scout, cuando podemos esperar que lo consiga.

Cuando, gozoso de llegar a ser scout, empieza a participar en juegos maravillosos, empujado también por un oscuro deseo de grandeza y de generosidad, es preferible no explicarle demasiado estas cosas. Será mejor hacer que tenga intuición de ellas, abrirle brevemente perspectivas con las cuales se comprometerá su reflexión. La intensidad de un descubrimiento está en proporción inversa a la longitud de la explicación que de él se da.

La promesa es una cosa seria, pero no conviene dramatizarla en la presentación que de ella se hace a un muchacho. Es un plan de vida, un itinerario de viaje, un germen de crecimiento. Únicamente para el scout adulto puede ser considerada como una regla de conducta que le juzgue.

Esta moderación en las exigencias inmediatas, que tiene en cuenta a la vez el deseo de perfección y las posibilidades del muchacho, no debe ser, confundida con cierto liberalismo. Baden-Powell no presenta a los muchachos una ley en broma. Júzguese si no : *Si un scout, escribe, faltara a su honor diciendo una mentira, o no cumpliendo una orden con exactitud cuando se hubiere confiado en su honor, se le puede pedir que devuelva su insignia y prohibirle que la vuelva a usar*⁶⁷.

No se repetirá nunca lo bastante que el Escultismo quiere formar una selección, ciertamente, pero que se recluta en la masa y se constituye lentamente, con la misma lentitud con que se efectúa el crecimiento humano.

Al principio del movimiento se tenía la preocupación de decirnos que la promesa no comprometía bajo pena de pecado. Al mismo tiempo que se nos hacía prepararla con cuidado, se disminuía su importancia, como si se temiera cargarnos con un peso demasiado grande.

Esta manera de ver, inspirada por unos conceptos de moral penal, nos asombraba. Aún no habíamos hecho teología y menos aún casuística, pero éramos varios los que encontrábamos poco coherente el hacer renovar las promesas del bautismo a los niños, como empezaba a hacerse bajo el impulso de Pío X, y temer en cambio la carga que podía representar una manera generosa de quererlas vivir.

No hay que temer, en efecto, relacionar la promesa con la gracia bautismal, que es precisamente la que se invoca en esta hora solemne. Una verdadera promesa, para un scout católico, no puede ser otra cosa que una toma de conciencia y una reafirmación de su pertenencia a Cristo.

Algunos han situado, a veces, la promesa en un orden natural, reservando la vida sobrenatural a las promesas del bautismo. Pero eso es ver erróneamente la unidad real del cristiano. Para él no hay dos órdenes yuxtapuestos. Se encuentra insertado, en su totalidad, en el orden sobrenatural de la Redención.

La gracia de la promesa no es un recurso exterior que permitirá evolucionar correctamente en un orden puramente humano. Para nosotros es la fuente de vida divina

que debe expansionarse en comportamientos inspirados por el amor divino. Es decir, que en realidad lo que llamamos compromiso es una respuesta. Dios nos invita a la vida sobrenatural. Nos eleva a ella. Por nosotros mismos no podríamos hacerlo. Aceptamos ir a ella. Damos nuestra aquiescencia a la proposición divina.

PREPARAR BIEN LA PROMESA

Después de estas consideraciones, ¿es necesario añadir que cada muchacho, va sea lobato, scout o rover, ya sea que vaya a hacer la promesa o que la renueve, debe ser preparado individualmente con esmero? Hay que inclinarle a que haga de su compromiso externo un acto libre, reflexivo y alegre.

La ceremonia exterior tiene mucha importancia. Debe transcurrir con sencillez, en un cuadro digno de un compromiso solemne. Es preciso encontrar un lugar donde «sople» el espíritu, un lugar que tenga un sentido y que sea o muy bello o muy emocionante: este circo de montañas, o esta calle sórdida donde las gentes sufren y se odian, y donde el scout puede soñar que iluminará con su alegría y su amor. Los muchachos son más sensibles de lo que se cree a lo bello o a lo trágico de los lugares.

Cuando falla una ceremonia de promesa, el jefe y consiliario cometen una grave falta. Si el jefe tartamudea o descifra su diálogo a la luz de una lámpara de bolsillo, y si el consiliario bendice al muchacho con aire guasón o aburrido, se habrá fallado, y posiblemente la oportunidad espiritual de toda una vida se habrá disipado en este instante.

Sería conveniente preparar la ceremonia de la promesa con una noche de vela. Jesús nos ha dado el ejemplo de una oración prolongada en las noches que precedían a sus grandes decisiones. Si el escenario está bien elegido, el aspirante quedará fácilmente sobrecogido por el carácter sagrado de la noche. No se debería matar el silencio a fuerza de consideraciones piadosas, ni adormecer la atención mediante el runrún de un sermón cualquiera.

Se trata de introducir al muchacho en el reino del silencio y de la presencia de Dios, de sostenerle mediante cortas reflexiones que le inviten discretamente a la oración personal, a la alegría y a la generosidad.

En una tropa principiante es costumbre que todos los scouts que hayan hecho su promesa rodeen a su nuevo hermano. En una tropa más antigua, que ya tenga sus tradiciones y haya participado en varias veladas, es preferible convidar sólo a la patrulla que reciba al novicio. Que se establezca entonces una especie de programa de la velada y se les permita a los muchachos una gran iniciativa. Y siempre largos ratos de silencio.

Al hacer la promesa, el scout escoge, deliberadamente, ser de Dios. Se compromete a **servir**. Esta palabra ha comenzado a hacer vibrar los jóvenes en los años siguientes al cobrar vida a principios de la guerra de 1914. En un mundo de una increíble facilidad, entregado a la búsqueda de placeres, éste fue el título de una pieza teatral que escandalizó a los regales y fue un misterioso despertar para toda una generación que a sí misma se llamará seguidor de Psichari y de Péguy. «No seremos en la vida ni turistas ni *amateurs*.»

Este compromiso de servir a Dios, a la Iglesia y a la Patria, que no hay que ponerlos

evidentemente en el mismo nivel, lo adquiere el scout bajo su honor.

COMPROMISO PERSONAL Y COMUNITARIO

La promesa compromete, pues, el honor personal. Pero es lo único que compromete. Por ella los muchachos se agregan a una comunidad. Se apoyan en ella.

Ella recibe al recién llegado, envuelve sus comienzos en un medio estimulante y protector. Es también el honor de esta comunidad al que se compromete, del cual se habrá juzgado digno y del que se ha de rendir cuentas.

No fue sin una razón muy profunda el que a la reunión de jefes, o más tarde de rovers, que puede ser convocada para juzgar hechos delictivos, o para otorgar felicitaciones, se le haya dado el nombre de *Corte de Honor*.

Aquel pequeño parisiense lo comprendía bien cuando dudaba en hacer su Promesa. Antes había pertenecido a una banda de pilludos. Temía dejar en mal lugar a los scouts cuando le vieran entre ellos de uniforme.

Este honor colectivo, que no tiene valor más que cuando se participa de él personalmente, aporta a la joven voluntad que desearía afirmarse en el bien el apoyo del espíritu de cuerpo.

San Pablo no desdeñaba esta palanca. Él se muestra preocupado por el honor de sus Iglesias hasta un punto que debería hacernos reflexionar : «*Lo que ahora os escribo es que no os mezcléis con ninguno que, llevando el nombre de hermano, sea fornicario, avaro, idólatra, maldiciente, borracho o ladrón; con éstos. ni comer. Extirpad el mal de entre vosotros mismos*»⁶⁸.

La *Ley* es el código de una vida comunitaria inmanente a cada uno de sus miembros. Califica al grupo al mismo tiempo que al scout. Se es scout si se la vive. La comunidad scout está hecha por aquellos que se han comprometido a vivirla. El Escultismo es el conjunto de aquellos que se comprometen a estar *Siempre listos*: «Lo que significa, escribe Baden-Powell, que debéis tener el cuerpo y el espíritu siempre en estado de cumplir vuestro deber»⁶⁹.

Si el pertenecer a un movimiento compromete doblemente, también sostiene de la misma manera. Especialmente, el scout es más ayudado por su comunidad en ciertos días, que por el sentimiento de su honor personal. La sensación de que otros han vencido las dificultades le hace soslayar un paso difícil.

EN MARCHA HACIA LA PLENITUD DEL HOMBRE

Elemento de una pedagogía activa para el muchacho, la Promesa se convierte para el scout adulto, que la ha ratificado el día de su investidura rover, en un estado de vida que presenta cierta analogía con lo que los teólogos llaman estado de perfección. Ella fija, en la medida que la naturaleza humana lo permite, una manera de ser y de vivir que sobrepasa el mínimo de lo que se necesita para salvarse o ser un hombre honrado.

⁶⁸ I Cor., V, U-12.

⁶⁹ *Escultismo para muchachos*, p. XVII: «Hacer su deber para un scout consiste en preguntarse sin cesar: ¿Qué es lo mejor para mi prójimo?» Esta consideración fundamental define al scout. Por ejemplo, ser económico querrá decir para él: «No ser una carga para los demás, o tener dinero para dar a otros que lo necesiten.» (*Ibid.*, p. XIX.)

Comprometerse a servir, *lo mejor que se pueda*, ¿no es acaso establecerse en una inquietud de progreso y perfección? Estar dispuesto a ayudar al prójimo en toda circunstancia, ¿no es acaso crearse *una obligación de más a más*?

Y este compromiso se adquiere públicamente, «solemnemente» y *para siempre*. El rover, al ser *investido*, asume su promesa de adolescente, se define a sus ojos y, respecto a la comunidad scout, se entrega en realidad a las exigencias de la gracia. Puede decirse que se establece en el orden del bien y en cierto estado de perfección⁷⁰.

La oración scout será para él un apoyo eficaz. Para muchos representa un programa de vida. Numerosos son los scouts que han sido llevados por ella hasta el sacrificio voluntario de su vida. Conozco religiosos que, en las horas de dificultad, han vuelto a adquirir el temple en ella, como en la fuente de su generosidad.

LA ORACIÓN SCOUT

Señor Jesucristo, enseñadnos :

A ser generosos.

A servirnos como Vos merecéis.

A dar sin contar.

A combatir sin temor a las heridas.

A trabajar sin buscar el reposo.

A prodigarnos sin esperar otra recompensa que la de saber que cumplimos vuestra Santa Voluntad.

Y en esta oración, el «nos» que ha sustituido al «me» de la fórmula tradicional, señala la voluntad de unión con toda la comunidad mundial de los scouts, y la de rogar juntos.

⁷⁰ Los teólogos reconocerán en las palabras subrayadas las características del estado de perfección religiosa. En este caso el sobrecompromiso está expresado por los tres votos de obediencia, pobreza y castidad. Se puede ver la semejanza: lealtad al jefe, simplicidad de vida, pureza. Y se puede medir la diferencia.

XIII

«PACEM IN TERRIS*»

El gran éxito de lord Baden-Powell es la fraternidad mundial del Escultismo.

Sin duda no lo había previsto cuando, en sus principios, quería simplemente contribuir a la formación de ciudadanos útiles para el servicio del *British Empire*.

Conducía las cosas según el empirismo organizador de los ingleses, y solamente poco a poco debió darse cuenta de la posibilidad de una fraternidad internacional.

Su profunda benevolencia, sobrepasando los límites del Imperio, le hizo amar todos los muchachos del mundo, y al final de su vida ya no hablaba de la prosperidad de una nación, ni aun menos del dominio o hegemonía de Occidente ; sino que pensaba en toda la amplitud de la tierra. El objetivo que asignaba el Movimiento scout para el futuro era nada menos que la paz del mundo. *Pacem in terris*, le habría gustado este título dado por el papa Juan XXIII a su última encíclica.

La existencia de esta fraternidad se hace particularmente sensible en las grandes reuniones internacionales del Escultismo.

Jamboree, palabra evocadora de visiones llenas de color, alegres y pintorescas. Decenas de naciones están allá presentes y sus delegaciones no sólo se fusionan con facilidad, sino que rivalizan en el descubrimiento mutuo.

El visitante más desprevenido nota en seguida la existencia de un resorte secreto que permite desarrollar la vida del inmenso campamento sin grandes problemas, de un orden que lo preside con toda evidencia, orden interno que pertenece a los dominios de la conciencia, de un ideal y de una disciplina personal que todos los scouts reconocen por igual y que quieren vivirlo.

Es lo que constituye para ellos el encanto de encontrarse con muchachos de otras civilizaciones, de diferentes lenguas y de distintas razas. Quien haya visto a los scouts moverse libremente entre la muchedumbre en los *Jamborees*, Europa del brazo de Asia, de América o de África, no puede más que sentir reforzada su esperanza en una amistad universal fundada sobre la naturaleza profunda, hecha a imagen del Creador, y que expresa la diversidad de los pueblos.

Los *Jamborees* y *Rover-Moots* que presidió Baden-Powell fueron magníficos debido a su presencia. Sabía hablar admirablemente a los muchachos. Tenía una manera única de compartir con ellos su experiencia interna de Dios sin hablar demasiado de ello. Pero había un tono en sus palabras, a floraba una profundidad misteriosa en su humor superficial, que persuadía a los scouts de que lo que les estaba diciendo era verdad: que eran hijos de un mismo Padre y que la fuente de su fraternidad era divina: «Todos tenéis un mismo Padre en los cielos, amaos como hermanos sobre la tierra.»

Ciertamente lo más impresionante de los *Jamborees* y *Rover-Moots* es la buena voluntad. Buena voluntad para con todo el mundo : scouts de no importa qué país, visitantes sean jóvenes o viejos. En esto hay algo de extraordinario; sin duda hace reflexionar. Uno no puede sustraerse de preguntar por su origen. Hace reinar un clima

totalmente distinto al que la vida internacional nos tiene habituados. Para convencerse de ello basta con haber viajado un poco a través del planeta, y de haber constatado como parece difícil para la mayoría de turistas que uno encuentra el reconocer que los demás sean diferentes de ellos. Se llega a creer que para amar el propio país hay que subestimar a los demás.

El papa Benedicto XV, que tanto sufrió por la paz internacional, escribió: «La caridad mutua ha desaparecido de muchas almas en las cuales se ha borrado casi el nuevo concepto traído por el Evangelio que nos obliga a amar incluso a los enemigos. Algunos han llegado tan lejos en este camino que han medido el amor debido a la propia patria con el odio para con aquellos con quien se está en guerra.»

Es bien conocida la estupidez de las reflexiones oídas de muchos visitantes extranjeros: «Es raro, en este país tienen árboles distintos... ¿Por qué comen esto o lo de más allá, y no como nosotros ? ¿ Por qué este horario de comidas tan diferente del nuestro?» Es parecido a lo que se oía en tiempos de Montesquieu : «¿Cómo se puede ser persa?»

No es así como debería viajar. Por suerte un número cada vez mayor de jóvenes parece haberlo comprendido. A ellos se dirigía S. S. Pío XII, cuando hacía el elogio de una determinada forma de turismo : «En muchas ocasiones, escribía S. S., Nos hemos manifestado la estima que tenemos por un sana práctica del viaje. Nos hemos alabado sus ventajas para el desarrollo del espíritu, la apertura del sentido social, la disminución de los prejuicios, el amor recíproco de los pueblos, la elevación del alma. ¿Qué no podremos esperar de una generación cuyos jóvenes atravesando voluntariamente las fronteras, multiplican entre los pueblos los contactos que permitirán comprenderse y amarse mejor?»⁷¹. Y el Papa no temía reconocer en estos contactos y relaciones un notable contrapeso al chauvinismo y a la xenofobia que, en el mundo moderno, han engendrado los nacionalistas exacerbados.

El Escultismo posee, pues, una fuerza que no tienen la mayoría de reuniones internacionales, no solamente un interés por lo que son los demás, sino también por el sentimiento de una común concepción de la vida. Es una poderosa palanca para elevarse por encima de los egoísmos de clases o de razas. No se puede subestimar su eficacia. En efecto, no es en el espíritu y comportamiento virtuosos de los jóvenes que se prepara el futuro. El mundo en que vivirán, en la medida que contribuyan a hacerlo, existe ya en ellos. La necesidad es, pues, grande, no solamente de hacerles vivir, sino de darles justificaciones intelectuales y religiosas a estas maneras de vivir.

Naturalmente la sola buena voluntad no puede pretender instaurar la paz sobre la tierra. Demasiadas fuerzas materiales y ocultas están trabajando en sentido inverso. La paz del mundo está constantemente amenazada por la Voluntad de Potencia de los Estados, forma colectiva del orgullo de los pueblos, y por la búsqueda desenfrenada del Dinero — este enemigo de Dios adorado por los placeres que procura —, toda lo cual lleva a la esclavitud de los débiles y a la corrupción de las costumbres.

Demasiado a menudo el espíritu sucumbe. Y, sin embargo, sólo el espíritu puede vencer. Por esto todo aquello que prepara sus caminos es, en educación, de la mayor importancia.

Jamboree y Rover-Moot, no hay que llevarse a engaño, son más bien resultados que no

71 Mensaje a la primera semana internacional de Toulouse, 22-VIII-57.

medios. Y para que jueguen el papel que presentimos es necesario que a través de toda su vida scout los muchachos y los rovers hayan sido preparados para ello. Todo tiene como punto de partida los reflejos de amistad y de servicio que deben crearse en la vida de cada día. Pero no hay que quedarse ahí. Es necesario ampliar los horizontes de la amistad internacional por la información, las relaciones estrechadas visitando otros pueblos. Y sobre todo será necesario desarrollar en ellos las exigencias de la justicia que les llevará a promover llegados a mayores, unas instituciones, un orden social concebidos en favor de todo hombre, y de manera especial en favor de los menos favorecidos.

No creo que después de la muerte de Baden-Powell, en ocasión de las reuniones internacionales, se hayan alzado voces con la suficiente autoridad para darles esta alta razón de ser, por encima del pequeño placer de un poco de exotismo y de intercambios superficiales. Sería necesario que el Movimiento mundial fuese traspasado por grandes ideas, y que estos encuentros internacionales fueran el crisol de un inevitable espíritu internacional, hecho de comprensión y de mutua ayuda.

Baden-Powell quiso confiar a los muchachos responsabilidades de hombres. Ciertamente que también les ofreció juegos y actividades divertidas, pues tenía el sentido de la alegría, del chiste, del humor. Pero no había previsto que estos divertimientos serían tomados en serio por sí mismos, por veteranos jefes bigotudos. Los jóvenes, enfrentados a los gigantescos problemas del mundo moderno en plena mutación, tienen necesidad de otros objetivos que un universo de cordeles y bastones.

Me apoyo para justificar esta «boutade» en el mensaje enviado por Pío XII a los scouts reunidos en el «Jamboree del Cincuentenario» (1957):

«...El mundo en que os preparáis a entrar, queridos jóvenes, es un mundo difícil. Desde la fundación de vuestro movimiento hasta hoy, ha conocido muchas veces el azote de la guerra. Incluso hoy día, en muchas regiones, muchos jóvenes de vuestra edad sufren la miseria y el hambre, y peligrosas discordias no dejan de agitar a los pueblos. Que vosotros, en este oasis de verdor y de paz que es el bello lugar de Sutton Park, podáis reflexionar sobre el ideal que os une y recoger, con un corazón lleno de generosidad y de esperanza, la magnífica lección de esta concentración.

«Apreciad en su justo valor vuestro ideal de fraternidad más allá de la diversidad de las patrias, de las lenguas y las razas. Esta concentración os invita a conoceros mejor, a alimentar sentimientos de amistad comprensiva y a traducirlos, en todas las circunstancias, por gestos de servicio desinteresado que son el honor del scout...»

Es con esta intención que los organizadores del Jamboree de Moisson, en 1946, el primero después de la guerra mundial, habían querido hacer surgir una ciudad radiante de la penuria de la postguerra, y manifestar su estima por sus hermanos llegados del mundo entero, con una hospitalidad que consistía en ofrecerles en todos los órdenes, realizaciones de las que adultos competentes no se habrían avergonzado. Realizaciones destinadas a provocar las imaginaciones creadoras.

Las grandes concentraciones del Escultismo hacen patente la existencia de una verdadera fraternidad, fundada sobre un ideal, sobre valores reconocidos y vividos en común.

Estos valores los profesan todos, pero no todos los que viven con el mismo grado de

intensidad. Ocurre lo mismo con la creencia en Dios. El abigarramiento de las almas, que no impide un cierto parecido, no es menor que el de las razas, las costumbres y los idiomas.

Ved el enigma de esta mirada impenetrable que luce en los juegos de acecho, ¿qué piensa de Dios este rastreador? Y a este otro, gracioso y dulce, ¿qué le promete Buda al término de su existencia si le es fiel? ¿Qué presencia llama o conjura este lacerante tam-tam? Y estos occidentales agnósticos que quieren llamarse cristianos con la condición de no creer en Cristo. Se dicen deístas, y yo oigo todavía a Pascal: Deísmo, ateísmo disfrazado.

Las objeciones de algunos educadores católicos no carecían de valor cuando rechazaban para jóvenes todavía poco sólidos este pluralismo. ¿No se arriesgarían a confundirlo todo, a valorarlo todo por un igual?

Fue el gran Papa de la Acción Católica, Pío XI, quien lanzó esta llamada por la angustia que le causaba el mundo de los sin-Dios en plena elaboración: «En este combate promovido por el poder de las tinieblas contra el mismo ideal de la divinidad, Nos tenemos la esperanza que la lucha será sostenida valientemente, no sólo por los que se glorían de llevar el nombre de Jesucristo, sino también por todos los hombres que aún creen en Dios y le adoran, pues la fe en Dios es el fundamento inquebrantable de todo orden social»⁷².

Ya no es posible hacer que los jóvenes vivan en un ambiente estéril. Sino que es patente hasta qué punto, los muchachos que deberán hacer estas constataciones religiosas, tienen necesidad de estar advertidos de ello.

Y luego, instruidos.

Por lo demás, el Escultismo somete las distintas creencias a una singular «precipitación». A este hermano de Asia, para quien la Creación es el reino de la ilusión, la vida scout le hará descubrir su realidad. Este otro, cuya fe comporta el odio al extranjero, y particularmente a los cristianos, he aquí que se habituará a considerarlos como a hermanos a los que debe ayudar.

Hasta los mismos cristianos, dolorosamente separados, se reconocerán y descubrirán que leen la misma Biblia, y que la indiferencia que sentían los unos para con los otros, en el terreno de la fe, debe dar paso a la nostalgia de la Unidad. No está lejano el tiempo en que oficialmente no podían recitar juntos el Padrenuestro. El Concilio ha abierto magníficos caminos al ecumenismo. Yo pienso que los scouts están preparados para seguirlos eficazmente.

Insistimos en ello: este trabajo de reconocimiento necesita una formación profunda, una profundización de la fe. Tal como desea la pedagogía scout, y ahora más que nunca, es en ellos mismos que los jóvenes católicos deben ser la Iglesia, en la fe a Cristo, al Espíritu Santo que el Señor comunica, y en la práctica comunitaria de los Sacramentos de la Fe. Es el gran sendero que hará llegar a los scouts cristianos a realizar la verdad de la idea clave de Baden-Powell: «No hay más que un solo Dios, que es el Padre de todos los hombres. Y todos los hombres son llamados a reconocerse como hermanos, a amarse y a ayudarse para construir la Ciudad de Dios.»

72 Encíclica *Divini Redemptoris*, 1937.

XIV

LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DE ESCULTISMO CATÓLICO

Del anhelo de formar, en el Escultismo católico, verdaderos cristianos, nació la *Conferencia Internacional de Escultismo Católico*, cuya Carta y Estatutos fueron aprobados, en junio de 1962, por el papa Juan XXIII, el del Concilio Vaticano II, pero que la historia conocerá mejor por el de la *Pacem in terris*.

El Escultismo nació en un ambiente cultural de inspiración protestante. En las primeras reuniones mundiales, la religión protestante, en sus diferentes Iglesias, tenía una superioridad numérica aplastante. Esta situación de hecho, llevó a los scouts católicos a ponerse de acuerdo a fin de salvaguardar la fe católica de los muchachos y la ortodoxia de sus principios educativos.

Desde sus comienzos, los «Scouts de France» buscaron establecer contacto con los scouts católicos ingleses, con el P. Sevin bajo la mirada benévola de Baden-Powell, y con una gran lealtad hacia el Movimiento mundial y sus métodos.

En 1937, en el Jamboree de Vogelensang, Holanda, la organización de las misas para el conjunto de países católicos fue muy interesante dentro del cuadro de la organización general. La necesidad de un lazo de unión permanente se hizo patente a todos. Así se llegó a la fundación de una simple Oficina de información del Escultismo Católico (OISC).

Después de la guerra 1939-45, cuyo final ofrecía nuevos problemas a los educadores, los scouts católicos belgas e irlandeses provocaron una reunión de jefes de la rama scout en Chamarande⁷³. A partir de este momento se organizó anualmente esta reunión, o Conferencia internacional de Escultismo católico. (Sucesivamente en Luxemburgo, Dinamarca, Holanda, Inglaterra [Giwell-Park], Italia, Francia, Alemania, Bélgica, Escocia, Portugal, Austria, Suiza, España, Irlanda, Holanda Francia, Lichtenstein y España...)

Con ocasión del encuentro de Copenhague, la Conferencia puso a punto sus métodos de trabajo y fijó el cuadro fraternal y turístico de sus reuniones. El acceso de la Conferencia a Giwell-Park, santuario y conservatorio del método del Escultismo de B.-P. con el reconocimiento oficioso en este lugar de un Escultismo católico que debe resolver unos problemas propios, en el interior del Escultismo mundial, fue como una especie de consagración. El Escultismo Católico fue reconocido fiel al espíritu y a los métodos educativos de Baden-Powell.

Desde el punto de vista de la ortodoxia católica, la Conferencia de Roma, recibida oficialmente por el papa Pío XII, quien pronunció en esta ocasión un discurso perfectamente dentro de la línea en cuestión, fue asimismo muy importante. La comprensión y ayuda que el Escultismo Católico había recibido desde siempre de la Secretaría de Estado, se manifestó plenamente a la luz del día.

⁷³ Chamarnde fue hasta 1950 la sede de los campos-escuela de los S. D. F. — (N. del T.)

Discurso de Pío XII

«Habéis escogido Roma, queridos hijos, como lugar de la reunión de la Conferencia Internacional de Escultismo Católico, y es la primera vez que vuestros dirigentes nacionales se reúnen en la Ciudad Eterna. Por otra parte, debíais tratar un asunto que os llevaba preferentemente cerca del Vicario de Jesucristo: "El apostolado en y por el Escultismo". Deseoso de responder a los urgentes llamamientos que Nos hemos dirigido a todos los católicos, queréis asumir toda la responsabilidad que os corresponde en el apostolado de la Iglesia, noble y generosa resolución, todo ello conforme al espíritu del Escultismo.

Cada uno sabe, en efecto, que desde el principio la religión ha ocupado en él el primer lugar; pero vosotros tenéis conciencia igualmente de que el catolicismo añade fuerza y precisión a la obra educadora que perseguís. No se trata solamente, para vosotros, de formar mejores ciudadanos, más activos, más dedicados al bien común de la ciudad temporal, sino que hay que formar también mejores hijos de la Iglesia. Sin embargo, en la Iglesia católica la misión apostólica desciende de la Jerarquía a los fieles, y en nuestros días todos los fieles, según sus medios, son llamados a colaborar en este apostolado.

»A decir verdad, los muchachos no tienen edad para el apostolado organizado, pero deben estar preparados para ello.

»La experiencia de treinta años ha demostrado ampliamente el valor formativo del Escultismo. ¡Cuántas bellas figuras de grandes cristianos, de héroes y de jefes! ¡Cuántas vocaciones religiosas y sacerdotales han nacido en los grupos! Atentos, no obstante, para combatir las desviaciones posibles, habéis revisado constantemente los métodos y recordado los principios. Si el scout ama la naturaleza, no es en forma egoísta o diletante, o simplemente para gozar del espacio, del aire puro, del silencio, de la belleza del paisaje; si se aficiona a la sencillez, a una sana rudeza en oposición a la vida artificial de las ciudades y a la servidumbre de la civilización mecanizada, no es para huir de las obligaciones de la vida civil. Si cultiva amigos excelentes en un grupo escogido, no es para rehusar los contactos y los servicios, sino al contrario. Nada más alejado de su ideal. Si ama las realidades concretas, no es tampoco por desprecio de las ideas y de los libros. Siente la necesidad de una cultura completa y armoniosa conforme a su talento y a las necesidades actuales.

»Para conseguir este objetivo, la Promesa de observar la Ley scout, con la gracia de Dios, es una palanca poderosa que levanta a la juventud por encima de debilidades y de tentaciones. Basada en los fundamentos de la ley natural, la Ley scout, por la educación del esfuerzo, por la práctica cotidiana de buenas acciones voluntarias, hace un llamamiento a la rectitud y a la fidelidad, por las que los jóvenes sienten un gran deseo, y se sienten felices al ser ayudados a guardar fielmente. Ella les infunde horror al fraude, a la mentira y al disimulo. Los jóvenes, sintiendo crecer sus fuerzas, se sienten naturalmente generosos; quieren luchar, medirse en las dificultades; experimentan la necesidad de dar, de darse, de sobresalir, y encuentran en la práctica de la vida al aire libre y en la búsqueda de la habilidad manual un alimento adaptado a su edad. La pureza, favorecida por semejante clima moral, les está también claramente definida y proporciona a su energía

la reserva y la delicadeza cristianas.

¿Quién podría negar la oportunidad de semejante educación en una civilización donde reina el egoísmo, la desconfianza, la falsedad y el amor desenfrenado de los placeres?

El primer apostolado de los scouts es el del ejemplo en la tropa. Formándose personal y colectivamente están ya al servicio de la Iglesia y dan forma al instrumento de su futuro apostolado. Cuanto más grandes y profundos sean los fundamentos que coloquen, tanto más sólido e imponente será el edificio de su vida cristiana; cuanto más extenso sea el resplandor de sus cualidades, mayor será el llamamiento que se haga a su competencia por la gloria de Dios y el honor de la Iglesia

Pero esta formación debe abrirse desde la edad juvenil, por los métodos concretos de observación y de reflexión que les convienen, a las realidades sociales, naturales y sobrenaturales. Deben aprender a vivir en la sociedad moderna, y para ello deben ser prudentemente informados sobre sus estructuras, cualidades y defectos. Deben prepararse particularmente a asumir en su medio y en su comunidad parroquial la parte de influencia y de responsabilidad de que son capaces; en suma, la formación del carácter, que es la finalidad principal del Escultismo, debe tener una orientación francamente social y apostólica. Debe preparar a servir al prójimo en los contactos personales como en las instituciones civiles y religiosas.»

OBJETIVOS DE LA CONFERENCIA

La tarea de la Conferencia es doble. Una, específica, se propone confrontar los métodos de la educación scout y la formación del cristiano, del *hombre nuevo*, nacido a la gracia, según San Pablo. La otra se propone hacer jugar un papel a los scouts católicos en la toma de conciencia de una universalidad de los católicos; la conjunción de estos dos términos parece una pura tautología. Lo explicaremos a continuación.

1. En el Escultismo mundial parece, a menudo, que la religión se considera como debiendo estar al servicio del Escultismo para ayudar a la elaboración de un tipo de hombre: el scout. En muchos países, el Escultismo aparece como una superreligión, religión sin dogmas definidos, especie de humanismo sentimental y benevolente. Se trata más bien de Jean-Jacques Rousseau que de San Pablo.

Para los católicos es necesario ver claro. El Escultismo es un método natural que puede ponerse al servicio de la vida sobrenatural, y no a la inversa. La literatura mundial está, sin saberlo, fuertemente teñida de pelagianismo, este optimismo excesivo según el cual el hombre posee en sí mismo los recursos de su desarrollo cristiano. La gracia sería una ayuda externa. En doctrina católica la gracia es como una segunda naturaleza, una supernaturaleza que equipa al hombre con unas facultades nuevas, adaptándolo a su fin sobrenatural y permitiendo ella sola al hombre, herido por el pecado, alcanzar a la vez su fin natural. Es imposible ser simplemente hombre sin este chorro interior de vida y de inspiración divinas, don de Dios a los hombres de «buena voluntad».

Por otra parte, el campo de acción de la educación, para un católico es más vasto que el de la educación natural, pues se trata de educar, no solamente las virtudes morales de

relación, sino la fe y sus comportamientos. La Conferencia, en sus temas de estudio, se ha propuesto a menudo ver cómo el genial método de Baden-Powell, con su palanca que es el despertar de la responsabilidad personal, podía ayudar al crecimiento de la vida sobrenatural. El principio directriz de Baden-Powell, según el cual se puede apasionar a los muchachos por su propia formación, juega aquí un gran papel. El Escultismo — y es muy importante el reconocerlo — vino oportunamente a recordar a los católicos que no se educan almas, sino muchachos; que se forma un ser humano concreto y que es necesario educar el ejercicio de la libertad. La educación sensorial es importante para que la vida sobrenatural se difunda en todas las maneras de actuar. El don de sí mismo que preconiza y realiza el Escultismo es una condición necesaria a la fe, que debe, para ser real, estar impregnada por la caridad en sus dos dimensiones de compromiso con Dios y entrega a los demás.

Es con ocasión de estas Conferencias que el movimiento de renovación católica de la pastoral litúrgica y bíblica, cuyo coronamiento ha sido el redescubrimiento del Misterio pascual largo tiempo adormecido bajo un cúmulo de devociones en el espíritu de muchos católicos, ha penetrado en la masa inmensa de muchachos representados en estas reuniones. Subrayemos con una palabra las afinidades entre un método de *educación activa*, y la renovación litúrgica que es *participación activa* de los fieles a la misa y a la comunión.

2. Una de las necesidades más urgentes del catolicismo contemporáneo, que de sí es universal, es la de encontrar de nuevo en la conciencia de los fieles su calidad supranacional. El catolicismo actual está como fragmentado por las alambradas de los nacionalismos. Se es más de un país que de la Iglesia. Se siente uno más hermano de uno cualquiera de la misma raza o nación que de un hermano de bautismo. Debería ser a la inversa. Es cosa muy distinta pertenecer al Reino de Cristo o a un reino terreno.

Humildemente el Escultismo puede trabajar en esta toma de conciencia por medio de las reuniones entre cristianos de diferentes países, si en ocasión de una reflexión en común, se dan cuenta juntos del universalismo de su fe y de la realidad de su fraternidad en Cristo.

Esta toma de conciencia es tanto más necesaria cuanto que se está elaborando en el universo una conciencia materialista internacional. Lo que engendra el afán de prosperidad terrena, hay que creer que también puede y debe hacerlo el afán auténtico del Reino de Cristo. Lo que supone realizaciones concretas entre **cristianos** y un empeño común en la construcción universal. La reunión del Concilio Vaticano II es, evidentemente, una ocasión providencial e incomparable para una toma de conciencia de Iglesia y de fe ecuménica.

Se trata de rehacer un tejido humano para la universalidad espiritual de la Iglesia. El Escultismo católico puede colaborar en ello. Y acaso sea esto lo que dé más actualidad y grandeza a sus reuniones internacionales.

El Comité Mundial confirió a la «Conferencia» un estatuto de organismo consultivo en el seno de la Conferencia Mundial de Escultismo. (Londres, septiembre de 1962.)

Podrán encontrarse estos documentos, así como una historia de los trabajos de las quince primeras conferencias en los «Cuadernos de Escultismo Católico» (1963, n^o 1), difundidos por los organismos directivos de los países miembros de la Conferencia

Internacional de Escultismo Católico.

Tercera Parte

EL ROVERISMO

EL ROVERISMO⁷⁴ (1)

Sería un error pensar que a los dieciséis o diecisiete años la personalidad del muchacho está terminada. La formación sexual y la formación del carácter no marchan al mismo ritmo. El adolescente mayor no es todavía un hombre. Tiene aún necesidad de vivir en una sociedad de jóvenes y de formarse en ella.

Por esto Baden-Powell fue llevado a fundar el Roverismo y a escribir *El camino del éxito*.

Los psicólogos, los educadores, Baden-Powell, todo el mundo, está de acuerdo en pensar que al final de la pubertad la formación del carácter no está acabada ; sólo hay una contra: ¡que los mismos interesados están persuadidos de lo contrario!

El problema estriba en hacerles descubrir la verdad de su condición, y en proponerles algo nuevo que les dará la satisfacción de entrar en una sociedad dirigida por jóvenes que serán con poca diferencia sus mayores

Si sospechan que se les quiere «hacer pasar al clan», según una expresión llena del autocratismo de los jefes, para reformar sus defectos, para encauzar su indisciplina y encarrilarlos en la vía de la virtud, pronto tomarán las de Villadiego.

Ya Baden-Powell, ¿es necesario recordarlo?, cuando se trataba de un muchacho de doce años, recomendaba que se presentara «*un cebo a gusto del pez*» y que se desarrollara en ellos «este inmenso deseo de progreso que todo individuo lleva en sí»⁷⁵.

La primera condición necesaria para que haya Roverismo es, pues, que los jóvenes hayan tomado conciencia de la necesidad que tienen de hacer descubrimientos y de perfeccionar su formación. La segunda es que sientan que el clan puede ayudarlos en esta tarea y que éste se presenta como algo propio de ellos, separado del Escultismo y de los jefes de su infancia ; rico en actividades y atractivos.

En lo que sí hay que creer por encima de todo — y es lo que corresponde al cinco por ciento de bueno de que hablaba Baden-Powell en la edad del scout — es que en la edad de rover todo muchacho tiene la *secreta ambición de realizar grandes cosas*.

Esto será la palanca psicológica de la nueva etapa.

El mundo de los hombres, en el que entran y sobre el cual echan una mirada que todavía no está habituada, les parece mal hecho. Es una forma de la revelación del problema del mal. Es a la vez su egoísmo, que se rebela contra el sufrimiento y su generosidad, que se indigna y sueña con hacer un mundo mejor.

Se necesita ser muy mediocre para no comprenderlos. ¿Cuál es la generación de adultos que puede vanagloriarse de dejar tras sí un mundo tan bien hecho como lo había soñado a los veinte años?

Hay que guardarse de rechazar esta indignación, este escándalo, estos deseos. La juventud es una hora maravillosa. Es bendita de Dios. En ella se fomentan los mañanas

⁷⁴ En el transcurso de estos capítulos se utilizarán indistintamente las palabras Roverismo y Ruta. Ésta significa más especialmente las características de la tercera Rama en el Escultismo católico europeo. — (N. del T.)

⁷⁵ *Cuide du chef* *éclairer*, p. 10.

más prometedores. Es una fuerza poderosa, pues ignora todavía las desilusiones. Lleva en la sangre el gusto por la empresa y el riesgo, la alegría de la acción.

Estos grandes sueños los guardan secretos. Es sólo con los de su edad, en esas interminables discusiones de día y de noche, cuando osan manifestarlos.

Es papel de los jefes del clan, lejos de irritarse por estas pretensiones, de ironizar sobre la desproporción entre lo que son y lo que quieren hacer, afirmar a los jóvenes rovers en este estado de espíritu y ayudarlos a hacer su aprendizaje en la acción.

Sin esta ayuda oportuna los sueños del porvenir de la mayoría de los jóvenes no serían más que sueños estériles, fugaces, efímeros⁷⁶.

En lo opuesto a la imaginación, que no es más que la veleidad, es necesario creer que, en los jóvenes — y esto es lo que hace de ellos una especie de reserva —, existe este sueño que se anticipa a la realidad, que es su presentimiento; que es imaginación creadora y acumulación de energía. Esta réplica de un famoso hombre de acción lo confirma: «Soñemos, decía Lenin en un congreso del Partido, pero con la condición de creer seriamente en nuestro sueño, de examinar atentamente la vida real, de confrontar nuestras observaciones con nuestro sueño, de realizar escrupulosamente nuestra imaginación. Hay que soñar. Desgraciadamente, esta clase de sueños son demasiado raros en nuestro movimiento, a causa de aquellos que más se enorgullecen de su buen sentido, de su exacta aproximación de las cosas concretas»⁷⁷.

Tal como liemos visto, el joven rover viene, pues, al clan, más bien para hacer cosas que para reformarse. Y debe ser así.

Recuerdo un período de la Ruta en el que quizá se había exagerado demasiado lo que se denominaba el estilo de vida. Los reproches que del exterior venían achacándole un poco de narcisismo, de complacencia en sí mismo, de un algo de diletantismo, no eran del todo infundados.

El clan debe preocuparse por encima de todo de abrirse a las realidades del mundo, y hacer que los rovers hagan descubrimientos étnicos, geográficos, sociales, económicos, religiosos.

El descubrimiento del mundo se impone más que nunca. Es necesario conocer y amar el país, pero esto no es suficiente. Por todas partes se nota un creciente progreso que tiende a romper las fronteras demasiado estrechas. Es importante que encuentros y amistades engendren un espíritu internacional. No sé si se construirá un mundo pacífico. Creo que no será posible sin una opinión que lo desee, que provoque la búsqueda de los políticos y los economistas, y la sostenga con su potencia.

La juventud actual se muestra ávida de esta amplitud y de estos contactos. La atmósfera de los encuentros internacionales de jóvenes es característica. Esta buena comprensión, estas búsquedas comunes no lo solucionarán todo. No suprimirán los impulsos, a menudo antagónicos, de los viejos nacionalismos o de los grandes intereses económicos contradictorios. Pero ya es mucho abordar el porvenir con un deseo de entendimiento, de comprensión, en lugar de esperarle erizados de xenofobia.

El Roverismo puede ser el instrumento privilegiado de este descubrimiento en equipo

⁷⁶ Es significativo encontrar esta proposición entre las conclusiones del último Congreso nacional de la Ruta S. D. F. (1963): «Que se reafirme la necesidad de una jerarquía adulta que encuadre la Ruta...» Cf. *La Route*, enero 1964.

⁷⁷ Quirens. La personalidad de Ilitch. 1927

y de la reflexión que debe seguirle. Éste es el papel de las «reuniones». Es allí donde los rovers pueden a la vez «confrontar sus observaciones» y su sueño de ser útiles, tomar decisiones de acción inmediata, proseguir su información.

El clan se me aparece como una especie de etapa entre la vida personal, cuya formación está terminándose, y el mundo de los hombres, cuyo descubrimiento empieza.⁷⁸

COMUNIDAD SUBSIDIARIA

Esta etapa es tanto más necesaria por cuanto muchos adolescentes mayores no encuentran este apoyo en su familia, y si lo encuentran es muy débil. Y esto sucede justamente en el momento en que son lanzados al mundo del trabajo, con una resistencia moral que es casi todavía la de un niño.

Para algunos el choque es tan rudo, que el crecimiento de su personalidad se encuentra falseado o detenido para siempre. No hay nada más doloroso que comprobar el embotamiento de la espontaneidad, después de varios meses de taller, en muchachos que la víspera estaban llenos de agudeza, de esfuerzos generosos, de intuiciones rápidas. A todo esto sucede una especie de embrutecimiento, de grosero cinismo, de materialismo que no sueña más que en el reposo o en la «chanza» mediocre.

El clan rover puede hacer algo. El adolescente tiene necesidad de encontrar un ambiente que proteja el final de su crecimiento y le aporte la inestimable ayuda de una amistad fraternal y espiritualizadora.

El mejor porvenir, en el que sueñan oscuramente los jóvenes, no lo perciben como una obra individual. Tienen la intuición de que será un asunto de «generación», como les gusta decir. Se sienten envueltos en un esfuerzo colectivo, en el cual, normalmente, tienen la ambición de participar.

Es muy característico de este instinto profundo el que los jóvenes amen encontrarse y vivir entre ellos, compartir sus sueños y sus experiencias.

Este sentimiento de solidaridad de destino funda la camaradería y preludia el descubrimiento de la amistad. Sienten que seguirán la ruta juntos, que volverán a encontrarse por los caminos de la vida, y no se les dice bastante que es cierto todo ello. Por el contrario, sería necesario confirmarles, en nombre de la experiencia, que se encontrarán de nuevo por los caminos de su vida de hombres, y que, desde ahora, deben entablar relaciones indefectibles que más tarde constituirán su fuerza.

Al final de la adolescencia los jóvenes harán el descubrimiento de la amistad, fundada en lo que tienen de semejante con los de su edad.

Estas amistades hacen pensar en los pitones que se hunden en las paredes de las montañas para mejor asegurar las escaladas. En el inmenso interrogante con que el joven entra de lleno al comenzar su vida autónoma, estas amistades le ayudarán a ascender, le inspirarán confianza, serán, por el don de sí mismo que suponen, la última preparación para el amor ⁷⁹.

⁷⁸ Esta manera de ver parece haber encontrado su realización institucional en los «Scouts-de-France». El último Congreso nacional preve un primer período de vida a la Ruta, considerado como una «etapa de aprendizaje comunitario», que será seguido de un compromiso precursor de la «Iniciación», la cual coincidirá con la partida del Clan y la entrada al mundo adulto. Cf. *La Route*, enero 1964.

⁷⁹ Sería un error considerar una educación sexual tomada en sí misma e independiente de una preparación al amor. Por el contrario, debe

No solamente prepare para el amor, sino que abre el verdadero sentido comunitario, hecho tanto del don de sí mismo como de la necesidad de sentirse acompañado, que prepara la vía del cristianismo. De la alegría de trabajar, de rezar juntos, se llegará al sentimiento de la comunión fraternal.

Para que la Ruta tenga un verdadero atractivo para los jóvenes es necesario que se le aparezca como una comunidad de destino donde, con una misma esperanza, se prepara una fuerza aunada para la acción ulterior.

No es que la Ruta pueda ser el ministerio omnisciente de una reconstrucción universal. Cada uno trabajará en su profesión y en su oficio por el advenimiento de un mundo mejor; pero estas funciones, en apariencia dispersas, estarán animadas por un mismo espíritu, tendrán una orientación común.

Si en el espíritu de los jóvenes no es esto la Ruta, bien poco o nada es. En las grandes épocas, los rovers querían conjuntamente, mediante mil medios ulteriores, «rehacer la Francia cristiana» (1925) o «realzar a Francia» (1940), y por esta razón experimentaron una gran afluencia de jóvenes.

Hay períodos en que el movimiento que arrastra a la juventud es menos sensible. Los años que han seguido a la victoria han visto aparecer una juventud incierta de sus caminos, escéptica, voluntariamente apática o desesperada.

El jefe de la Ruta de los S.D.F. discernió bien una de las razones del desafecto de los jóvenes por los movimientos: «Pero el mayor daño ocasionado al Escultismo es el plagio que han hecho de él todos los gobiernos totalitarios, creando su movimiento de juventud único destinado a forjar para el régimen una *élite* sana y dócil. En las formas exteriores, al menos, era normal copiar los movimientos recientes que acababan de obtener en la escala mundial una pujanza tan formidable, tanto más cuanto que el origen de su fundador y las circunstancias de su nacimiento habían permitido que subsistieran en él más de una afinidad con el ejército.

»Se sabe cuál fue la suerte de estos movimientos y qué temor duradero de alistamiento han dejado en todos los jóvenes actuales»⁸⁰.

No es que a los jóvenes les falte generosidad. Les faltan tal vez razones de vivir. Estarían dispuestos a verter su sangre, pero quisieran estar ciertos de que su sacrificio iba a servir para algo.

Han oído hablar demasiado de hecatombes sin resultado, de esperanzas fallidas, de paz indefinidamente inaccesible. Están cansados de odiar y de destruir. Desearían amar y construir.

Ellos querrían un mundo fraternal, querrían la supresión de la injusticia social. Ven que en otros países donde el objetivo era el mismo no lo han conseguido de una manera absoluta, a pesar de dictaduras y guerras civiles.

Muchos, en consecuencia, se apartan de las tareas políticas y sociales, se encierran en su porvenir personal, gozan de prisa, en un universo amenazado, las humildes alegrías de la vida o los placeres menos inocentes.

Sería preciso devolverles la confianza y persuadirlos de que, a pesar de todo, de sus

inferirse como una parte integrante de la formación de la caridad, del verdadero amor que es don de sí mismo y búsqueda de la felicidad del otro. Cf. la alusión a esta tar

80 Comunicación del Equipo Ruta en las Jornadas Nacionales de Jambville, cf. *Le C/ief*, octubre 1952.

esfuerzos puede salir un mundo mejor, rescatado por la sangre de Cristo, si la búsqueda se hace bajo el impulso del Espíritu.

Con esta intención el Equipo Ruta de después de la guerra forzó la orientación hacia las tareas políticas al servicio de la juventud. La Ruta se ha ido manteniendo en esta vía en que la habían encaminado vigorosamente Michel Rigal, Pierre Roux y el P. Joly.

El equipo Rendu-P. Liégé debía perfeccionar la formación de los rovers en este sentido. En particular con ocasión de los *Congresos Nacionales de la Ruta* y del trabajo por grupos, cuya técnica fue perfeccionada remarcablemente.

Podía temerse que todo finalizara en unos brillantes debates al estilo parlamentario. Pero finalmente nó ocurrió así. El realismo scout presidió estos debates que siempre quisieron desembocar en realizaciones concretas, sin hablar de la fraternidad auténtica de esta amistad scout que no excluye ni la rudeza ni la franqueza a veces brutal, pero siempre leal y alegre.

EL JOVEN ROVER

Los dirigentes de un clan, para seguir fieles al realismo del método scout, deben esforzarse en ver sus rovers tal como son y conocer bien su ambiente. No deben pensar «juventud», englobando a todos los rovers o, por el contrario, decir con una sonrisa «¡los jóvenes de hoy día!», cubriéndolos indistintamente con el manto de todos los pecados de su tiempo. Sin embargo, deben creer que aun en aquellos que en apariencia están más desprovistos de cualidades, el misterio de la juventud, y de la juventud de su tiempo, está haciendo su obra.

Cuando se describe una generación, la generalización es siempre más o menos falaz. Sólo se trata de líneas de fuerza. Es la hélice de una generación lo que la impulsa hacia su destino y la señala a los ojos de la historia. Pero el jefe educador no piensa en él ni en la generación, sino en Pedro, Jaime y Pablo, muchachos concretos y bien determinados.

El esfuerzo vital del que hemos hablado se encuentra ciertamente en cada rover, pero en diverso grado. Comulgan en las «fiebres», como decía Barres, en las tendencias de su generación, pero más o menos activamente. No se puede negar, en todo caso, que hay algo misterioso que une a los jóvenes de una época aun cuando ellos se contradigan y opongan.

Confieso que a veces es difícil reconocerlo.

El adolescente mayor está lleno de veleidades y de contradicciones. Describe la multitud de cosas que hará y luego no hace nada. Un día ama una cosa que al día siguiente aborrece. La dificultad exterior, lejos de estimularle, como sucede a los hombres de carácter formado, le desconcierta y acobarda. La simple representación imaginativa del obstáculo amenaza con detenerle. Otras veces, lo subestimaré y se lanzará a aventuras de una loca audacia.

Estos jóvenes apenas salen del prodigioso cambio de la pubertad. De este combate orgánico les quedan cicatrices de fatiga y languidez que sólo desaparecerán, poco a poco, en el transcurso de los años siguientes. Se observa en ellos una especie de amodorramiento. Se diría que el desarrollo físico ha recubierto lo que había en ellos de espiritual. Los guía un egoísmo biológico, inconsciente.

Es necesario, en esta edad, un esfuerzo heroico para salir de sí mismo y agarrarse a una tarea con perseverancia. Tanto más que para muchos las contrariedades de la vida no son aún imperiosas.

El papel del clan es despertar al joven, si me atrevo a decirlo, a la realidad, de hacerle conseguir pequeños triunfos para que esta victoria le lleve camino de los grandes éxitos en que ha soñado. También le debe ayudar a concebir y a escoger su profesión, considerándola como su mejor servicio y su actividad fundamental.

Con la necesidad de camaradería, de amistad, de actividades en equipo, lo que conmueve más a los jóvenes rovers es el aspecto contradictorio de sus comportamientos. Así, pues, ostentan grandes pretensiones de independencia y hacen gala de una sumisión casi servil a las exigencias de «su generación». En sus apreciaciones, «juzgan con suficiencia» a sus jefes y a sus mayores, y después se los sorprende admirando beatíficamente a tal campeón o artista de su preferencia.

De ellos sería siempre necesario decir que a veces son de una manera y a veces de otra. Frente a sus antecesores son a la vez revolucionarios e imitadores. Algunas veces se llaman tradicionalistas, lo que no es más que una forma de demostrar su rebeldía contra el presente, pero tampoco un encadenamiento al pasado.

OPOSICIÓN DE GENERACIONES

Es demasiado sencillo, creo yo, decir que la juventud se opone a la generación precedente.

Esta oposición existía ya en el niño. Pero era más bien el fruto de reacciones físicas, biológicas, sobre todo en el período de la pubertad. En los adultos jóvenes demuestra más bien carácter. La voluntad y el juicio no tienen todavía su vigor. No se sabe todavía lo que se quiere ser, ni lo que se quiere hacer. No se sabe tampoco con exactitud lo que gusta o disgusta del exterior. No se tiene una idea fija sobre nada. Se pasa del entusiasmo a la decepción. Se evoluciona en los deseos y en las apreciaciones. Es, pues, normal que se efectúen en ellos muchas variaciones.

Frente a aquellos de quienes dependen existe, naturalmente, afirmación de independencia. Pero escuchan y siguen a aquellos a quienes admiran. Son más críticos que poseedores de espíritu crítico, y, por consiguiente, muy vulnerables a las propagandas políticas. Estos son los jóvenes que han seguido a Hitler. Lo que hay de nuevo en esta edad es que hacen una elección personal de aquellos en quienes se fían. El valor los impresiona más que los galones. Aunque es preciso matizar esta afirmación. La cándida admiración del aprendiz hacia el director de empresa, o de la modistilla hacia la oficiala, o del limpiabotas hacia el gran general del día, demuestra que la facultad de admirar subsiste entre ellos.

Es muy importante saber que, psicológicamente, el pasado no existe para ellos. Evidentemente no tienen de él ninguna experiencia. La vida empieza con ellos. A excepción de aquellos cuyas familias cultivan los recuerdos de una larga tradición profesional o de servicio, pertenecen únicamente al mañana.

No es que desprecien sistemáticamente lo que ha sido hecho con anterioridad a ellos: ni siquiera sospechan que eso pueda existir. No tienen de ello ninguna percepción. No les

interesa.

Han debido hacer un esfuerzo para asimilar lo que han recibido del pasado. Creen de buena fe que han sido ellos los que lo han descubierto. (¡Muchos adultos, de forma menos ingenua, se parecen a ellos!) Tienen una forma propia, inconsciente, de interrogar a los que saben alguna cosa de lo que les preocupa, de hacer zalamerías y de despegarse con una suntuosa ingratitud, como hace la abeja con la flor que la alimenta.

Lejos de afligirse, el adulto debe alegrarse el día en que su discípulo venga a decirle, como si fuera una novedad sensacional, lo que él le repetía, sin ser escuchado, desde hacía tiempo. Su pensamiento ha escapado a la muerte, vaga hacia el porvenir, donde producirá nuevos enriquecimientos.

La nueva generación marcha en realidad con los hombres de punta de la precedente. Aunque ella lo piense y así se le diga, no es ella, habitualmente, la que inventa los nuevos comportamientos⁸¹. Pero se apodera de ella con fervor, feliz de diferenciarse; animada también por este amor de la novedad, que es una forma del amor a lo mejor.

En una época como la nuestra, en que las costumbres y la manera de vivir son modificadas a una velocidad jamás conocida por los progresos de la técnica, se acusa la diferencia entre las generaciones. La más joven, en muchas cosas, hace el aprendizaje sola. Ya no son los padres los que revelan secretos apasionantes: los secretos del esquí, de la montaña, del avión, del planeador, de los nuevos cálculos o de los experimentos nucleares. Los hijos, contrariamente a lo que pasaba cuando la humanidad evolucionaba a un ritmo menos rápido, hacen cosas que sus padres han ignorado e ignorarán siempre. Lejos de encontrar en ellos a sus maestros, se sienten extraños. De esto a generalizar y a creerse en todo superiores, a descuidar las lecciones de la historia y todo cuanto de eterno existe en el hombre, no hay más que un paso.

Si el jefe rover no está dotado de la suficiente juventud de espíritu para comulgar con su entusiasmo de descubridores; si no se presta atención a sus críticas del pasado para extraer lo que éstas tienen de justo; si no se desea verlos triunfar allí donde quizá se ha fracasado o triunfado a medias, es inútil mezclarse con ellos y pretender ayudar a su formación. Inútil tomar la responsabilidad de un equipo o de un clan: se puede contar con la seguridad del fracaso.

Uno de los papeles de los dirigentes del clan es incorporar los rovers al pasado, hacerlos tomar conciencia de la dimensión humana, ayudarlos a salir del mundo verbal de las intenciones. Ayudarlos a convertirse en hombres orientados hacia el mañana, a la vez que sólidamente enraizados.

Es conmovedor ver con qué confianza los más anarquistas, en cuanto se sienten comprendidos y respetados, adoptan a los mayores que han aceptado. Como el lobato olvida que Akela — el jefe — es una muchacha y que el scout incorpora a su mundo al jefe que ha sabido hacerse igual a él, los rovers aprenden de buen grado del jefe o consiliario que participa en su visión del porvenir.

Haría mía con gusto la conclusión del equipo de ruta en las Jornadas Nacionales de Jambville, en junio de 1952:

«Nunca se insistirá demasiado sobre la importancia del jefe de clan. Es preciso que

⁸¹ Max PICART : «El mundo de la incoherencia sermonea a la juventud, pero por la sola razón que no está lieada a nada más que al instante en que, en ella, las fuerzas psicológicas y naturales dominan sobre el espíritu.» (*L'Homme de néant*, p. 177.)

haya asimilado los valores esenciales de la Ruta, que tenga la autoridad suficiente para hacerlos admitir y el atractivo para hacerlos amar.

«También es necesario que haya comprendido que un hombre no se hace más que creando y aceptando responsabilidades y que deje escoger libremente la forma, siempre que (y es lo más frecuente) no afecte al fondo.

«Esta oscilación entre la autoridad y la sana democracia es lo que puede asegurar la firmeza de la adhesión de los rovers al ideal de la Ruta al mismo tiempo que iniciarlos en una verdadera libertad»⁸².

Por encima de estos comportamientos individuales, las generaciones están evidentemente situadas entre sí en relación con su éxito en la historia. Tampoco hay aquí una oposición pura y simple. Una época de grandeza subyuga a la siguiente. Un período mediocre suscita una reacción de desprecio.

En este conflicto de generaciones sería ilusorio pedir a los jóvenes equidad o indulgencia. Están en la edad de lo absoluto. No saben más que condenar o admirar sin matices. El papel de los jefes es, sin embargo, introducirlos en la verdad de las cosas y hacerlos aprender que los progresos humanos, las revoluciones saludables, se han llevado a cabo siempre en continuidad con los valores eternos del pasado. Me gusta la lección que se desprende de la vidriera de Chartres, donde aparecen los apóstoles herederos de los profetas y que, si los sobrepasan, es sólo por estar situados sobre sus hombros.

EL ESPÍRITU GREGARIO

Terminemos con la contradicción que me ha parecido siempre más sorprendente. Estos muchachos a quienes creemos independientes, porque pretenden independizarse de su familia, de la escuela, de la tropa scout, están en realidad preparados para someterse a la ley de sus nuevas comunidades de vida. Se oponen en sus conversaciones a sus mayores. Todos los almirantes son ineptos para los marineros, y todos los suboficiales unos genios. Reforman su escuela incluso antes de saber, en realidad, lo que se hace en ella. Y después, apenas ingresados en su oficio o en la escuela superior, se documentan con cuidado sobre las tradiciones, las costumbres, muestran por ellas, incluso por; las más impugnables, un verdadero fetichismo.

Pudo tener lugar una guerra, desaparecer las costumbres, y he aquí que algunos años después resucitan las más superadas. Los recién llegados se regodean con placer en las más inaceptables novatadas.⁸³

En realidad, la intensa llamada a la novedad está contrarrestada en cada uno de nosotros por la rutina, estamos en tensión entre el recuerdo y la invención.

A primera vista parece insoluble el dilema de estar a la vez empeñado en la acción común y salvar la propia personalidad. Y, sin embargo, esto es precisamente lo que se necesita resolver para llegar a ser verdaderamente uno mismo.

El clan debe ser el lugar de reflexión en común y de crítica de los comportamientos

⁸² Cf. Ke chef. 1952

⁸³ Se encontrará en *La nieve y la flor*, de André Chamson, el relato novelado de una de estas horribles novatadas

actuales. Es necesario que los rovers juzguen los usos y las costumbres de sus ambientes y tengan el coraje de rechazar las que crean condenables. La formación de un juicio personal me parece obra primordial del clan en esta época en que los *Digest* nos traen conclusiones sin razonamiento, en que la prensa y la radio se libran a afirmaciones sin pruebas.

Al principio de la Ruta S. D. F. nos gustaba decir con Gandhi: «Hagamos todos los días un acto de *inconformismo*.» Un acto libre, inspirado no por la fantasía o el miedo, sino por una auténtica convicción. (Este acto concertado, voluntario, decidido, del cual hemos hecho a lo largo de este libro la condición del progreso humano.)

Sólo al precio de esta conquista interior se puede pretender cambiar el mundo.

El resultado de esta disciplina personal tuvo pronto efectos tangibles en el rechazo y la desaparición de novatadas en escuelas y talleres, consideradas odiosas, contrarias a la dignidad humana y al espíritu cristiano.

La fuerza especial que el rover debe encontrar en el clan es en realidad la de resistir a la tiranía del espíritu gregario, al que es enormemente sensible. Lo que lo hace tan tímido en sus actos no es solamente que no sepa lo que debe hacer, sino el temor a equivocarse y sentirse en ridículo ante sus camaradas.

El respeto humano era desconocido por el lobato. A la edad del scout, presentaba a menudo la forma de un delicado pudor de sus sentimientos. En los rovers es el temor al juicio de sus compañeros, el miedo de transgredir la ley del grupo.

No sólo no se siente seguro de sí mismo para afirmarse, sino que siente secretas connivencias con lo mejor y lo peor de su generación. Es preciso librarlo a toda costa de ello y que no conserve del espíritu de cuerpo más que lo que merezca conservarse y esté en correspondencia con sus aspiraciones. Para ser fiel al método scout es haciéndole actuar y ayudándole *a reemplazar lo que querría haber destruido*, como se liberará y encontrará su personalidad.

La contradicción del joven adulto presenta tres facetas. Una física, que depende de los conflictos de su evolución orgánica; otra que afecta a su carácter, que se afirma y busca una legítima independencia;

y, finalmente, la tercera, de carácter histórico, que depende de las circunstancias.

Poco a poco el rover se va equilibrando. Entra en posesión de su personalidad. Los trazos de su carácter se afirman, su inserción en un oficio, la fundación de su hogar o el cumplimiento de su vocación acabarán por hacerle encontrar su lugar en el presente (11).

Me parece ilusorio intentar poner fechas a las fases de esta evolución. Dependen de la fuerza interior de cada uno, de las circunstancias de su vida, de los encuentros de que se ha beneficiado y de las responsabilidades que le han sido atribuidas.

No se trata de una evolución armoniosa y continua. Está formada de avances y retrocesos. La voluntad es como el péndulo que oscila indefinidamente.

Lo único que se puede distinguir es una primera fase de dieciséis-diecisiete a dieciocho o diecinueve años, según los casos, y una segunda que termina alrededor de los veinte años, cuando toma posesión de su personalidad. No es que esté terminado de un modo definitivo. Pero ya es un hombre.

Un hombre debería haber comprendido que la vida es una incansable invitación al progreso y que continuará formándose, asimilando sus experiencias, abriéndose a las

exigencias de la gracia. La vida es un movimiento hacia adelante. Donde no hay progreso reina la muerte.

MADURACIÓN ESPIRITUAL

La edad rover, en la que el adolescente acaba su metamorfosis, pone en movimiento todo su pasado físico y espiritual para formar la unidad de su ser y adquirir su personalidad, es naturalmente de la mayor importancia para la maduración religiosa.

En cada una de las fases del crecimiento, se diría que desaparecen las certidumbres de la edad precedente y que nada queda de ellas, pese a que subsisten en el subconsciente. ¿Cómo reconocer en el scout en crisis de pubertad, cerrado aparentemente a lo sobrenatural, al niño que parecía vivir en el mismo plano del mundo celeste? Siendo lobato, ayudaba la misa, evolucionaba con soltura alrededor del altar, no complicaba las dificultades de las rúbricas; ya scout, se equivoca, parece haberlo olvidado todo.

En cada uno de los momentos de su evolución física debe descubrirlo todo de nuevo, según las nuevas exigencias de su temperamento y de su espíritu.

Lo sobrenatural está cerca de lo maravilloso para los muy pequeños. El interés por las cosas concretas y sólidas, en el scout, llevaba consigo el gusto de asegurarse de la realidad de la Encarnación.

En la edad rover, llegará a preguntarse si es cierto, si es plausible, cómo la fe puede entenderse con la razón. El espíritu se vuelve apto para las ideas generales, capaz de juzgar conjuntos y debe, en religión, hacerse una síntesis de las nociones de la fe. Muchos no lo llegan a hacer jamás y permanecen impúberes en el dominio de la fe.

No es preciso disimular que los espíritus contemporáneos, bañados por el laicismo del ambiente, formados en las disciplinas científicas positivas, en las que la experimentación fundamenta las afirmaciones, se encuentran desconcertados por el misterio cristiano y su trascendencia.

Para un espíritu científico, el misterio es la cosa aún no conocida, pero en la que la inteligencia, con sus solas fuerzas, podrá penetrar y transformar en claridad racional.

El misterio cristiano es una verdad que la inteligencia puede establecer que es admisible y que el corazón puede juzgar deseable, pero que no cae bajo la comprobación de una experiencia de laboratorio.

No se la puede alcanzar más que por una intuición, un movimiento que son los frutos de la gracia. La trascendencia de Dios debe elevarse hasta sí mismo. El descubrimiento de la verdad es en realidad un don. La plegaria, el recogimiento interior, son su condición normal, tan necesaria como la reflexión intelectual.

La palabra de Dios es algo más que verdad. Es una especie de signo ideológico que nos ata a la existencia, a la eternidad de Dios y nos la comunica. El espíritu descubre en ella armonías, conveniencias. Recibe rayos de verdad fulgurantes, pero a menudo fugaces; nuestro ser recibe de ella un incremento sobrenatural.

En la edad rover se desarrolla el espíritu de síntesis, y se preguntan cuál es el centro organizador de esta verdad. Tanto más cuanto que las obligaciones morales del cristianismo se muestran temibles y que nadie deseará someterse a ellas más que por amor a Aquel que las ha promulgado, o al menos porque creerá con certeza que es Dios

quien creó este orden de cosas. No podrá someterse a ellas más que si Dios, dando el deseo, da también la fuerza.

Todos los espíritus no tienen el mismo itinerario. Pero, en nuestra época, parece que no es por las pruebas metafísicas por donde sea preciso comenzar. Los cerebros formados en los métodos científicos gustan poco de las evidencias metafísicas.

El camino verdadero es el que trazó el mismo Cristo al decir: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.»

La virtud de millares de rovers S. D. F. ha consistido en descubrir en el Evangelio de San Juan, a la vez tan concreto, en el que el Señor aparece como alguien, y como un misterio (un sacramento de la divinidad), una fuente de gracia y de vida.

Los primeros rovers habían establecido en principio que el estado natural del cristiano es el estado de gracia. Esto los orientaba hacia una vida sacramental intensa: confesión que restaura y, en la idea de Pío X, comunión cotidiana que alimenta y persuade.

El capítulo VI de San Juan, leído y meditado indefinidamente, fue el breviario de su vida espiritual. De él toma su densidad, su altura y su ternura.

El Señor no es sólo Verdad, es también Vida. Se llega a Él no sólo por la inteligencia, sino también por la acción. Lo que asegura de modo definitivo la vida religiosa del joven cristiano es asimilar la sustancia del Evangelio, entregarse por medio de la abnegación, por el ejercicio de la caridad: por un servicio, por una empresa, por la entrega de sí y el amor de los otros.

El papel de la Ruta es favorecer la investigación de la verdad divina, el descubrimiento y la comprensión del Evangelio, facilitar la vida sacramental, impulsarla y favorecer las actividades de servicio, para evitar que la vida religiosa se reduzca a unas nociones. Menos que nunca nuestros contemporáneos serán sensibles al «moralismo». Su comportamiento no podrá estar influido más que por convicciones profundas, por una fe dogmática, por un amor no sentimental, hacia un Maestro de pensar y de vivir, hacia un Cristo que se les aparecerá como el Salvador del mundo.

ACTIVIDADES DE LA RUTA

El campamento rover

La vida al aire libre es esencial al Escultismo en todas sus edades. Responde a la necesidad que tienen los seres civilizados de volver a sumergirse en las fuentes de la vitalidad natural. La evasión de las grandes poblaciones, sábado y domingo, hacia el aire libre, hace innecesario todo comentario y demostración.

Es un fenómeno mundial. Y diría, desde luego, biológico. Basta haber recorrido las monstruosas aglomeraciones industriales del Ruhr para comprender el irreprimible deseo de los obreros de escapar los días de fiesta para encontrar el medio natural. Una gran parte de americanos, que trabajan en las ciudades, se evaden con prisa del ruido y la atmósfera de las fábricas para buscar por la noche, o en el sagrado descanso de los fines de semana, la vida en el campo, algunas veces a muy larga distancia.

Nunca se había expresado con la fuerza y el talento de Georges Navel esta reacción

obrero contra el medio técnico y la nostalgia del medio natural. De su libro *Travaux*⁸⁴, M. Georges Friedmann, con la competencia que le es propia, ha podido decir que es el testimonio «de una cualidad rara y única».

¿Asistiremos a la aparición de una humanidad en la que esta reminiscencia de sus orígenes naturales y rurales será borrada, por estar sumergida en el mundo técnico del trabajo, de los transportes, de los placeres? La resistencia será larga y más en nuestros viejos países, en los que los ciudadanos están cerca de su origen campesino.

Burgueses acampando junto a sus coches y remolques, huéspedes populares de los albergues, están movidos por la misma profunda necesidad.

El Escultismo es esencialmente una respuesta a esta necesidad.

Si los habitantes de las ciudades emigran, en sus vacaciones, hacia el campo y el bosque, no se puede decir que en conjunto saquen el mejor partido de su retorno a la vida natural.

Su organismo siente necesidad de calma, de silencio. Oscuramente lo notan; pero, intoxicados, no tienen siempre el valor de renunciar a su transistor o a sus pequeños vicios. A menudo se alimentan mal, de conservas, sin fruta ni alimentos vivos. Sus actividades no van más allá del baño de sol exageradamente prolongado y, como máximo, una partida de balonvolea.

No siempre saben acampar confortablemente con medios rudimentarios y ligeros. Su sentido para escuchar el bosque, el viento, los árboles, los arroyos, los pájaros, está embotado. No tienen, desgraciadamente, ningún respeto hacia los lugares donde acampan y que dejan a menudo sucios y cubiertos de latas y papeles. Sucede frecuentemente que arrancan los vástagos al confundirlos con zarzas.

El Escultismo para muchachos, bien practicado, debería haberles enseñado todo esto. Si con jóvenes burgueses, mimados por el confort, es bueno dirigir rudamente el campamento, con jóvenes obreros es necesario ocuparse de que duerman bien, coman alimentos sanos y se dediquen a una abundante hidroterapia, en una atmósfera tranquila y libre. Están cansados de ser vigilados toda la semana por los contramaestres o los vigilantes de la fábrica. Es preciso comprender su sed de libertad, de confianza, de amistad. Mas para los unos y los otros permanece verdadera esta fórmula, que es, creo, de Montherlant, al hablar del deporte: «Hay una embriaguez que nace del orden.» Digamos más, una alegría.

La Ruta de los «Scouts de Frances

La Ruta S. D. F. habría podido ser sencillamente este arte de acampar entre amigos. En muchos países la Ruta no es más que esto. Y esto ya es algo. Es preferible a ser una reunión de charlatanes, repantigados en un sillón, con la pipa entre los dientes.

Pero ha recibido en sus comienzos un poderoso injerto, algo distinto del Escultismo de Baden-Powell, que había de marcarla fuertemente.

No hay que olvidar que había nacido también de la llamada del *Vieux Loup* y que los jóvenes jefes, al volver de la guerra, soñaban lo mismo que él con «rehacer a Francia», ensangrentada, exangüe, cubierta de ruinas y de tumbas.

El suceso que iba a orientar la Ruta fue la entrada en el Escultismo del padre Donceur. No tendrá más que una obsesión: iniciar hogares que, rompiendo con el hijo único y la larga crisis de despoblación en Francia, tengan numerosos hijos. Y en segundo lugar, volver a enseñar a los franceses a cantar, a encontrar sus costumbres y sus ritos, su cohesión.

Había asistido al primer *Katholikentag* después de la guerra. En estas amplias asambleas del catolicismo alemán, sin equivalente entre nosotros, había denunciado ante millares de participantes, con valentía, las responsabilidades alemanas en la guerra, pero también la complicidad universal de otros pueblos, debidas a un paganismo renaciente, contra el que todos los cristianos deberían unirse.

Así conoció a los *Quickborn* y a Romano Guardini, y a través de ellos el movimiento de la pastoral litúrgica alemana. Ya en su exilio de religioso, desterrado por las leyes de 1902, pudo conocer la renovación litúrgica belga. Hacía dialogar la misa a sus soldados. Su libro de cabecera era el Evangelio de San Juan. También fue de los primeros en descubrir a Péguy.

En sus libros se encuentra el eco de su entusiasmo por la marcha, el campamento pobre y frugal, por el *Sacramento* de la Ruta: «La educación más humana del esfuerzo. Cargando al hombro la mochila, la tienda, las provisiones y las cazuelas; la cabeza descubierta, las rodillas al aire, los pies endureciéndose o incluso sangrantes, comiendo sopas sencillas o potajes sin condimento; privándose espontáneamente del tabaco, el alcohol y las golosinas; bajo el sol que abrasa o el huracán que azota; durmiendo sobre los rastros del campo o la paja de la granja; siempre inseguros de la acogida y afrontando la aventura cada mañana. He aquí con qué temprar las jóvenes voluntades y los cuerpos adolescentes, con el más valeroso de los deportes»⁸⁵.

Y esta nota más suave: «Baño de aire, baño de altura, baño de sol, baño de alegría, baño de gracia donde se sumerge nuestro júbilo».

En estas conversaciones que pronto se llamaron «Capítulos», les revelaba el mensaje de San Juan, les hablaba de Cristo como de una persona viva y próxima, con una penetración y un realismo a la vez sobrecogedor y sencillo. Para ellos se convertía en otro Padre, desconocido para el gran público, que los unía a Jesucristo, hacía arder de amor sus corazones y los abría a la completa entrega de sí mismos.

Cuántas vidas se orientaron en estas conversaciones que muchas veces eran verdaderas pruebas de resistencia, en las que el sueño por una parte y el interés por otra acosaban a estos muchachos reunidos en el corazón de la noche en el fondo de una granja o cerca del fuego en un claro del bosque.

La Ruta habrá contribuido, en gran medida, a dar a los jóvenes franceses el gusto de viajar por el extranjero, de iniciar amistades, de crear un espíritu de amistad más allá de las fronteras.

Estas rutas por el extranjero resucitaron las antiguas peregrinaciones, que constituyeron la gran escuela de espiritualidad popular en la Edad Media. Merecieron el nombre que se les ha dado: «retiros a cielo abierto».

La caridad fraterna era intensa en ellas, la bolsa era común, se suponía que cada uno

85 *Routiers*, pp. 24-25.

había contribuido según sus posibilidades.

En medio del silencio de algunas marchas, en las misas de alba, en el tomar a su cargo la religión del país: «Cristo os hace responsables de la Redención de este país, de esta tierra donde habéis nacido», en la evocación de los hogares y de las cunas, se puede decir que el Escultismo de Baden-Powell, que hace su llamada a los aspectos naturales, **eternos** del hombre, entraba en el dominio de la historia.

Se puede reconocer a los antiguos scouts, que no han conocido el período de reflexión de la Ruta, sus aspiraciones, sus desesperaciones, sus intentos, sus errores y sus éxitos, a través de una especie de serenidad intemporal, que si no los separa del prójimo que deben ayudar, corre el riesgo de dejarlos al margen de las «fiebres» de su tiempo.

Estas Rutas correspondían a uno de los primeros fines propuestos a los rovers: la Descubierta del país de Francia. Este propósito pronto debía extenderse a los confines del mundo y adquirir un carácter profundamente humano, con el encuentro de Desfontaines, el especialista de la geografía humana, el apóstol entusiasta de los *Equipos sociales*, que iba a fertilizar nuestra búsqueda con su ciencia y su universal simpatía.

No os olvidéis de respirar

Acampar, rehacerse al contacto con el agua y el sol, endurecer el cuerpo, recogerse bajo el silencio de las estrellas, volver a encontrar el ritmo vital, es lo que debería ser el pan de los **rovers**. Sobre todo de los obreros de las fábricas.

No puede dejar de surgir un conflicto entre esta necesidad vital y las obligaciones de su servicio o de su empleo en la ciudad. No es preciso apresurarse, por moralismo o impaciencia apostólica, a privarlos de este beneficio. Recientemente me enteré de que los rovers de una gran ciudad obrera, para quienes los jefes bien intencionados habían previsto servicios utilitarios, construcciones de viviendas «Castor», u otros, abandonaron la Ruta... para ir a acampar por su cuenta. Para, en resumen, hacer Ruta, diciendo que trabajaban seis días con sus manos, y que al fin de semana tenían necesidad de aire, de movimiento e incluso de juegos y cantos. Pienso que el Creador, que se reservó el séptimo día, para establecer el día de descanso de los hombres, estaba del lado de estos rovers.

Hay que encontrar un equilibrio. Me gustaría que los interesados lo buscasen por sí mismos, a medida que se hacen mayores y que su caridad se hace más acuciante y les inspira empresas de servicio.

La pieza maestra de la vida al aire libre es el campamento de verano. Requiere una cuidadosa preparación. Los rovers deben encontrar en él lo preciso para su relajamiento, su reposo; pero también para reafirmarse en su vida de amistad, para la superación de sí mismos, esta labor profunda de la que hemos hablado. Y también para descubrir el mundo y los hombres de su tiempo. Para «confrontar» sus sueños de mejorar el mundo con la realidad.

El campamento representa para los que hacen trabajos manuales, o para los que no han cursado estudios, una ocasión de cultura por lo concreto.

Parece que la preparación anterior debe ser la indicación de lo que se verá, de lo que será preciso observar con más cuidado. Esta preparación despertará el interés y los

pondrá en estado de alerta.

Al regreso, en las reuniones de clan, se hará el resumen de estas observaciones, será el momento de la reflexión y del examen detenido de los problemas que se habrán presentado.

Un joven, sin cultura superior, leerá con gusto, *después*, libros serios referentes a lo que ha visto. Antes esta lectura no habría sido para él más que abstracciones, y, probablemente, causa de aburrimiento.

Con el Señor

En el transcurso del gran campamento el conjunto de «charlas» religiosas puede alcanzar amplitud, presentarse a los rovers como una síntesis de vida. El campamento debe ascenderse hacia Dios. La cima será, habitualmente, una vigilia, una misa, precedida por una intensa y larga oración en un sitio importante.

No se puede, en cada uno de los grandes campamentos, realizar todo lo que es posible hacer. A veces la marcha, el descubrimiento a grandes trazos de un país, lo acaparará. Con los rovers jóvenes se empieza, habitualmente, por aquí. E incluso a veces de una manera más gratuita. Tengo ante mis ojos el informe de un consiliario, que trabaja hace años en un ambiente de bajo proletariado. Antes de abrirles la Biblia se les ha enseñado la montaña. E incluso alguna vez el descenso de ríos y pantanos en *kayak*.

Pero es indispensable, cuando los rovers están maduros para hacerlo, consagrar una parte de la Ruta a entrar en contacto con los habitantes del país que se descubre, mezclarse, si se puede, a su vida y sus trabajos.

De este modo es como algunos clanes de estudiantes bajan a trabajar unos días al fondo de una mina, y como clanes obreros gustan de dar una mano en la cosecha.

En la Ruta, el fuego del campamento, apreciado por los scouts, con su parte de circo y de magia, no es ya tan importante, a menos que se trate, en la plaza del pueblo, de divertir a sus habitantes convertidos en amigos.

Alrededor del fuego se reúnen para una sencilla velada. Se canta, y en este momento se recogerán los frutos de los esfuerzos realizados en el transcurso del año en esta disciplina. Aparece una guitarra. ¡Puede ser también, que aparezca, según me dicen, alguna pipa!

Y después surge la conversación, se reanuda la polémica, iluminada por la palabra del consiliario si éste es el hombre de Dios preocupado por su función esencial. A veces, mejor que en el *Banquete* de Platón, se produce el acontecimiento. El Señor está allí, y hace ardiente el fuego secreto de los corazones. La plegaria se prolonga. El hambre del Cuerpo eucarístico se aviva. La noche será larga para la espera, a menos que la sagrada impaciencia de todos haga que la misa y la aurora los encuentren en pie, en íntima unión con Dios.

Muchos rovers podrían dar testimonio de que su fe adulta y su conversión a Cristo, fueron el fruto de lecturas del Evangelio de San Juan, comentado en su presencia por un sacerdote cuya vida estaba impregnada del mismo.

LA EMPRESA

La expresión «empresa» se usó por primera vez en 1924. Todavía es uno de los elementos fundamentales de la Ruta. El «atelier» n.º 2 del Congreso Nacional de 1964, le consagra una reflexión muy importante, de la cual puede encontrarse un eco en «La Ruta» de enero de aquel año.

Se podría definir una empresa como: un servicio colectivo, asumido por el clan o el equipo; que suscita la generosidad de los rovers; que presenta dificultades e interés; susceptible de desarrollar competencias, y que introduce, en lo posible, a la comprensión de problemas apostólicos o sociales.

Las empresas fueron una creación original de la Ruta. Se encuentra el equivalente, bajo la forma de grandes trabajos de interés nacional, en ciertos países extranjeros. Representan en este caso un ensayo para integrar a los jóvenes en el desarrollo de su país, y de unirlos a él por el hecho de que le habrán aportado algo de sí mismos. Los poderes públicos ayudan materialmente a su realización. Con el inevitable peligro de que la ayuda del Estado coincida con la pérdida de la libertad, y de que esta ayuda no se transforme en propaganda.

Las empresas deben poner en juego la iniciativa de los rovers, ser elegidas por ellos mismos; permitirles ejercitar su habilidad y su abnegación. En principio no serán largas y no deberían exceder de tres meses por ejemplo. Para las de mayor duración, los equipos deberían poder relevarse dentro del clan, a fin de poder continuar, durante el año, otras actividades.

No hay que segar el trigo antes de sazón, ni gastar demasiado pronto la generosidad (mezclada de inconstancia) del joven rover. Las empresas deben, pues, responder a los siguientes criterios:

—Satisfacer la necesidad de servir, *previamente* despertada por la toma de contacto con las realidades, que resultan de una primera oteada al mundo hecha por los jóvenes rovers-scouts.

—Poder ser realizadas en equipo en el seno del clan o fuera de él.

—Representar cierta dificultad, pero que no sea insuperable, y que los dirigentes del clan ayudarán a vencer.

—No ser demasiado largas. Es preciso no olvidar, en efecto, que no pueden llevarse a cabo más que en los momentos de descanso y que los jóvenes rovers necesitan también tiempo para su libre expansión.

Es necesario que los rovers hayan descubierto por sí mismos su empresa y que haya nacido de su emoción ante un mal que reparar o un bien que realizar.

Debo decir que sobre este punto me parece que a menudo se ha fracasado. Los jóvenes poco acostumbrados en su formación familiar y escolar a tomar iniciativas y responsabilidades, están terriblemente desprovistos de espíritu de iniciativa. Los dirigentes tienen tendencia, una vez que han hecho el esfuerzo de encontrar un campo de actividad, a hacerlo durar y hacer entrar de oficio a las promociones que siguen. En el caso más favorable, intentaban interesar a la primera generación en la encuesta y le hacían sentir las razones de la elección. Para los demás, se decidía de oficio que entraran en la empresa. Desprovista a menudo de su elemento afectivo, los rovers se aburren y la

abandonan.

No es fácil encontrar una empresa tipo. Sería preciso que su finalidad fuese de una naturaleza propia para promover la generosidad, y que tuviere en sí misma un interés de formación o de habilidad personal. Y si pudiese ser que a favor de este servicio, los rovers descubrieren un problema humano, pudiendo analizar sus causas y reflexionar sobre sus soluciones. Soluciones inmediatas para salir del paso, y soluciones generales cara al porvenir que hagan entrar en el orden de la reflexión política y social.

Se ha visto que las dificultades son grandes, que surgen de la falta de tiempo de los jefes, de la naturaleza de los jóvenes, de sus inclinaciones y de sus posibilidades aún modestas.

Después de la guerra mundial, y un poco en todo el mundo, uno de los problemas que se presentó como más acuciante en las ciudades fue el del alojamiento. En el interior del Movimiento, cómo no habría de notarse la angustia de todos estos hogares jóvenes, tan generosos, verdaderos «aventureros del mundo moderno», y reducidos frecuentemente a vivir amontonados o en barracas.

La Ruta tuvo la idea de atraer la atención de los rovers sobre una tarea, que sin duda será la de su vida: la de encontrar remedio a esta situación. También se trataba de hacerles comprender el papel que la casa debe desempeñar — sentido que otros países tienen tan arraigado — en su vida de adultos.

La indagación previa debería descubrir problemas concretos que resolver. Según el principio scout : hacer inmediatamente lo posible, en espera de una solución mejor, los clanes se transformaron en *Castores* benévolos. Barracas, casas baratas, conventos, vieron acudir hacia ellos a estos albañiles de ocasión. Algunos monasterios deben su restauración a tenaces clanes de rovers.

El peligro de privar a la empresa del carácter humano de que debe estar rodeada apareció varias veces. Lejos de tener paciencia hasta que los jóvenes rovers hayan descubierto su punto de aplicación, que hayan sido «sensibilizados» por una angustia o una simpatía, ciertos dirigentes de clan los han arrastrado de oficio a empresas de reconstrucción que no habían deseado o comprendido. O bien estas empresas sobrepasaban, a causa de su duración ilimitada o sus dificultades, las fuerzas de los rovers, absorbiendo todo su tiempo en quehaceres manuales.

El resultado fue la desertión simultánea de estas obras y de estos clanes.

Muy pocos, en sus reuniones, se han remontado de la comprobación de la crisis a sus causas, y menos aún a los medios, bastante numerosos, que existen de siempre para obviarlas.

Para los clanes que, por el contrario, habían comprendido que no se trataba de que la Ruta resolviese un problema de proporciones desmesuradas, sino de cimentar el sueño de llevarle remedio en su vida de hombres, tomando en él desde ahora su modesta parte, la *Empresa Habitación* se mostró fecunda en ocasiones de abnegación y reflexión.

En los casos más favorables — y ha habido verdaderos éxitos, verdaderas conmociones de los poderes públicos y de ciertos barrios — parece que se haya verificado la ley que he señalado al principio : que una empresa no debe ser de tal naturaleza que absorba todas las fuerzas de los jóvenes, ni tan larga que canse su perseverancia y les impida practicar otras empresas más elevadas. Y que para triunfar debe realizarse con el

concurso de un ambiente de adultos que crean en ella y aporten una ayuda administrativa y técnica eficaz.

Liturgia

La evolución del movimiento pastoral abre nuevos caminos a los rovers. Ya desde hacía tiempo, en el movimiento, se celebraba la Pascua como el misterio esencial de la fe cristiana, con celebraciones paralitúrgicas que se acercaban lo más posible a la vigilia nocturna del sábado santo. La Pascua de 1952, con la restauración por la Iglesia de la vigilia por excelencia, apareció como la coronación de esta búsqueda. Convertirse en predicadores en acción de la Semana Santa, volver a representar por medio de personajes la Pasión en el atrio, significa una importante empresa.

La práctica de técnicas de expresión: gestos, lecturas en voz alta, canto, etc., iban a tener una insospechada consecuencia al penetrar en la liturgia inspirando, en el pórtico de Chartres y otros lugares, notables celebraciones paralitúrgicas.

He aquí, pues, que el arte de la expresión dramática, que se pensó como un elemento de perfeccionamiento de los fuegos de campo, iba a tener una influencia en la pastoral litúrgica.

En efecto, saber moverse, sentir los gestos, vivir en unidad con el ser humano, saber leer en público, cantar debidamente, todo representa ayudas para el altar.

En una época donde la plástica ha progresado tanto y se ha difundido, las ceremonias inarmónicas, las lecturas anodinas, esconden a los fieles la trascendencia de la verdad y les hace dudar.

ACTIVIDADES Y DIVERSIONES

Algunos se sienten incómodos al oír que el Escultismo es un movimiento de recreo. ¡Éstos son los que a menudo han querido transformar las *empresas* en servicio permanente muy serio!

No se dan cuenta de que el ocio, el tiempo de actividad gratuita es necesario para el hombre, y que puede representar para él, en la civilización industrial, la ocasión verdadera de su desarrollo humano.

No parecen comprender que más allá de las empresas gratuitas, para un adulto el verdadero tiempo de servir es el de su profesión. Ni que un movimiento como el nuestro, al poner en servicio profesionales con ansias de ser eficaces y calificados, ya ha cumplido con su cometido.

En la evolución actual del mundo técnico, en que el trabajo del ochenta por ciento de los obreros está en peligro de despersonalización, las diversiones tendrán una importancia cada vez mayor. O bien serán la ocasión de aumentar el embrutecimiento, o serán el momento de la actividad libre y enriquecedora. Tal es la conclusión a que llega, en su magistral encuesta, M. Georges Friedmann: «Dentro de las condiciones técnicas y sociales de la gran industria, *la verdadera vida de muchos trabajadores no puede ser vivida más que durante sus ocios*. El descanso no es solamente tiempo, es la condición

misma de un desarrollo personal humano»⁸⁶.

Al mismo tiempo que la máquina libera al hombre de ciertas servidumbres de la producción, sería de desear que un esfuerzo de educación le enseñe a utilizar sus descansos.

Sin ello asistiremos al triunfo de la «tasca» y de estos deportes de masa, en los que, por once profesionales que lo practican, hay treinta mil espectadores. Rápidamente éstos, como se comprueba en ciertos países, se ven incitados a sazonar su diversión con las apuestas y el juego. Otras distracciones menos inocentes acechan al joven desocupado. Ya no es la calle, como en la edad de los lobatos, sino las aceras y las máquinas tragaperras.

Lo ideal sería que los jóvenes se dirigieran hacia actividades de recreo formativas, como por ejemplo el campamento rover, con su descubrimiento del mundo y de los hombres. Mas es inevitable que se sientan atraídos por actividades que les apasionan por sí mismas, aunque les formen o los instruyan poco.

Sea permitido, a quien en su juventud ha gustado los deportes y los ha practicado apasionadamente, decir que ciertamente aportan algo no despreciable a la formación personal: dominio de sí mismo, resistencia al sufrimiento y al esfuerzo, respeto a las reglas.

Sin embargo, no ofrecen un horizonte muy amplio. Para los que su profesión esté llena de perspectivas y de encuentros que enriquecen, esto tiene poca importancia. El deporte se presenta como una distracción, una evasión de sus preocupaciones. Aunque hay que notar que incluso para estos privilegiados se corre el riesgo de convertirse en una necesidad tiránica y un poco infantil, apartándolos de actividades culturales más profundas o de servicios a la ciudad.

Para los que, debido a su profesión, están confinados en un cuadro restringido, los deportes ofrecen una diversión importante, pero no abren horizontes ni sobre el mundo ni sobre la cultura. Su beneficio, fuera del placer, no va más allá de un aumento del vigor físico, del valor personal y de una camaradería que puede no ser despreciable.

Salud del país

Desde el origen de la Ruta, las actividades escogidas por los rovers tenían un interés en sí mismas, pero también una finalidad más allá de ellas. Decíamos, por ejemplo, que era preciso rehacer la raza. Fue con esta intención que buscamos esclarecer el problema de la salud : de la alimentación, de la higiene y de la cultura física.

El problema de la *salud del país*, es por el que hemos entrado en contacto con los expertos en dietética, en particular con el doctor Cartón, y más tarde con el Instituto Carrel. Los franceses comen demasiado, beben más todavía⁸⁷. Sus comidas son faltas de

⁸⁶)*Où va le travail humain?* N. R. F., p. 257 (es el mismo autor el que subraya).

⁸⁷ El consumo de alcohol, este enemigo del organismo, es terrífico. Es causa de la muerte de algunas regiones. Es de notar que durante la guerra, cuando el alcohol y las bebidas perniciosas fueron reglamentados o suprimidos, el manicomio de Lyon, por ejemplo, vio disminuir su clientela en más de la mitad. La connivencia de los diputados conservadores con los cosecheros de vinos quedará como uno de los escándalos del Parlamento de antes de la guerra

lógica en el horario y en la composición. El gusto de una alimentación sana y simple está lejos de haber entrado en las costumbres, incluidas las de los scouts. Es de esperar que la búsqueda persista y que se continúe la educación de la juventud francesa en este terreno.

La misma preocupación nos hizo adoptar el método de cultura física llamado natural, del teniente de navío Hébert. Nuestro amigo el jefe E. D. F. Robert Laffitte hizo mucho para su propagación.

Conoció un franco éxito en el Rover-Moot de Ingaroe, o aun más en el estadio de Estocolmo en el transcurso de una fiesta nocturna ofrecida a los suecos.

Laffitte había escogido movimientos un tanto espectaculares, ejecutados simultáneamente sobre varias plataformas a la vez. Al principio los suecos, desconcertados, manifestaron algo de asombro o de desaprobación. Después, en seguida, estos maestros de la cultura física — que ha renovado la estatura de su pueblo gracias a la iniciativa gimnástica de Bernadotte — comprendieron que bajo esta aparente diversidad había una verdad y un orden. La demostración terminó con prolongadas y calurosas ovaciones.

Aire, agua, sol es un «slogan» de la Ruta. No sin dificultad tantos jóvenes, salidos de uno de los pueblos que abandona más su higiene y donde la bufanda es el consuelo de las enternecidas madres, cogieron en masa el gusto por lavarse con el torso desnudo y mucha agua. Fue como complemento de esta disciplina en que los primeros rovers decidieron abstenerse del tabaco y del alcohol.

Cuantos progresos quedan por hacer aún en el terreno de la higiene en todo el mundo, desde la recogida de basuras, la protección contra el polvo y las moscas de los mostradores de las carnicerías...

Son disciplinas buenas, con la condición de que no se vuelvan exclusivas y que se lleven a cabo con un contenido moral de auténtica espiritualidad.

El relajamiento que sigue al esfuerzo físico, la inactividad que le sucede, pueden dar a ciertos chalets de esquí, sobre todo si son mixtos, un aspecto desagradable.

En este momento es cuando la cortesía scout, el canto, la costumbre de las lecturas en común, las discusiones amistosas, el tocadiscos usado con inteligencia, las preocupaciones espirituales, pueden, por el contrario, hacerlos vivir en un clima «scout», es decir, sano y tonificante.

Ya he hecho alusión al canto. A causa de su aspecto comunitario, su aptitud para unir, para crear relaciones, para suprimir contraposiciones superficiales, le hemos concedido tanta importancia

El Escultismo S. D. F. es contemporáneo del esfuerzo de renovación del teatro, de la vuelta a la poesía y al movimiento corporal, simbolizado por el *Vieux Colombier*, encarnado en la persona de Jacques Copeau y de sus discípulos Jovet y Dullin. A través de Léon Chancerel y los «Comédiens-Routiers», esta renovación debía llegar hasta el Movimiento, el Escultismo iba así a propagar, a popularizar estas nuevas formas de expresión teatral. Ayudó a que llegaran lejos. Los numerosos scouts que han hecho carrera en el arte dramático, el canto o la cámara de los cineastas no son ajenos al deseo

de autenticidad y desprendimiento que tiene la estética moderna.

El tomar posesión de su cuerpo, de su voz, de sus reflejos, la victoria sobre la agorafobia, son motivos que pueden apasionar a los jóvenes rovers. Y en efecto los han apasionado.

El arte dramático no carece de peligros. Tiene tendencia a volverse exclusivo. Es un riesgo de despersonalización en una edad en la que es ya tan difícil liberar la propia personalidad. Requiere, también, ser practicado con una autodisciplina exigente.

Sin tratar de hacer especialistas ni profesionales, cierta iniciación al arte dramático debería formar parte de una sana educación, como se hizo en la antigüedad.

Entre las actividades culturales de un clan pondría en primer lugar el *Cine-club*. Podrían considerarse al mismo nivel las reuniones de *Iniciación musical*, favorecidas por el avance en la grabación de discos. Hay que señalar que los ambientes populares son los que se muestran, a menudo, más abiertos al descubrimiento de los grandes compositores.

No sé si se aprecia en todo su valor el maravilloso pulimento que actualmente está produciéndose en la juventud por la participación en las mismas diversiones, cualquiera que sea su ambiente o clase social.

Los jóvenes ven las mismas películas, escuchan las mismas emisiones, tienen las mismas tendencias musicales, se precipitan todos a la vez sobre la página deportiva del periódico del lunes.

Esto crea imágenes mentales y un vocabulario común, les permite encontrar una sólida base de intercambios, de contacto, de conversación.

Encuentro como ejemplo de este hecho la conversación entre un viajero de primera y un maletero a la llegada de un tren, en la estación de una gran ciudad : «¿Quién ha ganado la final de la Copa de Francia?»

Y se inició una conversación técnica y cordial de igual a igual.

Cuando en América hay un programa sensacional en la Televisión, millones de seres, al día siguiente, hablan de ello, en lugar de decirse solamente *Fine weather, indeed!*

Situada entre el proletariado y una aristocracia del dinero o de la cultura, una especie de comunidad de intereses y de imágenes está a punto de formarse. Se viste de la misma manera, se practican los mismos deportes, se manifiesta la misma pasión por los ingenios mecánicos.

El papel del clan debería ser frente a todo esto, el de ayudar a los rovers a formarse un juicio propio. Juntos, animados por una buena dirección, deberían poder encontrar los medios para que su generación, tanto por sus reflexiones como por su testimonio de amistad, participara en sus razones de vivir.

Sentirse responsables de sus «compañeros» de edad, es uno de los trazos característicos de la Ruta. Este sentimiento no ha cesado de perfeccionarse y amplificarse en el transcurso de los años. El último Congreso Nacional (1963) lo confirma plenamente cuando en la ponencia 1.^a desea «dialogar con el Comisario General para fijar la participación de la Ruta en la política de la juventud».

Baden-Powell no se cansa de decir, en *Escultismo para muchachos*, que no quiere dar fórmulas. Lo mismo sucede para las actividades de los rovers. Estas que he mencionado no deben servir más que de estimulante a la inventiva.

Todo lo que les interese y provoque su esfuerzo es bueno.

Pero parece que para permanecer dentro del espíritu de la Ruta, los rovers deberían buscar a la vez la satisfacción de sus aficiones y «lo que es preciso modificar en el mundo» para dar a algunas de sus actividades una finalidad que las engrandezca.

LA NOCIÓN DE MOVIMIENTO DE JUVENTUD

La palabra «movimiento» ha sido utilizada desde los comienzos del Escultismo por Baden-Powell y sus discípulos.

En labios de los fundadores de los S. D. F. se oponía a «obra»; obra de protección, obra de patronato. Significaba una empresa que los jóvenes conducían, de la que se sentían responsables y cuyo espíritu los animaba en conjunto y a cada uno en particular.

Fue recogida por la Ruta, que descubrió su verdadero significado. Dio a conocer una extensión de esta palabra totalmente nueva.

La humanidad está en período de renovación universal. Todo contribuye a ello. El progreso científico y sus aplicaciones en el terreno de la vida material. Las corrientes de pensamiento, cuya mayor parte son provocadas por el sentimiento de la grandeza del hombre, individual o colectivo.

Es normal que esta esperanza de una nueva tierra resuene primero en la juventud. Ella es el mañana, y de él lleva en sí misma la espera y los deseos. Cuando las condiciones de la vida amenazan o prometen cambiar, no hay que asombrarse de que sean los jóvenes los que padecerán o se aprovecharán, quienes se revuelten, se conmuevan o se apasionen.

Cuando se observan las corrientes que ha atravesado la juventud contemporánea aparecen ciertos rasgos comunes. Esta humanidad en gestación dentro de la muchedumbre anónima de los jóvenes es algo así como un nuevo continente que estuviera tomando forma bajo las aguas del océano, antes de emerger.

Para darse cuenta de estos rasgos comunes, nada más sugestivo que recordar cómo tuvo lugar la evolución de la juventud mundial.

EN ALEMANIA

Querría comenzar por un examen de la juventud alemana. Puesto que es allí donde por vez primera, sin duda, se empleó la palabra «movimiento de juventud», *Jugendbewegung*.

La historia de este movimiento se remonta a finales del siglo XIX, alrededor del año 1895. Se manifiesta como una rebelión de las fuerzas vitales de un pueblo contra su decadencia cultural. Para comprenderla bien, es preciso recordar que Alemania, que en 1816 era todavía agrícola en un 78 por 100, se había convertido a finales del siglo en un 70 por 100 industrial; y, además, su población se había más que triplicado.

A la generación de los filósofos, de los poetas, de los músicos, había sucedido la de los organizadores, de los funcionarios, de los ingenieros. En educación había triunfado la instrucción práctico-práctica. Parr, medir la decadencia del gusto basta recordar el presuntuoso renacimiento seudogótico llamado de Munich. Como escribió un joven alemán refugiado en Francia en la época nazi, Kurt Turmer, «habíamos llegado a ser poderosos y ricos, pero habíamos perdido nuestra alma». Tomo de un artículo de este

autor, aparecido hace tiempo en la *Revue des Jeunes*, los elementos estadísticos de este capítulo.

El movimiento de la juventud alemana quiere ser un regreso: a la naturaleza, a la vida sencilla, feliz y libre, a la tradición y al sentimiento religioso.

En 1897 nacen en los arrabales de Berlín los *Wandervögel* de Karl Fischer. Son en su mayor parte muchachos en edad escolar. Huyen de la ciudad, buscando los bosques, muestran gustos frugales y un rudo desdén por el confort burgués. Se construyen un mundo romántico, una fraternidad de fuego de campamento. Vuelven a descubrir la vida rural, sus tradiciones, sus cantos y sus danzas. Hans Breuer edita el primer libro de cantos populares, que se encontrará años más tarde en manos de todos. Como reacción contra las borracheras y el abuso del tabaco, tan queridos de los estudiantes alemanes, rechazan éste y el alcohol. Muchos adoptan las normas vegetarianas. Lo que los anima es una voluntad de resurgir, de regeneración profunda, que va más allá de lo que proponían las reuniones populares de matiz político.

En 1913, centenario de la batalla de Leipzig, la *Jugendbewegung* se abstiene de participar en las fiestas que conmemoran la victoria sobre Napoleón, fiestas en las que, escribe un alemán, «se hará mucho ruido patriótico, se alegrarán de que todo es bueno y perfecto en Alemania, se beberá mucho vino y mucha cerveza, se pronunciarán arengas». La juventud organiza por su parte en la Hohe Meissner, montaña de la Alemania central, una fiesta de juventud en la que participan cerca de tres mil jóvenes y muchachas. Los diversos grupos representados se reúnen en un solo movimiento,

Freideutschejugen, Movimiento de la juventud alemana libre.

Hasta aquí el Movimiento de la juventud había alcanzado su regeneración mediante una vuelta a la naturaleza. A partir de esta fecha, del romanticismo de los bosques se pasa a la renovación de la ciudad. La guerra de 1914 fue un rudo golpe para este empuje de la juventud alemana. Para referirse sólo a los *Wandervögel*, fueron movilizados doce mil y murieron siete mil. La catástrofe excitó hasta el paroxismo el espíritu crítico de la juventud. Le parecía que todo había fallado: quiebra del mundo entero, quiebra de los políticos, quiebra de los diplomáticos, y más que nunca se aviva entre los supervivientes el deseo de construir un nuevo orden. Un gran número se precipita en la revolución del 9 de noviembre de 1918. Naturalmente la juventud se reparte entre los movimientos políticos de todos los matices: democracia de Weimar, movimientos revolucionarios, movimientos nacionales o bolcheviques.

En este período de revolución muchos se entregaron al trabajo social y cultural, y por todas partes se hizo sentir la influencia del *Jugendbewegung*. Así escribe un testigo: «Muchas cosas por las que las pequeñas asociaciones de movimientos juveniles habían luchado bajo dificultades inauditas eran ahora del dominio común de toda la juventud alemana.»

Dos mil quinientos albergues de juventud fueron creados, que servirán para la aproximación de católicos, protestantes, librepensadores, nacionalistas, pacifistas, comunistas y nazis. Se hará en ellos una remoción de la juventud que se confederará en el comité nacional de las Asociaciones juveniles, *Reichsausschuss Deutscher Jugendverbände*. En el interior de esta asociación, que desde la derecha hasta la extrema izquierda agrupará a cinco millones de jóvenes y muchachas, los dirigentes de las diversas

ligas intercambian ideas, experiencias y organizan acciones en común: protección legal de jóvenes obreros, vacaciones suficientes y pagadas para los jóvenes trabajadores, lucha contra el alcoholismo y la pornografía.

Se organiza una exposición para mostrar ante la opinión pública la vida, la voluntad, las reivindicaciones de los jóvenes : se crea una revista general, se proyectan reuniones regulares y se organizan comités regionales.

El fenómeno social «juventud» toma consistencia. Los jóvenes se dieron cuenta de que tenían más cosas comunes entre sí que con sus mayores.

Es interesante señalar que una fórmula que ha tenido éxito entre nosotros desde 1940 se había impuesto también a la juventud alemana: la *unidad* dentro de la *diversidad*. Julius Langbehn escribía: «Es preciso separar claramente los contrastes, no aglutinarlos.» Muchos de estos contrastes, además, decía, «no son más que malentendidos». Lo que no impidió que en 1913, en la asamblea aniversario de 1813, se viera obligado a señalar dolorosamente «cuán separadas estaban en las cosas prácticas unas actitudes de otras».

No obstante, todos conservaban el ideal de una sociedad orgánica, opuesta a la sociedad mecánica, al mundo sin alma en que vivían. Todos se proclaman anticapitalistas, al mismo tiempo que se aviva el patriotismo.

Después vino la gran crisis : seis millones de jóvenes obreros sin trabajo y la aparición del Nacional-Socialismo en el que se refugió un gran número como en una colectividad en la que encontrarían a la vez protección y la realización de sus oscuras aspiraciones.

El secreto del Nacional-Socialismo consiste en esto, escribía Kurt Turner, «que ha amalgamado a la vez la esperanza de una mejora material y el deseo ardiente de una regeneración biológica y moral».

El movimiento de juventud había sido captado, absorbido por el movimiento político.

Creo que entre líneas se habrá reconocido el parentesco profundo de muchas de estas aspiraciones y tentativas con las que hemos conocido en Francia:

- oposición de las generaciones;
- falta de afecto por la fraseología política y «Antiguo Combatiente»;
- un deseo de reducir las diferencias entre los jóvenes y entenderse, tratando de compartir las ilusiones sobre la posibilidad de acoplar contrastes;
- la conjunción en comités de los dirigentes de las ligas principales;
- el florecimiento a través de toda la juventud de costumbres elaboradas dentro de los movimientos.

De toda esta profunda fermentación no retenemos más que estos rasgos: la juventud amenazada en su salud por la vida de las ciudades, burlada por la estructura del mundo capitalista, aislada en un mundo atómico, se siente por instinto arrastrada al *aire libre*, ávida de regenerarse con él en contacto con la naturaleza.

Bajo formas políticas o culturales diferentes encontraremos en todas partes esta reacción vital de una humanidad nueva.

EN INGLATERRA

En Inglaterra, país rico y feliz, la ciudad también destruye la raza, en tanto que la industria la envilece. Cuando Baden-Powell, de vuelta de las colonias, contempla en lo

que se ha convertido su pueblo, no puede impedir el considerarlo en pleno descaecimiento. Acudirá al mismo medio de regeneración: la naturaleza, manantial de salud, de vida religiosa y de vida fraternal. El movimiento de juventud fue casi enteramente informado por el Escultismo. Pero el Escultismo se encontró con el gusto generalizado del camping y también con lo que ha salvado a Inglaterra de una decadencia más completa: la vida colonial. Desde innumerables puertos de las costas inglesas las sirenas de los barcos lanzaban para todos los jóvenes británicos la llamada a la aventura, que contrarrestaba en parte los efectos del confort o de la miseria.

EN FRANCIA

En Francia, país que se ha mantenido más agrícola, también se conoce el éxodo desde las ciudades al campo en los días de descanso. Esta reacción vital ofrece a menudo un aspecto vulgar, desordenado, un confort de burgueses en mangas de camisa. Pero no por ello deja de existir la aspiración al aire libre, a la montaña. Se manifestó a principios de siglo por el auge de la vida deportiva.

EN U. S. A.

Creo que con grandes diferencias, teniendo en cuenta las razas, y las condiciones de vida, se encontrarían reacciones semejantes en los Estados Unidos, país joven en su totalidad, en pleno auge de inventos, no hay movimiento de juventud propiamente dicho, es toda América que se sabe joven. Se comprueba igualmente el éxodo de los obreros de las fábricas hacia el aire libre, hacia el *cottage*, instalado en una región rural. Así es como varios millones de *commuters* abandonan cada tarde Nueva York hacia residencias alejadas a veces más de cien kilómetros.

Se podría, creo, resumir este movimiento general como una *reacción* contra los *excesos del individualismo*.

RUTA Y MOVIMIENTO DE JUVENTUD

El hombre moderno vuelve a descubrir que no es ajeno a la naturaleza, sino que forma parte de ella y debe sumergir su vida en las fuentes materiales del ser. Que si, por otra parte, no se inserta en comunidades de talla humana, será apartado por una sociedad cada vez más mecanizada, racionalizada; planificada. Por instinto siente la necesidad de apretar las filas, de formar equipo para escapar a las fatalidades económicas y sociales.

Digamos de una vez, para terminar, que este movimiento de regeneración natural interesa también al orden sobrenatural, y que una juventud puesta así en movimiento, que se remonte hasta sus orígenes para lanzarse con una fuerza renovada hacia su destino, ha de aportar a la práctica de la religión una renovada vitalidad o apartarse de ella. Así lo testimoniaba en Alemania la influencia, entre las dos guerras, de la fracción católica de la *D. Jugendbewegung*.

Si quiere ser un movimiento de. juventud, el Es- cultismo, fiel a su propio método — y

veremos más adelante que el genio de nuestro método de educación está en armonía con la noción de vida o de movimiento —, debe permanecer constantemente preocupado por las aspiraciones, las orientaciones, los objetivos que permitan no sólo desarrollar personalidades fuertes, sino también regenerar los cuadros de la vida humana.

Las aspiraciones de la juventud contemporánea no se detienen en la renovación, la purificación, el desarrollo del individuo. Son las estructuras sociales del mundo las que se quiere cambiar.

El movimiento es doble; es preciso adaptar el hombre a la vida colectiva y organizar ésta para el bien del hombre.

Formar un hombre, es desarrollarlo según todo lo que es. En sí mismo, en su ser personal. Y aun en lo que llamaría su ser colectivo, en sus adaptaciones a las comunidades sociales en las que su vida personal debe insertarse. Aquí podrá reconocerse la perfecta adecuación a nuestro tiempo de la encíclica *Mater et Magistra* de Juan XXIII (15 de mayo de 1961).

El hombre es un ser social por naturaleza. Educarlo sin referencia a la vida social llevaría al individualismo, a todo lo que se quiera, excepto a su completo desarrollo. Nuestra vida quiere extenderse hacia afuera. Nuestro pensamiento, nuestro amor quieren encarnarse en las realidades sociales y políticas en las que encontramos el complemento de nosotros mismos.

El papel cívico de un movimiento educativo de juventud será el hacer tomar conciencia a cada uno de su responsabilidad de ciudadano. Herederos de una tradición, somos responsables del país, de sus instituciones. Esto es aún más importante si tenemos en cuenta que, en Francia, el sentimiento de la comunidad nacional ha sido obliterado, y el de la responsabilidad cívica también. No tenemos nada que sustituya a la lealtad británica a la corona. Los franceses se preocupan poco del Estado. Quieren recibir de él todo, ¡e incluso gratuitamente!; pero no se dan cuenta de que tienen deberes frente a él. En todas las épocas fuimos malos contribuyentes. Burlar al fisco, robar al Estado, parece haber encontrado en la opinión la misma complacencia que el adulterio. Son dos formas de nuestro individualismo. Hacer que los jóvenes tomen conciencia del hecho de la comunidad nacional y de las instituciones, que son como la prolongación de sí mismos, es del mayor interés.

Frente al Estado ha surgido un problema de dimensión mundial. La centralización de poderes, los medios de influencia, asimismo centralizados, sobre la opinión, amenazan atomizar las personas, reducirlas a meras aglomeraciones de individuos. De ahí la importancia creciente de las comunidades intermedias, relevo de protección de las personas entre el individualismo y el Estado⁸⁸.

La dirección de los clanes de rovers, el hábito y el gusto por el trabajo en equipo, el cuidado de los bienes comunes y el respeto al más débil en el grupo, deben contribuir a elaborar un tipo de hombre y de ciudadano eficaz. Un gran número de antiguos scouts llegados a los puestos más elevados de la sociedad, constituyen una demostración viva de ello.

Preparar moralmente buenos ciudadanos, dotarlos de las cualidades que les

88 A la vez que el tercer Congreso Nacional de la Ruta (1963) desea que el Movimiento «Scouts de France» colabore con todos los Organismos oficiales a una política de juventud, propone «que el Movimiento se ponga en guardia contra toda tentativa de estatización de la juventud».

permitirán servir de manera útil, es cuestión primordial para regenerar la ciudad. Pero, no obstante, esto no sería suficiente si esta vida personal no se encarnara en instituciones que, a su vez, hicieran posible el ejercicio de una vida humana digna de este nombre. Hay que acordarse de la terrible condenación que hizo el papa Pío XI de la organización industrial del mundo capitalista. Por bien formados moralmente que puedan estar los obreros, no saldrán menos *envilecidos* de las organizaciones de trabajo de forma inhumana. No se trata sólo de depravación moral, sino de un desconocimiento de lo que es el hombre, de su necesidad de interés y de inteligente actividad en la utilización de sus fuerzas de trabajo. Sería inútil querer salvar las vidas individuales, trabajándolas en sí mismas, si no se echara una mano a las estructuras de la vida económica.

Es natural que el movimiento biológico de la juventud haya desembocado en todos los países en una búsqueda política. No quiero decir que esta acción haya sido inspirada siempre únicamente por el espíritu de regeneración. A menudo las fuerzas de la juventud, sus aspiraciones más valederas, han sido captadas para fines políticos. Había en ellas una corriente que se ha utilizado, y a menudo desviado, para ponerla al servicio de ideologías, de intereses menos cándidos que el simple querer vivir.

Razón de más, en un movimiento de juventud, para informar al futuro ciudadano de sus deberes, de las dificultades de la tarea y de los problemas con que ha de enfrentarse; para darle elementos de juicio de orden político.

Por encima de las aspiraciones comunes hay demasiadas diferencias entre los jóvenes de una misma generación para poder imaginar que la corriente vital se traducirá en una acción política única. Sin embargo, no es quimérico imaginar que se puede dotar de cierta unidad a esta acción. Por ejemplo, de haberse encontrado en las mismas actividades, de haberse confiado sus problemas y haber simpatizado, parece que debe resultar la voluntad de dar a todos su oportunidad ante la cultura. Si a los jóvenes, en la época de su formación, se los orienta hacia la búsqueda del bien común y no de las ventajas o privilegios de clase, la coordinación de sus esfuerzos en la edad adulta será menos ilusoria.

Cualquiera que sea esta acción política, debemos persuadirnos que para dar a nuestro movimiento toda su amplitud educativa, conviene que los jefes tengan la preocupación de una regeneración total del mundo, es decir, del hombre y de sus cuadros de vida. Y aquí es donde se demuestra la verdadera necesidad de los contactos frecuentes, los encuentros de amistad y de reflexión con las juventudes de otros países, y con los miembros de las diferentes clases sociales.

Para constituir un Movimiento de Juventud es preciso marchar juntos hacia lejanos objetivos de generación. Darse como fin de la obra de formación el *desenvolvimiento de la personalidad de cada uno*, no sólo sería muy poco, sino que desembocaría en el callejón sin salida de los egoísmos y de la falacia. También es preciso que las intenciones y la idea de la Asociación vivan en cada uno de los miembros. De donde se desprende la necesidad, para un movimiento de jóvenes, de educarse según los principios de una pedagogía *activa*. No es una educación cualquiera la que pone en movimiento, sino solamente aquella que pone en ejercicio la iniciativa y la responsabilidad de cada uno.

Hemos caracterizado este movimiento general por una reacción vital contra las condiciones de existencia del mundo industrial, contra el aislamiento antinatural y

antisocial de las grandes ciudades. Este elemento material, este empuje instintivo, suscita una búsqueda, y a su vez se informa, se especifica por los objetivos que se propone.

No habría movimiento si el conjunto de miembros no se propusiera una regeneración de la ciudad, prolongación de su vida personal, y si cada uno no se propusiera una formación, una regeneración de su vida personal.

El Escultismo merece el nombre de movimiento de juventud en tanto es un intenso deseo de perfeccionamiento personal y de renovación del mundo, directamente o por vía de consecuencia.

Por ser su propio fin el actuar, sobre todo para la educación de sus miembros, se puede decir también que es un movimiento educativo. Y esto lo diferencia de las organizaciones que se proponen renovar la ciudad por medio de la política. Habitualmente los movimientos políticos, desatendiendo la regeneración y la formación individual de sus adeptos, no merecen mucho el nombre de movimientos de juventud.

Esta noción de movimiento de juventud me parece de la mayor importancia para el Escultismo. Se puede concebir una organización scout paternalista que sólo pondría a sus miembros en leve movimiento. Se puede concebir el Escultismo como un patronato escultizado: se utilizarían correctamente las actividades scouts, pero no habría *movimiento* propiamente dicho porque el movimiento no estaría confiado a sus miembros, y éstos no se sentirían responsables del mismo. Además, faltos de horizontes, el movimiento no sería dirigido hacia las grandes finalidades cívicas.

Este temor no es quimérico, no faltan unidades en las que el equipo, lejos de ser un organismo viviente, es un grupo constituido *a priori* por el jefe y el consiliario. Nosotros hemos encontrado todos numerosos casos de este militarismo del equipo de jefes que convierte a la unidad scout en una obra de ayuda a la infancia.

¡Cuántas unidades existen todavía en las que se da una formación que adolece de perspectivas para renovar la ciudad, y que se encierran en un mundo replegado sobre sí mismo!

Es para no caer en esta tentación que *la Ruta*, en estos últimos años, ha insistido mucho en que la dirección del Movimiento, en sus distintos planos, fuera ejercida en equipo.

Para que *la Ruta* sea verdaderamente un movimiento de juventud, según la definición dada, se comprende que le son indispensables dos cosas.

Por una parte, dar a su búsqueda una inquietud por el mejor bienestar de la humanidad, en particular por el de los países subdesarrollados materialmente; por otra parte, proveer a los rovers de criterios para juzgar el mundo y sus propias indagaciones.

Un Movimiento de juventud no existe si no es suscitado por las corrientes surgidas de las profundidades de la vida. El papel de los que lo dirigen es el de reconocerlas y ayudar a sus miembros a tomar conciencia e integrarse en ellas. Aun cuando se trate de fuerzas irracionales.

Las aspiraciones vitales de una generación comienzan a vibrar en el fondo de los corazones mucho antes de que alguien haya tomado conciencia de ellas y las haya formulado. No todas son igualmente puras. Puede haber interferencias. No todas vienen de la fuente elemental de la vida. Pueden surgir de resentimientos, de ambiciones, de miedos.

A causa del carácter biológico de las corrientes que arrastran a un pueblo, a una raza, a una época, se comprende la importancia de no ahogar, bajo el peso de la rutina y los recuerdos, la inspiración naciente de los jóvenes; sino, por el contrario, ayudar a la eclosión de sus deseos aún inconscientes, no formulados todavía. Pero también de suministrar los elementos para juzgar.

La importancia de los profetas es que sienten en el fondo de sí mismos, antes que los demás, los presentimientos de un mundo en formación, los instintos, las aspiraciones de su tiempo, y, si Dios lo quiere y su época lo merece, las grandes premoniciones que iluminan la marcha del pueblo de Dios y lo defienden contra las tentaciones de desviación de los falsos profetas y los malos conductores.

Cuando perfeccionamos nuestros métodos, nuestras actividades, cuando verificamos nuestros principios, trabajamos en aparejar las velas. Nos hacemos así capaces de captar las riendas del destino. Pero no nos pertenece el poner en marcha las fuerzas elementales. Nadie puede prever de dónde vendría el viento.

Pero lo que podemos hacer es estar preparados; desligados de nuestros apriorismos, atentos al menor soplo de esperanza, inclinados, con gran respeto, sobre el corazón de la juventud que sube, a la escucha del Espíritu.

Es en la Ruta donde el Escultismo adquiere que la inspira todo su sentido. En ella debemos pasar del mundo de los muchachos, del romanticismo del bosque, a la vida de los hombres y de la ciudad. Allí es donde los temperamentos nacionales deben expresarse libremente y comprender lo que tienen que dar y recibir del resto del mundo.

En el comienzo de la Ruta, los jefes ingleses, al hablar con el primer Comisario rover, fueron los primeros en decirle que los franceses debían buscar por sí mismos su camino, y que tenían poco que aprender de los rovers ingleses. Nuestra Ruta Scout-de-France se formó dentro de una gran fidelidad al método de Baden-Powell, pero con gran libertad en la elección de los elementos que debían darle su carácter específico y así deberían hacer todos los demás países. Para nosotros, cristianos, el hombre total que queremos formar, en respuesta a la savia ardiente que sube en nosotros de las profundidades de nuestra raza y de nuestro bautismo, es el hombre que ha encontrado a Cristo y que posee en sí, no solamente el «esplendor humano», sino también la vida divina.

Las instituciones con que soñamos y que queremos hacer nacer son las que serían la prefiguración de la Ciudad de Dios, aquellas en las que reinaría la justicia para todos, donde el trabajo, la máquina, el Estado, serían para el hombre, y no a la inversa.

Cuarta Parte

EL ESCULTISMO PARA TODOS

XVII

LOS AMBIENTES

Cuando el Escultismo hizo su aparición, los grandes patronatos estaban en su apogeo. Audaces fueron entonces los que abrieron una de sus secciones al nuevo movimiento tal como el *Arago* de Orleáns, o el patronato de Santo Tomás de Aquino del Havre.

Los capellanes de los patronatos estaban aún habituados a tener sus muchachos bajo su mando directo. La independencia de la tropa scout, sus excursiones, la responsabilidad educadora de los jefes, los inquietaba. La Acción Católica todavía no existía, y el Escultismo se presentaba como un precursor.

Pronto se perfiló una tendencia. El Escultismo se reservaría para los medios burgueses, el patronato quedaría como obra popular. Es una ley que se puede observar a menudo: una unidad scout popular poco a poco es transformada por la parroquia en unidad burguesa. Desgraciadamente es una característica del Escultismo católico en Francia.

Con la aparición de la J. O. C., diez años más tarde, el exclusivismo se reafirmó aún más. La esperanza de una rápida conversión de la clase obrera, el incomparable impulso de los primeros pioneros, una dialéctica de clase y de masa pueden explicarlo. Pero no es seguro que no se haya privado en esta época de elementos de formación humana que una colaboración con el Escultismo habría podido asegurar.

Puesto que, a pesar de todo, el Escultismo existe en todos los medios sociales, quisiera señalar ciertos aspectos, muy poco resaltados, de lo que puede aportar a cada uno de ellos.

LOS OBREROS

Lo que llama la atención, en seguida, respecto a las condiciones de vida de las aglomeraciones obreras, es que se desarrollan en un cuadro de tristeza y fealdad. Fealdad de la calle, fealdad de la casa obrera, fealdad de los muebles, fealdad de tantos talleres. ¿Quién no ha sentido helársele el corazón con sólo atravesar ciertas calles abstractas, sin ninguna reminiscencia de la naturaleza, e incluso deshumanizadas, de Aubervilliers o de Ivry, por ejemplo?

Estoy seguro que para los intelectuales o los estetas la ciudad industrial tiene una grandeza. G. Friedmann se da cuenta muy bien : «Para el visitante ocasional, el industrial, el ingeniero, o el jefe de servicio que desde una casa agradable va a un barrio de grandes fábricas, y puede, además, cuando llega el fin de semana o las vacaciones, escapar hacia los bosques, la montaña, la playa, no deja de tener grandeza el paisaje industrial y, a ciertas horas, una incontestable belleza... Pero el obrero que (en Francia por lo menos) tiene raramente un hogar confortable que le ofrezca el consuelo de la luz y el verdor, no ve su mundo con nuestros ojos. Se ve *obligado* a encontrar de nuevo este ambiente, este áspero y brutal decorado, cada día, para ganar su pan.

Y acusa, más o menos conscientemente, según su temperamento, su evolución mental, su

sensibilidad, la fealdad y la tristeza»⁸⁹.

En su testimonio de la vida obrera — *Travaux* —, que es necesario haber leído, G. Navel ha expresado de una manera punzante esta tristeza que viene a reforzar el ruido de la fábrica, las relaciones inhumanas del taller, la inseguridad del trabajo, la perspectiva de la vida sin horizontes. Lo dice en una palabra : «la tristeza fatal de la gran industria».

La necesidad de ir a maravillarse ante los grandes espectáculos de la naturaleza, de escapar al mal olor de las emanaciones químicas, de encontrar «el árbol verde en contacto directo», explica la llegada a la **Ruta** de tantos jóvenes obreros que no han sido scouts.

Se puede tener la seguridad de que los niños más pequeños, que no tienen conciencia del problema y que pueden parecer acostumbrados, sufren por ello. No se pueden sobrepasar las leyes naturales sin hacer daño a los seres. ¿Quién no ha leído en los rostros tiernos y sin sonrisa el drama precoz de una existencia sin sol y sin alegría?

La Casa de Juventud, cuando existe, ¿tiene los medios para escapar a esta miseria? Vuelvo a ver estos patios de patronato, de olores sórdidos, llenos de buena voluntad, heroicos quizá, pero incapaces de levantar el peso de la fatalidad que entierra en estas almas vivas toda espontaneidad.

Se adivina la aventura maravillosa, para estos chicos, de un solo día al aire libre, de un fin de semana en el bosque. Y comprendo por qué los scouts de la XI París (Clignancourt), o de los «Vaillants» (Bel-Air), o del «Creusot» no tenían más. que una idea : salir de campamento, abandonando con alegría el cinema de barrio o el bar con sus máquinas tragaperras.

El campamento anual, para estos chicos, debe ser una cura de salud. Entonces es cuando puede inculcárseles, sin lastimarlos, los preceptos de la higiene. Y sobre todo prodigarles un poco de afecto del que muchos están privados por la dureza de sus condiciones de vida y de trabajo en su medio ambiente.

A propósito de Escultismo en medios populares, se ha hablado de «evasión». Es más o menos como si se le dijera al ahogado que, sacado del agua, vuelve a la vida, ¡ que se evade! Este volver a la vida natural es una necesidad vital. «Hay... una necesidad física de *contacto* simple y sabroso con los elementos, este contacto que nuestra civilización técnica hace cada vez más raro y (cuando lo permite) artificial. Navel no multiplica al azar los análisis del *contacto*, de la *percepción* de las cosas, de la *sensibilidad* de los dedos, de las manos, las notas sobre el andar o escalar con los *pies desnudos*. Se diría que en este abrazo directo de lo real, su energía, gastada por el medio industrial, se recarga».

Es, pues, a un descubrimiento progresivo del mundo natural y de la vida humana (exploración según el método de «geografía humana» de Pierre Desffoutaines) a lo que el Escultismo invita al muchacho de los barrios obreros.

Lejos de que esto le aparte de su porvenir, las actividades scouts pueden desarrollar su vigor, su dominio de sí, su agudeza sensorial, su espíritu de iniciativa y la confianza en sí mismos, disposiciones que los orientadores profesionales saben que condicionan la

⁸⁹) *Ou va le travail humain*, p. 63. Y también «la alegría en el trabajo... de la que ciertos escritores hablan mucho, pero que se encuentra muy poca circulando a través de los talleres, las canteras, las minas, los despachos», p.341.

«calificación» del obrero: «El profesor (de enseñanza técnica) debe saber que el alumno aplicado y concienzudo, el que obtiene las mejores notas en el taller y en clase, no será necesariamente el primero en la vida. Existen cualidades de carácter, de audacia, de inteligencia, que los trabajos escolares no logran siempre valorar.» Este texto no es de Baden-Powell, como podría creerse, sino del fascículo *Doctrines et Instructions* sobre los métodos de aprendizaje de la enseñanza técnica⁹⁰. Las ideas hacen su camino.

Es preciso repetir que el campamento hace descubrir al muchacho «que encima del techo del cine hay estrellas», como dice Baden-Powell, y sosteniendo las estrellas en su curso, concibiendo sus órbitas, está el pensamiento del mundo, el Dios creador.

¿Qué puede significar este nombre esencial de Dios para el niño que no ha visto más que un mundo técnico, hecho por la mano del hombre, y nunca la creación, ni el cielo presidiendo la noche, ni el resplandor del glaciar, ni oído el rugido del mar, el canto del arroyo o el murmullo del viento? ¿Qué realidad podrán tener para él tantas páginas de la Biblia? A no ser que se piense, como el profesor de retórica de que habla el P. Rimaud, que decía: ¿Por qué ir a ver los árboles en el bosque, si Virgilio los describe tan bien?»

El joven obrero en la edad *rover* siente la necesidad de salvar su vida física por medio de la vuelta al aire libre, como un instinto, pero este instinto está en peligro de ser sofocado por las tentaciones técnicas o carnales que multiplica la ciudad.

La modorra que se apoderaba de los obreros de la Ford, cuando se suspendía el trabajo en cadena, para el descanso, en las fábricas de Detroit, esa especie de muerte de las potencias que sucedía a la rapidez precedente de sus operaciones, me ha hecho sentir lo que podía ser el agotamiento de las fuerzas naturales. ¡Qué diferencia entre la prisa de los obreros de las fábricas racionalizadas para precipitarse al vestuario, para escapar lo más pronto posible del lugar de trabajo, prisa que hace casi imposible los contactos humanos, y el término tranquilo del trabajo del artesano, que se para cuando la tarea del día ha terminado, o cuando está cansado de trabajar; que se detiene el tiempo necesario, enciende su cigarro, guarda sus instrumentos, respira profundamente por última vez el olor de sus virutas antes de emprender tranquilamente el camino de su casa!

Cuando las fuerzas naturales están agotadas, el reposo no puede ser más que animal o vegetativo, y en este punto es donde un movimiento como el nuestro es tan útil para hacer recobrar al joven obrero, en sus descansos, los ritmos naturales de la vida y darle nuevamente el gusto de conocer, admirar, reír y rezar.

Se siente la tentación, con los clanes obreros, de reducir las exigencias del arreglo del campamento, los horarios, la cultura física y de halagar sus debilidades. Y, sin embargo, sólo al precio del desarrollo de su carácter podrá el joven obrero dominar al mundo técnico.

Es normal que los obreros jóvenes que se deciden por la Ruta quieran, más o menos conscientemente, encontrar en ella una disciplina, cordial ciertamente, lo menos militarizada posible, pero exigente, que les ayude a escapar de la disgregación precoz de sus personalidades.

¡Qué lección la del obrero G. Navel, imponiéndose la obligación de levantarse temprano, hacer un detenido arreglo personal, cuidar sus trajes, arreglar su habitación antes de salir para la fábrica, incluso leer! Habla en *Travaux* de «mantener la rienda de sí

90 «Imprimerie Nationale», 1949.

mismo», para convertirse en el hombre nuevo que exigen las circunstancias. Es uno de los fines del Escultismo.

Una de las consecuencias más imprevistas del trabajo automatizado, y que no había imaginado en modo alguno Marx, contemporáneo del vapor, es que la parte consciente del hombre detrás de su máquina llega a veces a quedar reducida a casi nada. Más aún, ciertos técnicos buscan, dicen que para relajarlo, el convertir en inconscientes sus gestos y hacerle pensar en otra cosa distinta de su trabajo, el «divertirlo» de una forma que Pascal tampoco había imaginado⁹¹. Y así, por compensación y desquite de la naturaleza, lo incitan a cultivar *hobbies*, violines de Ingres, durante los descansos, a fin de recuperar el uso de sus manos, el contacto tan precioso con lo material.

Una encuesta de 1947, llevada a cabo entre cerca de setecientos trabajadores ingleses, ha revelado que muchos de ellos manifiestan un espíritu creador de empresa aplicado a su *home*: «decoración, arreglo del aparato de radio... *En las condiciones técnicas y sociales de la gran industria, la verdadera vida de muchos trabajadores no puede ser vivida más que durante sus ocios*»⁹².

Lo más extraordinario es lo que nos cuentan de una fábrica automatizada al máximo. Se organizó un concurso entre los obreros con este anuncio: «Si siente inclinación por alguno de los oficios enumerados más abajo, y si ha hecho con sus propias manos algo de lo cual esté orgulloso, no esconda la luz bajo el celmín: inscríbese en nuestra exposición artesana.» Entre tres mil obreros hubo más de doscientos envíos.

Se creería encontrar de nuevo el sistema de los Badges. Pero utilizado al contrario, no para descubrir sus aptitudes para un oficio, sino para consolarse de no poderlas aplicar a su trabajo. Cuando los educadores scouts, de acuerdo con los pioneros de la *École nouvelle*, preconizaban los beneficios del trabajo manual, no pensaban que fuese necesario recobrar para los obreros de las fábricas tecnificadas el uso maravilloso de la mano humana por medio del juego.

En Francia es aún rara una automatización semejante de las fábricas. Pero no por eso, para muchos obreros especializados, la mayoría de las tareas no ponen en juego ni su iniciativa ni su habilidad. Sólo en el trabajo que hacen fuera, en sus casas, pueden desplegar su personalidad.

El Escultismo, si ha sido bien practicado, debería haber desarrollado su ingeniosidad y sus manos. En seguimiento de los Beucher, Gérin, Joubert, de los talleres del *Claireau*, un arte popular de decoración está propagándose en los interiores de humilde condición.

En el trabajo «en cinta continua» de la gran industria, se ha notado que no todos los temperamentos son apropiados. Algunos se muestran refractarios. Otros al principio sufren, luego se acostumbran. Y el acostumbrarse se revela como un gran peligro de disminución de la personalidad.

Algunos de estos «acostumbrados», que habrían podido cambiar de puesto, aumentar su valor profesional, renuncian a ello por resignación o por temor a los riesgos del cambio. El espíritu de aventura ha desaparecido tan rápidamente como su juventud. La costumbre, no menos que las dificultades sociales, los atan a la máquina.

Sabemos que uno de los sueños de Marx era, por el contrario, que por la variación de

91 Cf., por ejemplo, *Psychologie du Travail*, de Léon WALTHER, Ed. Mont-Blanc, Ginebra, 1947.

92 G. Friedmann, *op. cit.*, p. 257.

sus tareas, el cambio de puesto e incluso de oficio, el obrero enriqueciese su valor profesional. El despertar y el desarrollo de las *potencias adormecidas* una vez superadas las necesidades de la producción, debían asegurarle una cultura politécnica. Esta degustación, me atrevería a decir, de los diferentes oficios ha sido tomada hace mucho tiempo como fondo de los folletos de propaganda marxista.

La evolución del mundo técnico no ha verificado esta anticipación. Muchos obreros «acostumbrados» utilizan su vida en necesidades que ponen poco en juego sus facultades, se oxidan en ello.

Una *Ruta* obrera bien comprendida debería, antes de que sea demasiado tarde, estimular en los jóvenes obreros el gusto de dar una ojeada al horizonte obrero, sucedáneo del antiguo «Tour de France des Compagnons», antes de establecerse.

El temperamento scout puede también ayudar a los obreros de una cadena a colaborar activamente en las investigaciones que se llevan a cabo en la actualidad para humanizarlos, para introducir de nuevo el espíritu de equipo y cierta flexibilidad. Los psicotécnicos han señalado la importancia para alcanzar el éxito del *buen humor* y del espíritu de camaradería. No hacen más que citar, en suma, dos de los rasgos de la Ley scout.

Es manifiesta la importancia que ha alcanzado la enseñanza técnica. La parte más innovadora quizá de esta enseñanza está constituida por los *Centros de aprendizaje*. Hay más de mil en toda Francia, que reúnen a unos doscientos chicos y chicas. Sería necesario multiplicarlos hasta el infinito.

Parece que se abre camino una preocupación de formar no sólo al técnico, sino también al hombre.

No es cuestión de entrar aquí en la discusión que opone, en esta búsqueda, a los que querrían unir la cultura antigua a la formación técnica, y los que piensan que la cultura secundaria y la técnica se oponen.

El problema estriba en iniciar en la cultura a jóvenes aprendices, privados del estudio libresco, aunque ávidos de saber.

La *Ruta*, con sus descubrimientos de lugares y de su historia, sus encuestas sociales por medio de contactos humanos, y sus «capítulos» de reflexión, sus encuentros entre clases obreras y estudiantiles, sus lecturas durante la velada, sus técnicas de expresión, puede servir de noble bosquejo a los Centros de aprendizaje por su completo método de cultura activa y por lo concreto del mismo.

Desearía que muchos scouts se iniciaran en la profesión de la enseñanza técnica y se preparasen para cursos en la E. N. N. A. (Escuelas Normales Nacionales de Aprendizaje). Y que una comisión de jefes estudiase, en franca colaboración con los centros de aprendizaje, qué actividades deberían ser las de una *Ruta* obrera para que tuviera su parte en la elaboración de este nuevo humanismo, condición primera de la promoción obrera¹⁰.

Los pioneros de la enseñanza técnica, que quieren que sea verdaderamente «humana», no podían dejar de encontrar las condiciones de la vida moral que permitirían al obrero dominar el medio técnico. Tomando la idea de Bergson, Friedmann, por ejemplo, reclama un «suplemento de alma»:

Reconociendo, escribe, que nuestro mundo, es técnico, que el medio que rodea al

hombre es cada vez más elaborado, artificial, «sofisticado» (como dicen los anglosajones), extraño al medio natural en que las civilizaciones anteriores habían crecido y producido sus frutos, se reconoce al mismo tiempo que el hombre moderno tiene más que nunca necesidad de sustanciales alimentos morales que le permitan fortificarse como hombre ante estos poderes, nacidos de su espíritu, que proliferan y lo amenazan (11).

M. Friedmann se pone resueltamente al lado de los que optan por la fidelidad al humanismo eterno. Bosqueja el programa de las fuentes del pensamiento. Encuentra que ni Platón ni Marco Aurelio están desplazados en este programa.

Pero no incluye, desgraciadamente, el Evangelio. Conocemos por qué vías concretas la Ruta S. D. F. llegó a descubrirlo nuevamente.

El ejemplo de los países escandinavos, en los que la socialización asegura un nivel de vida elevado a todos, un confort casi universalmente compartido, pero en los que proliferan el divorcio, el suicidio endémico, muestra claramente que la promoción material, sin el aumento de las riquezas del espíritu, no trae la felicidad. De lo que el hombre tiene más necesidad es de una razón de vivir. ¿Dónde la encontrará en forma duradera apartado de quien es el «Camino, la Verdad y la Vida» ?

El Escultismo no es una educación individualista, sino individualizada, lo que requiere condiciones que no siempre se realizan. Y lo primero de todo tener un jefe. No es imposible decidir a los jóvenes a llegar a serlo, incluso en el ambiente obrero. Sobre todo si el sacerdote cree en ello y se preocupa de descubrirlos. Nunca vi a un párroco fracasar en esta búsqueda, pero raramente los vi ocuparse de ello.

La oposición al Escultismo, de la que hemos hablado, es preciso decirlo claro, no es en realidad solamente contra su método, sino por la lentitud de toda acción educativa y de cierta contaminación totalitaria de los espíritus.

La influencia de las propagandas políticas ha apartado a muchos sacerdotes, en el curso de los últimos años, de las tareas educadoras. Han soñado con la conversión en masa. Han pensado que evangelización y educación eran diferentes. Pío XII ha recordado oportunamente que hacer asimilar la verdad para que se traduzca en costumbres personales y sociales es hacer igualmente evangelización.

En ciertas regiones no cristianas de Francia o del extranjero, el grupo scout puede constituir un islote de luz. Con la condición de que los jefes y consiliarios den ejemplo, entre ellos, de una verdadera caridad fraterna que se alimente con la plegaria y la misa a menudo celebradas en común. A condición de que la unidad scout forme también parte del medio o del barrio, le sea accesible, le asocie a las fechas señaladas de sus actividades y participe en las suyas. Esto me lo confirmaba la experiencia de un coadjutor encargado de la evangelización de un gran bloque de viviendas en el que él había fundado un grupo scout.

Las últimas palabras que me dijo en Lourdes, poco antes de su muerte, durante la peregrinación de *Pax Christi*, el P. Rémilleux, párroco de San Albano de Lyon, la parroquia «piloto» fueron: «No habría podido llevar a cabo mi tentativa de parroquia comunitaria sin la comprensión y la ayuda de los hogares nacidos del Escultismo, establecidos en mi parroquia.»

LA CLASE MEDIA

El que se haya pretendido reservar el Escultismo a los jóvenes burgueses que cuentan ya de por sí con medios culturales y ocasiones de desarrollo personal, me ha inducido a veces a la tentación de lamentarlo, llegando a soñar que se les prohibiese a fin de reservarlo a las clases populares. Pero no pasó de una breve tentación.

La Providencia tiene sus caminos. Y sé lo que el Escultismo ha significado para tantos niños acomodados. Han sido salvados verdaderamente por él. Al llegar a hombres lo comprueban y lo afirman. Y los veo conducirse en sus profesiones con un espíritu de servicio que, aunque no tenga nada de nuevo, se ha convertido en algo extraño en una época en que los privilegiados sólo piensan en gozar de sus ventajas y en acrecentarlas.

En los altos puestos de la administración y en las profesiones que exigen una vocación: medicina, ejército, colonias, en la naciente industria, me siento a menudo orgulloso del comportamiento de los scouts. Prolongan en la vida profesional el reflejo de su Movimiento.

La principal influencia del Escultismo, en los jóvenes burgueses, es hacerlos experimentar que pueden prescindir de su confort, sin peligro de muerte, y ayudarlos a triunfar sobre su propio egoísmo, que no es únicamente primordial, instintivo, como en todos los seres humanos, sino que está sabiamente favorecido, fortalecido y hecho ingenioso por su educación.

Recuerdo a estos hombrecitos, lavándose con agua fría, quizá por primera vez en su vida, a primeras horas de la mañana, en un campamento de Pascua, una primavera tardía. Parecían gatos mojados. Al volver a sus casas, orgullosos de su experiencia, continúan, al parecer, esas vigorizantes abluciones.

Es cierto que hay reacciones imprevistas. Un día, en una avenida del distrito XVI, iba delante de mí un lobato que trataba de reclutar como compañero a un niño mimado. Y le decía, sin duda como argumento definitivo: «Y, además, lo mejor del campamento es que no estás obligado a lavarte las manos antes de comer.»

Al ser nombrados jefes de patrulla es cuando habitualmente se produce su muda espiritual. Descubren la grandeza de la abnegación, la alegría inexplicable del don de sí mismos. Hacen así el descubrimiento del gobierno de los hombres.

Es un maravilloso complemento de su formación escolar, y los padres que los retiran en esos momentos del Escultismo para favorecer, según dicen, sus estudios y su carrera, no piensan que los privan de una experiencia de gran valor para sus éxitos futuros.

Es, además, poco elegante que, después de haberse beneficiado sus hijos de la abnegación de los jefes de patrulla y de los demás jefes, se opongan a que ellos los releven (12).

(12) La proporción de universitarios, el éxito brillante de jefes jóvenes que han hecho frente a la vez a la dirección de su unidad y a los estudios, el primer premio en el concurso general concedido durante cinco años a un scout, luego a una guía, debería poner fin a la leyenda de que el Escultismo entorpece el trabajo.

Muchos padres de estos ambientes sociales, atentos a la educación de sus hijos, son muy exigentes respecto a la tropa scout. Hacen notar, a menudo con razón, las deficiencias de jefes demasiado jóvenes o poco dotados. Se quejan del cansancio debido a la falta de medida o a la falta de elevación en la formación. Pero ¿cómo poner remedio

a una tal situación mientras los padres de los scouts, que tendrían autoridad y competencia para guiar a los jefes jóvenes, se niegan a la abnegación que esto representaría para ellos, y prefieren irse a cazar liebres o perdices antes que ayudar a la formación de sus hijos?

La comprensión de este deber, es preciso reconocerlo, la abnegación, ha sido el origen de brillantes y generosas vocaciones de jefes. Fue así como el general de la Porte Du Theil, entonces coronel y profesor de la Escuela de Guerra antes de ser director de la Escuela militar de Artillería de Fontainebleau, se convirtió en jefe de grupo de las tropas de Saint-Sulpice en los años anteriores a la guerra, mostrando el camino a seguir a otros muchos que dudaban, así decían, debido a su rango o a sus ocupaciones.

Muchos de estos jóvenes burgueses serán, más tarde, dirigentes. Al menos es lo natural. Y no hay nada peor que un jefe que no ajuste sus acciones a la realidad, que la niegue si le molesta. Y que se imagine que la vida se plegará a sus brillantes teorías.

Sería típico de nuestra enseñanza, lo que cuenta de su profesor de química el ilustre novelista Wells : «Lo que él llamaba experiencia explicativa consistía en disponer el aparato, sin nada dentro, el mechero de Bunsen bien limpio y apagado, frente a la clase, luego hacer una lenta y brillante descripción de lo que haría falta poner dentro si uno se sintiese tan mal inspirado como para llevar las cosas adelante»¹³.

Todo el Escultismo, sus juegos, sus actividades tratan de rectificar estos errores, de dar el gusto de lo real, del «objeto», de desarrollar el espíritu de observación. Es lo que confirmaba, en una encuesta de la *Étoile filante*, un rover alumno de una escuela superior:

«Es evidente que la formación de la inteligencia, al menos de la inteligencia analítica, es más bien papel de la escuela. Sin embargo, el Escultismo nos permite realizar un sinfín de experiencias, cosa que no tenemos generalmente ocasión de hacer en la escuela (¡oh! ¡las sesiones prácticas!) y que hacemos continuamente en el campamento. Para el muchacho no existe más que el campamento para enfrentarse con los hechos y sacar conclusiones de ellos. Desarrollando la observación y la deducción, ¿no es el Escultismo una introducción al método experimental?»

Entre los antiguos alumnos de las escuelas superiores se manifiesta la preocupación de ensanchar los programas más allá de la técnica, de hacer experimentar a los futuros ingenieros el peso de los útiles de trabajo o la servidumbre de la máquina, de hacerlos descubrir las realidades sociales.

La Ruta puede tener un lugar en este descubrimiento. Es injusto reprocharle, como suele hacerse, el que no remedie, ella sola, este estado de cosas, y que, bajo el pretexto de que no lo consigue todo, se bromea sobre lo poco que se hace. Por poco que sea, es algo, si se cree que el papel de un método educativo es abrir los ojos y crear reflejos. Por ejemplo, los de la justicia social.

La iniciación en las soluciones inspiradas por la Iglesia al problema social alcanza todo su valor cuando se han descubierto algunas de las realidades en cuestión: condiciones de vida en una casa obrera, dificultades de sus hijos para el acceso a la cultura, funcionamiento de una cadena.

La *Ruta* que se encerrara en la búsqueda d un valor personal y no se ocupase del gran movimiento de liberación social traicionaría respecto a los privilegiados, más aún que

respecto a los obreros, una de sus principales obligaciones.

Los rurales

En el ambiente rural el Escultismo es una realidad. Está compuesto por cerca de doscientas unidades, entre manadas, tropas y clanes.

Y es diverso, de la misma manera que lo es el mundo rural: viticultores de Borgoña, con el grupo rural más antiguo, el de Gevrey-Chambertin (a tal señor, tal honor); proletariado agrícola de Sena y Marne y del Aisne; opulencia de los pastos de Normandía; Bretaña misteriosa; áspero Puy de Dome; los hortelanos de las cercanías de las ciudades; la Champagne, etc.

Las distintas formas de explotación, ya se sabe, modifican la población que, en Francia, va desde la gran explotación industrializada hasta las pequeñas granjas, especie de agricultura artesana.

El Escultismo tiene que adaptarse a estas diferencias y se puede decir que cada región presenta un problema particular en la aplicación de los mismos principios.

Que el Escultismo pueda ser un éxito en el campo, sólo puede extrañar a los que no han reflexionado sobre el carácter profundamente humano y en sentido filosófico, «natural», de esta formación. La unidad, la identidad de la naturaleza humana existe. Por eso el Escultismo ha podido seducir, bajo todos los climas, a muchachos de todos los colores y de todas las lenguas.

Tengo esta persuasión teórica desde que conozco el Escultismo. Pero me faltaba la experiencia personal. Estaba decidido a adquirirla. Una observación fortuita del cardenal Verdier, arzobispo de París, debía acelerar la realización de este deseo. Durante una cena ofrecida por las tropas de Saint-Sulpice, con ocasión de su décimo aniversario, el cardenal me dijo: «*¿Tenéis scouts en el campo? Haced algo por nuestro campo. Hay allí muchachos a quienes podríais hacer mucho bien.*»

El campo es lo que constituye el fondo sagrado de Francia. País rural, que sólo vale por las *élites* privilegiadas que salen, en todos los momentos de su historia, de las tierras de barbecho y de labor. Pueblo con las virtudes de la tierra. Y también con defectos campesinos. Un gran movimiento de *educación* no podría contribuir a rehacer nuestro país, si ignorase estos recursos y estos defectos, si no fuese a beber en las fuentes mismas de nuestra vitalidad.

Me fui, pues, a vivir algunos días, demasiado pocos, en medio de un grupo scout que desarrolla su actividad en un cantón del Sena y Marne. Allí he visto practicar el más auténtico Escultismo. Sólo las condiciones de vida eran diferentes y, es preciso reconocerlo, complicaban singularmente la tarea de los jefes. Pero estas dificultades son comunes para todos los que intentan cualquier cosa en el campo.

Las patrullas de ese grupo estaban repartidas en diez aldeas. Una vez al mes, el sábado por la tarde, los jefes de patrulla y sus segundos se reunían, en campamento o a cubierto, según la estación. Pude asistir a su consejo de guías de patrulla. Estos muchachos, que tienen cura de almas, que durante varios días están verdaderamente embarcados solos con sus scouts, hicieron un breve resumen de sus patrullas. Bondad natural, espíritu de observación, conocimiento de sus muchachos, fueron características que me admiraron.

Durante la segunda parte de la reunión, uno de ellos, designado con antelación, fue el líder de un corto debate sobre el tema religioso que el consiliario había enviado a cada uno de ellos, bajo forma de *cuestionario adaptado*. Todos habían preparado las respuestas en la patrulla con sus muchachos. Y se hizo en conjunto verdadera teología, bien asimilada.

Al día siguiente, misa perfectamente dialogada; comuniones fervientes. Luego toda la mañana empleada en la formación práctica de los C. P. al aire libre. Después de comer, el jefe y el consiliario, motorizados desde luego, se fueron a reunir al resto de la tropa recogiénola en las encrucijadas como se hace con los tarros de leche. Era preciso ver el viejo Ford del consiliario y el coche del jefe con un remolque, todo lleno a reventar de scouts apretados unos contra otros. Lo pintoresco de la situación no me ocultaba una de las dificultades de explotación de las que he hablado: tal salida representa setenta unidades del cuentakilómetros.

El gran juego se desarrolló en una admirable explanada entre el Sena y el Marne. Me permitió comprobar que los chicos campesinos, contrariamente a lo que se piensa en las ciudades, no están naturalmente dotados del sentido de orientación, del conocimiento de los animales, del disfrute de la naturaleza. Viven en los límites de la aldea y están apenas abiertos a las maravillas que los rodean. Como prueba de esto, uno de los scouts se extravió unos ocho kilómetros, lo que después de la *batida de los tigres*, tema del juego, dio lugar a otra batida, real esta vez y llena de interés. Me acordaba que Baden-Powell decía que son las dificultades y lo imprevisto lo que hace a los muchachos desenvueltos y de buen humor y les ayudan a triunfar de su timidez.

Quedé maravillado al ver cuánto afinaba y pulía el Escultismo a muchachos a menudo torpes y rudimentarios⁹³. Sobre este punto, una estancia entre los campesinos nos convence pronto del fracaso de la escuela. No los prepara ni para amar al campo ni para vivir en él, del mismo modo que no les despierta la curiosidad del espíritu. Los maestros de los villorrios son, naturalmente, los más jóvenes y los más inexpertos. Se sienten aplastados por el número y sobre todo por la mezcla de edades. Están obligados a consagrarse a los que deben obtener el certificado de estudios, para los cuales hay que hacer un verdadero bachillerato reducido. Resultado, los muchachos, al abandonar la escuela, han perdido casi todo el interés por aprender...

¡El Escultismo «complemento de la escuela»!; es aquí donde uno se da cuenta hasta qué punto puede esto ser verdad.

Es apasionante ver en lo que puede convertirse el papel del jefe en el campo.

El que me recibió conocía una por una a las familias de sus scouts a través de toda la comarca. Fuimos a visitarlas, desde el acaudalado granjero hasta el obrero polaco casi miserable, pasando por el vaquero bretón importado que siente la nostalgia de su parroquia y sus campos, y que ya no practica su religión.

Todos sueñan grandes cosas para sus hijos. Incluso los que llevan una vida disoluta, los quieren moralmente limpios. En todos se despierta el interés al hablarles de la salud de

⁹³ «Es raro que un niño campesino sepa jugar e incluso correr», señala Baden-Powell, *Guide du chef*, p. 55. Es demasiado cierto. Y no puedo más que añadir, luego de la vasta empresa de los *Chantiers*, que tampoco saben injertar, ni tallar la madera, ni forjar. La especialización, el maqumismo tienden a crear un verdadero proletariado de los trabajadores rurales. El Escultismo tendría un importante papel en el campo, procurando llegar a una cultura humana a partir del trabajo manual.

sus hijos.

En cualquier instante, el jefe, convertido en el gran amigo y el consejero a quien se escucha, pasa por sus casas. Un día es para pesar a los scouts en la báscula portátil que lleva con él. (Esto es un gran éxito, y también hay que pesar y medir, naturalmente, a los hermanos y hermanas.)

Después del campamento, en ocasión de una crisis en el muchacho, en el momento de la orientación profesional, se le ve de nuevo, y él se preocupa de encontrar una plaza de aprendiz, hacer entrar en una escuela complementaria a los más dotados, facilitar los pasos necesarios, asegurarse de que los mayores sigan el curso de agricultura por correspondencia.

No insisto más. Se comprende la influencia excepcional que un tal jefe pueda tener en la vida de los muchachos y de las familias. ¡ Cuánta apologética en su absoluto desinterés! Porque, naturalmente, la política, los regateos, están desterrados de su actividad de apóstol y de amigo de los muchachos. «Conoced al muchacho y a su casa», decía Baden-Powell.

Si el Escultismo no consiste únicamente en muchachos bien arreglados a quienes se hace jugar complicadas aventuras — según imaginan las personas que nos *ignoran y a veces algunos de nosotros* —, sino que es más bien una verdadera educación que desarrolla el intenso deseo de progreso que todo ser lleva en sí, una educación que quiere guiar las fuerzas salvajes de la naturaleza del niño por *Los senderos del servicio social y enseñarle no únicamente a ganar su vida, sino a vivirla, a encontrar al Dios creador a través de su maravillosa obra y combinar esto con una realización activa de ayuda al prójimo, puedo afirmar que nunca he visto mejor Escultismo que en el campo.*

En los medios rurales la unidad de tiempo no es el mes, sino el año. Nada de los arrebatos de nuestros muchachos de las ciudades. Es lento y largo. Hacen falta años. Pero cuando está hecho, está hecho y es sólido.

Me olvidaba de decir que el grupo que he descrito poseía un consiliario que era ante todo un sacerdote, pero que conocía a fondo el método scout. Estaba ayudado por un jefe que, aunque casado y padre de familia, era una especie de sacerdote: como se debe ser cuando, bautizado y confirmado, se sueña con evangelizar a sus vecinos y a su país. Su obra actual representa años de una oscura y perseverante labor.

Un religioso, uno de los más convencidos y osados apóstoles del mundo rural, me decía que se había visto agradablemente sorprendido al recoger los frutos de este trabajo, bajo la forma de sus mejores militantes de Acción Católica. El resultado le ha parecido tan satisfactorio que, si bien antes creía que el Escultismo no estaba hecho para los ambientes rurales, lo considera actualmente como el preámbulo de su acción apostólica o social en este ambiente. Cree, en particular, que en ciertas regiones del Aisne y del Sena y Marne, donde la J. O. C. aparece como demasiado obrera y la J. A. C. como demasiado poco, es el único movimiento de jóvenes que puede tener éxito. Los jóvenes formados por los diferentes movimientos se encontrarán de nuevo, en la edad adulta, para una acción común, en el M. F. R. Los formados por el Escultismo dan muestras de un espíritu de iniciativa y habilidad que es maravilloso ⁹⁴.

⁹⁴ Uno de estos consiliarios, párroco de Normandía, ha rehecho pacientemente su parroquia en diez o doce años, partiendo de la tropa scout y de la compañía de muchachas guías.

El scout rural pierde, me dicen, en el servicio militar o en la acción apostólica y cívica, su complejo de timidez. El hecho de decirse «soy scout» y de saber que forma parte de un movimiento conocido en las ciudades le da confianza en sí mismo.

XVIII

ENFERMIZOS DE MANOS LUMINOSAS

La rama llamada de extensión, el Escultismo de los enfermos y los lisiados, es conmovedora. Y se hace en ella verdadero Escultismo. Una vez más, se ve que, incluso en estos casos, la naturaleza humana subsiste y que la voluntad de vivir, inteligentemente estimulada, puede triunfar de todo.

El Escultismo se ha adaptado con ingeniosidad a las condiciones más diversas, tuberculosos pulmonares u óseos en los sanatorios, muchachos enfermos aislados en sus familias, sordomudos, paralíticos, ciegos.

El primer beneficio que obtienen al pertenecer al Movimiento, estos muchachos desvalidos, es hacerlos triunfar de una especie de vergüenza inconsciente. Desde el momento en que son scouts, admitidos en el movimiento por sus hermanos, se sienten chicos normales, recobran confianza en sus posibilidades de vivir y, al mismo tiempo, sienten sus obligaciones.

Experimentan una alegría que se refleja en sus caras y a menudo se irradia en sus salas de hospital. Las actividades los hacen desenvueltos, el espíritu scout de servicio a los demás los ayuda a salir de este encerrarse en sí mismo habitual al enfermo y tan perjudicial a su desarrollo. Adquieren un deseo de vivir, una voluntad de lucha contra su destino.

En los Hermanos de San Juan de Dios me decían no hace mucho, se trataba de los más desheredados de todos los pequeños lisiados, víctimas de atavismos desoladores: «Han entrado a la vez en el Escultismo y en la moralidad.» Al mismo tiempo que llegaban a ser santos, llegaban a ser hombres.

El Escultismo, poniendo en juego sus facultades naturales, haciéndoles adquirir el uso de sus pobres manecitas inhumanas, fijando la atención de su mirada, haciendo llegar los sonidos a las tinieblas de sus tímpanos escleróticos, los obliga a realizar actos humanos, los convierte en hombres.

Me acuerdo del campamento de los ciegos, en el Jamboree de Moisson, que tanto conmovió al presidente Vincent Auriol. Desde lejos se les veía ir y venir con su caminar un tanto misterioso, un tanto irreal como personajes de un ballet de sueño.

Era necesario aproximarse para darse cuenta que estas instalaciones perfectas eran las del reinado de la noche. Descubrir sus cuerpos, vencer sus terrores, andar con soltura, nadar — ¡oh! este primer contacto con el nuevo elemento tan extraño, acariciador al mismo tiempo que terrorífico —, cantar; para muchos, ser enseñados a comer de distinta manera que los animales; para todos, aprender a sentir el orgullo de ser hombres, a dar pruebas de un espíritu que triunfa de las peores fatalidades, llegar a la alegría y a la acción de gracias, he aquí lo que el Escultismo es para ellos.

Uno de estos scouts ciegos está en vísperas de su doctorado de ciencias. Si se piensa que el Braille no permite registrar los cálculos complicados, se comprenderá el milagro de voluntad y de inteligencia que esto representa.

La Extensión es la porción escogida del Escultismo. Hemos visto que la peor

degeneración física puede estar aliada con el más hermoso de los vigos espirituales. Hemos palpado cuán falsa era la eugenesia de los paganos nazis, únicamente admiradores de las formas de los cuerpos, despreciando las almas y la santidad de los débiles. Por poca sustancia física que le quede, el hombre educado para vivir permanece marcado por el sello divino.

La Extensión es nuestra gracia. Pienso en esos rovers de Bayona que, habiendo pagado de su propio peculio su viaje y su estancia en Chamarande, pasaron todas sus vacaciones sirviendo — y es preciso darse cuenta de lo que esto significa — a sus hermanos parálíticos.

Sé que cierta alegría en los ojos, cierta emoción en el momento del adiós, divinas flores en esta miseria, rincón del cielo en esta tribulación, mostraban que habían conocido lo que era recibir el ciento por uno.

Así sea para todos los que, en el Movimiento, han dado su corazón y su tiempo a sus hermanos enfermos para hacerlos entrar en el reino del amor y de la alegría.

Quinta Parte

LOS "SCOUTS DE FRANCE"

XIX

NACIMIENTO DE UN ESCULTISMO CATÓLICO⁹⁵

El canónigo Cornette, al que llamamos cariñosamente *Vieux Loup*, merece verdaderamente el título de fundador de los *Scouts de France*.

Como todos los fundadores, tenía la intuición, obsesiva y simple, de lo que se debía hacer. Fue un visionario antes que un animador. Consiliario de los *Entraîneurs* de Saint-Honoré-d'Eylau, no sólo fue el canónigo Cornette quien federó las diversas tentativas de Escultismo católico que se habían hecho en Niza, con el Rvdo. D'Andreis; en los barrios parisienses, en el Rosario de Plaisance con Henri Gasnier, en la Inmaculada Concepción de Bel-Air con el Rvdo. De Grangeneuve y Lucien Goualle; en Creusot con los *Gueules noires* de Louis Faure, sino que él fue quien dio a esta Federación su sello netamente francés y católico.

Con audacia y buen sentido, supo hacer la unión entre los pioneros del Escultismo católico, entre los cuales algunos se orientaban hacia un Escultismo sin gran acento religioso, mientras que otros, como el P. De Boissieu, soñaban con una orden de caballería cerrada, «con unas reglas muy elevadas y lo más completas posible».

El P. Sevin, S. J., trajo de Inglaterra un profundo conocimiento del método y de las actividades scouts. Bien pronto las iba a difundir con una doble creación, la del campamento escuela de Chamarande y de la revista *Chef*. Su influencia fue considerable. A él se debe en gran parte que practicásemos el verdadero Escultismo. Edouard de Macedo, jefe de las tropas de Saint-Louis, fue el organizador, sucesivamente, de las tres ramas: los Scouts (o exploradores), luego los Lobatos y finalmente los Rovers. Junto a la sensibilidad impresionable del canónigo Cornette, aportaba su fuerza tranquila debida a su cultura no menos que a su carácter. Mientras el P. Sevin era el técnico de la formación de jefes, el poeta del *Appel du gosse*, el creador del ceremonial y de las insignias, el canónigo Cornette aparecía verdaderamente como el fundador, el que supo adelantarse a lo futuro y hacerlo vivir en el deseo de aquellos que se trataba de unir para una tarea común.

Ganados por su convicción, arrastrados por su brío, todos se le incorporaron.

El 30 de marzo de 1922 la joven fundación recibía su consagración. Podemos decir, su definición. El cardenal Gasparri, secretario de Estado de la Santa Sede, dirigía a los *Scouts de France* los estímulos, los votos y la bendición del papa Pío XI, y los felicitaba por querer «ayudar a las almas a llegar a ser, bajo la influencia de la gracia divina, almas penetradas de las enseñanzas de la fe y de la doctrina católica, almas fieles a la práctica constante de una vida religiosa ejemplar, almas filialmente sumisas a la dirección de sus pastores y del soberano Pontífice, y al mismo tiempo almas valientes, entregadas y caballerosas».

Y es personalmente al papa Pío XI a quien deben los S. D. F. su carta de creación. Según su costumbre, se había hecho remitir un expediente completo de la cuestión. Junto a los documentos que le pudieron ser proporcionados por el comité de dirección, había otros que eran menos favorables.

95 Puede consultarse *Scouts, Images de l'histoire et de la vie des Scouts de France*, ed. Presses d'Ile-de-France.

En efecto, el Escultismo tenía en contra, a los ojos de muchos católicos, el haber nacido en el extranjero y en ambiente protestante.

El Papa, después de estudiar sosegadamente la cuestión, de acuerdo con los métodos de archivo a los que estaba acostumbrado, aprobó calurosamente los *Scouts de France*, como luego debía bendecir el Escultismo católico de otros países. El de Italia, el de Holanda o el de Bélgica, por ejemplo.

Orientó profundamente nuestra acción cuando algún tiempo después nos dijo: «Un movimiento como el vuestro, preocupado por la formación de selectos, no puede negligir el número.» Era zanjar uno de los problemas de nuestros comienzos y optar por una forma popular, aunque exigente, del Escultismo católico.

Cuando en septiembre de 1925 veinticinco mil scouts católicos del mundo entero se reunieron en Roma para su primera peregrinación internacional, la cualidad especialmente cálida y afectuosa de la recepción pontificia no pudo escapar a los espíritus más llenos de prejuicios y acabó de disipar las últimas oposiciones. «Hay muchos, nos decía, que profesan hábitos más cómodos, más tranquilos, menos penosos. Para ser scout se precisa una disposición constante a la *fuerza* y al *coraje*, a la calma y a la reflexión.

»Y para ser scout católico se requiere, además, el sentimiento profundo de Dios, de la ley divina, de su divina presencia, que armoniza las maravillas de la naturaleza y señala en ellas el punto más exquisito, el secreto, la enseñanza más preciosa»⁹⁶.

Fundados con la aprobación del Santo Padre, nos es lícito buscar en el Escultismo de Baden-Powell los elementos que fueron juzgados no sólo asimilables, sino de una utilización deseable, de una transposición oportuna por la más alta autoridad de la Iglesia.

Se ha preguntado cómo el sistema de educación de un anglicano había podido tan fácilmente ser adoptado y adaptado por la Iglesia católica.

Creo que esto se debe a tres razones, una que concierne al mismo Baden-Powell y las dos restantes al fondo de su método.

Tuve ocasión de acercarme varias veces a Baden-Powell y tener con él confiadas conversaciones. Tenía el arte de hacer estar a gusto a su vera. Había llegado a aquel punto de extrema simplicidad del que sabe colocarse en el mismo terreno a los demás. Se sentía pasar en la mirada que fijaba en sus interlocutores, fuesen muchachos u hombres, una tal benevolencia que no se podía dudar que fuese inspirada por el amor de Dios.

Muchas veces, Baden-Powell manifestó su simpatía por el catolicismo y por las unidades católicas. Dirigiéndose al cardenal Villeneuve, de Quebec, o bien al canónigo Cornette, supo hallar términos particularmente elogiosos en este sentido.

En la Rover-Moot de Ingaroe, en Suecia, en la que yo había representado al canónigo Cornette, mientras recorría el campamento con André Cruiziat, nos encontramos con Baden-Powell. Designando con un gesto mi hábito blanco de dominico, me dijo: «Estoy contento de verle por aquí»; después, acentuando cada una de estas palabras, añadió: «Usted, y de esta manera.»

Al final del Jamboree de Vogelenzang, en Holanda, había hablado de la paternidad divina, fuente del amor fraternal entre los scouts, y había suscitado con sus palabras un

96 En el transcurso de esta peregrinación, Pío XI vino a celebrar una misa rezada en el altar* de la Confesión de San Pedro, cosa que, según se nos hizo notar, constituía una innovación fuera de todo hábito. Fue, pues, en este septiembre de 1925 que se celebró la primera misa dialogada, que sería el punto de partida de toda la Iglesia para la celebración activa de las misas «rezadas».

clima de rara intensidad religiosa. Como yo le hiciese compartir mis opiniones en el curso de una reunión íntima en la misma noche, y le hablase de la naturaleza profundamente religiosa de su Escultismo, me respondió: «Creo firmemente que usted tiene razón. Mientras hablaba esta tarde, Dios estaba muy cerca. Creo que es Él quien ha inspirado mis palabras. No he dicho lo que pensaba al llegar. Me he sentido inspirado en el mismo instante.»

Lady Baden-Powell, que asistía a la conversación, me confió que en la época en que el general dejó el ejército, rogaba sin cesar para saber lo que Dios quería de él y bajo qué forma podría continuar sirviendo. Fue durante esta plegaria y esta reflexión cuando tuvo la idea de fundar la primera tropa scout.

* * *

Hasta ahí, en cuanto al hombre. Veamos, ahora, en cuanto al método.

En el Jamboree de Moisson, el cardenal Griffin, arzobispo de Westminster, dijo que el Escultismo ha hallado tan perfectamente los elementos para una educación natural, que podía tener un asentimiento universal. En todo el mundo y para los chicos de todas las lenguas y de todas las razas es atractivo y eficaz. El cardenal subrayaba las afinidades de este universalismo con el catolicismo y cómo le podía preparar el camino de las almas.

Los católicos no podían menos que reconocerse en la nueva caballería de Baden-Powell, porque se había inspirado en la gran institución medieval. Con ella tiene parentesco nuestro movimiento. De ella ha recibido su medula sustancial. La obra emprendida por la Iglesia en la Edad Media ha encontrado, simplemente, inesperada prolongación en lo que se ha llamado, con cierto énfasis, la Caballería de los tiempos modernos.

Por una segunda razón, más profunda todavía, la Iglesia ha podido hacer suyo el *método* de educación de Baden-Powell: a causa de su verdad esencial que le da un carácter de universal eficacia. Observador genial de la humanidad concreta, Baden-Powell ha hallado los fundamentos naturales de la educación. No podía por menos de estar de acuerdo con el pensamiento católico que siempre, con celo constante, ha defendido las realidades de la naturaleza y de la gracia.

Formar caracteres, utilizar para ello la vida en los bosques, engendrar hombres sensibles y buenos al par que robustos, hacer colaborar para su desenvolvimiento la creación magnánima, son las cosas que Pío XI amaba en el Escultismo. Cuando en el Vaticano, en el patio del Belvedere, nos hablaba de la influencia maravillosa de la montaña para despertar el sentimiento religioso, quedó invadido por tal emoción que le hizo llegar a un verdadero lirismo.

No me causaría sorpresa el que Pío XI hubiese visto mucho más lejos que nosotros con su aprobación del Escultismo, y que desde un comienzo hubiese comprendido que esta educación de todo hombre serviría maravillosamente para la reconquista religiosa, no sólo de la ciudad de los hombres, sino de la creación entera, vaciada de la presencia de Dios por el laicismo contemporáneo.

Después de la muerte del general Maud'huy, que fue el primer jefe scout de los S. D. F. y que apenas pudo hacer otra cosa que aportar al joven movimiento el brío de su

entusiasmo y el prestigio de su nombre, Dios puso cerca del canónigo Cornette la colaboración más diferente y más eficaz, en la persona del general Guyot de Salins, el vencedor de Douaumont y de Malmaison, el organizador del Anam. Jamás encontré un hombre que llevase la renuncia a un grado tal de heroísmo. Todo lo sacrificó al Escultismo: vida de familia, salud, deseo de entrar en la Trapa. Durante quince años fue el artesano secreto que descubría en provincias los jefes y los apoyos, sitiando con obstinación los obispados. Eterno peregrino, tanto más emocionante cuanto que se había despojado de toda elegancia mundana, de toda elocuencia, salvo las de su nobleza de alma y de su santidad.

Pío XI no se equivocó y le honró con una estima y una amistad realmente excepcionales. En cada uno de los viajes que el general hacía a Roma para ver a su hija carmelita, el Papa le recibía durante largo rato.

En la última audiencia que le concedió, pocos meses antes de su muerte, el general De Salins comunicó al Santo Padre su voluntad de retirarse y dejar la función de jefe scout al general Lafont. Como Pío XI le dijese, con una punta de humor: «¿ Por qué queréis marcha-” ros? Sois joven todavía», el general respondió: «No, Santísimo Padre, ya no soy joven, soy viejo. Por otra parte, Vuestra Santidad lo sabe muy bien: ¡tenemos la misma edad!»

Pío XI imponía mucho a sus visitantes, que se mostraban tímidos delante suyo. De ahí que amara a esta alma enérgica y de franca rudeza, incapaz de la menor adulación, de ostentación alguna, amigo de la verdad y de la precisión, igualmente caras al gran Papa⁹⁷.

Los primeros *Scouts de France* nacieron de un doble amor : el de Francia, para alzarla de sus ruinas, y el de Cristo, para hacerle reinar sobre la tierra. Jamás se había visto algo que era más que una obra: un *Movimiento*. Una organización en la que a los jóvenes seculares se les confiaba la labor espiritual de educación y de apostolado. Nunca tampoco se había visto este reparto de las funciones, esta colaboración, esta amistad entre sacerdotes y jefes. Unos y otros, dejando las prevenciones inherentes a su superioridad de adultos, para hacerse semejantes a los pequeños y a los humildes que querían evangelizar. Tan perfectamente, que altas personalidades de la Iglesia, una de ellas el cardenal Feltin, en aquel entonces arzobispo de Burdeos, con ocasión de un Congreso de jefes, pudieran subrayar que el tipo mismo de la Acción Católica moderna se hallaba prefijado en el Escultismo antes de que fuese formulada por el papa Pío XI.

97 El autor de este libro, que empezó siendo Jefe de una Tropa de los alrededores de París, la 1.ª de Villemomble, luego Comisario provincial adjunto de Ile-de-France, fue el primer Consiliario Nacional de la Ruta. Ingresado luego en la Orden de Predicadores, fue nombrado Consiliario de la Ruta universitaria de París. De 1936 a 1955 asumió el cargo de Consiliario General, sucediendo al canónigo Cornette, quien quiso recibir de su mano la Extremaunción y el Viático. — (N. del E.)

UN SERVICIO MÁS ALTO⁹⁸

El despertar de vocaciones sacerdotales o religiosas ha proseguido con continuidad en la Asociación desde hace veinticinco años.

A principios de 1952 el arzobispo de París ⁹⁹, al recibir al Consiliario general, dijo : «Acabo de estudiar con detenimiento las estadísticas de las vocaciones en los últimos años, vuestro movimiento ha dado más que todos los demás.» Plabiendo hecho esta misma comprobación al ser recibido por unos religiosos, uno de éstos dijo al arzobispo: «Esto se debe al ambiente en que trabaja el Escultismo», a lo que aquél repuso: «No, no se debe al medio en que se recluta, sino al mismo Escultismo».

En 1949 había en el Saulchoir cincuenta y dos antiguos scouts entre noventa y dos estudiantes. En ciertos momentos, en los Padres Blancos, el número de scouts ha sobrepasado la mitad de los novicios. Y, lo mismo ocurre en algunas Órdenes religiosas misioneras femeninas.

El impulso de las vocaciones en el Escultismo es un hecho ya casi reconocido unánimemente. Uno se sorprende mucho al ver la poca atención que el canónigo Boulard le presta en su encuesta sobre el reclutamiento sacerdotal. No puede, evidentemente, ignorar el hecho de las numerosas vocaciones scouts, pero se contenta con apuntarlo en una nota al final de la página ¹⁰⁰: «Se sabe que el Escultismo ha dado vocaciones sacerdotales y religiosas en número casi incalculable. Comparándolo equitativamente con los movimientos populares de Acción Católica, no debe olvidarse que el Escultismo se recluta principalmente entre los medios burgueses y de ordinario cristianos.» ¿Será, pues, connatural a la burguesía el ofrecer con interés sus hijos al sacerdocio y consagrarlos a la pobreza? Creer tal cosa sería conocerla mal. En realidad, lo que salta a la vista es que cuando se introduce el Escultismo en un ambiente, sea el que sea, ayuda al despertar de vocaciones en él. El fenómeno es singular y podría pensarse que, a falta de simpatía, debería producir, por lo menos, curiosidad.

Yo mismo me he dedicado a este problema en ocasión de un Congreso de la Unión de las obras. He aquí para su reflexión algunas leyes que creí entresacar de dicho estudio.

En un fichero especial del cuartel general ¹⁰¹ poseíamos más de dos mil fichas de scouts llamados a ejercer *un servicio más alto*, es decir, ingresados en los seminarios o noviciados.

Conozco una parroquia de suburbio donde durante treinta años no había habido una sola vocación, y donde la tropa de scouts ha promovido tres en diez años.

En cinco años han salido trece vocaciones de una tropa de Poitiers: «Trece Scouts que, así lo escribía uno de ellos, han encontrado como el mejor medio para ser scouts toda su vida (scout en el sentido formal de la palabra) el hacerse sacerdote.»

En el mes de octubre cada correo trae, a mi mesa de consiliario general, el anuncio de

⁹⁸ Con estas palabras se denomina, en Escultismo, la vocación religiosa. — (N. del T.)

⁹⁹ El cardenal Feltin.

¹⁰⁰ Essor ou décliti du clergé fran[^]ais, p. 165.

¹⁰¹ Oficina central de los *Scouts de France*.

que más scouts han entrado en los seminarios y en todas las Órdenes religiosas, sin contar los muchachos jefes.

Aquí hay un fenómeno digno de ser analizado.

Es lo que yo quería hacer abriendo el expediente de estas vocaciones. Y para esto podríamos formular las dos preguntas siguientes:

1. ¿Ha desempeñado el Escultismo un papel efectivo en la historia de estas vocaciones?

2. ¿Se puede sacar de los hechos comprobados una especie de filosofía o de metodología ?

I

¿HA DESEMPEÑADO EL ESCULTISMO UN PAPEL EFECTIVO EN LA HISTORIA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES QUE HAN FLORECIDO EN SUS FILAS?

De los testimonios dados por los scouts llamados al sacerdocio, se pueden clasificar sus vocaciones en tres grandes categorías.

1. Aquellas que estaban completamente formadas antes de entrar en el movimiento y que eran tan sólidas y seguras de sí mismas, que el Escultismo sólo ha sido la ocasión de llevar a la práctica, antes de tiempo, las aspiraciones sacerdotales.

2. Aquellas que preexistían de una manera más o menos consciente y que el Escultismo ha *preservado, cultivado* y a veces *resucitado*.

3. En fin, aquellas que parece haber despertado directamente.

De las primeras, que parece no deben nada al Escultismo y que están en una proporción pequeña en nuestras respuestas, sólo diremos una cosa, y es que el ideal scout, la vida scout, no han sido indignos de atraer o de retener estas almas selectas.

La segunda categoría es, en cambio, muy numerosa. La vocación preexistía en el niño antes de entrar en los scouts, pero sin embargo el Escultismo ha desempeñado un papel considerable:

sea porque ha *preservado* estas vocaciones,

sea porque las ha *reanimado o salvado*,

sea porque las ha *orientado*, ayudando a precisarse la llamada inicial, ayudando a su realización concreta, haciendo evolucionar, por ejemplo, el simple deseo de ser sacerdote hacia la vida religiosa o la vida misionera.

Este papel complejo del Escultismo lo encuentro perfectamente resumido en la carta de Jaime V., scout de Epinal, ahora jesuita:

«Mi vocación existía antes de que fuera scout. Pero el Escultismo ciertamente la ha protegido... iluminado... realizado en parte, al darme este espíritu que me permite entrar en el noviciado plenteramente.

Todos afirman unánimemente que el Escultismo ha *preservado* sus vocaciones, que ha sido una buena tierra de labor. Es como el *leitmotiv* de nuestra encuesta.

Se dan cuenta de los peligros a los que han escapado con su ayuda. *Peligros de fuera*: malos compañeros, placeres malsanos, cine, vida demasiado mundana, depravación del taller; *peligros de dentro*: egoísmo, timidez, pereza del esfuerzo.

Esta *preservación* se ejerce a veces durante años. Y es particularmente más sensible en las vocaciones tardías. La vida scout permite entonces resistir, en circunstancias difíciles, tres, cuatro años, y a veces muchos más. Esta preservación, en algunos casos va tan lejos, que podría llamarse mejor una resurrección.

«A los once años entré en el seminario menor, por un deseo ardiente, escribe J. D., de Autun. Ambiente nuevo, me sentía muy desorientado, lejos de las fuerzas vivas que hasta entonces me habían sostenido.»

Poco a poco se va debilitando, y se convierte, según dice él, en un muchacho mediocre. Pero he aquí que a los quince años descubre el Escultismo.

«Estaba a punto de naufragar.

«Vislumbré un ideal, una resurrección posible.»

Pronto recupera los primeros puestos de su clase. Oigámosle decir : «*El bullanguero se calla, y se hace dueño de sí mismo.* La vida interior, perdida en el seminario menor, se reanima.»

«Gracias a un *ideal muy concreto, muy real*, el Escultismo ha *salvado mi vocación en peligro. Me ha dado una vocación misionera.*» Y el joven Padre Blanco concluye

«Bendigo a Dios por haberse servido de este medio.»

«La idea de ser sacerdote, escribe René F., scout de Viviers, flotaba ya en mi espíritu. Pero si no hubiera estado ocupado por la tropa, si no hubiera tenido a qué entrega:me, me parece que jamás hubiera entrado en el seminario.»

Juan P., de Auxerre, es ingeniero. En el regimiento ha encontrado su vocación. Pero su madre es viuda. Y tendrá que estarse cuatro años a su lado con «todos los peligros de una posición acomodada y de una vida fácil». A los veinticuatro años se le coloca al frente de una tropa scout, y se siente «*empujado por los muchachos hacia la perfección que ellos exigen de su jefe*».

Tanto, que nos dice:

«Si el Escultismo no ha despertado mi vocación, la ha conservado y cultivado maravillosamente, le ha imprimido un carácter que subsistirá para siempre.»

En el seminario menor, Juan L., de Saint-Chamond, *comprendió lo que era el sacerdocio*, pero cree poder afirmar que si no hubiera conocido el Escultismo en el colegio, no habría entrado en el seminario mayor, aunque hubiera acabado satisfactoriamente sus estudios en el menor.

Otro, después marista, reconoce que sin el Escultismo habría perecido en la crisis de la pubertad. Y siente que, para ser un buen religioso, le será necesario seguir fiel a su ideal de rover-scout. Pensamiento al que hace eco este testimonio de un profesor del Seminario mayor: «Todos quedan ligados a su Escultismo.» Centenares de sacerdotes firmarían esta frase de un seminarista de Privas:

«Comprendí que yo, scout, debía ser mejor seminarista; y que seminarista debía ser mejor scout.»

O esta afirmación de un joven benedictino de San Wandrille, que había tenido veleidades en su vocación, luego había dejado de pensar en ello, y que da gracias al Escultismo por haberle *cogido*, por haberle puesto de nuevo el ideal bajo los ojos, y que dice:

«Todo lo de mi vocación lo debo al Escultismo. Es a él a quien debo el ser monje.»

La mayoría de los muchachos que habían sentido con más o menos nitidez la llamada de Dios antes de ser scouts reconocen, pues, que el Escultismo ha tenido una parte considerable, a veces decisiva, en la preservación y la realización concreta de su vocación.

Pero he aquí que se elevan gran número de voces, de una última categoría, y que esta vez proclaman que por medio del Escultismo la vocación se ha despertado en ellos.

La proporción de sus testimonios es la más elevada. Sin duda porque debiéndolo más al Movimiento se han sentido con la obligación de decirlo.

Yo creo que el Escultismo ha sido el principal punto de partida de mi vocación, escribe este interno del hospital, al que se le prometía un brillante porvenir y que gozaba de un raro prestigio entre los estudiantes de medicina.

En efecto, yo fui testimonio de ello, por su abnegación Dios le hizo sensible a su llamada. Le recuerdo asegurando como rover el servicio médico de la primera peregrinación scout a Roma en 1925. Se había extendido una epidemia de anginas, y renunció a verlo todo: las ceremonias del Coliseo, las catacumbas, la misma misa en San Pedro, hasta el Papa, para quedarse a la cabecera de los enfermos.

Los intelectuales raramente llegan al sacerdocio por la intelectualidad pura. Es por el don de sí mismos como merecen ser escogidos. Puede influir también la necesidad de fortalecer sus convicciones, de esclarecer sus dudas, de escapar a las filosofías materialistas. Pero ¿se harían sacerdotes si no sufrieran, por sus hermanos, a causa de este desorden de ideas?

Este profesor del Seminario admite que «el Escultismo es uno de los instrumentos, y quizás el **principal**, de los que el buen Dios se sirvió para hacerle tomar conciencia de su llamada.

»Al entrar al Escultismo no tenía ni idea de ser sacerdote. Sin embargo, nada de extraordinario en la marcha de las cosas, nada de fuertes conmociones, sólo el encaminamiento progresivo por la idea de *Servir y salvar*»⁵.

Otro descubre de golpe la vida cristiana y el sacerdocio; el Escultismo hace de este muchacho, perezoso y dotado de mal carácter, un seminarista de Bourges.

¡Qué emocionante, en su sobriedad, es el testimonio de esta vocación tardía!

«¿Qué debo yo al Escultismo?

«Para empezar, el Escultismo me ha dado tres cosas perdidas a causa de seis años de trabajo en un taller:

»1. El amor y la fe en Cristo...

»2. Una vida digna de ser vivida...

»3. El verdadero amor al prójimo, es decir, el olvido de sí mismo al servicio de los demás.

»Luego el deseo de una vida generosa y siempre más perfecta, salido de un Escultismo activa y plenamente vivido, decide mi vocación. Resolví darme a Cristo y a las almas sin esperar recompensa.»

Es en el grupo de las vocaciones tardías donde se nota más la influencia scout. En su mayoría intelectuales: politécnicos, ingenieros, científicos, que la llamada de Dios arranca de sus estudios o de sus carreras. Han visto el final de todas las cosas, han notado en ellos mismos un vacío inexpresable, han asistido al derrumbamiento de sistemas. No quieren saber nada más que Jesucristo. En El solo radica la salvación del mundo. Es a El a quien

quieren conocer antes que a nadie y a quien quieren devolver el mundo. Tomando las palabras de Santo Domingo dirían gustosos: «¿Podemos estudiar en libros muertos, mientras que nuestros hermanos se mueren de hambre, de hambre del espíritu y del cuerpo?»

Pero a su lado no podemos dejar de citar la hermosa historia de este obrero:

«Huérfano de padre y madre, fui educado por mis abuelos. Mi abuela era una mujer muy buena que había conservado la fe de sus antepasados. Mi abuelo era un honrado artesano que en otro tiempo lo había corrido todo sin dejar nada por ver, y que no practicaba desde la edad de trece a catorce años. En la escuela laica de mi pequeño pueblo adoptivo cursé los estudios primarios.

»A los doce años, siendo mis abuelos ya viejos y no pudiendo subvenir a los gastos que suponían unos estudios largos, dejé la escuela con un simple certificado de estudios elementales. Durante este tiempo había asistido al catecismo y había hecho una sola comunión solemne. Entré entonces en casa de unos amigos exportadores, donde sólo estuve un mes, debido a la dureza del trabajo. Siendo demasiado joven para entrar en una imprenta, esperé tener los doce años y medio trabajando en un bazar. En enero empecé mi aprendizaje de tipógrafo en una empresa socialista.

»Después de mi primera comunión, practicaba cada vez menos, hasta que mis prácticas religiosas se extinguieron por completo. Era miembro de las *Juventudes laicas y republicanas*. Un año después de mi entrada en la imprenta, un compañero me comunicó que se hacía scout. Entonces eran solamente tres los que habían entrado en el tercer grupo Le Mans. En seguida el atractivo del uniforme, un poco de orgullo y una naciente intrepidez, me hicieron entrar en el deseo de ser scout. Yo aceptaba todo el reglamento, pero el hecho de asistir a misa cada domingo no me satisfacía mucho. En suma, todo lo demás me tentó, y por fin entré en el movimiento.

»Y fue oportuno, pues ya empezaba a frecuentar amigos bastante dudosos y la vida en el taller era espantosa, tal era el éxito que tenían las groserías y los actos obscenos. Me gustaba vivir el ideal scout, pues yo tenía cierta aversión por las pasiones viles y sucias, pero el frecuentar la iglesia y los sacramentos no me decía casi nada. Me acuerdo que, cuando me enteré que el reglamento comportaba el acercarme al menos una vez al mes a la sagrada Mesa, escribí a mi jefe diciéndole que quería abandonarlo todo y hacerme E- D. F. para no tener estas preocupaciones. Finalmente, se arregló todo y me quedé en mi tropa.

«Más tarde conocí a un buen Padre benedictino que empezó a desbrozar y a quitar piedras de mi alma, sembrando en ella algunas buenas simientes. Sin embargo, las caídas eran numerosas, y mi cristianismo era para mí una rutina y no una verdadera vida.

«La falta de jefes me hizo tomar el cargo de ayudante. Así pude darme a fondo, pues yo amaba a los muchachos de mi edad. De todas maneras las debilidades humanas me hicieron luchar duramente, y quería dejarlo todo, pero era demasiado orgulloso para retroceder y abandonarlo completamente, y en mi interior sentía que era necesario que me quedara cerca de mis hermanos scouts. Por fin llegué a Le Mans, donde entré en un clan, en el que encontré un consiliario excelente.

»Poco a poco, gracias a los campamentos volantes, a las completas cantadas al anochecer, a las meditaciones durante las marchas, descubrí lo que verdaderamente es

Cristo. El Padre (mi consiliario) me ayudó en ello, y así me fui elevando despacio a través de muchos tropezones, pero ya viéndolo todo más claro. Este deseo de ideal, esta necesidad de darme a los demás, la tengo por Cristo. Estaba en este momento en el Camino, y al sentir la llamada del gran Jefe, acepté; estaba preparado.

«Ésta es la historia de mi vocación. No quisiera atribuirle al Escultismo, pero es un hecho que el Señor se sirvió del Escultismo para hacérmela descubrir.»

Una vez establecidos los hechos, ¿nos sería posible discernir *cómo* el método scout ha podido actuar de esta manera?

El Escultismo, dicen muchos de nuestros comunicantes, les ha ofrecido *un ambiente, un clima*, hecho de ocasiones, vida litúrgica activa, amor fraterno, servicios concretos, muy propios a la eclosión o al desarrollo de sus vocaciones.

Para algunos el Escultismo ha sido una revelación de la *alegría del orden, de la disciplina y de la colaboración*.

El *campamento* habrá sido para muchos el camino de Damasco, una especie de «retiro al aire libre» más eficaz seguramente que unos ejercicios en completo retiro, a causa del don de sí mismo, constantemente requerido para la buena marcha de la vida colectiva. Otros se acuerdan con precisión que la hora de Dios ha sonado en Chamarande¹⁰² o en tal campamento de Lourdes.

Pero el gran motor de las almas parece haber sido las *verdaderas responsabilidades* que desde muy jóvenes han visto que les eran confiadas.

«A los once años y medio, escribe este antiguo scout de un distrito *rural*, yo ejercía el papel de guía de patrulla. Las dificultades no faltaban al joven guía de patrulla cuyos muchachos, a veces mayores que él, le pasaban un palmo por encima de su cabeza... Estos deberes fueron para el consiliario la ocasión de:

»*abrir mi espíritu* a la noción de sacrificio, de la oración necesaria para ganar el corazón de los hombres;

»*exaltar la misión del jefe*, que debe dirigir sus hermanos a Dios.

«Todas estas nociones contribuyeron a construir en mí el ideal del sacerdocio.

Yo *era un píllete*, escribía Ded a su consiliario, muchacho que había entrado en el Escultismo sólo por los juegos y la vida al aire libre. Pero he aquí que nombrado guía de patrulla, comprendió *que sólo llegaba al corazón o al alma de los demás amándolos mucho* y que no se les podía pedir otra cosa sino que hicieran lo que uno mismo empezaba por practicar.

Era tan egoísta, confiesa Oliver, *que no pensaba en absoluto en darme enteramente a Dios*. Pero habiéndosele encargado de rehacer la tropa número 1 de Beirut, el peso de las responsabilidades le introdujo en la gran alegría de la abnegación. Hasta que al fin se entrega totalmente, Dios le toma y le conduce al noviciado de los Asuncionistas.

«El Escultismo ha sido el medio empleado por la Providencia para llamarme al sacerdocio, *nos dijo Jaime, sacerdote de Aix*.

«Este deseo no ha tomado verdaderamente cuerpo en mí hasta que fui nombrado guía de patrulla. Es ahí donde pude ver palpablemente el valor del alma de un muchacho, sintiendo que, además de los problemas técnicos, de concursos entre las patrullas, yo

102 Chamarande es el nombre que se da entre los S. D. F. a los cam- pos-escuela para jefes. — (N. del T.)

tenía la *responsabilidad* de mis scouts, a los ojos de los cuales yo representaba ser el scout tipo y, por consiguiente, el cristiano tipo.

Para dar a los demás aquello que necesitan, Mary L., de Enghien, llegado tarde al Escultismo y a pesar suyo, se pone a profundizar, desde que es guía de patrulla, su vida anterior, y a descubrir el don de sí mismo. Considera la llamada de Dios «como el coronamiento normal de su Escultismo de jefe.

Gérard, nombrado guía de patrulla, encuentra en ello el gusto por el esfuerzo.

«Los muchachos formaron en la paciencia al joven guía de patrulla que yo era. Dos o tres cabezas locas a las que era necesario prestar un cuidado especial, difíciles de gobernar, chicos exuberantes y díscolos a toda disciplina. Las horas que tuve que pasar para hacerlos comprender su Escultismo me enseñaron a conocerlos y por lo tanto, a amarlos.

»Las dificultades que me creaban los chicos, los golpes duros que encajaba la patrulla, me llevaron a comulgar con más frecuencia para rehacer mis fuerzas cerca de Cristo.

»Puedo decir que es el Escultismo quien me ha hecho gustar la belleza de la Eucaristía y me ha conducido poco a poco a la comunión diaria.»

A esta experiencia, he aquí otra conmovedora réplica. «*Joven scout*, escribe André, de Lille, *tuve dificultades*», y es la abnegación de su joven guía de patrulla la que despierta en él el sentido del sacrificio. Pronto, a su vez, por el *sentido de las responsabilidades*, por el esfuerzo y por el gozo de estar al servicio de sus scouts, sentirá crecer en él la atracción del sacerdocio.

En estos muchachos el Escultismo ha desarrollado la lealtad. También desde el momento en que deben dar ejemplo, por una especie de lógica, quieren conformar toda su vida a su ideal, y haciéndolo así llegan a ser unas presas indicadísimas para la misericordia de Dios.

En el Escultismo de los Scouts de France, se han confiado responsabilidades apostólicas a muchachos y a jóvenes jefes, se ha hecho como decía su eminencia el cardenal Feltrin, Acción Católica antes de ella misma y los resultados están ahí para demostrar la excelencia de este método.

Otro elemento de la vida scout parece haber tenido un papel considerable en la historia de las vocaciones; se trata de la presencia del consiliario, cuya única función es la de ser *un sacerdote*, un sacerdote que estará libre de preocupaciones materiales, y de mandatos exteriores, un sacerdote que evitará *querer ser un poco el jefe*, antes al contrario, *sabrà hacer que su jefe sea un poco sacerdote*, según fórmula del canónigo Signargout, primer consiliario diocesano de Bourges.

Hace un momento he citado cómo un guía de patrulla hablaba del consiliario que a su lado le ayudaba a crecerse ante las dificultades.

Yo desearía que los sacerdotes, que a veces se preguntan cuál es verdaderamente su influencia en las tropas scouts, hubiesen podido hojear mi carpeta. Habrían visto que siempre en el despertar o en el cultivo de las vocaciones ha existido la intimidad que permite la vida scout entre el consiliario y los muchachos.

«¿Cómo no acabar por ser el amigo del consiliario, escribe Yves D., ex interno del hospital, cuando se ha dormido a su lado, cuando se visita con él un museo, un país, un Jamboree?

»Y ¿ cómo no hacerse uno mismo un día la pregunta: *Y por qué no yo también ?*»

¿No hace pensar esta pregunta en el «Tú no me buscarías...» de Pascal?

En el transcurso de los años en que se despierta la vocación de este seminarista de Meaux, se acuerda que entonces pudo *ver un sacerdote de cerca*.

Ver de cerca cómo *vive un sacerdote*. En la intimidad de una vida de familia. Mejor, de una vida de acampador. Un sacerdote cuya única preocupación era la de ser el testimonio del evangelio y el representante de Nuestro Señor Jesucristo.

Sería necesario, en realidad, citar todos los testimonios que abundan en este tema. Ciñámonos sólo a este testimonio pintoresco:

«Yo tuve la ocasión de penetrar en la intimidad de mi consiliario. Entonces pude apreciar cómo, bajo una apariencia ruda y autoritaria a veces, se escondía un alma amante y deseosa del bien de los muchachos... Esto me hizo reflexionar. Y no pude explicármelo de otro modo que *por el sacerdocio*.»

Y concluyamos con E. B., scout de Annonay, ahora sacerdote diocesano de Viviers:

«Durante un año fui guía de patrullas y este servicio me condujo hacia la existencia de un U. S. M. A.¹⁰³.

»El contacto continuo con el consiliario durante el campamento, el ejemplo de los abnegados jefes, las misas por la mañana, los exámenes de conciencia en la velada alrededor del fuego, el papel del sacerdote cerca de los «scouts», me han dado una idea muy alta del sacerdocio y una atracción hacia él.»

II

¿ PUEDE SACARSE DE TODO ESTO UNA METODOLOGÍA ?

Acabamos de asistir a la eclosión de las vocaciones scouts y hemos visto el *cómo*.

¿ Será posible ir aún más lejos y descubrir el *porqué?*

No sin un verdadero miedo avanzo por un jardín tan secreto.

¿Tendrá la elección de Dios sus leyes y se podrán asignar reglas a su munificencia?

Ciertamente nunca una gracia es más gratuita que la de una vocación. Pero para la sabiduría infinita de Dios, gratuidad, locura acaso a los ojos de los hombres, no significa en modo alguno fantasía arbitraria.

Dios, que conduce los destinos, es también quien da a las cosas su *naturaleza*. Y es respetando el juego de estas naturalezas como, sin embargo, Dios las dirige. Cuando a una naturaleza le hace sentir Dios una llamada que se transforma en un *deber*, es que por debajo, y con anterioridad, la había provisto de un *poder*.

¿Hay, pues, naturalezas orientadas hacia el sacerdocio? ¿Sería posible cultivar temperamentos espirituales de tal manera que fuesen como dirigidos hacia el sacerdocio?

Parece que tal hipótesis sea conforme a lo que acabamos de decir sobre la sabiduría de Dios, así como a la experiencia de las vocaciones analizadas.

Una vocación puede parecer exteriormente sorprendente, imprevisible. No se puede

103 USMA = Un Servicio Más Alto.

pensar que sea jamás una obligación impuesta por Dios, desde fuera, a un alma que no tendría en sí misma nada para corresponder.

Esta visión teológica está de acuerdo con el Derecho canónico. Es por las disposiciones por las que el obispo deberá juzgar la vocación. Como lo recordaba S. S. Pío XI en su encíclica sobre el sacerdocio, una vocación no es ciertamente una corazonada, una atracción sensible, sino una recta intención unida a un conjunto de *dones físicos, intelectuales y morales*¹⁰⁴.

La vocación no es una llamada que resuena a la manera de una palabra humana: es la secreta inclinación de un temperamento, el punto de convergencia de un conjunto de cualidades. Cuando Dios llama hacia Él, es que en realidad ha preparado a aquel a quien llama para dirigirse hacia Él. El hombre puede decir no. No está obligado a caminar. Pero en la inclinación de su ser había sentido que Dios le atraía.

¡Qué bello es seguir, a través de generaciones, la mano de Dios que preparara un alma de sacerdote, hasta el día en que la gracia, adueñándose de una aptitud natural más desarrollada, la perfecciona y la hace iluminar todo el ser moral¹⁰⁵.

¿Qué había, a los ojos del mundo, en un Carlos de Foucauld para hacer de él un sacerdote?

Quizás este gusto por el heroísmo, del cual Dios se sirvió para hacer un gigante de la penitencia y de la oración.

Otras veces, como decía uno de los que respondieron a nuestra encuesta, no hay sacudidas. Es por una especie de desarrollo armonioso, de una expansión interior, como la vocación madura y se hincha como una fruta que se desprende en el jardín de Dios.

Un temperamento espiritual está en parte entregado y en parte adquirido. Cuando nacemos llevamos en nosotros los sueños generosos y las faltas de nuestros antepasados. Es en este determinismo relativo donde deberá jugar nuestra libertad. El drama de nuestra personalidad es la lucha entre lo que hemos recibido y lo que debemos ser.

El canónigo Lieutier lo sabía muy bien, él que tanto había trabajado en el reclutamiento sacerdotal y que buscaba suscitar en muchachas muy jóvenes aquellas aspiraciones que las harían madres de sacerdotes.

En este conflicto entre la libertad y los atavismos, la educación tiene su papel. Puede venir en ayuda de una libre elección. Puede ayudar a oír la llamada de Dios. Puede ayudar a tomar lo mejor de entre las múltiples posibilidades, los recuerdos, las reminiscencias y los obstáculos que hay en cada uno de nosotros.

Y esto es lo que explicaría que el Escultismo, desarrollando ciertas virtudes casi sacerdotales, pueda ser en las manos de Dios el instrumento que ha hecho surgir tantas vocaciones.

El papa Pío XI recordaba estas virtudes sacerdotales no hace mucho tiempo. Y yo veo en ellas un parentesco con las virtudes sobre las que el Escultismo católico ha hecho hincapié.

Antes que nada, dominando el examen de las virtudes del sacerdote, el Papa pone de relieve el valor del ejemplo: *Un predicador que no se esforzara en confirmar con el ejemplo de su vida la verdad que anuncia, destruiría con una mano lo que estuviera*

104 Cf. encíclica *Ad catholici Sacerdotis Fastigium*.

105 Cf. lo que dice a propósito de las virtudes el R. P. GAURIGOU-LACKANCE, *Amour de Dieu*, t. I, p. 335.

*construyendo con la otra*¹⁰⁶.

Según esto, *el ejemplo* es el meollo mismo del método scout. Hay en ello un humanismo profundo: el hombre, para tomar conciencia de sí mismo, tiene necesidad de ver su ideal encarnado en la vida de los demás, de grandes almas o de santos. Es el secreto pedagógico de la Encarnación del Verbo. Y para los jefes, hemos visto cuán estimulante es el tener que vivir bajo los ojos de muchachos que quieren leer en su rostro querido, aproximación del de Cristo, la lección de su propia vida.

La primera de las virtudes del sacerdote es la *piEDAD*, prosigue el Papa¹⁰⁷. *El scout ve la obra de Dios en la naturaleza*, replica la Ley. Para un verdadero scout, Dios, descifrado en el gran jardín de la creación, será antes que nada Aquel del cual somos hijos, Aquel a quien dará gusto rezar frente a los grandes espectáculos de la naturaleza, en las meditaciones de la noche y en las misas matinales. Dios ya no será una abstracción lejana, sino verdaderamente el buen Padre, Todopoderoso y Dueño del mundo.

La *castidad*. *El scout es puro de pensamiento palabra y obra*. Y no soportará la castidad con vergüenza, como si fuera un yugo, sino que la amará y se sentirá orgulloso de ella.

El *desinterés*. «El sacerdote católico debe hacerse notar por su desinterés». Al pequeño scout, que un día será jefe, se le pregunta: «¿*Qué ventajas materiales esperas de ello?*» Y él responde con una orgullosa prontitud: «*Ninguna.*»

¿No debe practicar cada día su B. A., cuya esencia misma es la gratitud, el ser desconocida y desinteresada?

A fin de agotar completamente mi estudio, debería haber explicado toda la parte que en el despertar de las vocaciones tuvo la B. A., servicio cotidiano, concreto y sin otra recompensa que la de agradar a Dios.

El celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas tiene como réplica: «El scout está hecho para servir y salvar al prójimo.»

El sacerdote debe ser disciplinado, y la Ley dice: «El honor del scout consiste en merecer confianza... El scout es leal a su país, a sus padres, a sus jefes, a sus subordinados.»

La vida scout bien conducida debe desarrollar la lealtad, que fundamenta la actitud verdadera por excelencia del sacerdote para con su obispo. Habitúa a ver en el jefe a aquel que encarna la Ley y la precisa en su aplicación corriente, aquel que se desvive antes que nada por el bien de todos, y frente a quien se impone la sumisión, ya que ésta es la condición del bien común.

Este breve paralelo demuestra que hay un parentesco entre las virtudes recomendadas a los sacerdotes y las que desarrolla el Escultismo. Pero también parece que hay una explicación del gran número de vocaciones salidas del Escultismo en su *pedagogía activa*, que hace practicar a muchachos unas virtudes que graban en ellos una silueta sacerdotal y les disponen al sacerdocio.

Sin duda alguna, cada alma, en la toma de conciencia de su destino, en la elección que hace de la orientación de sus posibilidades, en el juicio que le imponen las circunstancias, en las razones de su aquiescencia, reacciona al toque misterioso de Dios de una forma

¹⁰⁶ *Loe. cit.*, p. 22.

¹⁰⁷ *Loe. cit.*, p. 23.

personal. El misterio final de una vocación no tiene explicación racional, pues ha sido necesaria aunque sólo sea en un relampagueo instantáneo, una de estas iluminaciones secretas, una de estas persuasiones íntimas, que a nosotros nos gusta poner en la cuenta del Espíritu Santo.

Pero de la misma manera que el alma de buena voluntad adquiere un derecho a la luz y a la gracia de Dios, es bueno pensar que los educadores puedan preparar como unos esbozos de sacerdotes que el Creador podrá tomar de la mano para llevarlos al pie del altar, y en quienes, el día de la ordenación, infundirá un poder nuevo, los erigirá entre el cielo y la tierra, mediadores entre Dios y los hombres, sacerdotes para la eternidad.

No puedo terminar este capítulo sin añadir en alabanza de aquellos que nos precedieron a la cabeza de los *Scouts-de-France*, que si bien ellos no tuvieron como fin primero el hacer *sacerdotes*, sino *hombres*, jamás hicieron nada para disputar a Dios aquellos que El había escogido.

Algunos de los que respondieron a la llamada de la Iglesia dudaron de hacerlo para quedarse al servicio del Movimiento, y éste, es necesario remarcarlo, nada hizo para desviarlos de la llamada de Dios. En algunos sitios la donación ha sido tan generosa, verdadera transfusión de sangre, que si algunos seminarios han sentido palpitar su corazón a un ritmo largo tiempo olvidado, el Escultismo casi ha desaparecido.

Revivo ahora la confusión de uno de nuestros más célebres consiliarios.

Sobre las ruinas y las tumbas de la guerra juró a los muertos rehacer una cristiandad, y para ello ayudar a la constitución de hogares ardientemente cristianos.

Después de años de esfuerzos logró reunir a su alrededor una pléyade de muchachos y muchachas jefes. Y he aquí que, bajo el soplo de Dios, en menos de un año todo se dispersó. No quedaba nada. Dios lo había tomado todo. Con la espalda curvada, y el caminar más pesado, el Padre se puso de nuevo al trabajo, como un labrador después de la tormenta que ha devastado la cosecha.

Pasaron seis o siete años antes de que comprendiera.

Cuando se celebraron las primeras misas, y cuando, después de esta primera generación de sacerdotes y religiosas, hubo la eclosión de hogares scouts con muchos hijos, comprendió que Francia se rehacía, pero que antes habían sido necesarios sacerdotes.

Recuerdo perfectamente al general De Salins cuando fui a despedirme para entrar en religión. Con su bella rudeza de militar me dijo: «Todo esto que me dices me sabe mal.»

Luego, tras un momento de recogimiento, añadió con un tono de gran nobleza: «¿Ves? He tenido una vida muy llena. Pues bien, si tuviera que rehacer mi vida, haría lo mismo que tú.»

Y también recuerdo el aspecto radiante que tomaba el canónigo Cornette, él, que tenía una idea tan alta del sacerdocio, cuando se enteraba que uno de sus hijos, aun a riesgo de desmembrar parcialmente su obra, entraba en el seminario.

Por encima de las tropas y los campamentos se ha constituido un Escultismo más extenso. En los claustros y en las misiones, en las parroquias y en los conventos se ha forjado una inmensa cadena de misas, de oraciones y de sacrificios.

Habíamos deseado hacer *hombres, cristianos*. Dios ha querido, para colmo, hacer *sacerdotes*, religiosos y religiosas. ¡Sea bendecido por ello! Ya que Dios ha trabajado con

nosotros en esta obra, seguramente se dignará utilizarnos, ciertamente con muchos otros, pero en un buen sitio, para recristianizar nuestra vieja Francia, y los países que despiertan en el mundo, en particular el África negra, a la vida de Cristo.

ESPIRITUALIDAD DE LOS «SCOUTS DE FRANCE»

A MANERA DE CONCLUSIÓN

¿Existe una espiritualidad scout?

Para aquellos que encontraron su vida espiritual en el Escultismo no les cabe la menor duda; aunque a menudo les es difícil definir en qué consiste.

En los principios del Movimiento scout se dio el caso de que algunos jefes jóvenes llegaron a pronunciar esta palabra de una manera espontánea. Naturalmente nosotros no poníamos en esta palabra un sentido especial del dogma, ni un nuevo método de oración o de unión con Dios, ni tampoco la práctica de una devoción particular.

Tomando las cosas en general, sabemos que las distintas espiritualidades nacieron en la Iglesia, ya sea por la influencia de un hombre, ya sea por la vida de un grupo, comunidad, orden religiosa o colectividad nacional. Así se puede hablar de una espiritualidad paulina o ignaciana, de una espiritualidad franciscana o dominica, de una escuela francesa o española.

Puede darnos algo de luz el hecho, fácil de notar, de que el temperamento de un pueblo, sus costumbres y sus hábitos dan un sello especial a su práctica de la religión. Algo así es lo que pasa con el Escultismo. Basta abrir los ojos para darse cuenta de que es una comunidad con unas costumbres propias, una manera especial de tomarse la vida.

La gran facilidad con que muchachos scouts que no se han visto en su vida se ponen en seguida de acuerdo, demuestra palpablemente que hay entre ellos un espíritu y unos gustos comunes, una manera de ser. Su temperamento ha sido moldeado por una pedagogía activa, que hemos visto suponía una moral situada en la línea de la moral del Bien, opuesta a una moral de prohibiciones y de casuística.

Este temperamento se encuentra orientado al servicio de los demás por la Ley scout, y confirmado por el compromiso de estar preparado «en toda circunstancia», lo cual constituye la Promesa. Todo esto engendra un estilo de vida: «Un cierto estilo, escribía el P. Doncoeur, es lo único que un día nos quedaría del Escultismo; una manera joven, simple y sonriente de vivir; un gusto por el aire libre, por el esfuerzo; una cortesía, un ser servicial, una elegancia. Ni la edad, ni las ocupaciones nos privarán de ser así, toda nuestra vida, perfectamente scouts. Al contrario, cuanto más nuestra personalidad tomará su forma, su carácter, cuanto más se ensanche el círculo de nuestra influencia, tanto más podremos ser realmente scouts. Y esto en todos los órdenes...»

Por lo tanto, es normal que llegando *caracterizados* de esta manera a la posesión del dogma, de los sacramentos, los scouts los reciban según lo que son. Su manera de ser añade a la existencia de su fe cristiana una modalidad. Aquellos de nosotros que están algo familiarizados con la teología y la escolástica saben bien que el sujeto material impone, a la forma espiritual que lo especifica, una *manera de ser* que, aunque sea modesta, es algo perfectamente real.

Es lo que el Consiliario nacional de la Ruta decía en el primer Congreso de jefes rovers en 1931: «El scout de Francia está orgulloso de su fe, y a ella somete toda su vida.

Intrínsecamente el catolicismo concuerda con su Escultismo; en el sentido tomista: le informa. Hay compenetración, animación; de manera parecida a como el alma está presente en todo el cuerpo, y éste está humanizado por el alma... Por una parte, la Ruta de los *Scouts de France* estará toda ella informada por el catolicismo; por otra, su vida religiosa llevará un reflejo, un carácter, un estilo, que la diferenciarán y la condicionarán»¹⁰⁸.

(1)

Intentando describir este estilo, el Consiliario nacional declaraba que su elemento más típico era: «El gusto, la voluntad de ser joven.»

De hecho, joven no significa siempre juventud de espíritu. Demasiados «viejecitos» estorban las promociones. Juventud no sólo se opone a vejez en edad, sino más aún a este envejecerse prematuro que es el *hábito* tomado en el sentido de aceptación, de osificación. Juventud de espíritu, que se opone al escepticismo; facultad de admirar, que se opone al estar hastiado; gusto de emprender nuevos caminos, opuesto al *¿total para qué?* Alegría de vivir, en contraste con la afectación, y quizás el gusto, por la tristeza y la desesperación.

Este gusto de ser joven es uno de los resultantes del Escultismo. Falta buscar cuáles han sido las causas generadoras de una espiritualidad scout.

EL HOMBRE, ESTA CREACIÓN MARAVILLOSA

El Escultismo tiene, tal como hemos visto, cierta concepción del hombre. Reconoce ciertas leyes permanentes de la naturaleza humana, que la observación puede descubrir. Piensa que esta naturaleza lleva en sí impulsos hacia el Bien, es decir, hacia el acrecentamiento del ser, que se pueden desarrollar.

Sin negar aquello que puede ser deficiencia en el hombre, testimonio de una herida profunda de su ser, Baden-Powell y el Escultismo después, se apoyan en lo que hay de positivo, aunque no sea más que el famoso *cinco por ciento de bueno*. La palabra clave es *sustituir para destruir*, hacer practicar el bien para rechazar el mal, tener confianza en lo que la naturaleza del hombre contiene de generosidad y sentido del honor.

Guy de Larigaudie expresa bien lo que hay de positivo en la verdadera moral cristiana y lo que la fundamenta: «Una religión negativa: ¿no harás esto ni lo otro? Ciertamente no, sino un amor a Dios tan profundo, tan intenso, que se tiene a flor de labios todo el día. Esto es positivo y permite aguantar firme contra viento y marea... La castidad es una apuesta imposible y ridícula si no tiene por armazón más que preceptos negativos. En cambio, es posible, bella y enriquecedora, si se apoya sobre una base positiva: el amor de Dios»¹⁰⁹.

Y no del Dios desconocido, y menos aún del Dios abstracto de los filósofos. Todavía estoy oyendo la ironía del P. Doncoeur al comentar las palabras del presidente de un gran mitin de defensa religiosa, que arengaba a sus oyentes en nombre de la Conciencia, del Deber y de la Providencia. «¿El Deber?, ¡no nos importa un comino! Es Jesucristo sólo a quien amamos.»

¹⁰⁸ R. P. DONCCEUR, *Le Chef*, marzo 1932, o *Études*, febrero 1932.

¹⁰⁹ *Étoile au grand large*, Ed. du Seuil.

Henos aquí en los antípodas de ciertas espiritualidades para las que la naturaleza, confundida con la cuna del pecado, se opone por completo a la gracia, y enseñan que es necesario destruir «la naturaleza» para hacer reinar la gracia.

Esta visión pesimista está muy alejada de la concepción tomista de la naturaleza, que, restaurada por la gracia, debe, por el contrario, servirle como soporte. También es una concepción alejada de la del Escultismo, que pide constantemente, en cuanto a educación, hacer intervenir el sentimiento del honor, apasionar al muchacho por su propia formación, y que está de acuerdo con la definición que el P. Sertillanges, fiel discípulo de Santo Tomás, daba de la moral: «La moral no debe ser una recopilación de prohibiciones, sino el arte de dirigirse en tanto que hombre, de vivir según lo que somos, de estar de acuerdo con nosotros mismos y avanzar bajo la dirección de la razón, hacia lo que la razón — iluminada por la fe — habrá reconocido como nuestro ideal.»

Lejos de tratar al cuerpo como a un enemigo, Baden-Powell quiere que sea servidor del espíritu y pide que se le desarrolle, que se le eduque en su agudez sensorial, en su vigor, en su equilibrio nervioso, y que para esto se haga funcionar al hombre en su totalidad: cuerpo, espíritu y corazón.

Frente a la exaltación pagana del hombre y al orgullo prometeico engendrado por el prodigioso desarrollo del poder del hombre sobre la Naturaleza, sería vano reírse de la grandeza del hombre, con el pretexto de volverle a sus justos límites. Al contrario, ¿no es mejor, con la autoridad del entusiasmo del salmista, admirar en esta criatura maravillosa el triunfo de la Sabiduría creadora y del amor de Dios?:

«Cuando contemplo los cielos, obra de tus manos, la luna y las estrellas, que tú has establecido:

»¿ Qué es el hombre, para que de él te acuerdes, ni el hijo del hombre, para que tú cuides de él?

»Y le has hecho poco menor que Dios; le has coronado de gloria y de honor.

»Le diste el señorío sobre las obras de tus manos, todo lo has puesto debajo de sus pies.» (Sal. VIII, 4-7.)

A partir del sentimiento de esta dignidad, se podrá intentar con éxito hacer que el hombre tenga conciencia de sus deberes para con Dios.

Podríamos decir que la juventud nacida con el siglo, enardecida por las victorias obtenidas por el hombre sobre los elementos, ha rechazado el vestido de luto con que los jansenistas habían querido revestir al hombre. Un buen teólogo, M. Masure, escribió, no hace mucho tiempo, que los scouts habían roto definitivamente el hielo de estos sepultureros.

Estos jóvenes resistían al pesimismo de Port-Royal, y aun a ciertas páginas de la *Imitación*, escrita, en verdad, para religiosos. Sentían que en ellos la naturaleza no era del todo mala y que podían utilizarla como incentivo para la gracia.

¿Es que Dios no puede verdaderamente hacer nada con los recursos extraordinarios que se manifiestan en el hombre en determinadas circunstancias? ¿Qué cristiano no habrá vibrado por esta esperanza al leer la historia de Guillaumet?

Hagamos un poco de memoria: el avión abatido por una tormenta de nieve durante su travesía de los Andes. Una marcha continua durante cien días y cuatro noches sin parar, porque cualquier parada podía significar la muerte por congelación. He dicho la marcha,

cuando en realidad debería haber dicho la increíble lucha con la montaña, luego el descenso de cuatro mil quinientos metros, las paredes verticales, las caídas, los pies que se le helaban, y en su interior este único pensamiento para resistir a la tentación del sueño, del olvido, de la muerte: «*Mi mujer, si cree que vivo, creerá que estoy caminando. Los compañeros, si creen que vivo, creerán que estoy caminando.*»

Y he aquí que, contra toda verosimilitud, aparece delante de sus buscadores, desconocido, achicado, calcinado, encogido, casi exánime, incapaz de escapar un momento del sufrimiento del más pequeño de sus músculos, y levantándose a menudo para decir : «*Lo que yo he hecho, lo juro, jamás lo haría ningún animal*»¹¹⁰.

Como haciéndole eco, tenemos este pensamiento de Larigaudie: «Una bestia acosada en la caza produce un esfuerzo mayor que el nuestro en la cordillera birmana. Pero sólo el hombre puede dar un sentido a su esfuerzo. El muchacho de trece años que se levanta un cuarto de hora más pronto para hacer su gimnasia matutina cara a la ventana abierta, hace un esfuerzo de un valor mayor que la carga de una manada de búfalos.»

De esta criatura precisamente, y no de otra, espera Dios un amor y unos gestos dignos del manantial de heroísmo y de grandeza que *en* él ha puesto.

Empíricamente Baden-Powell tiene confianza en el hombre. Los ambientes católicos, influidos por la renovación tomista que devolvía a la naturaleza sus *valores positivos*, y al hombre su *unidad*, no podían más que encontrarse afines con él. Pensaban con Péguy: «No basta con rebajar lo temporal para elevarse a la categoría de lo eterno. No basta con rebajar la naturaleza para elevarse a la categoría de la gracia. Y no basta en ningún modo rebajar el mundo para subir a la categoría de Dios. Porque no tienen la fuerza (ni la gracia) de ser de la naturaleza, creen que son de la gracia».

Hemos visto lo que una moral del honor bien comprendida puede hacer para magnificar, en el cristiano, las realidades de la naturaleza, y de qué manera el Es- cultismo aporta los elementos de solución a este problema.

NECESIDAD DE UN CRISTIANISMO INTEGRAL

He aquí, pues, unos jóvenes cristianos que se han apasionado por' su propia formación, que tienen una idea elevada de lo que el hombre es, y se han comprometido en un camino de progreso. El peligro aparece pronto. Es el de todo humanismo. La criatura rehabilitada, contenta de saber que no hay contradicciones entre el hervidero de vida que hay en ella y el cristianismo, ¿ no irá a complacerse en sí misma ? ¿ No experimentará el hombre, con una especie de voluptuosidad, su grandeza y su poder, que llegará, según una frase demasiado célebre, a sentir *la necesidad de carecer de Dios* ?

Y, por otra parte, sus potencias inferiores, que tan fácilmente se rebelan y se hacen anárquicas con relación a las exigencias del espíritu, ¿ no se sustraerán de su dirección y se desarrollarán cada una por su cuenta ?

UNA DISCIPLINA DE VIDA

El peligro es real. El hombre es, en el pensamiento de Dios, la criatura maravillosa de que hemos hablado.

¹¹⁰ *Terre des hommes*, de Saint-Exupéry, p. 43.

Esto es verdad al principio de la creación, antes del pecado. Será también verdad al final de la creación, rescatada y restaurada por Cristo. Pero es suficiente abrir los ojos sobre el mundo de impureza y de violencia en que estamos inmersos, para comprender que la vida cristiana es un combate duro. Y no solamente contra la carne y la sangre, sino contra los poderes maléficos que están también trabajando en el mundo. Es necesario persuadirse de ello.

La televisión nos hace asistir, a veces, a atroces escenas de tortura, de destrucción, y nos hace participar a ellas con cinismo. No podemos negar de ninguna manera que lo sabemos. Estamos metidos de lleno en el combate al que San Pablo nos quería preparar: «Revestíos con la armadura de Dios para poder resistir las insidias del diablo. Pues no hemos de luchar contra enemigos de carne y sangre, sino contra los espíritus del mal»¹¹¹.

La apostasía de pueblos que han sido cristianos no puede explicarse solamente por razones políticas o económicas. Es necesario que haya habido una falta de «mística» como lo vio tan profundamente Charles Péguy¹¹². El desastre sobrenatural debe tener causas del mismo orden. La debilidad del hombre no explicaría sus negaciones ni sus crímenes, sin la existencia de los poderes maléficos que le inspiran.

La oración y el ayuno son las armas luminosas que Cristo nos ha legado. Y más aún la Eucaristía que engrandece nuestra fe y nuestro amor sobrenatural. La comunión al Cáliz de Cristo es lo que el Señor nos propone para salvar el mundo, cuando nos convoca, a nosotros los bautizados, a la comunión frecuente, a la Eucaristía cotidiana, si es posible, prefiriéndola a todo lo demás.

Ninguna clase de educación puede pasarse sin ascesis. La ascesis, inseparable de toda espiritualidad, el Escultismo la practica a su manera, sin emplear la palabra que, sin duda, produciría repulsión por parte de los muchachos. Será, por ejemplo, la frugalidad y la pobreza de la vida de campamento, los duros esfuerzos de las marchas a la intemperie, el dormir sobre el duro suelo, la vida comunitaria y las múltiples ocasiones de caridad concreta que comporta. Será la abstención del tabaco y del alcohol en el campamento. Será la sumisión al bien común, la obediencia a unas leyes y a los jefes¹¹³.

El Escultismo, hay que convenir en ello, corre el riesgo de confinarse en una naturalidad de perder de vista la penitencia, la conversión (metanoia) que forma parte totalmente de la vida cristiana.

San Pablo, nos recuerda M. Masure: «Había visto esta profunda ley bajo la imagen... hoy tan a la orden del día... del bello atleta de los juegos olímpicos... Avanza en el estadio, grave y recogido, contento y orgulloso, porque siente la llamada del mañana, la vida que remonta en sus formas puras y la victoria que sonrío a sus viriles abstinencias. A su alrededor, a lo largo de las gradas, una muchedumbre de arropados, de anquilosados, de candidatos a la apoplejía o a la gota, le ven pasar y le tienen por una víctima, y le compadecen... Pero él, que pasa viendo el premio y la recompensa a sus sacrificios .. auscultando la vida que corre por sus arterias, ancha, llena, equilibrada, en el espléndido calor físico y moral de sus miembros bien templados, levanta su mano triunfal hacia esta

111 Efesios, VI, 11-12.

112 Diálogo de la historia y el alma carnal.

113 Nunca será demasiado insistir sobre la invitación al perfeccionamiento que para los jefes constituyen las responsabilidades que se les confían. Para el jefe más ínfimo, la necesidad de dar ejemplo, y de tomar a su cargo cuerpos y almas de sus subordinados, es una potente palanca de progreso.

muchedumbre sin alma: «¡ Oh pueblo, esclavo y rey, César sin reino interior, le grita, los que van a vivir te saludan!»¹¹⁴.

Toda escuela de espiritualidad admite que la ascesis tiene sus etapas y que ha de ser ante todo ejercicio, antes de ser sacrificio y locura de la cruz. Podría muy bien ser que el Escultismo, al hacer vivir a sus muchachos en el campamento, al separarlos aunque provisionalmente del confort o de la molicie, hubiera encontrado al mismo tiempo una ascesis que no fuera la ascesis de monjes o anacoretas, sino una ascesis de ciudadanos y padres de familia, de muchachos a la vez vigorosos y castos, destinados a vivir y a trabajar en el mundo.

«APRENDED DE MÍ, QUE SOY DULCE Y HUMILDE DE CORAZÓN»

No hay vida espiritual auténticamente cristiana sin humildad. Se ha temido alguna vez que la *Ley scout* y el espíritu de cuerpo engendraran la autosuficiencia y el fariseísmo. Se trata de un riesgo. También es interesante que este amor a la simplicidad, propio de los scouts, haga romper el barniz de los falsos respetos. A los alumnos del Campo Escuela de Jefes de Chamarande, el P. Sevin hablaba con frecuencia *del caminito* de Santa Teresita de Lisieux. Les hacía notar que también conviene a los jefes este método de educación que pide hacerse igual a los niños que se pretende educar. Ponerse a la altura de los muchachos, respetarlos, no imponerles la propia personalidad, dejar paso a Dios; así es como la humildad hace su aparición en el mundo de los jefes. Si en la vida de cada día conservan esta actitud frente a los demás, su temperamento de hombre quedará informado de esta manera de ser. El colosal fracaso del amor en el mundo, el fracaso en el mundo cristiano de la Caridad de Cristo, parece debido al hecho de que no hemos comprendido el mandamiento de Cristo al decirnos: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado.» ¿No quiere decir esto, siendo *dulce y humilde de corazón*?

EL CONTRAPESO DEL OTRO

En fin, como contrapeso al egocentrismo, amenaza de lodo humanismo, el Escultismo, ansioso de desarrollar al máximo las personalidades, subordinará, con una subordinación voluntaria, el individuo al grupo y pondrá el valor personal al servicio del prójimo.

Es necesario recordar que, para Baden-Powell, el Escultismo se propone: *El acrecentamiento del valor del individuo*, y al mismo tiempo el *civismo*, es decir, el empleo de las capacidades individuales al servicio de los demás. ¿No es como el eco del Evangelio cuando dice: «Encontrarás la felicidad poniéndote al servicio de los demás»?⁹.

A lo largo de la vida scout se solicitará el esfuerzo del muchacho; se pondrá ante sus ojos un tipo de hombre completo, robusto, alegre, feliz; pero siempre la razón final de este esfuerzo será *prepararse* para ser útil.

Por la práctica de la B. A. (buena acción) diaria, se desarrolla el sentido social del scout. Se ha habituado a ver lo que faltaba a los demás y a imaginar en seguida lo que puede hacer por ellos. Cosa muy importante, original y sin la cual no puede darse una caridad intensa. ¡Cuántas personas, hasta religiosos, amando realmente a sus hermanos, estarían

¹¹⁴ *L'humanisme chrétien*, Beauchesne, p. 163.

¹¹⁴ *Guide dti chej eclaireur*, passim.

dispuestos a cualquier servicio, pero no viendo las necesidades no piensan en ellas! Lo cual es el mejor medio, por desgracia, para pensar en sí mismo.

Y he aquí que de este servicio «en toda circunstancia», que se irá ampliando con la edad, brotan en ellos manantiales insospechados de alegría, un canto misterioso que verifica las palabras del Maestro: «Hay más alegría en dar que en recibir.» Esta alegría scout caracteriza al movimiento y se adquiere día tras día por el artículo 8 de modesta apariencia: «El scout sonríe y canta en las dificultades.»

Y he aquí lo que leí en un cuaderno de clan escogido al azar entre otros ciento:

«Navidad 1937, en Villette d'Anthon, parroquia descristianizada, sin párroco. Con la autorización del obispado.¹ Gran trabajo en la preparación material, instalación y desmontaje. Pero resultado: la sala llena en el taller de carrocerías transformado en sala de espectáculos, canciones, representaciones cortas, unas palabras del jefe explicando las razones cristianas de esta reunión de amistad, a continuación el juguete *Misterio de la Compasión de Nuestra Señora*.

»Y después, una iglesia llena para la misa de medianoche... las palabras del consiliario, la comunión, los cantos populares, de el recogimiento entre nosotros, el frugal bocadillo, y tres escasas horas de sueño sobre la paja. Agotamiento. Alegría.»

Como escribía Léon Chancerel: «La alegría es un estado profundo que es preciso merecer conseguirlo y que con todo el oro del mundo no se podría adquirir si no se hubiese merecido.»

Si sólo se hablara de la alegría que nace de la entrega de sí mismo y del sacrificio, se acentuaría demasiado el carácter de austeridad de la vida scout, y se dañaría la alegría de nuestras reuniones.

La entrega de sí mismo más habitual en los jefes es la de consagrarse a la educación de los muchachos, de compartir su vida. Es un apostolado, es un deseo de hacer alguna cosa para que su vida sea más feliz, pero sobre todo para hacerles conocer y amar a Jesucristo. El P. Sevin, jefe del Campo Escuela de Chamarande, evocaba emocionado la seducción de esta tarea y el ciento por uno reservado a los que han escuchado «la llamada del muchacho».

LA ALEGRÍA DE HACER RUTA JUNTOS

Pero entre hermanos y hermanas cristianos hay también el gozo de caminar juntos, de amar las mismas cosas, de estar consagrados al mismo servicio de Dios, de compartir la misma fe y la misma verdad.

De esta alegría hablaba Péguy en sus *Ultima verba*, que son como su última frase inacabada, fechadas el 1.º de agosto de 1914, un mes antes de su muerte: «El católico es un hombre que sabe muy bien que se encuentra en el buen camino espiritual, pero que, aun así, siente el deseo de mirar los postes indicadores. O mejor, que experimenta un gozo, y un gozo profundo, en consultar dichos postes. Una alegría ritual, propia, intercambiable, desconocida para cualquiera que no sea católico, una alegría de rito y de comunidad, una alegría de parroquia»¹¹⁵.

¹¹⁵ *A'ate conjointe*, X. R. F., p. 330. Cf. el comentario profundo de Romain Rolland, quien hace notar que al fin el pelgrino de N\ S. de Chartres escapó al desespero y encontró el manantial de la alegría, *l'égny*, Albin Michel, t. II, pp. 173 ss.

Vida de porte franciscano, que dulcifica aquello que el moralista de la Ley podría haber puesto demasiado tenso; alegría de vivir y de progresar a la llamada del Creador; simplicidad, espíritu infantil que rompe la «respetabilidad» y que hace ser acogedor para con los demás; todo esto concurre a formar la espiritualidad scout, y ello solo podría haber bastado para formarla. Sobre todo si se le añade la renovación del uso del Evangelio meditado en Chamarande, profundizado en la Ruta.

Pero el Escultismo católico, contemporáneo de una extraordinaria renovación de la vida de la Iglesia, debía abrirse ampliamente a ella para que le penetrara todo su ser.

En el principio del siglo xx, esta primavera de gracia resplandece por doquier. Renovación del tomismo haciendo de nuevo honor a una moral que confía en la gracia, mide su trascendencia y le confiere la primacía sobre el esfuerzo. Orgullo de ser cristiano y persuasión de que la luz del Evangelio puede iluminar los intentos de organización social. Despertar de la liturgia, retorno a la mesa eucarística, y muy pronto el nuevo descubrimiento del misterio pascual, centro de la fe y cumbre del culto cristiano. Nostalgia de la unidad entre los cristianos. Importancia misionera de la Escuela de Lovaina, cuyas llamadas hicieron eco en la Ruta.

SALUD DE LAS ALMAS Y SALUD TEMPORAL

El orgullo de ser cristiano, a principios del siglo XIX, recordémoslo, no era una cosa muy corriente. La religión cristiana, desposeída de su prestigio temporal (cosa que fue sin duda una gracia), se encontraba en una situación particularmente humillada. Había sido arrinconada en las conciencias, confinada en la sacristía, y no buscaba otra cosa, en muchos espíritus, que hacerse olvidar.

Toda la apología de un P. Lacordaire ha consistido en hacer tomar conciencia a los cristianos de la grandeza de su fe. Pero en el transcurso de todo el siglo XIX la religión fue sólo un asunto privado, del cual pocos cristianos se sintieron orgullosos, y cuyo brillo fue eclipsado en sus mismos espíritus por el triunfo del cientifismo y de la crítica histórica.

Luc una curiosa paradoja que aquellos mismos que de una manera más encarnizada querían demostrar que la Iglesia era impotente para desempeñar un papel social — y que por otra parte le hicieron un buen servicio liquidando los equívocos de una cristiandad en la que a menudo sólo subsistían formas vacías —, le reprochaban al mismo tiempo su reclusión y aislamiento.

Y he aquí que los «slogans» de un Jaurés, como «el Cristianismo, opio del pueblo», o los reproches de un Izoulet: «el Cristianismo, doctrina de evasión de la Ciudad», van a despertar la conciencia cristiana y a provocar una reacción cuyo final está todavía algo lejano. Después de León XIII, de Pío XI, luego de Juan XXIII, y ahora de Paulo VI, que en la Secretaría de Estado fue un amigo eficaz y competente del Escultismo, se siente segura en la certidumbre de que la religión de Cristo, que no está hecha en principio para organizar la tierra, puede contribuir a ello más que otra cosa por el espíritu de amor y justicia que puede hacer reinar en los corazones y en las instituciones.

Dentro de la corriente de optimismo, vecino del que hemos comprobado en cuanto a la educación del hombre, va tomando cuerpo la persuasión de que las mismas estructuras

sociales se pueden concebir para el bien del hombre, para contribuir a su crecimiento espiritual y, de una manera indirecta, rendir gloria a Dios por estar de acuerdo con la Sabiduría divina.

De la misma manera que la gracia rescata y restaura al hombre, pensamos que también puede rescatar el tiempo y extenderse como una unción sobre la Creación y sobre la Ciudad de los hombres. ¿No era éste el anhelo de San Pío X cuando tomó por lema de su pontificado: *Instaurare omnia in Christo*?

EL PRINCIPIO DE LA ENCARNACIÓN

De aquí se desprenderá una teología de la encarnación en la que se hará representar a la gracia, por analogía con el principio de la penetración de la materia por la forma, un papel de espiritualización no sólo del hombre, sino también del mundo.

Es así como se debió hablar mucho del *principio de encarnación* entre los scouts¹¹⁶.

Cuando lo miramos más de cerca la expresión se hace ambigua. No hay identidad entre la Encarnación del Verbo que asume una naturaleza humana y el don de la gracia a una persona humana «capaz» de Dios, pero irremisiblemente limitada por su personalidad. Y menor identidad aún entre la Encarnación y la penetración por el pensamiento cristiano de instituciones que no son sujeto de gracia.

Parece que el punto delicado descansa sobre el siguiente razonamiento: El desorden en el mundo ha sido el pecado. La gracia ha sumergido al pecado. La creación se restablece en un orden aun más admirable. De ello sustenta la Iglesia una creencia tradicional, pero lo «más admirable» no atañe a la restauración del mundo natural. Se trata de la economía total de la Redención, del don de Cristo y de su gracia. El pecado es ciertamente la causa de muchos sufrimientos que podrían evitarse. Pero no estamos todavía en el nuevo universo, ni en el orden puro y simple de la Encarnación, sino en el orden de la Redención en acción.

Este vocablo, puesto en boga pronto por la mayoría de movimientos de Acción Católica, provocó más tarde en ciertos autores algunas ambigüedades teológicas. Así, por ejemplo, la noción de *Cuerpo místico*, usada por San Pablo para definir la Iglesia como comunidad eucarística y carismática, se extenderá indebidamente a realidades sociales profanas y aun al Cosmos inanimado. El Pleroma, la Plenitud de penetración por Cristo de su Iglesia, se confundirá con una extensión espacial o social, pasará de la categoría de la cualidad y la trascendencia a la de la cantidad.

Pero es necesario hacer constar que este principio de la encarnación ha sido poderoso para hacer salir a los cristianos de su timidez, de su aislamiento de emigrados, así como para destruir en su espíritu la molesta dicotomía que existía entre vida privada y vida pública, entre vida profana y vida religiosa.

Movimiento de educación y no de acción social, que además no tenía aún antiguos adheridos enraizados en la acción cívica, el Escultismo se ha preocupado, desde el principio, del comportamiento personal a la vez que del comunitario, en lo cual veía una

¹¹⁶ André Fosmir. *Le Principe d'Incarnation heroïque*. en «Cahier' du Cercle Sainte-Jehanne». 1930, núms. 3. 8 y 9

primera ruptura con el individualismo. La agrupación de antiguos *Vie nouvelle*, salida del Escultismo, se propone prolongar, independientemente del Escultismo propiamente dicho, esta preocupación en la vida social de los adultos.

Nosotros vemos ahora más claramente que las instituciones sociales o políticas no son sujetos de gracia. Que no se puede tratar más que de inspiración, de armonía; que ya no se está en la evangelización directa y que una prolongación de la Acción apostólica desborda en el terreno político.

Ciertamente los cristianos no pueden desinteresarse de ello; pero inspirados por su fe y por las enseñanzas de la Iglesia, trabajan no sólo *en cuanto* que católicos, sino *en* católico, según la distinción bien conocida de Jacques Maritain. Son necesidades de civilización cristiana y no directamente de Iglesia.

Esta idea de que el cristianismo era un elemento poderoso de resurgimiento humano, de progreso social, de *esplendor humano*, de exaltación del hombre, pero al mismo tiempo de sumisión a Dios, ha suscitado en toda la juventud un gran entusiasmo y un impulso apostólico que todavía no se ha extinguido.

Verdaderamente, la preocupación apostólica fue muy viva en la primera generación de jefes; y eligieron precisamente servir en el Escultismo porque estaban persuadidos de que para rehacer un país cristiano era ante todo necesario educar a la juventud.

EDUCACIÓN Y CONQUISTA DE LAS MASAS

La preocupación educativa debía ser eclipsada momentáneamente por los descubrimientos de los problemas de ambiente y de técnicas de masa. Esta elaboración tiene una importancia que justifica el entusiasmo que ha suscitado. La necesidad de presentar el mensaje eterno de Cristo en un lenguaje y en una forma que se adapte a los distintos estados de espíritu, proviene de la economía de la Encarnación. Es una condición absoluta de la recepción de la Verdad. La necesidad de separar este mensaje de las formas sociales ya caducadas o demasiado estrechas, de trabajar en acomodar las instituciones para que no contradigan la vida cristiana y sus aspiraciones, no es tampoco menos urgente.

El fervor de esta búsqueda apostólica brillará en la historia de la Iglesia, en el haber de estos veinticinco últimos años. Sin duda valía la pena que una acción educativa del tipo de la nuestra fuera a veces algo subestimada.

Ahora se ve mejor que la acción en el ambiente es doble: una, de anuncio del Evangelio, de catequesis y de Pastoral litúrgica, y otra, de acción social y política. Y que un apostolado según las técnicas de masa no se opone a una acción individualizada de apostolado de tipo educativo. Lejos de ser concurrentes estas dos formas de acción se complementan.

El fruto de tantos esfuerzos habrá sido la eclosión de los movimientos de adultos, que prolongan los movimientos de jóvenes, y dan a las aspiraciones de su juventud su realización en la vida de hombres. En ellos se puede comprobar que los jóvenes formados en los diferentes movimientos, al llegar a hombres, pueden comprenderse con facilidad para trabajar juntos en bien de la profesión o de la ciudad.

CON LA RENOVACIÓN DE LA PASTORAL LITÚRGICA

Paralelamente al movimiento de Acción Católica y de irradiación social, pero en un paralelo escondido, como el de un río que circula largo rato bajo tierra antes de dejar escapar su secreto y su fecundidad, el movimiento de renovación de la vida litúrgica aparece con una importancia que seguramente todavía no ha sido apreciada.

No conozco nada más apasionante que el seguir, en esta renovación, la acción del Espíritu Santo.

En Francia la religión, después de la gran prueba de la Revolución jacobina, se ha convertido en un asunto privado. La Iglesia parece movilizada por la contrarreforma. En particular, frente a la negación del dogma de la Presencia real, la Iglesia acumula sus afirmaciones: Congresos eucarísticos, Adoración del Santísimo Sacramento. En compensación del papel social que se ha perdido, se habla del reino social de Cristo en su Eucaristía.

Cada período de la vida de la Iglesia tiene que representar su papel. El Espíritu lo inspira, pues conoce todo el conjunto. Este período dedicado por completo a la defensa del dogma, fijado a la letra, porque todo se mantiene unido y con sólo una letra que ceda todo el pensamiento se va, nos puede parecer estrecho.

Pero ha resistido. Ha permitido que se fomentaran los lejanos manantiales. Ha salvado la verdadera fe en la verdadera Eucaristía. Ha preparado la obra de Pío X.

En 1837 Dorn Guéranger resucita la Orden Benedictina. En Solesmes escribe su *Año litúrgico*. En sesenta años se publican sesenta mil ejemplares. Este *best-seller* de factura erudita y más bien austera habla claro de la acción conjunta del Espíritu Santo en el autor y en el alma de los fieles.

De Solesmes la acción pasa a Beuron, donde por fidelidad a Dorn Guéranger aparece en 1884 el primer misal en lengua alemana. Sería necesario escribir esta fecha con letras de oro en los manuales de la historia de la Iglesia.

Gracias al misal, los católicos descubrirán todo su patrimonio, lo vivirán, se encontrarán de nuevo en los orígenes de su fe.

Cuando Bismarck trastorna la Iglesia de Alemania y expulsa a los monjes, no hay duda que esparce en Bélgica la buena semilla y colabora en el movimiento litúrgico. En efecto, Beuron se refugia en Maredsous, y Dorn Van Caloen, monje de este monasterio, lanza en 1882 el primer misal en lengua francesa. Diez años más tarde funda el priorato de Saint-André-lés-Bruges. Un monje de esta abadía, Dorn Lefévre, publica a su vez un nuevo misal en 1919. Éste debía llegar a Francia después de la guerra y desempeñar el papel que todos conocemos. El movimiento litúrgico salido de Solesmes vuelve a Francia cerrando el circuito.

Durante este tiempo el movimiento belga de participación de los fieles en la liturgia conoció un nuevo crecimiento con Dorn Beauvuin, monje de Mont-César. Se ha podido decir de esta abadía que fue el instrumento privilegiado de la acción litúrgica de Pío X.

Dorn Beauvuin, en 1906, lanza un misal en folletos, por suscripción. Pronto alcanza la cifra de sesenta mil ejemplares, sólo en Bélgica. El pueblo cristiano iba a encontrar, sin darse cuenta, el sentido de la participación en el ciclo litúrgico de Cristo.

Es esto lo que Pío X iba a consagrar: «La participación activa de los fieles en los

sagrados misterios y en la oración pública y solemne de la Iglesia, es el *manantial primero e indispensable del espíritu cristiano*. Las ceremonias nos pueden hacer penetrar profundamente en el espíritu de los misterios, de las verdades o de los hechos que celebramos, y llevarnos a los *sentimientos* y a los *actos* correspondientes.»

Gracias al misal, convertido en el libro de espiritualidad, el libro de iniciación a la Biblia y a los dogmas, los scouts participaron con entusiasmo en esta renovación. Es interesante hacer constar aquí el servicio que un movimiento, cuyo principio es el de hacer participar a sus miembros en su propia formación, rindió al movimiento litúrgico.

El P. Bouyer, del Oratorio, lo hace constar cuando escribe:

«¿Cuáles fueron los comienzos de nuestro movimiento litúrgico? Parece que se los encuentra en nuestros movimientos de juventud, ligados más o menos a la Acción Católica. El Escultismo, ante todo, tiene en ello una gran parte, tanto por el género de vida litúrgica que exige, como por las reacciones producidas en aquellos que ha educado y que en seguida han sido el origen de muchas iniciativas, tanto en los seglares como en los sacerdotes»¹¹⁷.

Al mismo tiempo que el misal introducía en lo más profundo del misterio de la Redención, la misa en el campo daba a los scouts el sentimiento de esta otra dimensión del Sacrificio, que es la de ser acción de gracias. La acción de gracias, la Eucaristía de la humanidad; pero también, a través de ella, de la creación entera.

Me acordaré siempre de aquella misa en la cima del Salève, que domina Ginebra. Había empezado entre la niebla, y luego, de golpe, en el momento preciso de la elevación, he aquí que las nubes se abrieron con opulencia para que apareciese, como diamante esplendoroso de gloria matinal, el Mont-Blanc.

Todos los asistentes se sintieron entonces penetrados de una emoción religiosa hecha de admiración y adoración. Por ellos, verdaderamente, el agradecimiento del mundo se remontaba hacia Dios.

¿Y cómo no pensar ahora en nuestro Guy de Larigaudie?: «Cuando delante del mar, del desierto, o de una noche radiante de estrellas, se siente el corazón hinchado de amor inacabado, es dulce pensar que encontraremos en el más allá algo más bello, más vasto, algo a la medida de nuestra alma, y que llenará este inmenso deseo de felicidad que constituye nuestro sufrimiento y nuestra grandeza de hombres»¹¹⁸.

LA PASCUA DEL SEÑOR

La participación activa en la liturgia con nuestros hermanos católicos — tan conforme a los postulados de una pedagogía activa —, el adentrarse en el misal, en el misterio de la misa, nos debían hacer descubrir el misterio de Pascua en su plenitud.

Esto es lo que nos permite aportar a los ateos de nuestro tiempo una respuesta que no desdice de la inmensidad de sus aspiraciones.

También nosotros creemos en la divinización del hombre, pero por la resurrección de Cristo. Por muy amargo que sea el plazo que nos separa de la consumación de todas las cosas, nosotros sabemos que la victoria está ya obtenida.

¹¹⁷ «Dieu Vivant», núm. 19, p. 85.

¹¹⁸ *Étoile du grand lar ge*, p. 17.

El verdadero hombre nuevo, sabemos que no debemos esperarlo, ni de la ciencia, ni de la sociología o de la psicología de las masas, sino que ha nacido, hombre divinizado, hombre que se transformará en Dios, por el bautismo de la sangre de Cristo.

Sabemos que somos peregrinos del Absoluto, que caminamos hacia la Jerusalén en la que Dios lo será todo.

Esta plenitud de fe puede equilibrar ella sola, y lo vemos a menudo, lo que hubiese «encarnado» excesivamente nuestra preocupación de organizar la tierra.

En un Movimiento como el nuestro, como en la misma Iglesia, los espíritus se repartirán, acentuando

o bien su esfuerzo en la conversión del mundo, o bien su contemplación de la Pascua celestial. Pero la Verdad no puede ser otra cosa que tensión entre estas dos aspiraciones del hombre nacido de la tierra y hecho ciudadano del cielo.

Al volver a reflexionar sobre el misterio pascual, ¿asistiremos a la valoración espiritual del mito de la Ruta ?

Es curioso constatar que si la Ruta, tomada en su aspecto material, ha desempeñado un papel primordial en la espiritualidad del movimiento, tal como hemos visto en el capítulo «El campamento rover», en cambio, la ideología de la Ruta, de la vida del cristiano considerada como una peregrinación, y a la vez como un éxodo, una Pascua y una llegada, ha tenido un papel poco importante, a causa sin duda de la virulencia, en estos veinticinco primeros años, de las preocupaciones de «encarnar» el Mensaje.

No quiero terminar sin decir una palabra de nuestros amigos los santos. Espero que no llevarán a mal el que haya recordado que su culto no ha de entorpecer nuestras vidas, sino que han de ser buenos compañeros que caminen delante de nosotros en la Ruta.

CON LA IGLESIA DEL CIELO

El santo del día, encontrado con Pégy; Juana de Arco, con la que tantas veces hemos revivido la Pasión y la pasión de Francia; Pablo, caballero de Cristo; y tú, rudo Juan Bautista, y tú, gran San Luis, no siempre tan cómodo como parece, y tú, Teresita, a la que no debemos tomar como una pequeña, inofensiva, sino que nos das terribles lecciones, y tú, Francisco, maestro de la alegría porque amabas la Cruz, y tú, Domingo, caminante de las seis peregrinaciones a Roma, de donde no debemos desviarnos, y tú, San Jorge, del cual evocamos el heroísmo con todos nuestros hermanos scouts del mundo.

¿Y qué diré de ti, María? Tú has recibido nuestros primeros cánticos, Nuestra Señora de los scouts. Se ha hecho una extraña alianza entre tú y tus muchachos, no te hemos dejado jamás sola con las oraciones de tus hijas, tú has sido la devoción viril de nuestra vida de hombres.

Virgen celebrada en Le Puy, que has ayudado a morir a tantos de los nuestros; nosotros sabemos que sin ti *la espiritualidad de los Scouts de France*, ni el amor con que nos amamos entre nosotros, habrían tenido su verdadera marca. Virgen aparecida en Lourdes, Madre de la rama de scouts enfermos.

Y nosotros te amamos, te lo decimos quedamente, tiernamente, porque sabemos muy bien que el amarte no molesta en nada al amor que por Cristo debemos a Dios nuestro Padre.

Seguramente se podría resumir todo lo que evoca la *espiritualidad scout* en dos imágenes que se superpondrían: el *Adán*, de Miguel Angel, en la Capilla Sixtina, y el *Buen Samaritano*, de Rembrandt, tan discreto poniéndose de acuerdo con el posadero.

En todo scout hay, en efecto, la ambición de ser un hombre acabado, de trabajar para rehacer en sí mismo y en la medida de lo posible el hombre magnífico de antes de la caída, esa criatura «capaz de todas las pasiones, pero también capaz de Dios».

Pero ¿se puede hablar de esplendor humano en este sentido, cuando se ha visto fluir la vida espiritual de las manos enfermas del *Vieux Loup*, y cuando se ha comprobado que el espíritu scout es el que ha florecido mejor en tal o cual de nuestros hermanos enfermos de la rama de extensión?

La imagen más justa del scout, aquella que poco a poco se graba profundamente en los mejores, ¿no es la del Buen Samaritano, que sólo está contento de ser fuerte y sano, y de ser rico porque así puede *discretamente* socorrer la miseria humana?

Los numerosos scouts y las numerosas muchachas jefes que no han dudado en sacrificar todas sus riquezas de alma y de cuerpo para ir a sepultarse en las lejanas misiones al servicio de los enfermos y de los que están sentados a la sombra de la muerte, representan seguramente el ideal scout en su perfección.

No todos irán tan lejos. Pero todos, guiados por el ejemplo de los mejores, comprenden que para no fallar a su Promesa deben acercarse a este ideal.

Algunos, sin dejar su país o su ambiente, se esfuerzan en imitar en su familia, en su profesión, en su barrio, en su vecindad, el testimonio silencioso de Carlos de Foucauld, a quien tantos scouts admiran y aman. ¿No está hecho el scout *para servir y salvar a su prójimo*?

Sería necesario abrir aquí otro nuevo capítulo para explicar la parte que los scouts han tenido en la elaboración de una espiritualidad renovada del matrimonio.

Los hogares scouts son la corona del Movimiento. Se caracterizan por el deseo de llevar su vida espiritual a dos. La solidaridad de estos hogares entre sí, en una misma población o barrio, por la ayuda material y espiritual, por el estímulo de servir a la ciudad y a la parroquia, por la educación de los hijos, abre unas perspectivas magníficas

FUNDAMENTOS ESCRITURALES DE UN COMENTARIO DE LA LEY

ARTÍCULO PRIMERO

Mat., V, 37: Es, es; no, no.
Mat., X, II: Digno de recibiros.
Mat., XXIII, 5-9: Los falsos honores.
Mat., XXI, 12: El hombre de Dios.
Mat., IV, 9-10: La Tentación.
Mat., IV, 10: «Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás.» Mat., XXVII, 14.
Jn., XII, 43: La gloria que viene de los hombres.
Jn., II.
Rom., V: Espíritu de cuerpo.
Col., III, 9: Mentira.
Ester, XIII, 14: El honor de Dios, honor del hombre.

ARTÍCULO 2.º

Mat., XXIII: Haced lo que os digan.
Mat., XX: Servidor.
Mat., XV, 4.
Mat., XX, 25 : El que querrá ser el mayor de entre vosotros. Jn., XIII, 15: Ejemplo de humildad del servidor de los servidores.
Rom., XIII, 1-5.
Éxodo, XX, 12: Honra a tu padre.
Éxodo, XXXII: Moisés defiende sus subordinados ante Dios mismo.

22 - Escultismo

Artículo 3.º

Mat., XVIII: Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Mat., VII, 12: Todo lo que queréis que los hombres hagan por vosotros...
Mat., XXII, 37: El mayor mandamiento.

Artículo 4.º

Habéis aprendido que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian (Mat., V, 43).
Mat., XVIII, 15: Si tu hermano ha faltado contra ti...
Rom., XII, 17.
Rom., XII, 20: Si tu enemigo tiene hambre.
Heb., XIII, I : Hospitalidad.
I Tes., IV, 9: Sobre el amor fraterno...
Jn., XIII, XIV, XV, etc.

B. A. — Siempre que lo habéis hecho a uno de mis hermanos me lo habéis hecho a mí (Mat., XXV, 40).

ARTÍCULO 5.º

El hijo pródigo (Luc., XV).
Luc., VII: Unción de la pecadora.
I Cor., III, 3.
Filip., II.
Hospitalidad (Heb., XIII, 1).
Lev., XIX: Franqueza.
Isaías, I, 17.

ARTÍCULO 6.º

II Cor., IX: El que da al sembrador 1a simiente y pan para alimentarse, os proporcionará la simiente a vosotros y os la multiplicará.
Ester, XIII, 10.
Isaías, LV, 9: Mientras los cielos...

ARTÍCULO 7.º

Rom., XIII, 1.

ARTÍCULO 8.º

Mat., V, 2.
En todas las cosas mostrémonos como los ministros de Dios por una gran paciencia en las tribulaciones, por la longanimidad, por la bondad... (II Cor., VI).
«Yo rebose de gozo en medio de mis pruebas» (Ibíd., VII, 4).

Artículo 9.º

Rom., XIII, 9-10.

Amor al dinero, raíz de todos los males (I Tim., VI, 10).

Artículo 10.º

Mat., V, 8, y XV, 13: Pureza de corazón.
Mat., V, 27 : Adulterio en el corazón.
Mat., XIX, 20: Fidelidad y celibato.
Para agradecer a Dios: Para los esposos (I Tes., IV, 1).
Templo (I Cor., VI, 18-20).
Que no oigamos decir... —• Palabras deshonestas (Ef., V). Rom., XIII, 12.

BIBLIOGRAFIA

- Aumónier scout, L'**, Presses d'Ile-de-France, París.
- BADEN-POWELL : **Escultismo para muchachos**, Edit. Escultismo, Méjico (**Scouting for boys**, Herbert Jenkins, Londres).
- BADEN-POWELL: **Guía para el Jefe de Tropa**, Edit. Escultismo, Méjico (**Aids to Scoutmastership**, Herbert Jenkins, Londres).
- BADEN-POWELL : **Manual de Lobatos**, Edit. Escultismo, Méjico (**Wolfs Cuhs Handboo**).
- BADEN-POWELL : **Mes aventuras**, Payot, París.
- BADEN-POWELL : **Roverismo hacia el éxito**, Edit. Escultismo, Méjico (**Rovering to success**, Herbert Jenkins, Londres).
- Baden-Powell**, Grupo Scout, Seminario de Vitoria, España.
- BERTOLINI, P.: **Educación y escultismo**, E.L.E., Barcelona
- BLANCHET, Marie-Claude: **Lord Baden-Powell**, Bader-Dufour.
- BOUCHET, H.: **La psychologie du Scoutisme**, Spes (Thèse uni- versitaire), París.
- BOVET, P.: **Baden-Powell, educador de juventudes**, Edit. Espasa- Calpe, Madrid.
- BURNHAM Y BROOK.ES: **La vida de Baden-Powell en cuadros** Edit. Escultismo, Méjico.
- CARPON : **L'Apprentissage de la santé**, Maloine, París.
- CARREL : **L'Homme cet inconnu**, Plon, París.
- CARTÓN : **Diagnostic et conduite des tempéraments**, Librairie Le Fran^ois, 1936.
- Cómo organizar una manada de lobatos**, 3.ª ed., Edit. Escultismo, Méjico.
- Cómo organizar una tropa de scouts**, Edit. Escultismo, Mé-
- Documentos Pontificios sobre el Escutúsmo**, Edit. Escultismo. Méjico (**Documenti Pontifici sullo scoutismo**, A.S.C.i., Roma).
- DONCGEUR, **Memento**, Ed. Cccrle Sainte-Jehaniu.̄.
- FORESTIER, M.-'D.: **Scoutisnte Missionnaire**, Presses d'Illc-dc- Francs, París.
- HÉBERT: **La méthode naturelle**, Vuibcrt, París.
- JOUBREL, FI. : **Le Scoutisme dans l'éducation ct la rcéducation des jeunes**, Presses Universitaires, París.
- fuegos**, Edit. J.O.C., Barcelona.
- LENOIR, CL. : **Le Scoutisme franfais**, Payot, París.
- MENDOUSSE, P.: **L'âme de l'adoleseent**, Presses Universitaires. París.
- ODIER, C.: **Les deux Sources {conscient e ct incunscienc} de la vie moralc**, í.d. de la Baconnière, Neuhátel.
- PAILLERETS, M. DE: **L'Apostólat de l'Enfance**.
- PAÍLLERKTS, M. DE: **Les garfons ct le Scoutisme**, Presses d'Ile de France, París.
- Para comenzar el Escultismo**. (írupu Scout, Seminario de Vito ria, España.
- Quinzc années de Conférence** (CISC).
- REYNOLDS. E. E. : **Escultismo para católicos y otros**, Edit. Escu• tismo, Méjico (**Scouting for catholics and others**, Biins Ooats. Londres).
- REYNOLDS, E. E. : **La vie de Baden-Powell**, Delachaux, Neu cha tel.
- Rimau», P. : **Au milieu des enfants et des adolescents**, Aubier, París.
- RIMAUD, P. : **L'éducation dirction de la croissanc**, Aubier, París.
- Scoutisme au pays des mahdes**, Presses d'Ile-de-France, París.

Scoutisme et sainteté, Journées. d'étude des aumôniers belges de la langue française. La Pensée catholique, Lieja, Office général du Livre, Paris.

Scouts, Images de l'histoire et de la vie des Scouts de France. Presses d'Ile-de-France, Paris.

Scouts... ¿Y por qué no?. Consejo Inter. Escultismo, Méjico

SEVIN, P. : **Chamarande**, Spcs (Chroniques du camp-école 1922 1932), Paris.

SEVIN, P. : **Scoutisme**, Spcs, Paris.

SEVIN, P. . **Scoutisme**, Spcs, Paris.

RAMA SCOUTS

ANSCIEAU, G. : **Familier de la mer**, Presses d'Ile-de-France, Paris. ANSCIEAU, G. : **Familier de la Nature**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

ANSCIEAU, G. : **Mon carnet de chasse**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

ANSCIEAU, G. : **Les quatre Saisons**, Presses d'Ile-de-France, Paris. BADEN-POWELL : **Escultismo para muchachos**, Edit. Escultismo. Méjico.

BADEN-POWELL : **Guia para el Jefe de Tropa**, Consejo Inter. Escultismo, Méjico.

BOEKHOLT, A. : **Mains hábiles**, Presses d'Ile-de-France, Paris. BOEKHOLT, A. : **Totas de mains**,

Presses d'Ile-de-France, Paris. BROWNE, T. : **Escultismo Marino**, Edit. Escultismo, Méjico.

BÚHO BLANCO : **Técnica scout** (Manual para el Jefe de Tropa), Edit. Escultismo, Méjico.

Carnet de proves, D.D.E., Barcelona.

Cómo organizar una tropa de scouts, Edit. Escultismo, Méjico. DELSUC, P. : **'Étapes**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

DELSUC, P. : **Plein jeu**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

DELSUC, P. : **L'our entrer dans le jeu**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

Divisió Kim, D.D.E., Barcelona.

Equipe NI. Éclaircur : **L'éducation religieuse de la troupe**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

FROISSART, M. : **Froissartage**, Ed. Chiron, Paris.

GARCÍA MALO, J. : **Especialidades de habilidad manual**, Edit.

Escultismo, Méjico.

GÉRIN, P. L. : **fiéau Manoir**, Presses d'Ile-de-France, Paris. GILCRAFT : **Cómo dirigir una tropa**, Edit. Escultismo, Méjico. GILCRAFT : **juegos Scouts en el local**, Edit. Escultismo,

Méjico. GILCRAFT : **Scouts**, 2.* ed., Edit. Escultismo, Méjico. LEBOUTEUX, F. : **Tache**

d'hommes, Presses d'Ile-de-France, Paris. LEBOUTEUX, F. : **L'École du Chantier**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

LEWIS, J. : **Comment diriger une Patrouille** (trad. Sevin), Spes, Paris.

Macazaga, C. : **Manual del scout**, Edit. Escultismo, Méjico.

Mf. nu, M. : **Larguez tout**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

Menú, M. : **Raiders**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

Menú, M. : **Le Cp et son gang**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

Menú, M. : **Patrouilles libres**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

Nouveau carnet de brevets, Presses d'Ile-de-France, Paris.

Nouvelles épreuves de classe, Presses d'Ile-de-France, Paris.

Nuestra Patrulla, Grupo Scout, Seminario de Vitoria, España.

Pailleret, M. de : **Les garçons et le Scoutisme**, Presses d'Ile-de-France, Paris.

Philipp, R. E. : **El sistema de patrullas**, Edit. Escultismo, Méjico (**The Patrol System, C.**

Arthur Pearson, Londres).
Philipps y Alouis: **Mi Patrulla**, 3.^a ed., Edit. Escultismo, Méjico.
Sevin, P.: **Scoutisme**, Spes, París.
Sweet, J.: **Actividades de Patrulla**, 2.^a ed., Edit. Escultismo, Méjico.
TISSERANI), G.: **Silencios y reflexiones de un maestro scout**, Ed. Difusión, Buenos Aires.

RAMA LOBATOS

BADEN-POWELL: **Manual de lobatos**, Edit. Escultismo, Méjico. BARCLAY, V.: **Comment conduire una meute**, Spes, París. BARCLAY, V.: **El Lobatismo y la Formación del Carácter**, Edit. Escultismo, Méjico.
BARCLAY, V.: **Sagesse de Jungle**, Spes, París.
BERGEAUD, S.: **Camp de meute. Carnet du louveteau, Le**, Scouts-de-France, París.
Cómo organizar una manada de Lobatos, 3.^a ed., Edit. Escultismo, Méjico.
COOLS, M. J. de: **La meute campe**, Presses d'Ile-de-France, París. **Chante louveteau**, Spes, París.
Fiches du Chef de meute, Les, Scout s-de-France, París. FRAIGNAC, G.: **Mon carnet de jeux**, Éd. de la Tourelle, Faint- Mandé.
GALE, V.: **100 ideas para reunione's de Manada**, Edit. Escultis- mo, Méjico.
GILCRAFT : **Cómo dirigir una manada**, Edit. Escultismo, Méjico. GILCRAFT : **Lobatos**, Edit. Escultismo, Méjico.
GILCRAFT: **300 Juegos de Lobatos**, 2.^a cd., Edit. Escultismo, Méjico.
HAMOIR, D.: **Mort carnet d'histoires**.
KIPLING, R.: **El Libro de la Selva**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona. MACAZAGA, C.: **Cartilla del Lobato**, 4.^a ed., Edit. Escultismo, Méjico.
MORGAN Y NEAME : **Campamentos de Lobatos**, Edit. Escultismo. Méjico.
Mowgli chante, Presses d'Ile-de-France, París.
Pour devenir cheftaine, Scouts-de-France, París.
Promesse de La cheftatne, Scouts-de-France, París.

RAMA ROVERS

BADEN-POWELL : **Roverismo hacia el éxito**, Edit. Escultismo, Méjico.
CHANCEREL, L.: **Le théâtre et la jeunesse**, Bourellier, París. **Cúteres du Départ routier, Les**, Presses d'Ile-de-France, París. CUSSON, A.: **Léon Chancerel, jondateur des Comédiens routiers** Presses d'Ile-de-France, París.
DESFFONTAINES, P.: **Petit guide du voyageur actif**, Éd. Sociale fran^aise, París.
DONCCEUR, P.: **Cadets**, L'Orante, París.
DONCCEUR, P.: **La naissance, le mariage, la mort**, Presses d'Ile- de-France, París.
DONCCEUR, P.: **Propos de Route**, L'Orante, París.
DONCCEUR, P. : **Roumieux**, L'Orante. París.
DONCCEUR, P.: **Routiers**, L'Orante, París.
DONCCEUR, P.: **La sainteté de la Femme**, L'Orante, París.

En ruta con Cristo, D.D.E., Barcelona.

FOSSIER, A.: **Principe d'incarnation héroïque**, Cahiers du Cercle Sainte-Jehanne, núms. 3, 8 y 9.

GILCRAFT : **Rovers**, Edit. Escultismo, Méjico.

GUARDINI, R.: **L'Esprit de la liturgie**, Plon, París.

LARIGAUDIE, G. DE : **Étoile au Grand Large**, Le Seuil, París. **Manuel du Chef d'équipe, Le**, Scouts-de-France, París. **Nouveau Départ routier, Le**, Route, juin 1952.

Reglament, D.D.E., Barcelona.

Route, La, número de enero de 1964.

4. Cf. *Études de soctologie religieuse*. G. le Bras, P. U. F,

4. *Ibid.*, p. 89.

6. Marc-Ant. JULLIEN, *Esprit de la Méthode d'éducation*, de Pesta- lozzi, citado por *École active*.

8. Más alto servicio. Término scout con el que se indica el sacerdocio o la vocación religiosa. — (M del T.)

1. Prefacio a la decimocuarta edición de *Éclaireurs*.

4. *Ibid.*, p. 21.

5. *Ibid.*, p. 45.

9. Líase *PatrQuille libre*, de Cecily Hallar,

(1). Una nueva vía pedagógica está en curso, siempre con el mismo espíritu de adaptar las actividades del Movimiento a los deseos, a las necesidades de la juventud actual. Ha sido presentada y explicada en el libro de Franjois Lebouteux: *L'École du chantier*, de Les Presses d'Ile de France.

I. Los textos de la Ley y la Promesa son la traducción de los propios de la Asociación de los *Scouts de France*.

(1). Para comentar este artículo el autor ha preferido tomar la redacción de la nueva formulación de la Ley, actualmente en estudio, creyendo que este texto es una traducción mejor del pensamiento de Baden-Powell, para uso de los chicos.

12. Rom., VII, 18.

11. El clan, sus reuniones, la comparación de las profesiones han podido ayudarle a escocer Ja suya. Me limito a indicarlo aquí.

2. G. Friedmann, *op. cit.*, p. 59.

6. *Ibid.*, *op. cit.*, p. 351.

1. Con estas palabras se denomina, en Escultismo, la vocación religiosa. — (N. del T.)

5. «El scout está hecho para servir y salvar a su prójimo.» Tercer artículo de la *Ley Scout*, versión S. D. F.

6. E. D. F., «Éclaireurs de France», movimiento scout neutro o laico. (N. del T.)

9. Cf. encíclica *Ad catholici Sacerdotis Fastigium*.